



Vidas
CONTRASTADAS
LEAH DEMPSTER

Vidas Contrastadas

Leah Dempster

Traducido por Emilia Paz

“Vidas Contrastadas”

Escrito por Leah Dempster

Copyright © 2017 Leah Dempster

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Emilia Paz

Diseño de portada © 2017 Evit Art

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

Página de Titulo

Página de Copyright

Vidas Contrastadas

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

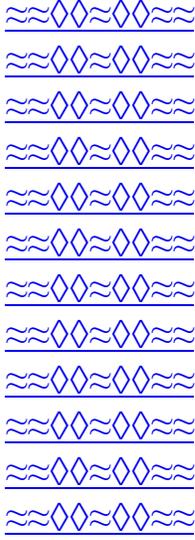
≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈

≈≈◇◇≈≈◇◇≈≈



Capítulo Uno:

Deslizando la llave dentro de la ranura, Matt abrió la puerta y entró a la habitación del hotel. Después del intenso calor que se sentía al exterior durante el mes de julio, el aire fresco bombeando constantemente por el aire acondicionado de la lujosa habitación, fue un agradable respiro. Con incertidumbre, se puso de pie junto a la puerta durante un par de segundos, y a continuación soltó el mango escuchando como ésta se cerraba con un silencioso silbido. ¿Qué demonios estaba haciendo? El sudor frío sobre su frente no tenía nada que ver con el calor al exterior, y sí mucho que ver con la razón por la cual estaba de pie en una maldita habitación de hotel a las tres en punto de la tarde.

Él era un policía, por el amor de Dios. Esto era un error, un error de juicio, del cual él sabía que iba a arrepentirse más adelante. Tocando ligeramente la llave con las uñas de sus dedos, se debatió durante un minuto, tratando de decidir si quedarse o darse vuelta, regresar al vestíbulo, pagar la cuenta e irse inmediatamente.

El problema era que había estado angustiadamente solo, una situación que no había mejorado durante dieciocho largos meses. Necesitaba a alguien, quería desesperadamente una mujer con quien hablar, que le ayudara a soportar su situación. Aunque sólo fuera por un rato, quería pensar que alguien se preocupaba por él. Con seguridad tenía un montón de gente que se preocupaba por él, pero no de la forma en que él lo necesitaba en ese momento. El dolor era constante, acumulándose en sus costillas hasta sentir que su pecho iba a explotar.

Todo esto era culpa de Paul. Fue una sugerencia suya, después de unas cuantas cervezas el viernes en la noche, lo que hacía que Matt estuviera allí parado en ese instante. Paul Mecelli era un compañero extraordinario, un buen hombre y un amigo leal. El venía incitando a Matt —desde hacía ya varios meses— que comenzara a salir de nuevo con una mujer; insistiéndole en volver a la acción. Cuando Matt había refutado, Paul lo había provocado sin parar hasta hacerle perder la compostura, para finalmente gritarle que él no tenía ni idea de cómo invitar a salir a una mujer. Había pasado mucho tiempo, él estaba muy viejo, y en primer lugar no se sentía cómodo con tal sugerencia. De ahí venía entonces la idea de Paul, quien conocía a alguien que podría ayudarlo a Matt. Inicialmente Matt había rechazado la idea de plano, sobre

todo una vez que Paul le había explicado exactamente lo que su plan implicaba.

Pero él necesitaba desesperadamente una mujer. Al principio, no había sido tan difícil lidiar con ello, él había estado tan sumergido en su dolor, y con un excesivo sentido de pérdida, que la idea de sexo era completamente ajena a él. Sin embargo, ahora después de que los meses habían pasado y su deseo sexual había vuelto, frecuentemente se encontraba con erecciones capaces de incrustar clavos en la pared y no era capaz de aliviar el problema por sí mismo. Por qué no podía, él no lo sabía. Él no era siquiátra, y realmente no tenía intenciones de visitar uno. Todo lo que él sabía era que necesitaba la suavidad de una mujer, el confort que una mujer podía brindarle, y nada más iba a aliviarle ese dolor perpetuo.

—La última oportunidad, Matty. Te quedas o te vas, —se murmuró la pregunta a sí mismo, mirando alrededor de la habitación en búsqueda de una respuesta que no estaba fácilmente disponible. Era una habitación agradable, el hotel estaba en el centro y lejos del distrito en donde él trabajaba, lo último que necesitaba era que alguien lo viera entrar allí y que adivinara lo que estaba haciendo.

—¡Mierda! ¿Podría realmente seguir adelante con esto?

Recordando el consejo de Paul, decidió permanecer, al menos el tiempo suficiente para conocer a la mujer. Siempre podía arrepentirse. Ignorando la voz dentro de su cabeza, aquella que intentaba decirle que era un cobarde, Matt cruzó la habitación y se agachó para estudiar la pequeña caja de seguridad que se encontraba en el piso del guardarropa. Sacó la billetera de su bolsillo trasero y la colocó en la caja de seguridad, junto con su placa, y las llaves de su automóvil. A pesar de que Paul le afirmara que ésta era una buena mujer, Matt no quería correr el riesgo de que lo dejara limpio. Tantos años de trabajo en la policía lo había convertido naturalmente cauteloso con los extraños.

El baño lucía esterilizado, blanco puro y limpio resplandeciente. Matt se echó agua sobre la cara, mirando su propio reflejo en el espejo antes de quitarse la humedad de su piel. La persona que lo miraba en el reflejo no lucía terriblemente mal, considerando por lo que había pasado los pasados dieciocho meses. Unas cuantas líneas adicionales alrededor de sus ojos. Su cabello oscuro estaba empezando a mostrar algunas canas sobre sus sienes. Él pensaba que aún lucía bien para ser un hombre iniciando sus cuarenta, y por enésima vez se cuestionaba la decisión que había tomado. ¿Qué pasaría si no

le pareciera atractiva? ¡Mierda! ¿Qué tal si no se le parara, después de todo esto? —Sus pensamientos fueron suficientes para empaparse en sudor frío nuevamente y lavarse su cara por segunda vez.

Un suave golpe a la puerta de la habitación lo sobresaltó, sujetó el lavabo por unos segundos, respirando profundamente. Con una última mirada a su reflejo en el espejo, exhaló un profundo respiro y caminó hacia la puerta, sintiéndose como un hombre condenado que se dirigía hacia la horca.

Cuando abrió la puerta, se hizo evidente que no iba a tener problemas de excitación. Su pene tenía juicio propio, tomándole solamente algunos segundos en ponerse duro como una piedra mientras miraba silenciosamente a la mujer parada en el pasillo.

Ella no era una mujer alta, ni siquiera en sus elegantes tacones; no podría medir más de un metro setenta. Impecablemente arreglada con un corto y atractivo vestido negro, sus piernas desafiaban su corta estatura, dando la impresión de ser más largas, perfectamente formadas, y él se moría de ganas de pasar sus dedos por las suaves y brillantes medias negras que llevaba puestas. El vestido acentuaba perfectamente sus senos, su angosta cintura y sus curvilíneas caderas.

Matt forzó la mirada hacia su cara, advirtiendo una sonrisa en sus labios y dándose cuenta de que la estaba detallando por más tiempo del que debía.

Ella le ofreció su mano y él la tomó, disfrutando la suavidad de su piel.

—¿Matt? Soy Sienna.

—Hola Sienna. Pasa. —El dio un paso atrás y ella entró a la habitación, dándole la oportunidad perfecta para descubrir que su figura trasera era tan endiabladamente atractiva como la delantera. No parecía posible, pero él se excitaba aún más mirando la suave cadencia de sus caderas al caminar.

Empujando la puerta para cerrarla, él la siguió dentro de la habitación, y permaneció torpemente junto al televisor. —¡Mierda! Él nunca había sido torpe en su vida. ¿Qué se supone que debería hacer ahora? ¿Habría un protocolo para este tipo de situaciones? Nunca en su vida había estado con una prostituta, aunque había conocido bastantes y arrestado otras tantas, sin interés alguno por llevar la cuenta, nunca se había reunido con una de ellas para tener sexo. Hasta ahora.

Sienna colocó su bolso sobre la mesa y se volvió hacia él. —Es un placer conocerte, Matt.

—Tú no pareces una prostituta. —Las palabras salieron de su boca antes de poner a funcionar su cerebro y la sombra que cruzó sus bellas facciones no

pasó desapercibida por él.

—Matt, Soy una dama de compañía. Y curiosamente, tu pareces un policía. —Ella arqueó su ceja—. ¿Es esto una emboscada?

—¿Qué? No, no en absoluto. —Quería tranquilizarla y darle a entender que no quería que se fuera. Él no quería estropear el momento, aun cuando no estaba seguro si podría llegar a tener relaciones sexuales con ella—.

¿Realmente piensas que, si esto fuese una trampa, Paul me hubiese facilitado tu teléfono?

Sienna lo pensó unos segundos antes de responderle. —Me imagino que no. Él es un buen hombre.

—Sí, —admitió bruscamente—. Sí que lo es.

—¿Es tu compañero de trabajo? —Supuso ella.

—Sí. Hace ya ocho años. —Ella era una cosita linda; tez suave y rosada, labios capullo de rosa, brillantes ojos azules que se llenaron de una mirada inquisitiva mientras lo observaba en silencio. La palabra bonita le quedaba corta, Matt rectificó devolviéndole la mirada, no era simplemente bonita, ella era hermosa. La sangre que corría por su ingle pulsaba dolorosamente mientras pensaba lo que le gustaría hacer con esos labios e imaginaba como introducirse profundamente en su boca.

Hubo un silencio pronunciado mientras se miraban con cautela el uno al otro y Matt maldijo su falta de experiencia. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Qué diría a continuación? Hacía más de quince años que había salido por última vez con una mujer, y esto no era precisamente una cita amorosa, se recordó a sí mismo con firmeza. Esto era un acuerdo de negocios, estaba pagando por sexo, la mujer que estaba parada enfrente de él era una prostituta quien vendía su cuerpo para ganarse la vida.

—¿Te gustaría que me desnudara? ¿O preferirías si te desvisto primero?

—preguntó Sienna cortésmente.

Matt suspiro profundamente, pasándose los dedos por su cabello. No le gustaba ninguna de las dos opciones. —¿Podemos tomarnos algo primero? ¿Tal vez hablar un poco? —Él se encogió internamente, sabiendo que había sonado como un tonto.

Sienna lo estudió por un largo momento, antes de asentir. —Claro. —Ella saco una silla que estaba debajo de la mesita y se sentó, cruzando sus piernas con delicadeza. Matt echó un vistazo al contenido de la neverita—. ¿Cerveza? ¿Vino? Aquí hay Chardonny y Merlot.

—¡Ah! realmente preferiría una bebida sin alcohol, regálame una limonada.

Matt sacó la soda de la nevera y la vació a un vaso antes de entregársela. Él tomó una Corona para él y bebió un trago de la botella antes de sentarse. Tenía la oportunidad de estar con una hermosa mujer, pero estaba allí sentado acariciando una cerveza. ¿Qué demonios estaba haciendo?



El incómodo silencio se extendía por un largo minuto, y luego dos. Sienna estudiaba discretamente al hombre sentado frente a ella junto a la mesa. Él era alto, de hombros anchos y musculosos. Con su sólida apariencia, lucía un poco ridículo sentado en una endeble silla y ella se imaginaba que debería sentirse mucho más cómodo en una gran reclinable silla de cuero. El traje gris oscuro ocultaba lo que ella imaginaba como un cuerpo bien tonificado, pero al paso que al cual él se estaba moviendo, dudaba que iba a llegar a conocerlo detalladamente antes de finalizar la tarde. En la mayoría de sus citas no había pérdida de tiempo; comenzaba a trabajar inmediatamente. Ella tenía un par de clientes a quienes les gustaba hablar y eso le parecía bien, pero este hombre parecía querer salirse de su propia piel. Su nerviosismo no correspondía con la fuerza y poder de su físico, ni con la dureza de su mandíbula cuadrada. Podía ver el músculo de su mandíbula temblando mientras acariciaba la Corona y miraba hacia todos los lados del cuarto, menos a ella.

Sienna percibió que debajo del rudo exterior, él estaba luchando con la situación actual. Paul la había telefoneado una vez se había concretado la cita, previniéndola sobre el posible nerviosismo de Matt. Claramente, había sido una declaración subestimada; el hombre no estaba simplemente nervioso, estaba en un profundo estado de ansiedad. Recordando las palabras de Paul y su promesa de un bono en caso de poder ayudarle a su amigo, Sienna le habló —Matt, no sé cómo funcionan las cosas en tu mundo, pero en el mío hablar requiere del uso de las palabras. —Sienna alzó su vaso y bebió un trago de limonada, un brillo se asomó en sus ojos azules. Matt tomó otro sorbo de cerveza, mordiéndose los labios pensativamente—. Mierda, lo siento. Nunca antes había hecho esto y pienso que fue un error. —Se puso de pie suspirando profundamente—. Siento mucho hacerte perder tu tiempo.

Este tipo iba a desertar. Sería la primera vez para Sienna y ella sonrió, tratando de simpatizar con su obvia incomodidad. Ella no sabía nada acerca de él, pero aun así sentía pesar y quería hacerlo sentir mejor. Se paró y dando

unos pasos se puso al frente de Matt, quien miraba fijamente hacia el piso, evitando su mirada.

—Matt, tú ya has pagado por mi tiempo, —Sienna se estiró y comenzó a aflojar su corbata—, está bien si no deseas tener sexo, está bien si no deseas hacer nada en absoluto. Es tu dinero. —Le ofreció una leve sonrisa—. Al menos déjame intentar relajarte un poco, ¿listo?

—¿Cómo vas a hacer eso? —preguntó Matt bruscamente.

—Soy una mujer con muchos talentos, Matt. —Él era tan alto, que ella tenía que empujarse para quitarle el abrigo, y Sienna pasó sus dedos sobre sus tensos hombros mientras retiraba el abrigo y lo dejaba cuidadosamente en el espaldar de la silla. —¿Por qué no te acuestas en la cama, y yo te hago un masaje?

—¿Un masaje?

Santo Cielo, él parecía tan desconfiado. Típico de un policía. Él probablemente veía a todo el mundo de una forma sospechosa, suponiendo que cada persona que él conociera tuviese una segunda intención. —Sí Matt. Un masaje. —Sienna retiró la corbata de Matt de su cuello y la dejó caer en la mesa, y despaciosamente comenzó a desabotonar su camisa—. Ni siquiera voy a pedirte que te desvistas, simplemente quítate la camisa y recuéstate en la cama.

—¿Siempre eres tan impetuosa? —se quejó, pero Sienna estaba contenta de que él se dejara llevar hacia la cama.

—Siempre. —Sienna corrió las sábanas de la cama hacia atrás mientras observaba como Matt se dejaba caer sobre el colchón. Recostado sobre las almohadas, se encontraba rígido y pesado, su alta figura vibraba de tensión. Con una breve mirada, ella confirmó que también había bastante tensión en su ingle, según lo indicaba el bulto que se formaba en sus pantalones grises.

Sienna se quitó sus tacones y se subió a la cama sonriendo —¿por delante o por detrás?

—¿Perdón? —Inmediatamente sonó cauteloso de nuevo y Sienna miró hacia el techo con desconsuelo.

—Deseas que te haga un masaje por delante, —ella pasó sus dedos por su abdomen, mirando los tensos músculos—, ¿o por la espalda?

—Mierda, no lo sé.

Sienna suspiró profundamente. —Por delante, creo. Ya estoy disponible. —Subiendo un poco el borde de su falda, Sienna deslizó su pierna sobre el

torso de Matt, acomodándose sobre su cuerpo y comenzó a masajear sus hombros.



Ella iba a provocarle un orgasmo. Ni siquiera habría tenido la necesidad de tocarlo para que él explotara. Ella estaba inclinada hacia adelante, y sus cálidas piernas envolvían su torso, masajeando sus hombros con un toque tan delicado que sus muslos estaban prácticamente cantando de regocijo. A medida que se movía hacia arriba y abajo, podía sentir su ingle presionando, hirviendo y abriéndole un agujero en su estómago.

—Estás demasiado tenso, —le recalcó Sienna, mientras trabajaba sus hombros—. De haber sabido que esto era lo que iba a hacer hubiese traído mi aceite de masajes.

—Se siente muy bien, —admitió con voz ronca y cerrando sus ojos. A medida que Sienna se movía, sus pechos se levantaban y presionaban contra el corpiño de su vestido y Matt estaba luchando contra el deseo de levantar sus dedos y pasarlos sobre su piel, lo cual podría hacer si así lo quisiera ya que él estaba pagando por eso, se recordó a sí mismo tristemente.

—Levanta tu brazo por favor. —Sienna rozó su brazo y Matt lo hizo tal cual se lo pidió, permitiéndole acceso a la parte superior de su brazo. Sienna comenzó a masajear su bíceps cuidadosamente y él permaneció con sus ojos cerrados, súper consciente del sutil aroma a jazmín que impregnaba su nariz.

—Es obvio que trabajas duro, ya que tu cuerpo se vuelve tan tenso.

—Soy un detective. Puede ser un trabajo bastante estresante, —murmuró Matt.

—Paul dice que ustedes dos trabajas largas jornadas.

Matt abrió un ojo, mirándola desconfiadamente. —¿Qué tanto conoces a Paul? —La idea de Paul teniendo relaciones sexuales con esta mujer era una locura; Paul había estado felizmente casado por más de cinco años. No podía creer que su compañero de trabajo estuviese siéndole infiel a Mandy, pero daba la impresión de que esta mujer conocía muy bien a Paul.

—Si lo que quieres saber es que, si he dormido con Paul, la respuesta es no. Él es un amigo.

—¿Cómo se conocieron? —Su curiosidad de despertó, se encontró a sí mismo deseando saber más acerca de esta pequeña y atractiva ninfa sentada sobre su torso.

¿Fue su imaginación, o una extraña sombra había cruzado por esos maravillosos ojos azules cuando ella había respondido? —El me ayudó a salir de una mala situación.

—¿Qué tipo de situación?

Sienna se encogió de hombros, su atención se enfocó en un nudo apretado en su hombro. —Tengo como regla no hablar de mi vida personal con mis clientes, Matt.

—¿Cuántos clientes tienes? —Matt abrió ambos ojos y la miró silenciosamente a medida que ella se pasaba de su brazo derecho al izquierdo. Ella era buena, sus mágicos dedos fueron relajando la tensión en su cuerpo y él se estaba sintiendo mucho más relajado de lo que se había sentido desde que llegó, excepto por su erección, que se imponía contra el cierre de su pantalón en un desesperado intento por escapar. Iba a terminar con una permanente huella de cremallera si seguía excitándose.

—Algunos, primordialmente regulares.

—¿Haces esto como trabajo de tiempo completo? —No sabía por qué, pero tenía un deseo ardiente, difícil de apaciguar, por saber más acerca de ella.

—Pienso que esa es otra pregunta personal, Matt

Se movió más abajo de su torso hasta que se encontró descansando sobre su ingle y Matt cerró sus ojos batallando consigo mismo para controlarse. Santa madre de Dios, iba a venirse en sus pantalones ahí mismo si no practicaba seriamente el auto control.



Masajeando los músculos de su pecho, Sienna se enfocó en guardar distancia con este hombre. Era atractivo, extremadamente atractivo, y ella estaba cautivada por él, lo cual iba en contra sus reglas de vida. Los clientes eran clientes, y punto. No generar ningún tipo de apego; no pensar en ellos más que como vales de comida. Dejarlos hacer lo que quieren hacer, acostarse con las piernas abiertas y pensar en cualquier otra cosa.

Sus pezones estaban firmes como cogollos en su pecho magníficamente tonificado y Sienna se lamió sus labios, resistiéndose a la tentación de tirarse para probarlos. ¡Jesús! ¿Qué le estaba pasando hoy? Sienna observó detenidamente por debajo de sus pestañas, y le gustó lo que vio. Sus ojos eran encantadores, de color ámbar y enmarcados en unas largas pestañas oscuras. Tenía unas sutiles líneas alrededor de sus ojos y su cabello era marrón ondulado, con un tinte de gris que no le quitaba para nada su encanto. Era evidente que él trabajaba su cuerpo. Paul le había dicho que Matt tenía cuarenta y tantos años, pero tenía el cuerpo de treinta años. Músculos perfectamente tonificados ondulando bajo la piel color oliva, y sus impresionantes cuadritos de chocolatina, que eran de morir. Estaba en perfecta forma tal como le encantaban a Sienna; musculoso, pero no exagerado. Masculinidad perfecta en su forma más hermosa.

Sienna se sacudió mentalmente. Esto era ridículo, ella no quería pensar en Matt Pendleton como algo más que un cliente, y sin embargo la atracción hacia él era inevitable.

Ella bajó las manos, amasando la piel a lo largo de su caja torácica y Matt gimió. —Eres muy buena en esto.

—Gracias. —Deberías considerar hacerte un masaje con más frecuencia. Es un excelente relajador del estrés.

—Sí, probablemente debería. Podrían relejarme cuando mis hijos me estén enloqueciendo. —Sienna notó que su cara se ruborizaba y su cuerpo se volvía tenso bajo sus dedos—. Soy viudo, añadió bruscamente.

Dijo “viudo” como si aborreciera la palabra y Sienna tuvo la idea de que estaba muy incómodo con el tema. —¿Qué edad tienen tus hijos? —Sienna hizo una pausa y lo miró fijamente.

Sus ojos reflejaron sorpresa ante su pregunta, y Sienna pensó que no iba a responder, pero después de un minuto, habló. —Courtney tiene quince años, pero se cree de veinticinco. Harper tiene doce años, Brandon tiene nueve y Millie tiene seis añitos.

Sienna levantó sus cejas. —¡Guau! Estás realmente ocupado. —Volvió al masaje, relajando suavemente los músculos del otro lado de Matt—. ¿Quién se ocupa de ellos cuando estás trabajando? —Los detectives trabajan claramente largas jornadas y debía ser difícil para él ser un padre soltero y mantenerse al día con su carga de trabajo.

Matt se encogió de hombros. —A veces mis padres. Los padres de Caroline también me ayudan, y a veces se quedan en la guardería de la escuela. Soy afortunado; cuento con un gran grupo de amigos que me dan la mano cuando los necesito.

—¿Cómo enfrentan los niños la pérdida de su mamá? —Era evidentemente obvio que Matt no estaba afrontándolo bien, y Sienna se preguntaba si su dolor estaría generando un impacto en sus hijos.

—Ellos están bien.

Su respuesta tenía un tono defensivo y Sienna retomó su trabajo. Matt estaba claramente incómodo con el tema. Terminado el masaje, Sienna se enderezó y le sonrió. —¿Te sientes mejor?

—Sí, —Matt afirmó secamente—. Me siento mejor.

Sienna miró su reloj, revisando el tiempo antes de deslizar una pierna entre las de Matt, apartando sus muslos y descansando sus talones entre sus rodillas. Sienna bajó la mirada hacia el abultamiento que Matt tenía entre sus pantalones y luego volvió la mirada a la suya. —Parece que también estás sufriendo un poco de tensión aquí abajo. ¿Deseas que solucione eso por ti? — Sin esperar una respuesta, le desabrochó y retiró el cinturón, luego le desabotonó los pantalones y lentamente le bajó la cremallera, dándole tiempo suficiente para protestar.

Matt la miró, su expresión era sobria y sus ojos giraban de emoción. Ella le quitó los pantalones y liberó su miembro de los calzoncillos, envolviéndolo tiernamente en sus pequeñas manos. Cuando bajó la cabeza y lo lamió, él se sacudió y gimió en voz alta.

Ella escasamente había cubierto todo el miembro cuando él explotó en su boca.

—Mierda, lo siento, —murmuró.

Cuando se levantó, Siena se lamió delicadamente su boca con los labios.

—No tienes nada de que disculparte Matt.

—No lo sé ... ha pasado mucho tiempo, —dijo Mat secamente.

—Matt, no tienes por qué sentirte avergonzado, o lamentarlo. —Sienna envolvió nuevamente su miembro entre sus manos, el cual seguía firme a pesar del intenso orgasmo—. Déjame hacerlo de nuevo, será mejor la segunda vez.

Matt se levantó sobre los codos. —¡No! Gracias, —dijo con dureza. Se puso en pie y se acomodó apresuradamente antes de cerrar los pantalones.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —Preguntó Siena en voz baja. Había tenido algunos encuentros infructuosos, pero éste se llevaba el premio mayor. El dolor de Matt era evidente en sus ojos, mezclado con una saludable dosis de vergüenza, y una pizca de arrepentimiento. Obviamente deseó no haber hecho esto. Claramente tenía sentimientos intensos por su difunta esposa, y ciertamente no parecía listo para seguir adelante.

—No. Gracias. —Matt se desplomó en el borde de la cama y se negó a mirarla.

Sienna se mordió los labios, respirando hondo caminó torpemente al lado de la cama para agacharse por sus zapatos. Siena se levantó y recogió su bolso de la mesa. —Adiós, Matt.

Salió de la habitación apresuradamente, sin entender por qué se sentía herida de que Matt no se hubiera despedido de ella.

Capítulo Dos:

“Sienna” había terminado su jornada. Emily salía ahora de la ducha secándose su cabello con una toalla, y desenredándose con sus dedos. No había necesidad de hacer algo más, en realidad, no tenía sentido hacer algo más. Sin la peluca —que formaba parte de su personaje de Siena— su oscuro cabello, naturalmente rizado, salvaje y grueso, enmarcaba su rostro en una aureola de pequeños rizos. No había domadura en el mundo que le hiciera efecto, era así. En contraste directo, “Sienna” tenía el pelo rubio largo y recto, gracias a una excelente peluca y muy conveniente para Emily y su personalidad alterna. Era una manera de crear una barrera entre los dos mundos de Emily, delimitando claramente su trabajo como dama de compañía, y la Emily real.

Encendió la televisión y se sentó en su pequeño sofá mirando la pantalla por algunos minutos, pero en realidad sin ver programa alguno. Luego de la desastrosa cita esa tarde, no quería nada más que mirar un poco la TV, leer un libro, y quizás hacerse un sándwich de comida. Había sido el peor encuentro con cliente alguno desde que había empezado en este trabajo hacía dos años.

Emily escuchó un fuerte golpe en la puerta y la abrió, sabiendo intuitivamente quién estaría al otro lado. Sally Montague, la dueña de Emily, su amiga y empleadora, parada en la entrada y vestida adecuadamente para la apertura del club a las ocho. Emily miró en silencio a la mujer mayor, evaluando el apretado traje de cuero que llevaba, que apenas cubría el volumen curvilíneo de Sally para hacerlo medio decente.

—Cómo te fue en tu cita? —preguntó Sally, entrando en la diminuta cocina de Emily y avanzando hacia la cafetera. —¿Estuvo bien?

—Él estuvo agradable, —confesó Emily, siguiendo a Sally y tomando un par de tazas de la alacena.

—Noto un “pero”, —resaltó Sally mientras servía café en las dos tazas, ella miró inquisitivamente a Emily, esperando una respuesta.

Emily se encogió de hombros, tratando aún de entender su reacción emocional con Matt Pendleton. —Es un viudo. Creo que fue su primera vez, desde que murió su esposa.

—¿No estaba listo? —Sally especuló. Era muy intuitiva acerca de los clientes que seleccionaba para Emily, y la mujer más joven se preguntó cuánto había revelado Matt acerca de él cuando había hecho la cita.

—Definitivamente no estaba listo.

Sally se acomodó en la pequeña mesa del comedor de Emily, acariciando la taza de café entre sus manos. —¿No le funcionó?

Emily sonrió. —Definitivamente no tiene problemas en ese sentido. Creo que él estaba simplemente... nervioso. Él pagó por sexo y terminó con una felación bastante ordinaria.

—¿No querías darle sexo oral? —Sally arqueó una ceja perfectamente depilada, estudiando a Emily intencionalmente—. Él no hizo nada desagradable, ¿verdad? —Sally le había proporcionado a Emily un lugar donde vivir dos años atrás, por solicitud de su amigo, Paul Mecelli. Desde entonces, Sally había permanecido a lado de esta joven mujer y era intensamente protectora de ella. En realidad, era su naturaleza proteger a todos sus empleados. Ya fueran amas de compañía, trabajadores del club o empleados del bar, Sally Montague era una mamá gallina protectora de sus

pollitos. A sus cincuenta años, había pasado muchos de ellos construyendo su negocio y había visto cada aspecto malévolo de este estilo de vida, el cual había adoptado desde que era una ingenua joven de dieciséis años.

—No, en absoluto. Él fue bueno, muy bueno. —Emily escondió una pequeña sonrisa. A pesar de la dura apariencia de Sally y su estricto enfoque para administrar Salacious, un club que atendía a la multitud BDSM^[1] en Seattle, podía ser a veces bastante dulce. Sólo Sally podía usar la palabra “desagradable”, como si estuviera hablando con una niña de cinco años a quien le hubiesen robado su muñeca en la escuela—. Estaba muy nervioso. Creo que realmente no sabía si quería seguir adelante o arrepentirse. Me ofrecí a darle un masaje, y él se excitó, así que le di sexo oral. Apenas había empezado cuando explotó y se sintió avergonzado. —Emily cogió un hilo de algodón perdido en su camiseta, recordando los acontecimientos de la tarde.

—¿Te sentiste atraída hacia él? —No sonaba como una acusación, y cuando Emily levantó la vista, pudo percibir empatía en los ojos de Sally.

—Sí, creo que sí.

—¿Por qué no le sigues la pista? —Sally hizo la sugerencia con entusiasmo, y Emily sonrió; su amiga siempre estaba jugando a la casamentera—. Tengo su número en el archivo.

Emily sacudió la cabeza. —No es un dominante, Sally. Dudo incluso que sepa acerca de todo esto. —Emily agitó su mano extensivamente alrededor de la habitación, pero no precisamente refiriéndose al pequeño apartamento en el cual se encontraban, sino al club de abajo, al trabajo de dama de compañía, y la propia naturaleza sumisa de Emily, lo que hacía cualquier intento de contactar de nuevo a Matt Pendleton, completamente imposible.

Sally resopló. —¡Por el amor de Dios, Em, es un policía! Dudo que haya algo en Seattle que no conozca.

—Conocerlo y entenderlo son dos cosas completamente diferentes y tú lo sabes, —protestó Emily—. Tiene cuatro hijos; este no es el tipo de cosas en las que un hombre como Matt Pendleton se involucraría.

—No sabrás si no lo intentas —replicó Sally.

Emily se tomó toda su taza de café y fue al mostrador para servirse una taza más. —Soy una dama de compañía, Sally. Vendo mi cuerpo para ganarme la vida. Seamos sinceras; un hombre en la situación de Matt Pendleton nunca consideraría una relación conmigo, absolutamente no. Incluso si lo hiciera, no funcionaría. Soy una sumisa y necesito un dominante. —Emily regresó a la mesa, revolviendo su café.

Durante un largo rato Sally miró a Emily, y Emily le devolvió la mirada, negándose a dejarse intimidar. Al ser sumisa, Emily sabía que era un enigma, con la capacidad de ser muy fuerte y al mismo tiempo albergar el deseo de tener un hombre que la dominara en el dormitorio. Fue precisamente ese deseo lo que la había traído a la vida de Sally hacía dos años, después de un encuentro con un dominante que casi la mata. Paul había llegado a la puerta de Salacious con Emily, rogándole a Sally que la cuidara y la mantuviera a salvo por un “un rato”. Ese rato se había convertido en dos años y habían creado una relación fuerte y amorosa entre las dos mujeres. Golpeando contra la mesa sus perfectas uñas arregladas, Sally observó a Emily durante otro minuto completo antes de hablar, —¿Qué quieres que haga si él pregunta por ti de nuevo?

—Ponlo en la lista de clientes bloqueados. No quiero verlo de nuevo, — respondió Emily, luego de pensarlo un largo rato.

Sally suspiró, levantándose de la mesa. —Está bien. ¿Vas a bajar al club esta noche?

Emily negó con la cabeza, ofreciendo a Sally una pequeña sonrisa. —No, por esta noche yo paso.

—¿Quieres que te mande comida?

—No, me haré un sándwich. Quizá estudie un poco. De pronto me acuesto temprano. —Honestamente, Emily no estaba segura que hacer con su noche. Intentar sacar a Matt Pendleton fuera de su mente, en donde se había instalado desde hacía algunas horas. Ni siquiera una hora de terapia de compras lograría sacar a este hombre de su cabeza, y generalmente esto la calmaba cuando algo le molestaba.

—Está bien entonces. Me voy. —Salí le tiró un beso a Emily mientras salía y Emily se dejó caer de nuevo en el sofá, cuestionándose si había tomado la mejor decisión.



Sally entró a su oficina para revisar sus mensajes antes de bajar. Los viernes por la noche, Salacious era siempre agitado y la media hora antes de abrir eran los últimos minutos de calma que ella tenía antes de que la locura empezara.

Sentada en el borde de la silla de cuero de su escritorio, Sally se puso sus gafas —sus cincuenta años no le habían modificado su ego— y comenzó a tomar nota de los mensajes del buzón que requerían alguna acción. Su atención se despertó por una grave voz masculina y familiar. —Este es Matt Pendleton. Me gustaría ver a Sienna de nuevo. Mi número es 5552486. — Después otro par de mensajes mundanos de proveedores, y seguidamente un mensaje que hizo sonreír a Sally—. Es Matt Pendleton de nuevo. Me gustaría hablar con Sienna. Tú tienes su número. —Después de haber escuchado algunos otros mensajes, Sally rio fuertemente al oír nuevamente la misma voz, la cual sonaba impaciente—. Soy Matt Pendleton. Este debe ser el único maldito sitio de damas de compañía que no responde llamadas un viernes por la noche. Por favor haz que Sienna me llame 5552486.

Era una pena que Emily lo hubiese puesto en la lista de clientes bloqueados, pero siendo consciente, Sally sabía que no tenía muchas opciones. La lista era manejada por Emily, una medida de precaución para que las niñas tuvieran la opción de vetar a sus clientes dado el caso que estos las hicieran sentir incomodadas o que se hubieran comportado mal. Sally nunca había quebrantado la lista; si una de las chicas de su pequeño grupo de damas de compañía no quería atender a un cliente, era su decisión y Sally no intervendría. En este caso, Sally se preguntaba si era lo correcto. Matt Pendleton no había hecho nada para hacer infeliz a Emily, la hizo sentir incómoda. No de una mala manera, juzgando por la emoción que Sally pudo percibir en los ojos de Emily.

Recostándose sobre la silla, Sally miró los monitores sobre su escritorio, que mostraban un flujo continuo del club abajo. Ya el bar estaba lleno de clientes y ella realmente necesitaba bajar para recibir y estar entre la gente,

pero la situación confusa de Emily le robaba su atención. Sally solo estaba siendo honesta consigo misma y tuvo que admitir, que no quería poner a este hombre en la lista de clientes bloqueados de Emily. Pudiese ser que no fuera un dominante, pero el interés reflejado en los ojos de Emily era difícil de ignorar. Además, él podría aprender a ser dominante; muchas de las personas que visitaban Salacious por primera vez no habían descubierto su verdadera naturaleza, no sin antes haber examinado cuidadosamente su sexualidad y Matt Pendleton podría tener todas las características de un dominante. Era un policía, la mayoría de los policías que Sally conocía era de naturaleza dominante, usaran o no esta característica en el dormitorio.

Golpeando pensativamente el teclado con su esfera, Sally soltó un suspiro. No importaba si Sally pensaba que esto era o no era un error, Emily estaba en su derecho de elegir los clientes que deseaba ver y ella había solicitado que este hombre hiciera parte de su lista de clientes bloqueados. En contra de su propio juicio, Sally cumplió la petición de Emily y lo anotó en los registros. Matt Pendleton no estaría autorizado para ver a Sienna de nuevo, y Sally tomó el teléfono para informarle de su decisión y apaciguarlo con la oferta de otra persona.



Matt golpeó su teléfono celular contra el banco de la cocina, supremamente molesto con la llamada que acababa de recibir. ¡Por el amor de Dios! La mujer había sido amable y educada, pero extremadamente decidida. Sienna no estaría disponible para él en el futuro y esto lo había disgustado al máximo. Era bienvenido a concertar una cita con otra dama de compañía, bla, bla, bla.

El no desea ver a nadie más. Él quería ver a Sienna. No había una razón urgente de su deseo, solo una erección que se negaba a ser domada. Al llegar a casa después del fiasco en el hotel, Matt había inicialmente desechado la idea de volverla a ver. Sus padres estaban cuidando a los niños hasta el domingo por la noche; debería de alejarse por unos días y despejar su cabeza. Esclarecer hacía a donde se dirigía su vida. Entre el trabajo y los niños, no pareciera haber un minuto para él y era abrumador. La tensión de trabajar en homicidios estaba afectándolo, y el estrés a su vez estaba afectando a los niños. Las largas horas, el depresivo trabajo, las fallas del sistema de los tribunales para hacer justicia lo estaban derrumbando y la situación se estaba volviendo imposible como padre soltero. Todos los hijos tenían problemas como consecuencia de la muerte de su madre, y Matt no sabía cómo manejarlo, ni qué hacer con ellos. Caroline había sido el pegamento que mantenía unida la familia, y sin ella todo se había ido al infierno.

La casa vacía se burlaba de él, el fantasma de Caroline una presencia sin fin cuando los niños no estaban allí. Era menos doloroso cuando ellos estaban en el hogar y la casa se llenaba de ruido; con ellos ausentes, la casa que él y Caroline habían construido cuando se casaron por primera vez era una cáscara vacía, una prisión llena de dolorosos recuerdos.

Desde que había llegado a casa de regreso del hotel, Matt ni siquiera había entrado en la sala, en vez de eso paseaba por la cocina como si fuera un extraño en su propia casa. Más de una vez, desde la muerte de Caroline, había pensado en vender y en mudarse, pero los niños eran felices allí, sus escuelas estaban cerca y era un barrio seguro para vivir. Sus vecinos eran agradables,

los niños tenían amigos cerca y él sabía que su ya frágil relación con Courtney sería destruida si él sugiriera mudarse.

Probablemente debería llamar a su mamá, ir a recoger a los niños y llevarlos a casa. La idea de estar solo hasta el domingo por la noche era casi insoportable. Podría también llamar a algunos de sus amigos, hacer algunos planes, pero no le gustaba la idea de ser aceptado solo por compasión. Otro problema de ser un viudo eran las invitaciones de amigos, bien intencionados, a cenas en las cuales él era el hombre raro, o invitaciones a fiestas donde era constantemente presionado hacia una mujer soltera que sabían que era “perfecta” para él. Matt se encogió. No, definitivamente no.

Lo que él realmente deseaba era ver a Sienna de nuevo. A pesar de saber que era una prostituta, Matt se dio cuenta de quería verla, hablar con ella de nuevo. Se sintió fascinado por la hermosa joven, quería saber más sobre ella. No quería otra reunión inútil con Sienna en una habitación de hotel.

Él quería llevarla a una cita romántica.

Matt se mordió el labio pensativamente y sacó una cerveza de la nevera. Debía estar loco, ella era una prostituta y él era un policía. Él no sabía nada de ella, aparte del hecho de que tenía un súper cuerpo ardiente y una cara de ángel.

Siguiendo su corazonada, Matt tomó su teléfono celular y marcó un número familiar, esperando impacientemente mientras comenzaba a repicar.

Paul Meccelli contestó al tercer repique. —Hola amigo. Sin duda estás llamando para agradecerme por los sabios consejos.

—Quiero su número telefónico.

—Tú tienes el número

Matt se mordió los labios para evitar gritarle a su compañero. —No el número de su agencia. Quiero el número con el cual pueda contactarla directamente.

—No puedo hacer eso compañero. —La voz de Paul sonaba alegre, pero Matt notó la precaución en su tono, que confirmaba sus sospechas. Paul sí tenía el teléfono de Sienna, pero no tenía intención de dárselo a Matt.

—Dame el número por favor Paul. Por favor.

—No puedo Matt. Tienes que llamarla al número telefónico de negocios.

—Ella no va a recibir mis llamadas.

Paul sonó desconfiado con esta respuesta. Más que desconfiado, molesto. —¿Qué le hiciste? —preguntó.

—¡Nada!

—Debiste haber hecho algo para que ella te hubiera puesta en la lista de contactos bloqueados.

—¿De qué? ¿Qué diablos es una lista de contactos bloqueados?

Paul suspiró. —Sally mantiene a sus chicas a salvo y lo más importante, es que les da la opción de elegir a sus clientes. Si a alguna de sus chicas no les gusta un cliente, o se sienten incómodas, pueden solicitarle a Sally que pongan a ese cliente en la lista de contactos bloqueados. A las chicas no se les pedirá de nuevo que atiendan a ese cliente.

—¿Qué diablos! Yo no le hice *nada* a ella.

—¿Nada en absoluto? —Preguntó Paul de forma inocente.

—Eso no es asunto tuyo Meccelli, —gruñó Matt.

—Sí, sí que lo es, si tú la lastimas.

—¿Qué carajos te pasa a ti? ¡Yo no la lastimé! De repente yo soy un maldito paria, y la mujer que maneja el negocio dice que debo elegir a otra persona.

—¡Ah!

Matt se pasó los dedos por el pelo, frustrado. —¿Ah, ah, qué?

—Estás por fuera amigo. Si tú la hubieras lastimado, Sally te hubiera prohibido contratar cualquiera de sus chicas. Obviamente es una decisión que Sienna ha tomado por razones personales.

—Pues bien, quiero conocer esas razones. Dame su número telefónico Paul, —demandó Matt.

—No puedo. Sería una invasión a su privacidad.

—Quiero verla, —insistió Matt, no importándole si sonaba como un idiota —. Tengo que verla, Paul.

Hubo un corto silencio al otro lado de la línea y Matt giró impacientemente la botella de cerveza entre sus dedos, esperando desesperadamente que su compañero comprendiera lo importante que esto era para él, que entendiera que Matt necesitaba ese número. Hizo una mueca, necesitaba desesperadamente ese número, pero no sabía por qué. ¿Qué significaba esa urgencia de ver una mujer con la cual había pasado una tarde desastrosa? ¿Qué diablos le estaba pasando? Tal vez necesitaba visitar un siquiatra.

—Está bien Matt. Tú ganas, te daré el número de su celular, pero tienes que prometerme que no la lastimarás.

—No deberías tener que pedirme eso.

—Sí, si debo pedírtelo. Ella es una buena mujer Matt. ¡Diablos! No sé qué es lo que estás pensando; no tengo ni idea de que es lo que vienes

pensando desde que murió Caroline. Te di el número de la línea de negocios de Sienna porque pensé que podría ayudarte a atravesar este momento difícil, pero en todo caso ella es más frágil que tú. Será mejor que te asegures de no hacerle nada que la lastime. Si lo haces, ten por seguro que seré yo quien te patee las bolas.

—De acuerdo, dijo Matt con brusquedad. Ahora dame el maldito número.

Capítulo Tres:

Ella contestó el teléfono al cuarto repique y contestó vacilante, con una suave pero cautelosa voz. —¿Hola?

—¿Sienna?

—¿Quién es? —La sospecha era evidente en su tono, y Matt supuso que no le gustaba recibir llamadas de extraños.

—Matt Pendleton.

Hubo una larga pausa después de que se identificara. —¿Cómo conseguiste este número? —Ser honesto parecía ser la mejor estrategia—. Tu jefa me dijo que tu no volverías a verme de nuevo. Contacté a Paul Meccelli y le supliqué hasta lograr que me lo diera.

—No debiste haber hecho eso.

—Sí, lo sé. Soy un cretino; no debí haberle preguntado. —Matt se detuvo, inhalando bruscamente—. Quiero verte otra vez.

Hubo otro largo silencio en el otro lado de la línea y Matt contuvo su respiración, esperando una respuesta.

—No creo que sea una buena idea.

—¿Por qué me hiciste poner en la lista de contactos bloqueados? ¿Hice algo que hiriera tus sentimientos? —preguntó en voz baja.

—No.

—¿Entonces por qué? ¿Por qué te niegas a verme de nuevo?

—No esperaba que quisieras verme otra vez después de nuestro encuentro esta tarde, —respondió ella.

—Sí quiero, —dijo firmemente—. Quiero verte de nuevo Sienna. —Él no sabía porque estaba tan decidido, pero lo estaba, y Matt se reconoció a sí mismo que verla de nuevo estaba siendo mucho más importante en su vida de lo que debería ser.

—Está bien, —dijo ella, después de otro corto silencio—. Haré que te retiren de la lista y podrás hacer una nueva cita.

—No quiero hacer una nueva cita, —dijo Matt—. ¿Qué estás haciendo en este momento? ¿Ya comiste?

—Matt, no es así como funciona esto. Emily sonó insegura y Matt decidió aprovechar la ventaja mientras la tuviera.

—¿Saldrías a cenar conmigo? Conozco un pequeño lugar; es relajado, discreto. Ni siquiera tienes que vestirme elegante, es muy casual.

—Eso suena más a una cita social que de negocios.

—Sí así es. —Sintió un gran alivio en su pecho. Ella no se estaba negando a su invitación, lo que le daba una luz de esperanza. Decidió presionar a su favor—. Cenemos juntos Sienna.



Ella debería decir que no. Su mente le indicaba firmemente que la respuesta era no, aunque su corazón la presionaba para decirle que sí. Había múltiples razones para decirle que no; ella sabía que debía rechazar educadamente lo que podría terminar en un desastroso error. Él era un cliente, y ella una dama de compañía. Él era un policía con una familia; ella era una sumisa que necesitaba un dominante. Él no podría ni remotamente entender sus elecciones de estilo de vida, y además no se había recuperado de la muerte de su esposa. Por mucho que Emily quisiera decir que sí, sabía que apenas él se enterara de todo acerca de ella, saldría corriendo y sin dudarlo consideraría su estilo de vida abominable. A pesar de todos los argumentos, cuando le respondió, ella misma se sorprendió de su respuesta. —Está bien.

—Magnífico, te recogeré. ¿Cuál es la dirección?

Oh diablos. Debió haberle dicho a Matt que se encontraría con él en el restaurante, pero, aunque el pensamiento le cruzó por su mente, Emily decidió que, si ella iba a seguir con esta locura, debería poner todas las cartas sobre la mesa. —Conoces Salacious?

—¿Ese antro en el centro de la ciudad?

Emily sonrió para sí misma cuando escuchó la sorpresa en su voz. —Sí, ese antro.

—Oh sí, sí lo conozco.

—Nos encontramos a la entrada. ¿Cuánto te demoras en llegar?

Matt hizo un rápido cálculo mental. —Veinte minutos.

—De acuerdo. Te veré entonces. —Emily colgó la llamada y permaneció inmóvil con su celular agarrado en la mano. No podía detener la alegre sonrisa que se dibujaba en sus labios, ni ignorar el pequeño salto de alegría en su corazón. A pesar de todas sus dudas, sentía hormigueos al saber que Matt quería verla de nuevo.



Salacious estaba ubicado en el extremo norte de la ciudad, una vieja bodega convertida en lo que posiblemente sería el club más discreto de Seattle. Por supuesto que el Departamento de Policía de Seattle tenía conocimiento de su existencia, pero era el único que nunca causaba dolores de cabeza a los más finos de Seattle. Nunca los llamaban a resolver problemas de peleas, o lidiar con borrachos, el lugar seguía las reglas de forma rigurosa y nunca causaba el más mínimo problema. Dado el tipo de club que éste era, Matt pudo entender porque el deseo de mantenerse por fuera del radar. Él había escuchado todo tipo de rumores acerca de lo que sus miembros se dedicaban, y mientras se parqueaba al frente del edificio, se preguntaba por enésima vez por qué Sienna se encontraba allí.

La calle Salacious estaba situada en lo que alguna vez había sido parte de una gran zona industrial de Seattle, pero que hacía mucho tiempo había sido abandonada por la empresa. Por lo que Matt había oído, el propietario de Salacious había comprado la bodega en la cual estaba situado el club y luego había procedido a comprar los terrenos alrededor de ésta, ofreciendo a Salacious una cantidad considerable de privacidad para sus clientes. Las calles alrededor del club se habían modernizado gradualmente con nuevos apartamentos, condominios de gama alta y restaurantes de moda, pero Salacious había permanecido. Un pequeño aviso de bronce que mostraba el nombre del club colgaba en la pared de ladrillo rojo que daba hacia la calle, iluminado por una sola lámpara. La calle afuera del edificio estaba llena de autos, pero no había nadie alrededor, y Matt descubrió que no había una entrada visible en el lugar en el cual él había parqueado. ¿Y dónde estaba la entrada? Dada la naturaleza del club, el asumió que debería ser por fuera de la calle; la gente seguramente querría privacidad al momento de ingresar. Estaba a punto de alejarse de la acera cuando dos figuras dieron la vuelta a la esquina del edificio y se acercaron a su camioneta. El hombre era alto y musculoso, de sólida contextura y llevaba *jeans* negros con una camiseta estampada con el nombre “Salacious” en letras rojas sobre un material bastante estrecho. La

chica era pequeña y a medida que se acercaban a la camioneta, Matt la reconoció. Apresuradamente abrió la puerta y se bajó. —Hola.

Sienna sonrió nerviosamente, pero el gorila que la acompañaba no cambió su rígida expresión. Sienna miró al hombre que estaba parado a su lado, tocando su brazo. —Bud, este es Matt. Yo voy a estar bien, gracias.

El gorila miró a Sienna y le ofreció una sonrisa fraternal, y seguidamente clavó su mirada en Matt, como si viera en éste a un insecto que necesitaba aplastar. —Si necesitas algo, me llamas cariño.

—Así lo haré.

Matt había caminado alrededor del auto para abrirle la puerta a Sienna, mirando su cabello con interés. —Me haré cargo de ella. —No entendía por qué sentía que, por su propia vida, debía reasegurarse ante el hombre gorila.

—Más te vale. —Gruñó el hombre gorila y se devolvió a la esquina del club. Sienna se subió a la cabina de la camioneta, mirando el interior con interés.

Matt se ubicó en el puesto del conductor y se ajustó el cinturón de seguridad, girando hacia Sienna. Ella se veía muy pequeña en su camioneta, casi perdida en el asiento. Sonrió. —Gracias por aceptar la invitación.

—Gracias por invitarme.

Matt señaló hacia su cabello. ¿Es ese tu verdadero cabello?

Ella se lo acarició de forma deliberada. —Sí

—¿Esta tarde tenías una peluca?

Ella se lamió los labios, mordisqueando el interior de su mejilla. —Sí. Y como esta es una cita social y no de negocios, probablemente deberías saber que mi nombre no es Siena.

—Ya veo. Matt se arqueó un poco más en su asiento, hipnotizado por el movimiento de su lengua y la pequeña mancha húmeda que había dejado en su labio inferior. Luchó contra el impulso de inclinarse y besarla. —¿Cuál es tu nombre?

—Emily.

Matt sonrió cálidamente. —Emily. Es un nombre muy lindo. —Poniendo a sus alborotadas hormonas de nuevo bajo control, se dirigió hacia la calle—. Me gusta mucho más que Sienna. Ese sonaba más a nombre de actriz.

—Creo que eso es lo que soy cuando estoy con un cliente. —Emily se reclinó en el asiento, con su mirada fija en el parabrisas.

Matt sostuvo una pequeña conversación mientras se dirigían hacia el restaurante, evitando cuidadosamente de cualquier tema personal. Sienna

—*Emily*— parecía nerviosa y quería relajarse. Mirándola disimuladamente mientras esperaban en un semáforo, fue cautivado de nuevo por la belleza de sus finos rasgos y deslumbrado por la bonita cabellera rizada que había guardado bajo la peluca. Sus dedos le picaban de deseo por acariciar esos rizos, pero en su lugar apretó sus manos en el volante.

El restaurante era un pequeño lugar italiano, cerca de la avenida 27 y cerca de su lugar de trabajo. Inaugurado hacía unos cuarenta años por Nico Donetti, el lugar era todavía dirigido por Nico, su esposa Lucy y una mezcla de hijos, hijas y nietos. En su humilde opinión, allí servían la mejor comida italiana de Seattle y era de los sitios favoritos de él y sus hijos. El camarero los había instalado en una acogedora y privada mesa, segundos después de su llegada y había tomado su pedido de bebidas. Dado que ya había tomado dos cervezas, Matt se ordenó una Coca Cola y Emily pidió una limonada. Cuando el camarero se marchó, se relajó contra la parte trasera de la mesa y miró a la hermosa mujer frente a él. 1—¿Así que técnicamente, esta es una cita social?

La respuesta de Emily fue cautelosa, y él observó cómo jugaba con la servilleta. —Si.

—¿Entonces puedo preguntar acerca de ti, y no recibir como respuesta que tú no respondes preguntas personales?

Emily lo pensó cuidadosamente durante algunos segundos antes de responder, dejando entrever una pequeña arruga entre sus cejas. Matt se resistió al impulso de extender la mano y suavizarla. —Dentro de lo razonable, —contestó ella prevenidamente.

—De acuerdo, —accedió Matt—. Dentro de lo razonable. El camarero apareció con las bebidas y Matt se recostó mientras éste tomaba su orden de comida, para luego marcharse apresuradamente. El restaurante estaba lleno y él estaba agradecido de conocer muy bien a Nico para pedirle el favor de que les asignara una mesa tranquila en la parte de atrás del restaurante. — Entonces, ¿qué hace una chica como tú en un club como Salacious?

—¿Una chica como yo? —Emily repitió suavemente. Giró la paja en su vaso, considerando su respuesta—. Vivo allí Matt.

Matt arqueó una ceja; esa no era la respuesta que estaba esperando. —¿Tú vives... en Salacious?

Emily asintió con la cabeza. —Sally me ofreció un lugar para quedarme hace dos años. Vivo encima del club, en un apartamento en el segundo piso.

—¿Hace dos años? —Matt examinó la respuesta por algunos segundos—.
¿Coincide con la mala situación de la cual te rescató Paul?

—Sí.

—Así que Paul te rescató y Sally te acogió.

—Así es.

Matt tomó un sorbo de su Coca Cola. —¿Has sido siempre una dama de compañía? —Él titubeó en su pregunta, casi llamando a Emily de prostituta de nuevo, pero después de ver su reacción la última vez, logró corregirse en el último segundo.

—No, solamente un par de años atrás.

Matt frunció el ceño. —Esta Sally, ¿te obligó a hacerlo?

Para su sorpresa, Emily se rio entre dientes. —¡Santo Cielo! no. Fue mi elección.

Matt se mordió el labio pensativo. Tenía montones de preguntas que quería hacer, en una búsqueda para entender por qué una chica tan hermosa vendía su cuerpo a extraños, y vivía en un club de mala reputación. Nada de eso tenía sentido y siendo el buen detective que era, Matt quería respuestas.
—¿Por qué?



Emily se encogió de hombros en respuesta a la pregunta. El hombre sentado frente a ella parecía genuinamente interesado, y no parecía abrumado por ninguna de sus respuestas —por ahora—. Esa tarde había estado tan nervioso, y ahora parecía tener mucho más control y ella era la que ahora sufría de un ataque de nervios. Él era guapo en *jeans* y camisa de cuello blanco, los botones superiores desatados y las mangas enrolladas para revelar sus tonificados antebrazos. —Obtengo buen dinero. Mis clientes son buenos conmigo, y me tratan con respeto. Estoy pagando la universidad.

Matt abrió los ojos y Emily se preguntó si era este es momento en el cual Matt se daría cuenta de que esto era un error. Estaba por suceder, Emily no estaba segura del por qué la había invitado a cenar esa noche y estaba convencida de que tarde o temprano, Matt la rechazaría por lo que era, y por lo que hacía para ganarse la vida. Así que se sorprendió cuando habló de nuevo, con una voz tranquila. —¿Qué estudias en la universidad?

—Me estoy especializando en Historia Antigua y Arqueología. Estoy a punto de completar mi segundo año.

—Obviamente tienes sesos, —contestó Matt con una sonrisa irónica.

—Me gusta pensar que sí. —Emily se recostó en la silla relajándose un poco.

Matt tomó un sorbo de su bebida y Emily pudo ver que estaba considerando otra pregunta. Se inclinó hacia adelante en el asiento, su mirada intensa. —Vives en Salacious. ¿Eso significa que estás metida en esa mierda extraña?

El camarero regresó con la orden, segundos después de que Matt había formulado la pregunta y Emily se divirtió cuando Matt maldijo en voz baja, obviamente frustrado por la eficiencia del camarero. No empezó a comer su pasta Napolitana; en cambio, miró a Emily astutamente, esperando pacientemente una respuesta.

Emily cogió su tenedor, girándolo ligeramente contra el mantel rojo, mirando a los otros clientes como si estuvieran a punto de escucharlos. —No

estoy segura de querer responder a esa pregunta.

—¿Porqué? —preguntó Matt.

¿Cómo podría responder a esa pregunta? Ella estaba preocupada porque, si le contaba la verdad, él podría irse del restaurante y nunca más lo vería de nuevo. Escuchándose a sí misma, sonaba patética, pero no quería contarle la verdad y de pronto ver repugnancia reflejada en su hermoso rostro. Quería tener la oportunidad de conocer mejor a Matt Pendleton. Sobre todas las cosas, Emily sabía que debía ser honesta con él. Nada podría suceder entre ellos, aunque ella así lo quisiera, pero era lo suficientemente ilusa como para admitir que se aferraba a una mínima esperanza. —Soy un sumisa, Matt.

La cara de Matt se endureció, sus ojos se centraron en los suyos y ella asumió que él estaba decidiendo si irse del restaurante o no. En su lugar, movió el plato atravesando la mesa, tomó su vaso y se pasó al otro lado de la mesa, sentándose junto a ella. Su corpulento cuerpo invadió su espacio y ella sintió el calor precipitándose en su cuerpo debido a su cercanía. Era similar a lo que había sentido esa tarde, cuando sus piernas estaban a horcajadas sobre su fuerte y magro cuerpo y una ráfaga de humedad inundó su ropa interior. — Explícame que significa eso, le replicó Matt suavemente.

Luchó para ganar tiempo, consciente de su cálido muslo, que apenas rozaba al suyo. —Matt, debemos comer primero. —Al verlo abrir la boca para discutir, ella continuó apresuradamente—. Tengo un poco de hambre, y esto no es algo que pueda explicarse en unas pocas cortas palabras.

Inclinando su cabeza, Matt aceptó, y ella lo observó hacer un visible esfuerzo por relajarse. Tomó su tenedor y comenzó a tomar la pasta caliente, y a llevársela a su boca.



¡Por Dios! Deseaba intensamente otra cerveza. ¿Una sumisa? Él no era ingenuo, y sabía lo que significaba, pero diablos, ¿qué significaba para él? Solo escucharla decir la palabra le había aumentado su incomodidad diez veces. Él estaba excitado desde el mismo momento en que la vio venir en la esquina de Salacious, y ahora lo tenía completamente duro y sus pelotas ardían. ¿Qué decía esto de él? Pensar en ella bajo su control, haciendo lo que él le pidiera, dispuesta a concederle cualquiera de sus deseos. ¡Mierda!

Matt terminó su pasta en cuestión de minutos, sentándose y esperando impacientemente mientras Emily jugaba con su comida, comiendo un poco y luego empujando el plato con un suspiro. Miró el plato y se volvió para poder estudiar su rostro. —¿No te gustó?

Emily sacudió su cabeza. —Sí, está delicioso.

—Adelante, come

—Estoy bien. —Ella se movió incómoda en el asiento, y Matt se dio cuenta de que él estaba poniéndola nerviosa.

No podía evitarlo; honestamente, no podía. La idea misma de que ella fuera sumisa lo conducía al punto de locura. Quería tantear el terreno, por así decirlo. —Emily, —dijo en voz baja— come tu cena, por favor.

Durante un largo momento, Emily lo miró fijamente, sus gloriosos ojos azules revelaron un pequeño parpadeo de sorpresa. Y luego, lentamente, cogió el tenedor y movió el plato hacia ella, girando las hebras de pasta en el tenedor y comiendo.

Matt observó cómo comía, el acto de girar la pasta en su tenedor con tanta precaución era estimulante. Sabiendo que lo estaba haciendo porque él así lo había exigido, lo estimulaba. El diminuto estremecimiento que vio surgir a través de su cuerpo, la forma en que se movía ligeramente sobre el asiento, apretando sus muslos, estaba haciendo hervir la sangre en sus venas. Se inclinó para que su boca estuviera cerca de su oído y susurró: —¿Te gusta que te digan qué debes hacer?

Su pequeño y hermoso cuerpo se estremeció de nuevo, asintiendo.

Matt no se alejó, se mantuvo cerca de su oído mientras comía, asegurándose de que su aliento calentara la piel contra su cuello cuando habló de nuevo. —¿Te excita?

Nuevamente asintió y su cuerpo se estremeció. Su mano tembló mientras giraba cuidadosamente la pasta, colocando otra pequeña cantidad en su boca.

Matt se enderezó, retirándose de su espacio personal, aunque era lo último que quería hacer. Lo que realmente quería hacer, y que le producía pánico, era acostarla en ese banco de cuero falso y follarla locamente, hasta que ella explotara en sus brazos con un clímax que ninguno de los dos olvidaría jamás. Guardando esos fuertes pensamientos en el fondo de su mente, apoyó su brazo en el respaldo del banco y apretó el vaso de Coca Cola en su mano, tratando de hacer que sus enmarañados pensamientos se aplacaran. Él sonrió tristemente para sí mismo, ya que no iba a ser fácil cuando toda la sangre de su cuerpo se había encaminado hacia su ingle. Se sentía mareado y no era por el exceso de alcohol, era puramente el efecto de la mujer sentada a su lado.

Emily terminó su pasta y cuidadosamente colocó el tenedor en el plato; se limpió la boca con la servilleta y se inclinó en su asiento para que su cuerpo girara hacia Matt. Durante un par de segundos ella lo miró con cautela. — Deberíamos hablar.

Matt escurrió el vaso de Coca Cola, aun deseando que fuera una cerveza. —Sí, creo que deberíamos. —Dejó caer el vaso sobre la mesa y se encontró con los ojos de Emily—. ¿Es algo que es importante para ti?

Emily asintió, mordiendo su labio pensativamente. —Es mi naturaleza, parte de lo que soy.

—¿Es esa la razón por la cual me pusiste en la lista de contactos bloqueados? —De pronto se le ocurrió a Matt que esa sería la razón por la cual ella había estado evitando, hablar de sí misma. Tenía que admitir que estaba contento de pensar que en realidad podría estar interesada en él, aparte de ser sólo otro cliente.

Emily sonrió. —En parte. Pensé que después del desastre que había sido nuestra cita esta tarde, no querrías volver a verme.

Matt sonrió. —Créeme, el desastre de esta tarde fue totalmente culpa mía. Estaba endemoniadamente nervioso y no había tenido relaciones sexuales desde que mi esposa murió.

—Ya veo.

—¿Así que dijiste que la sumisión era parte del por qué me pusiste en esa lista? ¿Qué más?

Emily retorció la servilleta entre sus dedos, girando el pedazo de tela blanca de un lado a otro. —Me siento atraída por ti. Me asusta.

Matt frunció el ceño, aun cuando internamente celebraba. —¿Por qué?

Emily se mordió el labio con ansiedad y Matt se enamoró, deseando inclinarse y besarla para eliminar la preocupación de sus bonitos rasgos. No había reaccionado así ante nadie desde Caroline, para ser honesto, no estaba seguro de si alguna vez se había sentido tan loco, tan espontáneo con cualquier otra mujer, incluso con Caroline.

—Nunca me he involucrado con un cliente. Y honestamente, no me pareciste un dominante.

—¿Dominante? —Matt consideró la idea cuidadosamente, viéndola desde todos los ángulos. La idea era ajena a él, necesitaría un cuidadoso entendimiento. Ni siquiera sabía lo que implicaría. Él y Caroline habían sido aventureros en la habitación, pero en términos de posiciones sexuales y juguetes. Esto era algo diferente; él podía entender exactamente la diferencia y tuvo que admitir que era una proposición interesante. La atracción sexual que sentía por Emily era abrumadora, pero necesitaba pensar en la dominación que obviamente ella necesitaba. ¿Era capaz de eso? ¿Qué implicaba? Si fuera necesario hacerle daño, sabía que no sería capaz de hacerlo. Nunca había herido a una mujer en su vida, no iba a empezar ahora.

Cuando habló, mantuvo la voz baja. —No puedo decirte si puedo ser lo que necesitas, Emily. Puedo decirte que estoy locamente atraído por ti y me gustaría tener la oportunidad de verte de nuevo. —Se movió al borde del banco, por lo que sus muslos estaban uno al lado del otro, y otra onda de deseo la hizo temblar—. ¿Lo considerarías?



Emily quería lo que él le estaba ofreciendo. No había duda en su mente de que quería volver a verlo, para descubrir si él podía darle lo que ella necesitaba. Sin embargo, otras inquietantes angustias distraían su mente de la sensación de su muslo contra el suyo y el olor de su colonia. —No estoy segura de que estés listo para esto, Matt. Esta tarde —dijo tímidamente—, tuve la impresión de que no estás listo para que alguien más entre a tu vida. Tal vez sea demasiado pronto, después de la muerte de tu esposa.

—Aún extraño a Caroline, todos los días —admitió con voz ronca—. La amaba, con toda mi alma. —Respiró profundamente y extendió la mano, tomando en sus dedos un suave rizo de su cabello, observándola mientras hablaba—. Pero quiero ver qué es esto, si hay algo real entre tú y yo. Más que una lujuria abrumadora que me está volviendo loco.

Emily volvió la cabeza contra su mano, acurrucándose contra sus dedos como un gatito contento. —Me alegro de que no sea sólo yo, —admitió con una risita.

El camarero apareció de nuevo, interrumpiendo su conversación y tomó sus órdenes de café, antes de volver a irse hacia la cocina. Matt había quitado su mano de la mejilla de Emily mientras el camarero estaba en su mesa, pero ahora él extendió su mano y envolvió sus dedos en los suyos. Parecía que ansiaba cualquier contacto físico con ella y Emily envolvió sus dedos entre los suyos y les dio un suave apretón.

—Esta cuestión de la sumisión, —comenzó Matt cautelosamente—. ¿Es realmente lo tuyo?

Emily sintió su nerviosismo y apretó los dedos otra vez, instintivamente ofreciéndole consuelo. —Lo mejor es que te explique exactamente lo que me gusta. Te facilitará decidir si puedes o no satisfacer mis necesidades.

—Buena idea. —Matt consideró la idea de llamar al camarero y pedir algo más fuerte que el café, pero tenía que conducir. Debió haber tomado un taxi.

—No me gusta el dolor, pero obviamente si me porto mal debo ser castigada. No me gustan los azotes fuertes, pero un poco de juego es aceptable. Definitivamente no me gusta el juego de agua. No me gusta que me compartan en las relaciones sexuales, pero obviamente, si te convirtieras en mi dominante y lo exigieras, me sometería. Me gusta ser compartida en sexo oral con parejas masculinas o femeninas. Si deseas compartirme con tus amigos, me sometería a ello, pero no puedo decir que lo disfrutaría. Tiendo a preferir que el juego sexual sea con mi propio dominante, pero como sumisa que soy, haré lo que mi dominante me pida. Disfruto de los juguetes, de una ligera esclavitud y no me opongo al exhibicionismo. A pesar de mi tamaño, no estoy dispuesta a juegos incestuosos; no es algo que me sienta cómoda explorando. Disfruto siendo sumisa, específicamente en el dormitorio. Quisiera tener mi propio tiempo no sumiso para continuar mis estudios y prefiero tener tiempo, cuando no estamos jugando, durante el cual podemos disfrutar de la compañía del otro como iguales.

Era equivalente a sentirse atropellado por un camión. Matt parpadeó, todavía tratando de comprender la serie de alucinante información que Emily acababa de disponer delante de él. ¿Azotes? ¿Juego de agua? ¿Sexo oral con otros hombres y mujeres? ¡Mierda! estaba parado en el borde de un precipicio y el suelo debajo de él estaba resbaladizo. ¿Cómo demonios respondería a lo que acababa de decirle?

Les trajeron el café y Matt se ganaba un poco de tiempo, revolviendo su café, añadiendo leche y azúcar. Todavía estaba luchando por recuperar su equilibrio cuando Emily volvió a hablar.

—Matt, estoy segura de que esto debe ser abrumador para ti. He vivido este estilo de vida durante algún tiempo y probablemente fui más específica de lo que necesitabas, pero he aprendido a ser honesta debido a un error que cometí en el pasado. Claramente, todo esto es una revelación para ti. Necesitas un tiempo para pensar y procesar lo que te he dicho. Te sugiero que cuando tengas la oportunidad, busques BDSM en Internet. —Ella sonrió maliciosamente—. Puedes hacer una búsqueda en Google.

Matt se echó a reír, la tensión se rompió mientras tomaba su café. —Creo que podría. Google, ¿eh?

Emily sonrió y asintió. —Tengo que admitir que me siento aliviada.

—¿Y eso?

—Creía que, para este momento, ya hubieras salido por la puerta.

—Lo he pensado.

—Todavía estás aquí.

—Todavía creo que eres muy atractiva.

Emily se rio. —Creo que tú también lo eres.

Matt se recostó en el asiento, pensando profundamente. —¿Así que siempre has sido sumisa?

—Creo que sí. —Emily tomó un trago de café antes de volver a hablar—. Hasta cierto punto, creo que todos tenemos alguna tendencia hacia el dominio o la sumisión. Para algunos de nosotros, es lo suficientemente fuerte como para necesitar atención.

—¿Cómo se compara esto con el trabajo de dama de compañía? —Matt todavía no estaba seguro de cómo se sentía al respecto. ¿Cómo iba a manejar el hecho de verla con otros hombres? Era en lo primero que había pensado cuando había intentado llamarla antes; él había pensado que estaba con un cliente, y odiaba imaginarla teniendo sexo con otro hombre.

—Parte de ser sumiso es proporcionar lo que alguien más necesita, un deseo de ser lo que necesitan que seas. Si eso equivale a ser más dominante, es lo que hago, aunque no sea con lo que me siento más cómoda.

—¿Qué pasa ... si seguimos con esto? —Matt no sabía cómo llamarlo. Ni siquiera sabía si era algo que valía la pena continuar. Tenía hijos, por el amor de Dios, no podía simplemente iniciar un romance con una prostituta sumisa y esperar que no tuviera repercusiones en su vida.

—No estoy segura de lo que quieres decir —dijo Emily en voz baja, aunque tenía sus sospechas.

—Si llevamos esto más allá de la lujuria mutua, con seguridad que no quiero que tengas relaciones sexuales con otros hombres.

Emily se lamió los labios, preparando sus pensamientos antes de responder. —Matt, es la única manera que tengo de ganar algún dinero mientras termino la universidad. No tengo otras habilidades.

—¿Así que seguirías durmiendo con otros hombres, a pesar de que estuvieses viéndote conmigo?

Emily inhaló profundamente, preguntándose por qué le dolía pensar que podría perder a este hombre, antes de que realmente lo tuviera. —No sé si tengo una respuesta a tu pregunta, Matt. No puedo renunciar a todo por lo cual estoy trabajando, por un hombre que conocí hace siete horas.

—No te lo estoy pidiendo. Necesito saber si lo harías, si esto se convierte en algo más.

—No puedo responderte eso.

Matt suspiró profundamente, frotándose la mano por la mandíbula. —No, no puedes. Sólo estoy tratando de entender todo esto. —Miró a Emily, ofreciéndole una cálida sonrisa—. ¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco

—¡Mierda! Tengo la edad como para ser tu padre.

—No lo creo, —Emily sonrió—. No pareces tan viejo.

—Tengo cuarenta y dos años.

—De acuerdo, tal vez tengas la edad suficiente para ser mi padre. —

Emily se movió más cerca de él y le besó la mejilla—. No me importa. ¿Te importa a ti?

—Al parecer, no está haciendo la menor diferencia a mi libido. —Matt murmuró.

—Emily rio de nuevo. —Bueno, no tenemos nada de qué preocuparnos, ¿verdad?

Capítulo Cuatro:

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes acostarte con completos extraños? — Era una pregunta que estaba en lo más interno de la mente de Matt; quería saberlo, necesitaba entender por qué Emily lo hacía.

Matt no quería que la noche terminara, y por ello cuando salieron del restaurante, sugirió a Emily caminar por la playa de Seattle. Ella estuvo de acuerdo, proporcionándole a Matt una profunda satisfacción al saber que seguía interesada. Durante unos minutos, caminaron en un silencio amigable, el sonido del agua que rompía en el malecón y el estallido ocasional de risas y conversaciones de otros caminantes, eran los únicos sonidos que perturbaban la tranquilidad.

Emily se mordió el labio y lo miró en la penumbra. —Cuando estoy con un cliente, es difícil de explicar, pero no soy yo quien está teniendo sexo con ellos, es Sienna.

—Sienna y Emily son una sola, —señaló Matt. Se acercaban a un asiento y él colocó su mano en la pequeña espalda de Emily, dirigiéndola hacia el banco.

—Sí, lo son, —añadió Emily, elegantemente sentada en el borde del banco de madera. Miró hacia el agua oscura durante unos segundos. —¿Matt, has tenido alguna vez algo de una sola noche?

Matt sonrió. —Un par. ¿Por qué?

—¿Te preocupó no tener una relación con ellas? ¿Te arrepentiste después?

—No.

—Así es como me siento acerca de lo que hago, Matt. El sexo es sólo sexo. Es una forma de poder pagar por la universidad y cubrir mis cuentas. Es un producto que tengo, y que puedo usar de la manera que desee.

—No te preocupa tu salud? ¿Con cuantas otras damas de compañía podrían haber estado tus clientes?

Emily sonrió. —No soy una prostituta que está en la calle recogiendo hombres de paso. Tengo seis clientes en total, todos los cuales fueron examinados cuidadosamente por Sally antes de su primera cita conmigo. Ellos tienen que proporcionar —antes de su primera cita— un informe médico para asegurarse de que no tienen VIH, ninguna enfermedad de transmisión sexual o hepatitis. Nunca tengo sexo sin el uso de un condón y también me hago exámenes trimestrales.

—¿Y si también están follando con otras mujeres? —replicó Matt.

Emily sonrió. —¿Serían ellos diferentes de una buena proporción de la población? Mucha gente tiene encuentros casuales solo para el sexo, y en cualquier caso yo estoy probablemente más segura que la mayoría de la población. La única diferencia es que el sexo que tengo es una transacción comercial. Proveo un servicio por dinero.

—¿Para ti fue solo eso esta tarde? ¿Una transacción comercial? —Matt sintió una sensación de decepción.

Emily sonrió suavemente. —No, esta tarde fue diferente. Normalmente con un cliente puedo desconectarme, no tener una reacción física o emocional con ellos. Contigo ... fue diferente.

Matt se movió en el banco para estar un poco más cerca de ella. —¿Cómo es eso? —preguntó con voz ronca.

Emily jugueteó con la correa de su bolso durante unos segundos. —He reaccionado físicamente contigo, —finalmente respondió de una forma muy suave—. Y también a nivel emocional.

La aparentemente interminable erección de Matt se hizo más difícil, algo que no había creído posible. —¿Te sientes atraída por mí?

Emily asintió con su cabeza. —Muchísimo.

Matt se inclinó hacia adelante, su boca a pocos centímetros de Emily mientras la miraba, sus ojos oscurecidos de deseo. —No puedo empezar sin decirte lo atraído que estoy por ti.

—Emily miró su entrepierna con una sonrisa de comprensión. —Puedo notarlo.

Matt hizo una mueca. —He estado así desde esta tarde, pequeña bruja. Bajó su boca hasta que sus labios rozaron los de Emily, lamiendo la punta de su lengua a través de su labio inferior y deslizando sus brazos alrededor de su cuerpo para acercarla a él.

Emily respondió de inmediato, con un profundo suspiro brotando de su boca, cuando Matt la aplastó contra su pecho y la besó en la boca otra vez, inhalando el tenue olor a jazmín que flotaba hacia su nariz, disfrutando la suavidad de sus labios y la sensación de sus curvas bajo sus manos. Cuando Matt se alejó, estaba respirando de forma entrecortada. —¡Dios! me estás volviendo loco, —respiró contra sus labios—. Te deseo desesperadamente; es en lo único en lo que puedo pensar.

Emily respiró profundamente, con voz baja dijo: —técnicamente, creo que después de esta tarde, te lo debo.

Matt la miró unos segundos antes de hablar. —No quiero esto si no lo quieres, Emily. No quiero que esto sea una continuación de nuestro acuerdo esta tarde. Quiero que se trate de que quieres tener sexo conmigo, no de un acuerdo de negocios. Te quiero en la cama conmigo porque tú lo eliges, no porque creas que me debes.

Los ojos de Emily se agrandaron cuando le devolvió la mirada a Matt y lentamente e imperceptiblemente, ella asintió. —Lo quiero, Matt.

Matt se puso de pie, ofreciendo a Emily su mano para ayudarla a ponerse de pie. La condujo silenciosamente por la concurrida calle hasta que vio lo que buscaba. El Hotel Seattle Regency se encontraba en la esquina de la 108 con 11 Oeste, un majestuoso hotel que estaba en funcionamiento desde los años treinta. Matt escasamente notó la belleza del interior *art deco*; en lo único en lo cual podía concentrarse era en llegar a la recepción y registrarse en una habitación. En cuestión de minutos, tenía una tarjeta y caminó con Emily hacia el ascensor.

Una vez adentro, Matt invadió el espacio de Emily, envolviendo sus brazos alrededor de su cintura y atrayéndola contra su cuerpo, consciente de que sentiría la longitud de su erección contra su vientre. —¿Estás segura de esto?

Emily pasó sus dedos ligeramente por sus nalgas, levantando su cara hacia la suya. —Absolutamente.

Sin decir nada más, Matt dejó caer su boca sobre la de ella en un beso que le quitó el aliento, esforzándose para que sus rodillas no se desplomaran. El hombre era abrumador, poderoso, y su fuerza y musculatura, la hacían sentir diminuta entre sus brazos y ella inhaló profundamente, excitada por el aroma almizclado de su loción. Sus labios eran dominantes y tiernos a la vez, sus manos corrían por su cadera y la apretaban mientras le frotaba la entrepierna contra ella. Emily recorrió su pecho con sus dedos, encontrando unos firmes pezones debajo de la camisa, los retocó, satisfecha cuando Matt gimió y blasfemó bajo su aliento.

Cuando el ascensor se detuvo en el piso, Matt sorprendió a Emily levantándola en sus brazos, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura mientras salían del ascensor, dándole firmes besos en sus labios, mejillas y cuello. El tamaño de su erección presionó contra su entrepierna y Emily se movió un poco, disfrutando de la sensación mientras sus *jeans* le rozaban su clítoris, enviando espasmos de deseo a través de su cuerpo.

—¡Mierda! voy a perder el control, si sigues, —advirtió Matt, alejándose de sus labios cuando llegaron a su habitación asignada.

—¡Cuento con eso! —añadió Emily con voz ronca, dándole diminutos besos en su mejilla mientras que él buscaba la tarjeta con impaciencia por entrar en la habitación. Con un silencioso chasquido, la puerta se destrabó y Matt la abrió, empujándola luego detrás de él mientras apretaba a Emily contra la pared y se frotaba contra ella, explorando su boca con su lengua mientras pasaba las manos por su cintura, luego por sus costillas hasta que encontró esos hermosos pechos que lo habían hipnotizado esa tarde.

Emily se arqueó hacia adelante, el toque de sus manos contra sus pechos electrificaba a pesar de las capas de ropa entre su piel y sus manos. Ella sintió que sus pezones se erguían y se endurecían contra su sostén, el toque de sus pulgares sobre ellos, enviaba ráfagas de deseo directamente a su ingle.

Matt la levantó de nuevo, llevándola a la cama y dejándola caer suavemente sobre ella, sin romper el beso que compartían mientras se bajaba por su cuerpo. Bajó la mano a su pecho otra vez, pasando relajadamente sus dedos sobre su pezón.

—Quiero que te desnudes para mí —le exigió con voz ronca—. Quiero verte completa, centímetro a centímetro, todo lo que me perdí esta tarde.

Los ojos de Emily estaban llenos de deseo, contrastaban el azul sorprendente de sus ojos contra la oscura cobertura de la cama. —¿En la cama o por fuera?

Matt pensó por un segundo, antes de alejarse de ella y sentarse contra la oscura cabecera de madera y con una sonrisa enigmática. —Afuera.

Emily le devolvió la sonrisa y se movió sensualmente hacia el final de la cama, simulando a un diminuto gatito. Sin embargo, el striptease que interpretaba no tenía absolutamente nada que ver con los lindos gatitos, y su respiración se aceleraba mientras se deslizaba lentamente por el costado de la cama, levantándose su camisa de algodón por encima de la cabeza, y dejando vislumbrar de forma tentadora sus pechos cubiertos de encaje antes de voltearse y sonreír sobre su hombro. Ella desabrochó la parte delantera del sujetador, aliviando las correas de sus hombros. Se quitó el sujetador de sus brazos y lo sostuvo en el aire por un momento antes de dejarlo caer al suelo.

Desde la distancia en la oscura habitación, Matt pudo ver ... cicatrices. Eran descoloridas, apenas si se veían en su espalda, pero igual, allí estaban. Se preguntó qué las habría causado y por una fracción de segundo estuvo tentado a preguntar, pero no quería incomodarla, pensaba que no era el momento oportuno. Ya habría tiempo más tarde para preguntarle y conocer más acerca de su vida. Ahora, la quería a ella, todo de ella, y la sangre hervía

en sus venas mientras la miraba delicadamente, imaginando lamerse esos diminutos hoyuelos que podía ver justo encima de su hermoso trasero.

—Date la vuelta, —ordenó Matt con voz ronca.

Emily se giró y Matt suspiró profundamente, con los ojos clavados en sus senos. Lozanos y perfectos, sus rosados pezones se destacaban tentadoramente y él le hizo señas hacia él.

—¿Pensé que querías que me desnudara?

—Quiero tocar esos hermosos senos.

Con una pequeña sonrisa, Emily se acercó a él y Matt alargó la mano, rozando las yemas de sus dedos sobre sus pechos, disfrutando del escalofrío que ondulaba a través de su cuerpo. Inclínandose hacia delante, apresó un pezón en su boca, saboreándolo con su lengua antes de chuparlo profundamente, jugando con sus dedos con el otro pezón. Emily se inclinó hacia él, pasando sus manos a través de su oscuro pelo y cerró los ojos en éxtasis.

Matt soltó su pecho con un suave beso y pasó la mano por su trasero. —El resto —dijo con voz ronca—. Ahora quiero ver todo lo demás.

Emily dio un paso hacia atrás, se desabrochó los pantalones y bajó su cremallera. Los ojos de Matt no se apartaron de los de ella mientras ella agarraba con sus dedos el borde del dril y los deslizaba por sus piernas. Al quitarse los pantalones, encontró a Matt mirando el trozo de encaje que cubría su pubis y lamiéndose los labios. —Quítatelos, —dijo él.

Emily tiró de las diminutas cuerdas de encaje en sus caderas, soltando el cordón y dejándolo caer al suelo.

Por un largo momento, Matt dejó que sus ojos vagaran por el cuerpo de Emily, consciente de la pequeña señal de vacilación en sus ojos. Se preguntaba cómo se vería cuando estaba con sus clientes, pero rápidamente bloqueó el pensamiento. —Ven aquí, cariño, —estiró sus brazos hacia ella y Emily se acercó cautelosamente hacia él, con movimientos vacilantes.

—¿Qué pasa? —Preguntó Matt en voz baja, atrayéndola hacia su regazo y envolviendo sus brazos alrededor de su cuerpo.

—No quiero decepcionarte.

—¡Por Dios Emily! ¿Cómo podría estar decepcionado? Eres hermosa.

—Déjame que te complazca, —susurró roncamente.

Ella se apartó de sus brazos y Matt se echó hacia atrás, mirando con ojos lujuriosos mientras Emily cogía el borde de su camiseta, y él le permitía sacarla por encima de su cabeza. Ella buscó el botón de sus pantalones, pero

Matt le atrapó las manos, apretando sus dedos suavemente. —Estoy a cargo aquí. Acuéstate.

Haciendo lo que le dijo, Emily se recostó sobre las almohadas, sus rizos se extendieron alrededor de su bello rostro mientras miraba a Matt atentamente. Él se acomodó a un lado de la cama, se desabrochó los pantalones, se quitó los zapatos y los calcetines, antes de quitarse los pantalones y pantaloncillos, y tirar ambos al suelo.

Él era hermoso. Emily se lamió los labios mientras Matt se deslizaba en la cama hacia su lado, admirando sus amplios hombros, los bien definidos músculos de sus brazos y su estómago ondeando con el movimiento. Extendió su mano y lo tocó, bajando la cabeza para besar primero un pezón, luego el otro, antes de dirigirse hacia su glorioso pene, que se destacaba, orgulloso y grueso.

Matt la atrapó y la levantó de nuevo a su lado. —Un momento, encanto. Estoy a cargo, ¿recuerdas? —Se puso de rodillas sobre su costado, envolviendo su brazo sobre su cintura con un apretón suave. Y te estoy haciendo el amor.

Con un suspiro contenido, Emily le permitió tomar el control, y Matt bajó su cabeza a sus senos una vez más. Él lamió y chupó primero uno, después el otro, y su mano se dirigía hacia el apacible camino abajo de su estómago plano hasta que sus dedos encontraron los rizos cuidadosamente arreglados en la juntura de sus muslos. Emily instintivamente separó sus piernas, dándole fácil acceso y suspirando en la boca de Matt mientras la besaba, y sus dedos girando deliciosa y ligeramente a través de los rizos, dejándola jadeante y deseando más. —Por favor, Matt, por favor.

Matt sonrió contra su boca. —Por favor Matt, ¿qué?

Tócame. Por favor, tócame.

La punta de su dedo rozó por una fracción de segundo su clítoris, y gimió suavemente ante la electrizante sacudida de deseo que la atravesó. Él pasó sus dedos por el lado de su muslo, luego volvió a su vagina y de nuevo frotó suavemente su clítoris mientras aumentaba la presión de su boca contra la de ella, su lengua buscando, batiéndose en duelo contra la suya mientras se descubrían mutuamente. Era tan natural como si hubieran hecho el amor mil veces, cada uno instintivamente aprendiendo el cuerpo del otro, respondiendo uno al otro de una manera que ninguno de ellos podría haber imaginado.

Emily pasó los dedos por el abdomen fino y musculoso de Matt, bajándolos hasta rascar tiernamente su pene con sus uñas y Matt gimió contra

su boca, deslizando dos dedos en su húmeda vagina. —Oh Dios. Estás tan apretada, tan caliente.

—Te deseo, Matt —respondió Emily con suavidad.

Era todo lo que Matt necesitaba oír y se agachó, sacando su billetera del bolsillo de los pantalones y sacando un condón.

—Has venido preparado —comentó Emily, pasando sus dedos por el músculo de su espalda cuando Matt abrió el paquete con los dientes.

—Puras ilusiones —murmuró Matt.

El sonido de la risita de Emily le hizo sonreír, incluso mientras se movía a tientas con el condón. Le dolía, su erección palpitaba dolorosamente, la necesidad de ser uno con Emily era abrumadora. La sensación de sus dedos sobre su espalda, el calor de su piel creó una corriente eléctrica en su cuerpo que él nunca había experimentado antes. Era como si de alguna manera ella estuviera conectada a su cuerpo —su espíritu y su mente— y no creía que pudiera sobrevivir un minuto más sin sentirla a su alrededor.

Matt se levantó encima de Emily, se acurrucó entre sus muslos y él le sonrió, rozando un suave beso contra sus labios. —Te deseo, Emily.

Ella le sonrió, su expresión era melancólica. —Yo también te deseo. Hazme el amor.

Podía sentir el calor de ella contra su cuerpo, sintió el calor de su centro contra sus bolas mientras él dejaba caer su boca contra la suya, sus lenguas batallando y él gemía contra su boca. Se inclinó y colocó la punta de su pene en la entrada de su vagina, estremeciéndose mientras luchaba por el control. Cada instinto de su cuerpo quería que se moviera rápidamente, se sumergiera en ella y la marcara como suya, pero estaba preocupado por lastimarla, él era grande, y ella era increíblemente pequeña. ¿Podría ella recibirlo a él, todo él?

Emily envolvió sus piernas alrededor de su cintura, empujando su pene una pulgada dentro de ella y Matt gimió. —Por favor, Matt. —Ella levantó las caderas, forzándolo más hacia adentro y Matt le pasó un beso por la frente.

—No quiero hacerte daño, cariño —murmuró apretando sus dientes.

—Eso no va pasar, yo sé que no, Matt.

Su confianza en él terminó con sus esfuerzos de control y se hundió en ella hasta el fondo, sus gemidos se juntaron mientras Emily agarraba sus nalgas y balanceaba sus caderas de placer.

—¿Está bien? —Matt gruñó antes de que comenzara a moverse suavemente dentro de ella. ¡Dios! ella era el cielo en la tierra, apretada y mojada, ella lo envolvió como un guante y a él le encantó.

—Más que bien

—Bueno

—Muy bueno, más que bueno. —Emily acompasó sus movimientos con los de él, forzándolo a aumentar la velocidad y el dio una serie de besitos en la frente y mejillas, apretujando un seno contra su mano.

—Muy bueno, gimió Matt.

—Más duro, Matt. Por favor. Más fuerte.

Matt cerró los ojos, entrar y salir del cuerpo de Emily era éxtasis, sus pelotas se erguían y sabía que no duraría mucho. A pesar del clímax que Emily le había proporcionado hoy, estaba preparado y cargado para otro.

—Está cerca, está cerca, — murmuraba Emily suavemente y Matt quería recordar por siempre la expresión de éxtasis en su rostro, la ligera hinchazón en sus labios provocada por sus besos, y la expresión de intenso placer en sus hermosos ojos azules.

—Vente para mí, cariño. —Matt pasó sus dedos por el clítoris de Emily y ella explotó, gritando su nombre mientras se apretaba alrededor de él, sacando su propio clímax. Él rugió su nombre mientras inyectaba su semilla dentro de ella, colapsando contra ella y respirando pesadamente.

Cauteloso por su peso presionando demasiado fuerte sobre ella, Matt se desplomó a un lado, atrayendo a Emily hacia él para que ella estuviera encajada a su lado. Ella se acurrucó junto a él como un gatito contento y Matt envolvió posesivamente sus brazos alrededor de ella. No sabía hacia dónde iba todo esto, pero le encantaba la sensación de su cuerpo contra el suyo, rodeándolo. Con el aroma de su perfume llenando todos sus sentidos, esperó a que el ritmo del latido de su corazón se ralentizara, frotando sus dedos sobre su espina dorsal en un movimiento circular.

—¿Estás bien? —Preguntó Emily suavemente.

Matt pasó sus dedos por sus rizos. —Estupendo. ¿Por qué?

—Sólo me preguntaba ... —Emily se interrumpió, acurrucándose más cerca del pecho de Matt—. No importa.

Matt tomó su barbilla con las yemas de sus dedos, levantando su cara suavemente para mirarla. —¿Qué pasa?

Ella respiró profundamente, sus ojos se turbaron y el corazón de Matt saltó en su pecho. No lo había disfrutado. ¿Creería que habían cometido un error? Él la miró durante mucho tiempo, observando sus ojos para obtener un indicio de lo que estaba pensando.

—No sabía si estarías bien después de ... bueno, hum ... tu primera vez desde tu esposa. —Emily se mordió el labio con ansiedad.

Inhaló profundamente, aliviado al descubrir que no estaba teniendo dudas. —Estoy bien, cariño. —Dejó caer un beso en los rizos de Emily—. Siempre amaré a Caroline, siempre. Ella fue una gran parte de mi vida, la madre de mis hijos. Pero lo que compartí contigo, fue único, maravilloso, y nunca podré agradecerte lo suficiente.



Emily contempló como las emociones se filtraban a través de la cara fuerte del hombre que yacía a su lado, esperando silenciosamente mientras elaboraba sus pensamientos. Ella esperaba que él se levantara y saliera, en cualquier momento. Era obvio que nunca había considerado ser un dominante, y no tenía experiencia en ello. Sin embargo, antes, cuando le había pedido que comiera su cena y justo ahora, cuando él le había dicho lo que quería que hiciera, había hablado como un verdadero dominante. ¿Era posible que pudiera encontrar una naturaleza dominante, enterrada en algún lugar dentro del hombre que era? Era esperar demasiado y Emily se advertía a sí misma que se mantuviera desapegada, para permitirle elegir por sí mismo. Un dominante era creado naturalmente, no formado debido a las necesidades de otra persona. Tendría que albergar tendencias dominantes naturales, no podría ser forzado.

Emily rezaba para que así fuera.



—Grayson. —La voz que contestó la llamada era gruñona, áspera, con sueño.

—William Collado. Tengo trabajo para ti. —William recitó la placa de auto que había memorizado—. Descubre todo lo que puedas sobre el dueño. Espero tu informe dentro de veinticuatro horas. —Desconectó la llamada con irritación y regresó a su silenciosa contemplación del hotel donde Emily había desaparecido con el desconocido de cabello oscuro. La ira lo invadió al reflexionar sobre lo que debería hacer a continuación. Emily era suya. Ella era suya para hacer lo que él quisiera, y cuanto antes se la devolvieran, mejor.

Hasta ahora, ella parecía estar constantemente bajo la protección de la perra que dirigía Salacious, y era constantemente vigilada por el hombre calvo que aparentemente era su guardaespaldas y que iba con ella, siempre que atendía a uno de sus clientes.

Collado agarró el volante, hasta blanquear sus nudillos. Le había dado a Emily todo lo que había deseado y así le había pagado, vendiendo su cuerpo a extraños. ¡Qué irónico! Voluntariamente la había compartido gratis entre sus amigos, cuando pudo a haberla ofrecido por dinero en efectivo y en todo este tiempo había perdido la oportunidad. Como eran de diferentes, perder la oportunidad de obtener un beneficio. Cuando la tuviera de vuelta ... pagaría por lo que le había hecho, por la forma en que lo había avergonzado.

No obstante, con este hombre, con quien había desaparecido en el hotel, era de cierta forma una situación diferente. Collado había visto como la habían recogido en Salacious, dejando atrás al matón. Los había visto entrar al restaurante juntos, había visto como se había sentado a poca distancia de ella mientras hablaron en el malecón. También había visto como el hombre la llevaba al hotel donde ahora estaban instalados, y Collado supo instintivamente que el hombre no era un cliente. Era una cita romántica y Collado pretendía usar lo que pudiera averiguar sobre el tipo para recuperar a Emily.

Su flácido pene se endureció al pensar en las muchas formas en que castigaría a Emily y él podía imaginarla gritando de dolor y pidiendo perdón.

Con una sonrisa irónica, William giró la llave de encendido y se alejó lentamente del hotel.

Capítulo Cinco:

El sábado en la mañana sorprendió a Matt levantándose temprano, a pesar del placer de no tener hijos con los que lidiar y el día libre. Había pasado una noche inquieta, dando vueltas en la cama. Incluso cuando se logró dormir, su sueño estaba plasmado de erotismo con una mujer de rizos oscuros y ojos azules. Después de salir del hotel, Matt dejó a Emily de vuelta en Salacious, con el compromiso de ambos de darse tiempo para pensar. Después de un suave beso, Matt se había marchado, con la intención de esperar unos días para contactarla.

Cuando se levantó a las siete de la mañana, tuvo una erección y necesitó desesperadamente ir a orinar. Resolvió un problema, pero quedó atascado con el otro y en la desesperación, utilizó el jabón y su mano para tener un poco de alivio. Era la primera vez desde que Caroline murió que había aliviado su propia frustración sexual y su tercer orgasmo. Tal vez las cosas estaban patas arriba. Se negó a sucumbir ante la culpa de que Emily fuera la fantasía utilizada para aliviar su frustración, y no su amada esposa. Caroline se había ido, y no iba a volver. Sabía que no querría que Matt le hiciera duelo por siempre y él se sentía optimista al bajar por las escaleras.

Ese optimismo duró exactamente treinta minutos, el tiempo suficiente para hacer café, encender la computadora en el estudio y preparar el desayuno. Para el momento en que había seguido el consejo de Emily, usando Google para investigar el BDSM, estaba de vuelta al modo pesimista. Página tras página se informó del papel de un dominante y, francamente, algo de eso le hizo doler el estómago. Azotar, infligir dolor, tratar a una mujer como si fuera una pertenencia, Matt estaba abrumado por lo que vio y leyó. Revisó mentalmente la lista de Emily, comparando cómo encajaba con lo que estaba leyendo, sintiéndose aliviado al descubrir que obviamente no estaba en lo más escandaloso, pero aun así era desconcertante. Ella había dicho que practicaba sexo oral con hombres y mujeres y no estaba seguro de cómo se sentía al respecto. Había visto bastante porno, y había disfrutado un poco de acción entre mujeres, pero no cuando se trataba de la suya. ¿Significaba esto que Emily era bisexual? Cuanto más pensaba en ello, más se asustaba. No había nada de malo en ser bisexual, tenía amigos del ejército que eran bisexuales, tenía otros amigos que eran homosexuales. Matt no era homofóbico, pero tenía que tener en cuenta a sus hijos. ¿Cómo podría contarles a sus hijos o a sus

padres acerca de Emily? ¿Qué diablos les diría acerca de lo que hacía para ganarse la vida? ¿Qué pasaría cuando hicieran preguntas sobre su vida?

Peor aún, lo que él y Emily habían hecho para complacerse la noche anterior era completamente sexo común, obviamente nada de lo que ella quería, o lo que ella necesitaba. El solo pensamiento lo hizo estallar en un sudor frío. Ella pareciera haberse divertido la noche anterior, ¿sería sólo actuación?

Matt apagó la computadora, subió las escaleras y se puso pantalones deportivos, una camiseta y un par de tenis. Salir a correr usualmente le ayudaba a despejar su cabeza y a ordenar sus pensamientos. Hoy, esto no había ayudado.

Las cosas sólo empeoraron cuando lo llamaron para trabajar el sábado por la tarde; hubo un doble homicidio en el distrito, y ya estaban cortos de personal debido a otro homicidio que ocurrió a primera hora del sábado por la mañana. Matt respondió de mala gana a su buscapersonas y se dirigió hacia fuera, refunfuñando por tener que trabajar en un caso de homicidio. Era un trabajo de mierda, que ciertamente pagaba bien, pero con un horario que estropeaba su vida familiar, con sus hijos.

Cuando llegó a la casa, ya eran las ocho pasadas y entró con una pizza de comidas rápidas; dejó las llaves del auto en el perchero y camino hacia la cocina. Cogió el teléfono y llamó a la casa de sus padres para hablar con sus hijos, sacando una cerveza de la nevera y abriéndola mientras el teléfono sonaba.

—Hola Matty. —Hola mamá, ¿cómo están los niños? Lamento no haber llamado antes, me llamaron para trabajar.

—¿En el primer fin de semana que has tenido para ti? Eso es lamentable. —Clare Pendleton se mostró inmediatamente comprensiva con la situación de su hijo y Matt sonrió. Si alguien estaba siempre de su lado, era su mamá. En el fondo, podía oír el sonido de la televisión y el sonido de los niños riendo y hablando. Siempre sonaban más felices cuando estaban con sus padres y Matt frunció el ceño. Era algo a lo cual tenía que encontrarle una solución ... y pronto—. Los niños están bien; Millie se negó a ir a la cama hasta que tu llamas.

—Gracias a Dios que llegué a casa a las ocho.

—Ellos nunca son problema alguno, Matt; sabes que nos encanta tenerlos en casa.

—Gracias mamá. Fue un agradecimiento sincero; Matt sabía que estaría hundido sin el apoyo de sus padres y de los de Caroline. Habían asumido apoyarlo tras la muerte de Caroline, ofreciendo su ayuda cuando pudieran. ¿Qué más podría hacer un hombre con cuatro hijos cuando su esposa muere, si no es buscar el apoyo de su familia? —Pásame a Millie, voy a hablar con ella primero.

Se oyó un ruido y luego Millie tomó el teléfono. —¡Hola, papi!

—Hola Millie, ¿cómo está mi bebé? —Matt sonrió cuando escuchó la voz de su hijita menor.

—No soy una bebé, papá. Soy una niña grande. Tengo cinco años. Voy a ir a la escuela el próximo año.

—Sí que lo eres, cariño. ¿Está pasando bien en la casa de tu abuela?

—Sí, esta mañana hicimos galletas. Las de trocitos de chocolate.

—Eso es genial, Millie ¿Le ayudaste a la abuela?

—Por supuesto que sí. Hice la mezcla en el gran plato de porcelana de la abuela. Y me lamí la cuchara.

Matt rio entre dientes. Millie naturalmente pensaba que lamer la cuchara era proporcionar ayuda —Iré a buscarte mañana por la tarde, cariño.

—La abuela dice que tienes que venir a cenar. Ella y mi, haremos pollo asado.

—Ella y “yo”, Millie, —corrigió Matt automáticamente.

—Eso es lo que dije, papá. Ella y mi.

Matt sacudió la cabeza, divertido. —Pásame a Brandon, cariño. Te amo y te veré mañana por la tarde.

—Buenas noches papi.

Brandon contestó el teléfono, pero su atención estaba claramente en otra parte. —Hola papá.

—Hola amigo. ¿Cómo estuvo tu fin de semana?

—Genial, el abuelo me llevó a béisbol esta mañana. Anoté una carrera.

—Muy bien, Brandon. Ojalá hubiera estado allí para haberlo visto.

—No, está bien papá. Necesitabas descansar de cuidarnos a nosotros. Y al abuelo le gusta el béisbol.

—A mí también, protestó Matt.

—Sí, lo sé. —Era evidente que la atención de Brandon estaba dividida en dos cosas, lo cual confirmó cuando volvió a hablar—. Estoy jugando X-Box con el abuelo.

—¿De verdad? ¿Cómo le va al abuelo?

Brandon bajó su voz hasta un susurro conspirador. —Le estoy pateando el trasero. Pero intento dejarlo ganar de vez en cuando.

Matt sonrió. —Eso es amable de tu parte, hijo. Pásame a Harper, por favor.

—Hey papi, ¿estás bien y relajado?

Matt se alertó inmediatamente. —¿Por qué lo preguntas, Harper? —A sus doce años Harper era la mamá gallina de la familia y la peor soplona. Si alguien estaba haciendo algo que ella pensaba que estaba mal, iba a asegurarse de que Matt lo supiera.

— Courtney quiere ponerse un *piercing* en el ombligo.

Matt tomó otro trago de su cerveza, abriendo la tapa de la pizza que se enfriaba rápidamente. —¿Cómo lo sabes?

—La oí hablar por teléfono. Ella va a tratar de obtener una identificación falsa e ir al centro comercial para hacerlo

—Harper, hemos hablado de escuchar a escondidas, ¿verdad?

—Claro, —Harper aceptó fácilmente—. Me dijiste que no lo hiciera.

—Cariño, me parece que todavía lo estás haciendo.

—Creí que debías saberlo.

Matt suspiró profundamente. Por un lado, Harper era un salvavidas, dándole información sobre su descarriada hija mayor que seguramente él no iba a obtener. Por otro lado ... bueno, espiar a su hermana mayor estaba completamente equivocado. —Aprecio la información, Harper, de verdad. Hablaré con ella al respecto. Pero no sigas escuchando a escondidas, ¿de acuerdo?

—Está bien, papá. Te quiero. Trata de mantenerte relajado, ¿de acuerdo?

Claro, como si eso fuera a suceder. Oír acerca del último plan de Courtney iba a producirle una maldita úlcera. —Lo haré, cariño. ¿Tú estás bien?

—Sí. Vi la película de Harry Potter y el Cáliz de Fuego con mi abuela y mañana me va a llevar al centro comercial para cortarme el pelo.

Matt se hizo un recordatorio mental para darle dinero a su mamá cuando recogiera a los niños. Parecía que todo lo que necesitaban, ropa, cortes de pelo, zapatos nuevos, ocurría cuando estaban con sus padres o con los padres de Caroline. Era otra de las cosas que necesitaba resolver. —Eso es genial, cariño. Pásame a Courtney al teléfono y nos vemos mañana.

Pasaron unos minutos y luego oyó la voz de su madre. —Matt, ella dice que te hablará mañana. —La resignación en el tono de voz de su madre habló

por sí sola y Matt suspiró de nuevo.

—Ella me odia.

—No, Matty. Ella no te odia; está confundida y vulnerable desde que Caroline murió. Ella se está desquitando contigo, hijo. Es una reacción natural al perder a su madre. Dale tiempo, mejorará.

—No sé qué hacer, qué decir para mejorar la situación —admitió Matt profundamente.

—No estoy segura de que haya mucho que decir, va a tomar tiempo. Tenía trece años cuando murió su madre; es una edad difícil para cualquier chica joven, con la pubertad y todas esas hormonas agitadas. Sólo debes estar ahí para ella, Matt. Escúchala cuando habla y apóyala en silencio cuando no lo hace.

—Harper dice que quiere hacerse un *piercing* en el ombligo.

Clare Pendleton rio con voz ronca. —Dios mío, es una salvaje.

—No es gracioso, mamá.

—Podría ser peor, Matty. Podría querer empezar a usar anticonceptivos.

Matt suspiró. —No quiero saberlo.

—Tienes que saberlo, Matt. Ella es tu hija. A pesar de la hostilidad que hay entre ustedes dos, la niña necesita a su padre. ¿Cómo va tu fin de semana? ¿Aparte de haber sido llamado a trabajar?

—Nada interesante realmente. —Consideró contarle a su mamá acerca de Emily, pero decidió no hacerlo. No tenía sentido mencionar algo de lo cual no estaba seguro de que iba para algún lado.

—¿Por qué no visitas a algunos amigos, tal vez salir a cenar?

—Siguen tratando de emparejarme con alguien, refunfuñó, mordiendo una rebanada de pizza.

—Han pasado dieciocho meses, Matty. Deberías seguir adelante.

—No estoy seguro de estar listo todavía.

—Eres joven, Matty. Sabes cuánto adorábamos a Caroline, ¡caray! si la veo cada vez que miro a los niños. Pero ella no querría que estuvieses solo, ella querría que te levantas y empezaras a salir otra vez.

—Sí, sí. Lo sé, mamá, —refunfuñó Matt.

—Está bien, no hablo más del tema, —Clare se rio—. Tengo otro tema que te encantará. Creo que Harper necesita sostenes, está empezando a desarrollarse...

Matt casi se atragantó con el trago de cerveza que había tomado mientras hablaba. —Uh, te gustaría encargarte de eso por mí, ¿verdad mamá?

—Quizá debería obligarte a que lo hagas tu —replicó Clare con otra risa.

—Te daré cien dólares si lo haces.

—Está bien, y aprovecho para comprarle unos nuevos a Courtney. Esta mañana lavé ropa, y los suyos están gastados y parecen un poco pequeños.

Matt cerró los ojos con fuerza. El desarrollo de sus hijas no era su área de experiencia y definitivamente no era un tema del cual se sintiera cómodo hablando. —Simplemente no dejes que se acerque al *piercing*.

—Te lo prometo. Me aseguraré de que no se acerque.

—Gracias mamá. Te amo.

—Te amamos también, Matty. Nos vemos mañana.

Matt colgó la llamada, sentándose en la barra de desayuno para engullir la pizza casi fría y terminar su cerveza. La casa estaba en silencio, sola y él meditaba en qué hacer consigo mismo. Su teléfono celular estaba sobre el mostrador y se encontraba ansioso por llamar al número de Emily y hablar con ella. Había prometido darle unos días e investigar acerca de esa cosa de la sumisión antes de contactarla, pero el deseo de oír su voz era abrumador y él quería ... no, *necesitaba* hablar con ella. Necesitaba descubrir si lo que habían compartido la noche anterior estaba muy lejos de sus expectativas, aprender exactamente lo que quería.

Para calmarse un poco, Matt se levantó y tomó otra cerveza de la nevera, girando la tapa y tirándola cuidadosamente a la papelera. Debería dejarla tranquila, él le había dicho que lo haría, y respetaría el acuerdo que habían hecho. Bebiendo la cerveza, Matt se giró para mirar pensativamente al teléfono. ¿Qué tan malo podía ser, darle una llamada y decirle que estaba pensando en ella? Años atrás cuando tenía citas románticas, a las chicas les gustaba eso. Él no estaría presionándola, solo saludándola. —Sí, cierto Matt. Sigue diciéndote esas tonterías y tal vez te lo creas, —murmuró en voz alta.

¡Mierda! Con solo pensar en ella se le ponía duro. Esto era ridículo. Matt decidió subir las escaleras, tomar una ducha y para entonces, ya había tomado la decisión de llamarla.

Veinte minutos más tarde, vestido con cómodos pantalones deportivos y una camiseta, Matt estaba abajo de nuevo, el teléfono en la mano y mirando el número que había pegado en la nevera con los imanes de los niños. No debería llamar; no era justo llamarla. ¡Qué carajo! Marcó los números y presionó el botón del llamar, escuchando mientras empezaba a sonar. La llamada se fue directamente al correo de voz.

—Hola, este es el buzón de Emily Coulter. No estoy disponible en este momento, por favor deje su nombre y número después del tono y me pondré en contacto con usted.

Sintió dolor de estómago y colgó sin dejar mensaje alguno. Dejando caer el teléfono celular en el banco, abrió la nevera para tomar otra cerveza, luego lo pensó mejor. Abrió de un jalón la puerta de la despensa, y cogió la botella de whisky. Agarró un vaso del armario, entró a la sala de estar con la botella y se dejó caer en el sofá, encendiendo el televisor.

No tenía sentido tratar de convencerse de lo contrario. Las nueve de la noche del sábado y su teléfono iba directamente al buzón de voz. Matt echó una cantidad considerable de whisky en el vaso y se lo tomó de un golpe, sintiendo que lo quemaba al pasar por su garganta.

No importaba cuanto Emily se esforzaba en hacerlo parecer bonito, ella era una maldita prostituta y, obviamente, estaba con un cliente. Matt sirvió otro whisky y se echó hacia atrás en el sofá, mirando la televisión distraídamente mientras la furia lo atrapaba.

¡Mierda!



Salacious estaba lleno de gente en un sábado por la noche, como todos los clubes nocturnos de cualquier tipo, el sábado era para relajarse, era tiempo para soltarse el pelo. En Salacious, el club estaba lleno a rebosar con los miembros del club y sus invitados. A diferencia de los otros clubes nocturnos en Seattle, el código de vestimenta era algo diferente. El cuero abundaba en diferentes estilos y una gran cantidad era usada como cobertura corporal. Ya fuera un apretado traje de gato completamente en cuero negro, o tiras minúsculas cubriendo las partes nobles del cuerpo; era claramente el material preferido entre los patrocinadores de Salacious. No es que la ropa fuera un requisito, muchos de los sumisos que visitaban el club con sus dominantes estaban desnudos, llevando sólo un collar que los marcaba como pertenencia a un Maestro. Otros clientes estaban vestidos para representar algún papel durante su tiempo de juego; no era raro ver gente vestida como si estuvieran asistiendo a una fiesta de gala. Otros llevaban atuendos corrientes de clubes nocturnos de *jeans* y camisetas. Para muchos de los clientes, Salacious era un lugar para disfrutar del espectáculo ofrecidos por otros clientes, y aunque no jugaban necesariamente en público, disfrutaban el ambiente del Club y venían simplemente para socializar.

Era una típica noche de sábado y Emily apenas advertía la gente que la rodeaba mientras trabajaba detrás del bar. Ciertamente no encontraba la ropa, o la falta de ella, interesante o digna de su atención. Por su parte, como miembro del personal estaba vestida con modestia relativa, vistiendo una camiseta negra con el nombre Salacious estampado en el pecho, combinada con una minifalda negra y zapatillas deportivas muy cómodas. Trabajar en la barra significaba horas y horas de pie y siempre estaba llena desde el momento de apertura hasta que el club cerraba a las cuatro de la mañana. Emily se mantenía constantemente alerta atendiendo pedidos para el personal o sirviendo a los clientes a lo largo del bar. Ella disfrutaba el trabajo, hablando con los clientes desde el bar, el cual estaba situado a lo largo de la

pared derecha de la enorme sala, Emily tenía vista a la mayoría de las cosas que estaban sucediendo en el club.

Por ser un sábado por la noche, había mucha acción y el olor a sexo se sentía espeso en el aire. Ya fuera que las personas estuvieran jugando a los roles, sentados en grupo o parejas teniendo relaciones sexuales, todo pasaba alrededor de ella. Ajena a todo esto, Emily continuaba trabajando y atendiendo ordenes de bebidas.

—Hola Em. —Emily alzó la cabeza al oír una voz familiar y sonrió al hombre enmascarado que se había sentado sobre un taburete. Su bella sumisa compañera que estaba ligeramente detrás de él, inclinó su cabeza y un bonito collar de oro y diamantes alrededor de su cuello brilló bajo las luces de la barra. Ella también portaba una máscara, identificándolos como miembros del club que preferían permanecer incógnitos.

—Hola chicos, ¿cómo están esta noche? —Emily les ofreció una brillante sonrisa.

Genial, hay un buen ambiente esta noche. —Paul Meccelli se inclinó hacia adelante con complicidad, —¿te telefoneó Matt? —preguntó en voz baja. Desde que Matt lo había llamado el viernes por la noche, Paul se había estado preguntando qué estaría pasando. El asumió que la cita, a la cual había prácticamente obligado a Matt a atender con Sienna, había salido bien, pero Paul se preguntó si habría habido más avances después de que Matt pidiera el número de teléfono de Em.

Emily llenó diestramente una jarra con cerveza. —Sí, lo hizo. Y, por cierto, gracias por dar mi número personal.

Paul rio entre dientes. —El tipo estaba desesperado, Em. Especialmente después de que lo incluiste en tu lista de contactos bloqueados.

—Por eso no debiste darle mi número personal, imbécil.

—¿Estás enfadada conmigo? —Preguntó Paul en voz baja. Se había dejado llevar por su instinto cuando le dio a Matt el número. Esperaba no haber cometido un error.

Emily sonrió cálidamente. —Por supuesto que no. Él es un tipo agradable. —Ella miró a su alrededor, vio a un cliente esperando al final del bar y se apresuró a alejarse, gritando por encima de su hombro—. Ya vuelvo.

Unos minutos más tarde, volvió a donde Paul estaba sentado y comenzó a despachar una orden que uno de los camareros le había entregado. —¿Mandy tiene permiso para hablar, o ha sido una chica traviesa?

Paul miró de reojo a su esposa, que todavía estaba de pie sumisamente detrás de él, con los ojos mirando hacia el suelo. —Cariño, puedes hablar libremente.

Mandy gritó con deleite y besó a su marido en la mejilla, antes de inclinarse sobre el bar para besar a Emily y abrazarla con un abrazo de oso. —¡Hacía semanas que no te veía!

—Ya lo sé, he estado muy ocupada, —Emily comenzó a elaborar un par de cócteles, midiendo el alcohol en una coctelera llena de hielo—. Debemos tomarnos un café para ponernos al día.

—¡Gran idea! ¡Quiero oírlo todo sobre ti y Matt! —Los ojos de Mandy brillaban de placer detrás de la máscara.

—No hay mucho que contar, —admitió Emily—. Salimos a cenar el viernes por la noche. Eso es todo. —Ella no estaba dispuesta a revelar detalles, no cuando todo era tan nuevo.

—¿En serio? ¿No hicieron nada?

—¡Señoras! —Paul levantó sus manos simulando rendición. —No quiero oír este tipo de conversación sobre mi compañero.

—Relájate Paul. Yo no soy delatora. —Emily completó la orden que había estado preparando y observó mientras el camarero recogía la pesada y cargada bandeja y magistralmente se abría paso entre la multitud. Mirando al personal que estaba cerca, Emily hizo contacto visual con uno de los vigilantes del salón e inclinó su cabeza para llamar su atención.

—Hey Em, ¿Qué pasa? Darius permanecía en frente de ella, intimidante con su estrecha camisa negra. Era un hombre grande, con los bíceps abultados y el pelo oscuro largo cogido en una cola de caballo.

—Hay un tipo allá, tiene su sumisa en la cruz de St. Andrew, —explicó Emily, inclinando su cabeza hacia los clientes de los que estaba hablando. El dominante estaba vestido con pantalones de cuero negro, su pecho desnudo y sin pelo, y reluciente de sudor. Su sumisa estaba sujeta contra la cruz, completamente desnuda y, mientras los miraba, el dominante le azotó el musculoso trasero, dejando otra marca roja en su piel. Mientras la sumisa temblaba, el dominante le frotó el trasero con su gran mano, suavizando el dolor antes de inclinarse y tocar brevemente su clítoris, y la chica rubia echó la cabeza hacia atrás y gimió—. Creo que la sumisa es nueva y no creo que el tipo la haya atendido apropiadamente durante al menos diez minutos. Indudablemente no le ha ofrecido agua.

Darius asintió, observando la escena durante un par de segundos. —Voy a comprobarlo. ¿Conocemos al dominante?

—Es nuevo para mí. parece un poco exagerado. Creo que deberías revisar la sumisa, asegurarte de que ella conoce la palabra de seguridad. Parecen jugadores.

—No te preocupes Em. Yo verificaré. —Darius se dirigió hacia la pareja en cuestión y Emily volvió su atención a Paul y Mandy.

Nunca cesas de sorprenderme, Em, —dijo Paul, con voz llena de admiración—. Estás muy ocupada aquí, pero aun así te las arreglas para vigilar a los clientes y asegurarte de que nadie sea lastimado.

—A menos que eso sea lo que quieran, —replicó Emily. Se encogió de hombros un poco, sirviendo otra jarra de cerveza—. Es automático ya, después de pasar por lo que pasé, me gusta asegurarme de que nadie se exceda, a menos que sea por su propia elección.

—¿Vas a ver a Matt otra vez? —preguntó Mandy con un brillo de curiosidad en sus ojos.

Emily se mordió los labios. —Me gustaría, pero no estoy segura de que eso vaya a suceder. —Dirigió su respuesta hacia Paul—. Fui completamente honesta con él.

Paul tomó un trago de su whisky. —¿Le dijiste que eras una sumisa? ¿Cómo recibió esa noticia?

—Abrumado. —Emily se apresuró hacia el otro extremo del bar y mezcló otro par de tragos, antes de regresar hacia Paul—. Es un tipo muy agradable, Paul. Muy agradable. No estoy segura de que algo pueda funcionar entre nosotros. Además, están sus hijos y en todo eso hay que pensar. —Ella sonrió melancólicamente—. Definitivamente tenemos una conexión, pero no estoy segura de que él pueda lidiar con lo que yo soy y con lo que estaba haciendo para ganarme la vida.

Paul no paso por alto la conjugación en pasado. —¿Que *estabas* haciendo?

Emily sonrió tímidamente. —Estoy tomando un descanso del trabajo como dama de compañía, al menos hasta averiguar si esta cosa con Matt tiene futuro. Si estaba abrumado por el tema de las sumisas, más descontento estaba con el trabajo de dama de compañía. Si quiero darle una oportunidad a algún tipo de relación, decidí que tenía que dejar ese trabajo.

—Así que vas a trabajar en el bar por un tiempo. ¿Cómo vas a pagar tus estudios? —preguntó Paul—. ¿Necesitas ayuda con dinero? Mandy y yo

estaremos encantados de ayudarte.

Emily sacudió la cabeza, conmovida por la generosidad de Paul. —Estaré bien. Tengo algo de dinero ahorrado y Sally es una empleadora generosa. No ganaré tanto trabajando en el Club, pero es suficiente para mantenerme en la universidad por ahora.

—Debes pensar que hay alguna probabilidad con Matt, si has tomado esa decisión después de una sola cita, —señaló Paul.

—En absoluto, —respondió Emily inmediatamente. Al menos, eso era lo que estaba tratando de decirse a sí misma: no existía nada entre ella y Matt, solo lujuria, pura y simple. A pesar de tratar de calmar su entusiasmo, Emily no podía ignorar el pequeño tartamudeo que le hacía el corazón cuando pensaba en él, o la emoción que lo había hecho palpar un poco más cuando intentó dominarla un poco. La profundidad de su voz, el tono dominante, estaba segura de que tenía una vena dominante dentro de él—. Era obvio que a él no le gustaba la idea de que estuviera con otros hombres, así que, en aras de darle una oportunidad, decidí dejar de trabajar por un tiempo. Eso es todo.

—Sigue repitiéndotelo, cariño —dijo Paul con una sonrisa traviesa. Se inclinó hacia delante otra vez; lo suficientemente cerca como para que su conversación permaneciera privada—. ¿Quieres que hable con él? ¿Explicarle algunas cosas?

Fue una gran concesión viniendo de Paul y Emily lo apreció. Paul Meccelli era un dominante natural, su esposa Mandy maravillosamente sumisa a sus deseos. No jugaban con otras personas, preferían la atención exclusiva del uno al otro, pero disfrutaban del ambiente del club. Por supuesto, Paul tenía que ser extremadamente cuidadoso cuando estaba en el Club, manteniendo su identidad anónima para evitar repercusiones en su vida profesional, pero tener clientes usando máscaras no era una situación inusual en Salacious. Los mantenía anónimos para los visitantes del Club, pero sus identidades eran bien conocidas por el personal que allí laboraba. Aunque Emily nunca había pensado en divulgar la identidad de cualquiera de los clientes asiduos que elegían permanecer en el anonimato, era de todas formas un tema intocable. Cada miembro del personal de Salacious estaba obligado a firmar acuerdos de confidencialidad, para garantizar la privacidad de los clientes y era bien sabido en los círculos BDSM en todo Estados Unidos que Salacious era uno de los clubes más discretos del país y, por consiguiente, uno de los más populares.

—Gracias, Paul. Sabes cuánto agradezco la oferta, y te amo por ello. Creo que Matt tiene que tomar esta decisión por su propia cuenta, sin embargo, necesita estar tranquilo con lo que está aprendiendo en sus propios términos.

—He mantenido este estilo de vida en secreto toda mi vida, Em, pero hablaré con Matt si tú me pides que lo haga. Creo que tiene el corazón de un dominante, pero él simplemente no lo sabe todavía. —Paul sonrió irónicamente, haciéndole un guiño a Emily—. Si la forma como me manda a diario, es un indicio, yo prácticamente lo garantizaría.

—¿De verdad? ¿Alguien más puede dominarte? —preguntó Mandy alegremente, besando a su marido y apretando su ligero cuerpo contra él—. Continúa así cariño —le advirtió Paul a su esposa con firmeza— y te daré unas nalgadas cuando llegemos a casa.

Mandy rio alegremente. —¿De verdad? No puedo esperar.

Capítulo Seis

En una escala de uno a diez de semanas malas, Matt la había sacado del estadio, y aun no se había terminado.

El domingo fue de dolor auto-infligido, después de verle el fondo a una botella de whisky, Matt se despertó hacia el mediodía con otra erección y un punzante dolor de cabeza. Había soñado con Emily todo el sábado por la noche; no podía sacársela de su maldita cabeza. Se tardó toda la tarde, recogiendo a los niños y logrando que se acomodaran de nuevo en casa, antes de comenzar a sentirse medio humano.

La semana se deterioró desde allí, con cada día siguiente peor que el anterior. El lunes recibió una llamada de la escuela de Courtney, informándole que había estado faltando a las clases, lo que le obligó una visita a la escuela y una alterada discusión con su hija mayor el lunes por la noche. El martes le tocó trabajar hasta tarde otra vez, y tuvo que apresurarse a pedirle a la mamá de Caroline que recogiera a los niños en la escuela, luego desviarse a su casa para recogerlos, y luego llegar a casa y organizarlo todo para la escuela al día siguiente. Una vez que logró acostarlos, tomó un poco de ropa —de la gigantesca pila que había en la lavandería— y la metió a la máquina de lavar, y luego revisó el correo, era ya pasada la medianoche cuando logró llegar a la cama.

El miércoles fue otro día mortal en el trabajo, preparación de cena, supervisión de tareas y pelea con Courtney nuevamente. Para completar el día perfecto, Millie se despertó con una pesadilla a medianoche que no pudo calmar, terminando finalmente metida en la cama de Matt y ocupando la mayor parte de ésta. Matt no entendía cómo una niña tan pequeña podía extenderse hasta el otro lado de la cama, pero los dolores que sentía le demostraban que era más que competente en el logro de su hazaña. Su espalda se sentía como si hubiera sido arrollada por un camión y su cuello estaba tan desalineado que se preguntó si debería ver a un quiropráctico.

Pero el momento culminante de una semana miserable fue la visita a una clínica de emergencia el jueves por la noche con Courtney, que había tomado la firme negativa de Matt con respecto al *piercing* en su vientre como una indicación de que debería hacérselo ella misma. Cubos de hielo para adormecer la piel y una aguja de zurcir, Courtney necesitaba ver a un médico y habían pasado ya varias horas en silencio, esperando en la clínica para que

Courtney pudiera recibir un refuerzo de tétano. Matt estaba furioso con su hija mayor y verdaderamente frustrado con ella.

De hecho, reflexionó mientras Paul conducía hacia una escena de crimen el viernes por la mañana, se sentía frustrado hasta el infierno con todo. Incluyendo su vida sexual, o la falta de ésta. En medio de todo esto, los dioses lo habían elegido esta semana, y Matt había encontrado sus escasos momentos de sueño interrumpidos con continuas fantasías de Emily. Sueños eróticos lo asaltaban cada vez que lograba dormirse, con Emily acostada desnuda y extendida sobre su cama, sin nada más que una sonrisa sexy. O arrodillándose frente a él, chupando su pene como un bombón, sus ojos llenos de lujuria y su boca caliente llevándolo a un clímax explosivo, para finalmente beber su semilla. Casi gimió en voz alta con el solo recuerdo.

—¿Estás bien, amigo? —preguntó Paul, mirándolo mientras viajaban por la ciudad—. Pareces agotado, hombre.

—No estoy durmiendo —murmuró Matt, bebiendo café en una taza de poliestireno. Sabía a mierda y no estaba mejorando ni un poco su estado de ánimo, pero estaba caliente y lleno de cafeína y azúcar, lo cual iba a necesitar para sobrevivir el día—. ¿A dónde vamos?

—No muy lejos, un cuerpo fue encontrado en un callejón cerca de la Aguja Espacial.

Paul aparcó el auto en la siguiente calle, y los dos hombres cruzaron la calle, donde la policía había erigido cinta de escena del crimen para mantener a los residentes locales fuera del callejón. Matt mostró su insignia a los dos agentes de policía en la entrada, se puso guantes de látex y se dirigió hacia donde la tripulación de CSI estaba fotografiando la escena. —¿Qué tenemos?

Mujer, aproximadamente veinticinco años. La ropa indica que es una prostituta. Una bala atravesó el cráneo y otras dos en el pecho. Parece que estaban teniendo sexo aquí en el callejón, el trato salió mal y el hombre le disparó.

El estado de ánimo de Matt empeoró considerablemente mientras miraba el cuerpo. ¡Dios! Era lo que le faltaba, una prostituta que había sido asesinada. Mirando a la mujer muerta, se dio cuenta de que fácilmente podría haber sido Emily. El mismo trabajo de mierda, así Emily quisiera llamarse dama de compañía. El hecho era que seguían siendo lo mismo, cada vez que Emily iba a reunirse con un cliente, ella se exponía al peligro. Su frustración y su ira explotaron. —¡Maldita puta estúpida! ¡Qué mierda estarán pensando, al encontrarse con completos extraños para tener sexo!

Los otros oficiales en la escena parecían aturridos ante el estallido de Matt y Paul agarró el brazo de su compañero, arrastrándolo firmemente hacia la entrada del callejón. Cuando llegaron a un lugar tranquilo detrás de un montón de canecas de basura, Paul habló, mirando a su compañero con cautela. —Mierda, Matt, ¿qué demonios fue todo eso?

Matt se pasó la mano por la barbilla con cansancio. —Nada. Ha sido una semana difícil, estoy cansado.

Paul miró a su amigo, buscando la verdad en su mirada. —Estás engañándote a ti mismo y a mí, amigo. —Metiendo las manos en sus bolsillos, sacudió la cabeza con incredulidad—. Cristo, Matt, debes rehacer tu vida. Cuando terminemos de trabajar esta noche, creo que tú y yo tenemos que ir a tomar tranquilamente unas cervezas.

—Tengo que volver a casa con los niños —replicó Matt enojado. Estaba molesto consigo mismo, ¿qué diablos le pasaba? Claro, estaba cansado, pero siempre había dado a todos sus casos su mejor enfoque profesional durante veinte años de trabajo policial.

—Tienes que relajarte, cabrón. Has estado bajo mucha presión durante la semana pasada. Algo te está atormentando la cabeza y vamos a tomar un par de cervezas después del trabajo para hablar. Los chicos estarán bien, le pediré a Mandy que los recoja después de la escuela, que los lleve a nuestra casa y tú puedes cenar con nosotros. —Paul miró a su amigo con determinación—. No acepto un no como respuesta. Ahora pon la cabeza en este caso y trabajemos en la escena del crimen.



Matt se detuvo a la entrada de la casa de Paul y apagó el motor. Una vez terminado el trabajo un poco después de las seis, Paul había sugerido que se fueran a su casa a disfrutar de un par de cervezas, en lugar de dirigirse a un bar. Con un ligero dolor de cabeza zumbando en sus sienes, Matt había aceptado la idea de buena gana, pensando que era mejor allí que estar en un ruidoso y atestado bar, un viernes por la noche.

Se dirigieron a entrar a la oscura casa y Matt miró alrededor de la silenciosa sala de estar. —¿Dónde están los niños? —Se aflojó la corbata y la sacó de su cuello para meterla en el bolsillo del pantalón.

—Mandy y una amiga los llevaron a jugar a los bolos, estarán en casa dentro de una hora más o menos, —explicó Paul, pasando a toda velocidad por la casa hasta la cocina. Abrió la puerta de la nevera y escaneó el contenido, sacando dos cervezas y tirando una a Matt—. Dijo que comerían, ¿quieres que pidamos comida tailandesa?

—Sí, claro. Matt abrió la cerveza y tomó un trago, saboreando el amargo sabor frío en su lengua.

—Ve a sentarte, pediré la comida —dijo Paul. Ya se había quitado la corbata y se estaba quitando la chaqueta, enrollándose las mangas de la camisa.

Matt hizo lo mismo, tirando su chaqueta al espaldar del sofá antes de caer contra los cojines. Miró alrededor de la sala de estar, Mandy mantenía el lugar impecable y se encogió interiormente por el estado de su propia casa. Caroline se enfadaría si pudiera ver el desastre en su casa, siempre había estado orgullosa de la casa, y estaba fallando en ese sentido. Tal vez contrataría a una ama de llaves para mantener el lugar más limpio. Se estaba engañando al creer todos los fines de semana que podría ponerse al día.

—La comida llegará dentro de media hora —comentó Paul al entrar en la sala de estar, sentándose en uno de los grandes sillones. Pasó los dedos por su pelo corto y negro, mirando a Matt con cautela—. Así que, ¿quieres que hable

sin sentido de otros temas, o voy directo al grano y te pregunto qué demonios ha estado mal contigo esta semana?

Matt inhaló profundamente, bebiendo un poco más de cerveza. —Nada está mal. Sólo estoy jodidamente cansado, eso es todo.

—He sido tu compañero durante ocho años, no puedes engañarme. —Paul se recostó, levantando un tobillo para balancearse sobre su rodilla—. ¿Has llamado a Emily?

—No

—¿Lo vas a hacer?

Matt suspiró, deseando evitar esta conversación como cuando se evita la plaga. —¿Qué significa para ti?

—Ella es mi amiga. Tú eres mi amigo. Se gustan el uno al otro, por lo que puedo deducir. —Paul bebió su cerveza, mirando a Matt con curiosidad—. No es que yo sea un maestro en relaciones amorosas, pero imagino que no sabrás si esto va para algún lado sin siquiera llamarla.

—Nunca funcionará. —Matt se puso de pie, paseando por la sala sin descanso—. Es una buena chica, pero es una prostituta, por el amor de Dios.

—Es una dama de compañía, no una prostituta —dijo Paul, con los intensos ojos grises.

—¿Qué diablos hace la diferencia? —exclamó Matt furiosamente—. ¡Si se llama dama de compañía o prostituta, es trivial! ¡Vende su maldito cuerpo por dinero!

—Hace una diferencia para Em—dijo Paul con tono razonable—. Y sí hay una diferencia. Si ella fuese una prostituta, estaría caminando por las calles buscando clientes. Emily presta servicios a una discreta cantidad de clientes, cuidadosamente revisada por su jefa y ella no se acuesta con cualquiera.

Matt miró a Paul con asombro. —¡No sé cómo puedes decir que hay una diferencia! —se devoró el último trago de cerveza, aplastando violentamente la lata en el puño.

—Matt, conozco a Emily desde hace mucho tiempo. Es una mujer maravillosa, divertida e inteligente. Y trabaja como dama de compañía. — Paul bebió su cerveza tranquilamente, observando los pasos de Matt—. Ella tiene seis clientes en total. Ella decidió verte, como un favor especial para mí, y debes considerarte condenadamente afortunado de que ella estuviera de acuerdo. Estás pensando en ella como una prostituta de veinte dólares,

paseándose por las esquinas de las calles y atendiendo a decenas de hombres para financiar su siguiente dosis. Emily no es así.

—Aun así, duerme con seis hombres diferentes, —Matt dijo enojado.

—No, por el momento no lo está haciendo. —Paul se frotó la mano contra la rodilla antes de hablar de nuevo, teniendo en cuenta cuanto derecho tenía de contarle a Matt. Dada su reacción, Paul dedujo que mucho del estrés por el cual Matt estaba atravesando esta semana era causado exactamente por el tema que estaban hablando—. Matt, ella ha tomado un receso en el trabajo de dama de compañía.

—¿Qué? ¿Porqué? —Matt paró de pasearse, y se volteó para mirar a Paul.

—Por tu culpa, idiota. Ella estaba preocupada de que no te gustara lo que hace para ganarse la vida y antes de que te irrites, puedo entender eso. ¡Diablos! tampoco me gustaría pensar en Mandy durmiendo con otros hombres. Pero Emily quería darle ... a lo que sea que hay entre ustedes, una oportunidad. Ella me dijo que estaba retirándose del trabajo de ama de compañía y apuesto a que pensó que por lo menos la llamarías de nuevo.

Matt reflexionó un momento, considerando la explicación de Paul. ¡Mierda! había renunciado a su trabajo por culpa de él. ¿Por qué haría eso? *Porque le prometiste que la llamarías en un par de días, cabrón.* Matt volvió a pasearse, complacido cuando Paul guardó silencio y lo dejó pensar.

—¿Qué está haciendo?, —dijo finalmente.

—Trabajando en Salacious, detrás del bar. No paga tan bien, pero estaba dispuesta a hacerlo.

Matt dejó de pasearse y miró a Paul. —¿Cómo sabes todo esto?

—Porque, a diferencia tuya, yo si he hablado con ella. —Paul se puso de pie, dirigiéndose a la cocina y regresó con otras dos cervezas, entregándole una a Matt. Se sentó, mirando a Matt sin decir palabra.

—Hay basura alrededor de ella, no estoy seguro de que me sienta cómodo, —admitió finalmente Matt, molesto consigo mismo por haber tenido esa reacción. Él era un hombre adulto maduro, ¿qué demonios era su problema? A Emily le gustaba que alguien fuera el jefe en la cama, que tomara el control. Mierda, se había estado masturbando con esa idea durante los últimos siete días, ¿por qué no podía admitirse a sí mismo que ese pensamiento lo excitaba?

—¿Por el hecho de que es una sumisa? —Paul decidió seguir adelante con esta conversación, a pesar de que se sentía preocupado por la forma cómo

Matt podría manejar cualquier revelación que hiciera sobre sí mismo y Mandy. Maldita sea, amaba a Emily como una hermanita, quería que tuviera una oportunidad de felicidad y quería lo mismo para Matt. Si eso significaba revelar su relación con Mandy, así sería.

Con incredulidad, Matt levantó una ceja mientras miraba a Paul. —¿Sabes de esas cosas?

—Siéntate, Matt. Tengo algunas cosas que contarte.

Matt miró fijamente a su amigo durante un largo rato, vio la gravedad en sus ojos grises y se preguntó qué pasaba. Él y Paul habían sido compañeros durante ocho años; pensó que sabía todo sobre este hombre. La preocupación en la expresión de Paul lo hizo preguntarse. —No estoy seguro de que me guste lo que vas a decir.

—Confía en mí, Matt. Si no creyera que necesitas oírlo, no te los estaría compartiendo. —Matt levantó una ceja, todavía inmóvil en medio de la sala de estar y Paul suspiró—. Por el amor de Cristo. Siéntate, ¿quieres?

Matt dejó caer su gran corpulencia en el sofá, estirando sus largas piernas frente a él y observando a Paul con cautela. —Suéltalo.

—Has entrado en pánico con el tema de las sumisas —comenzó Paul en voz baja—. No lo entiendes, nunca has estado involucrado en esto, y no sabes cómo manejarlo.

Matt se inclinó hacia delante, colocando su cerveza sobre la mesita de café. —Tienes razón. No sé cómo manejarlo.

—Tú y Caroline ... nunca ... —Paul se pasó los dedos por el pelo, preguntándose cómo demonios decir esto sin parecer un bicho raro—. ¿Nunca ... jugaban en el dormitorio?

Matt pensó por un segundo, apretando su mandíbula con tanta fuerza que sus dientes rechinaban. No se sentía cómodo hablando de su vida sexual con nadie, menos con el hombre con el que trabajaba. —Esto no es asunto tuyo.

Paul se encogió de hombros. —Está bien, no hay problema. Créeme que, si pudiera facilitar que tú y Emily estuviesen juntos sin tener que hablar de esto, estaría jodidamente más feliz.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando. —Matt estaba realmente desconcertado, no podía imaginar lo que Paul estaba ocultando. Y claramente, estaba ocultando algo, a juzgar por la forma en como sacudía su pie nerviosamente y apretaba la lata de cerveza como si fuera un salvavidas.

—Matt, soy un dominante y Mandy es una sumisa.

Matt parpadeó con ojos como de búho. —¿Qué?

Paul se inclinó hacia adelante en el sillón, juntando la cerveza entre sus manos. —En otras circunstancias, esto no sería de tu incumbencia, ¡diablos! Sé que no es asunto tuyo. Le prometí a Em que no te hablaría sobre nuestro estilo de vida; ella quería que tuvieras la oportunidad de decidir por ti mismo. Pero si vas a desperdiciar la oportunidad de conocerla mejor por sus elecciones de vida, creo que debo ponerte al corriente sobre mi estilo de vida.

Matt sacudió la cabeza. —No creo que quiera oír esto.

—Confía en mí, sólo voy a decirte lo básico. —Paul sonrió irónicamente —. Siempre he tenido este estilo de vida, desde que me hice sexualmente activo. Me gusta tener el control en la cama y a Mandy le gusta así.

—¿Te gustan los látigos, las cadenas y esa basura? —preguntó Matt, aterrado al pensar que Paul podría estar golpeando a Mandy.

Paul sacudió la cabeza, sonriendo. —Estás hablando de “toda” la basura. A mucha gente le gusta este estilo de vida en la cama, pero no tiene que ser abusivo o doloroso para ninguna de las parejas. A Mandy le gusta que tome el control, decirle lo que quiero, qué hacer en la cama. Tengo algunos libros que puedo prestarte.

Matt estaba aturdido y el leve dolor de cabeza que había estado sufriendo amenazaba con estallar como un bombazo. —No te molestes. Emily me sugirió que buscara en Google, y lo que leí, casi me da un infarto.

—No lo estás viendo lógicamente, Matt.

—¿Cómo podría? ¡Tú estás hablando de atar mujeres, de golpearlas, y de degradarlas! ¡No puedo hacerle esas cosas a una mujer y no entiendo cómo puedes tú hacerlo!

—Matt, eso no es de lo que estoy hablando, —Paul respondió sin alterarse —. Tú estás pensando en las cosas más intensas de este tipo de vida, las cuales sólo son para las personas que están fuertemente en el mundo BDSM. Créeme, nuestra relación sólo se enriquece con nuestros deseos sexuales, no dañados por ellos. Mandy no lleva un collar, no es golpeada ¡diablos! ¿crees que todavía estaría casada conmigo si la tratara como una basura?

Matt tuvo que darle la razón. Paul y Mandy eran una de las parejas más felices que él conocía, amorosa, romántica, pasando juntos todos sus ratos libres. Obviamente se adoraban y eso no podía pasar sin confianza y amor. —No.

—Escúchame, Matt. Mandy y yo disfrutamos jugar en el dormitorio. En nuestra cama, estoy en control. Es mi papel empujar a Mandy a explorar su sexualidad, llegando a sus límites, permitiéndole someterse totalmente a mí en

un ambiente seguro. Es hecho con amor, cuidado, y lo más importante para ambos, es que nuestro juego es seguro, sano y consensual. Nunca le pido a Mandy que haga más de lo que ella está dispuesta a hacer, su seguridad es mi preocupación primordial y cualquier cosa nueva con la que experimentemos, sólo se hace después de que lo haya pensado y preparado mucho. —Paul se levantó y desapareció hacia la cocina para traer otro par de cervezas, dándole a Matt la oportunidad de digerir todo lo que le había dicho.

—Mantén este ritmo y tendré que quedarme esta noche aquí en tu casa, — le advirtió Matt, mientras tomaba la cerveza que Paul le ofrecía.

Paul se encogió de hombros. —Sabes que eres bienvenido. Y a los niños les encanta dormir en nuestra casa. Pero antes de que bebas tu tercera cerveza, es mejor que te pregunte por otra cosa.

Matt suspiró. —No estoy seguro de querer oír nada más.

—Querrás oír esto. La amiga con la cual Mandy y los niños están esta noche, es Emily.

Matt podía jurar que su corazón se tambaleaba en su pecho de solo pensar en Emily y vació su segunda cerveza, tratando de controlar su reacción. — ¿Ella vendrá acá?

—Sí. Ella estaba con Mandy cuando la llamé. Se reúnen para tomar café cuando tienen la oportunidad.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Mandy se lo dijo.

Bueno, Matt no estaba seguro de cómo se sentía de verla de nuevo. No cuando ya la había ignorado durante una semana. En realidad, eso no era completamente cierto, ella nunca se había apartado de su mente, pero él había evitado hablar con ella y ahora se sentía como un idiota. Intentó ignorar la contracción de su pene, preguntándose cómo una mujer a la que había visto dos veces podría tener un efecto tan sorprendente en su libido.

—Si te quieres ir para tu casa, llamaré a Mandy y le diré que deje a los niños allí. No voy a forzarte a ver a Emily, si realmente no quieres. —Paul lo estaba observando cuidadosamente para ver su reacción y Matt se enderezó de la silla, inhalando bruscamente.

—Me gustaría volver a verla, —admitió con brusquedad—. Pero no estoy seguro de poder ser lo que ella necesita.

—Emily no está muy metida en ese estilo de vida, Matt. Ella y Mandy son muy similares en ese sentido. Ella no va a esperar que tú la trates bruscamente,

ella no querrá estar en su papel de sumisa las veinticuatro horas al día. Le gusta ser controlada en la cama, no es tan grave.

Matt miró a Paul con incredulidad. —Me dijo que ha tenido sexo oral con hombres y mujeres. Ella me contó sus reglas acerca del juego de agua, lo que sea que eso sea, los azotes, y toda esta otra basura que ni siquiera puedo comprender.

—¿Cuánto te ha contado Em sobre su pasado? —preguntó Paul en voz baja.

Matt se encogió de hombros. —No mucho.

Paul se inclinó hacia adelante en el sillón. —Confía en mí, cuando digo que Em te contó todo eso porque estuvo en una situación muy crítica hace un par de años. Era joven y se metió en un entorno del cual no podía salir, no sin ayuda. No te daré los detalles, pero puedo decirte que ésta es la razón por la cual es extremadamente cautelosa para involucrarse con alguien de nuevo. —Paul bebió su cerveza—. La parte más importante de estar en una relación de este estilo es la comunicación. Necesitan hablar mucho —Paul sonrió—. Tal vez deban reunirse unas cuantas veces más para ver si realmente se gustan, antes de empezar a hacer énfasis en los temas de sumisión.

—Tengo que preocuparme por mis hijos, —admitió Matt en voz baja—. Como les afectaría todo esto.

Paul se encogió de hombros. —No tiene por qué impactarlos en absoluto, Matt. Miles de personas en una relación como ésta tienen hijos y los niños no tienen ni idea de lo que está pasando con sus padres de puertas hacia adentro.

—¿Y el trabajo de dama de compañía? —preguntó Matt en voz baja—. ¿Cómo diablos les explico eso? ¿O a mis padres? Se pasó los dedos por el cabello con impaciencia.

Paul sacudió la cabeza, con una sonrisa en sus labios. —No se enterarán por mí, amigo. Emily va a la universidad. ¿Por qué tendrían que enterarse de este asunto? Es algo que Emily decidió hacer, para poder ir a la universidad, es una mujer inteligente, y llegará lejos en este mundo. Lo que eligió hacer para poder llegar allí es completamente asunto de Em y de nadie más. —Paul se inclinó hacia adelante, mientras observaba intensivamente a Matt—. De todos modos, significas tanto para ella que está dispuesta a renunciar, incluso sin de saber si algo contigo funcionaría. Sabía que estabas incómodo y ella hizo algo para tratar de mitigar la situación.

Matt tenía que admitir que lo que Paul decía era cierto. —¿Sabe alguien en el trabajo acerca de esta ... cosa de estilo de vida?

—Pues no. No voy a arriesgar mi carrera por ello. Todo lo que Mandy y yo hacemos, lo mantenemos privado entre ella y yo. Cuando vamos a Salacious, los dos usamos máscaras para proteger nuestras identidades.

—¿Has estado en Salacious? —Matt podía sentir como su mandíbula se caía y supo que parecía como un adolescente ingenuo viendo por primera vez un par de tetas.

Paul se echó a reír. —Hombre, nunca pensé que podrías sorprenderte con nada. Sí, visitamos Salacious. Es un gran club, excelente ambiente y es divertido ver lo que otras personas llegan a hacer. Nunca jugamos mientras estamos allí, solo visitamos, miramos los espectáculos y tomamos unas copas. —Paul sonrió maliciosamente—. Luego llegamos a casa y tenemos un sexo alucinante.

—Gracias por compartir, —señaló Matt secamente.

—De nada.

Capítulo Siete:

Emily condujo hacia la entrada de la casa de Mandy, tratando de controlar la palpitación nerviosa de su estómago. Cuando Mandy le había pedido a Emily que viniera a recoger a los hijos de Matt y los llevaran a jugar bolos y comer pizza, se había puesto muy nerviosa. ¿Qué pensaría Matt del plan? ¿Estaría molesto con ella, por reunirse con sus hijos sin su permiso? Parecía clarísimo que Matt no iba a volver a verla, habían acordado de no verse por unos días y había pasado ya una semana entera desde la última vez que había hablado con él. Emily estaba decepcionada, pero en realidad no se había sorprendido mucho de que Matt no la contactara.

La posibilidad de verlo, había facilitado la decisión y Emily había aceptado la petición de Mandy. Había sido una tarde divertida. Emily no tenía ninguna experiencia con niños, pero encontró a los hijos de Matt encantadores. Millie ya se había robado su corazón, la niña era tan dulce con su pelo oscuro trenzado y con un rostro redondito. Imaginar cómo Matt trenzaba el cabello de su hija resultaba ser un pensamiento muy dulce. La niña había conquistado a Emily de inmediato, y Emily había pasado casi todo el tiempo en la bolera enseñando a Millie cómo jugar bolos. El personal de la bolera le había proporcionado a Millie una rampa especial para lanzar su bola, ella era realmente demasiado pequeña para hacer cualquier otra cosa y Emily le ayudó a colocar la rampa para tumbar los bolos. Cada grito de goce que Millie emitía cada vez que golpeaba algo, hacía sonreír a Emily.

Brandon era un joven agradable, había pasado un largo rato hablando con Emily sobre los juegos de X-Box, y los deportes que le gustaba practicar. Jugaba al softbol los fines de semana y Emily sabía suficiente sobre el tema como para tener una apropiada conversación con él. De todos los niños, era el más parecido a Matt, con los mismos ojos color ámbar y parecía un poco alto para su edad.

Courtney parecía una buena chica, sin duda se llevaba bien con Mandy y era respetuosa con Emily, aunque permaneció distanciada. Emily la escuchó hablar con Mandy acerca de algunas dificultades que tenía con Matt y ahora podía entender el comentario de Matt sobre Courtney que tenía quince años, pero se creía de veinticinco. Evidentemente, la adolescente tenía prisa por crecer. Era una mujer joven y hermosa, de cabello largo y rubio oscuro, y sus ojos del mismo color de los de Matt; sus hermosas facciones comenzaban a perder su aspecto infantil mientras se convertía en mujer. Con *jeans* rasgados

y una corta camiseta, Emily podía intuir la lucha de Matt para ocuparse de ella. No debía ser nada fácil educar solo a una adolescente.

Harper era dulce, le había contado a Emily que tenía doce años y cuando Emily tuvo la oportunidad de sentarse, Harper se hizo a su lado y le conversó con facilidad. Tenía sólo doce años, pero parecía mayor y obviamente había asumido el papel de mamá gallina en la casa de los Pendleton. Una mamá gallina muy mandona, pensó Emily con una sonrisa, la joven había estado mirando constantemente lo que los demás estaban haciendo y no era tímida al decirles si creía que se estaban portando mal.

—¿Por qué no salimos? —preguntó Millie desde el asiento trasero. Ella y Harper habían insistido en volver a casa de Mandy en el auto de Emily, mientras que Courtney y Brandon iban con Mandy.

—Ya salimos. —Emily apagó el auto y abrió la puerta, sentía mariposas temblorosas en su estómago. Cuando Mandy le había contado que Matt iría a su casa, Emily pensó que él tomaría la decisión de regresar a su casa. Si no la había llamado en una semana, era evidente que no estaba interesado en volver a verla. Emily se sorprendió cuando Paul llamó mientras estaban en la bolera, para decirle a Mandy que trajera a los niños a casa. Emily ojeó el campero de Matt estacionado en el parqueadero, preguntándose si sería mejor disculparse, volver al auto e irse para su casa. A pesar de los nervios que la asaltaban, Emily decidió ser honesta consigo misma. Quería volver a ver a Matt.

Dada la luz verde por parte de Emily, Millie y Harper ya se lanzaron fuera del auto y se dirigieron hacia la entrada, corriendo hacia adentro de la casa para ver a su padre. Emily se percató de la fría máscara que se posó sobre los bonitos rasgos de Courtney mientras salía del auto de Mandy y caminaba por el sendero, su cuerpo rígido y tenso. Era obvio que las cosas no estaban bien entre Matt y su hija mayor. Brandon siguió a Millie y a Harper, dejando que Emily y Mandy caminaran juntas por el sendero.

La fortaleza que Emily había erigido se estaba derrumbando. —Escucha Mandy, creo que me estoy arrepintiendo, mejor me voy para mi casa. Tengo cosas que hacer.

Mandy agarró a Emily del brazo, guiándola firmemente por las escaleras hasta el porche. —No, no lo harás Em. No sea gallina. Él decidió quedarse, así que obviamente no le disgusta volver a verte.

—Si no le molestara verme de nuevo, habría llamado —Observó Emily con brusquedad.

Mandy retorció los ojos. —Es un hombre, por el amor de Dios. A veces necesitan un empujón en la dirección correcta.

Emily se vio guiada con bastante facilidad por la puerta principal por Mandy y se quedó torpemente en la entrada. Matt estaba en la sala de estar con Millie en sus brazos, Harper y Brandon conversando emocionadamente con él sobre la aventura de los bolos. Emily sintió una oleada de placer mientras lo observaba en silencio, notando el deleite en sus ojos castaños ámbar mientras miraba a sus hijos, y la forma en que envolvía sus brazos alrededor de su hija menor. Era evidente que adoraba a sus hijos. Courtney se dejó caer en el sofá más cercano, ignorando a su padre. Interesante.

Paul le ofreció a Emily un guiño y una sonrisa radiante. —Hola Em. ¿Cómo estás?

Por primera vez desde que conoció a Paul y a Mandy, Emily se sintió incómoda en su casa. Por lo general, ella entraba por la puerta, se dejaba caer en un sofá o se sentaba en la cocina a tomar café y a hablar con Mandy. Con la presencia de Matt en el lugar, solo podía concentrarse en su auténtica masculinidad, la insinuación del músculo firme debajo de su camisa y el brillo de sus ojos.

Matt dejó caer a Millie suavemente en el suelo y provocó a su hija menor tirando de sus trenzas, antes de mirar a Emily, ofreciéndole una cálida sonrisa.

Emily sonrió débilmente y apartó la mirada, concentrando su atención en los niños que todavía estaban riendo y charlando, ajenos a la tensión entre los dos.

Paul se levantó y sonrió a Millie. —Tu papá ha decidido que habrá una fiesta de pijamas en la casa de Meccelli esta noche, así que ¿por qué no vamos a hacer un poco de chocolate caliente y luego ustedes pueden decidir dónde quieren dormir?

Los tres niños más pequeños gritaron y gritaron de emoción, corriendo hacia la cocina. Courtney se quedó dónde estaba, sus bellos rasgos estropeados por un puchero. —No quiero quedarme; Brooke y yo vamos a ir al centro comercial mañana.

—¿Hemos acordado eso? —preguntó Matt frunciendo el ceño.

—Yo lo organicé. Nuevamente no estabas en casa, de manera que no pude confirmarlo contigo.

Emily se percató del énfasis que Courtney puso en que Matt no estuviera en casa. Parecía que la chica tenía algún resentimiento por la cantidad de horas que Matt dedicaba a su trabajo. Em no podía culparla por eso; su

propio padre rara vez había estado en casa cuando Em estaba creciendo, y había creado una fricción entre ellos que continuaba hasta el día de hoy.

—¿A qué hora querías estar en el centro comercial? —preguntó Matt. Él seguía de pie en el centro de la sala de estar, con la frente fruncida.

—A las nueve. —Courtney estaba hosca, su lenguaje corporal confirmaba su descontento.

—¿No habíamos hablado de que estás castigada después del incidente del *piercing* el jueves?

Courtney se levantó y cruzó los brazos sobre su pecho, equilibrando su peso sobre una cadera, de forma beligerante. —Hablamos de eso papá, pero simplemente no tomaste una decisión.

Era obvio que Courtney estaba fastidiando a su padre, respondía insolentemente mientras lo miraba, desafiándolo a perder su paciencia.

Debe abonársele a Matt que mantuvo la calma, cruzando sus brazos sobre su amplio pecho. —Está bien. Obviamente, no terminamos esa discusión y deberíamos tenerla. Puedes ir al centro comercial con Brooke por la mañana y hablaremos de la duración de tu castigo cuando llegues a casa.

Courtney abrió los ojos. —¿Por qué tengo que estar castigada?

—Tu hiciste algo incorrecto cariño. Tú lo sabes.

—¿No eres chévere, papá! Muchas de mis amigas tienen *piercing* en el vientre. ¿Por qué yo no puedo?

Matt suspiró profundamente. —Te lo dije, no tengo ningún problema en que tengas un *piercing*, pero no te dejaré hacerlo hasta...

—Hasta que tenga dieciocho años. —Los ojos de Courtney brillaron de rabia—. ¡Para entonces ni siquiera será genial!

—Lo siento, Court. Esa es mi decisión.

Paul había llevado a los niños a la cocina y Mandy lanzó a Emily una sonrisa tranquilizadora. —Voy a ir a ayudar con el chocolate caliente. Courtney, ven a la cocina con nosotros.

Courtney miró a su padre con una mirada de rebeldía y luego miró a Emily, quien estaba junto a la puerta. Dirigió su pregunta a Mandy. —¿No le vas a presentar a Emily a papá?

—Ya nos conocemos. —Matt miró de nuevo a Emily y sonrió cálidamente.

La conducta de Courtney cambió rápidamente, de volátil a desconfiada. —¿Cómo es que ya se conocen?

Emily dejó que Matt respondiera. Era su hija y su vida. A él le correspondía decidir cómo lo iba a manejar. Tenía que admitir que ella misma estaba interesada en la respuesta.

—Salí con Emily el viernes por la noche.

—¿Como en una cita? —preguntó Courtney cautelosamente.

—Sí, Court. Como en una cita. —Matt miró de nuevo a Emily, su expresión era neutral, pero sus ojos estaban llenos de emoción.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Courtney.

—Fue solo una cita, Court,

Emily no estaba segura de cómo interpretar su respuesta. ¿Estaba él apaciguando a su hija, o aclarándole a Emily que había sido un encuentro de una sola vez?

—¿Por qué no dijiste nada hoy? —le preguntó Courtney a Emily.

—Es decisión de tu padre si quisiera decírtelo o no, Courtney —respondió Emily con suavidad. Dio otro par de pasos hacia la sala de estar y se quedó en la parte trasera del sofá, sintiéndose bastante incómoda.

Courtney pensó durante unos segundos. —¿Vas a verla de nuevo? —preguntó finalmente a su padre.

Durante un largo rato, Matt permaneció en silencio y el corazón de Emily se encogió. Iba a decir que no. Deseó que el piso se abriera y se la tragara. ¿Por eso se había quedado esta noche? ¿Para decirle que no quería seguir una relación? —No estoy seguro. Eso depende de Emily. Mantuvo los ojos fijos en Emily y ella creyó ver un malestar grabado en su mirada.

—Voy a tomar chocolate caliente. —dijo Courtney decididamente, mientras caminaba hacia la cocina pisando fuerte. Mandy le ofreció una alentadora sonrisa a Matt.

—Hablaré con ella, —ofreció suavemente.

—Gracias, Mandy.

Una vez estaban solos, Matt dirigió su atención hacia Emily, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones mientras la miraba. —Hola.

—Hola.

Matt miró hacia la puerta de la cocina, sus labios temblaban cuando se dio cuenta de que Mandy había cerrado la puerta, dejándolo a él y a Emily en privado. —Siento no haberte llamado. —Se acercó hacia ella con la mirada fija. Emily se sintió como cuando una pantera acecha a su presa y se estremeció un poco mientras sentía una corriente atravesando su entrepierna. Él se veía endemoniadamente sexy con esa camisa de cuello abierto, las

mangas enrolladas revelando sus firmes brazos cubiertos de un puñado de pelo oscuro. Sus pantalones se ajustaban debajo de sus caderas, delineando sus bien moldeados muslos.

—Está bien.

Matt dejó que su mirada vagara por la hermosa mujer que tenía ante sí, maldiciéndose por no haberla llamado. Llevaba una preciosa camiseta de algodón ajustada a sus increíbles senos, contorneando su figura hasta su estrecha cintura. Sus hermosas caderas se revestían con *jean* de talle bajo y él se contuvo de pedirle que se diera una vuelta para poder ver cómo se definía su trasero en el apretado dril. Entonces, recapacitó y pensó que tal vez eso era exactamente lo que debía hacer. —Vóltéate —le exigió con voz ronca.

—¿Perdón? —Emily lo miró inexpresivamente por un segundo, sus ojos azules se sobresaltaron.

—Te pedí que te dieras la vuelta Emily. La vista de frente es perfecta, pero quiero ver ese magnífico trasero, esbozado en ese *jean* ajustado.

Se le ponía duro mientras observaba cómo sus pezones se fortificaban, y luego ella giró lentamente en el lugar. Obviamente, su petición la estaba excitando, ella respiraba pesadamente, y él podía ver los sutiles temblores que sacudían su cuerpo. Reprimió el deseo de arrancarse la ropa, golpearla contra la pared y poseerla hasta hacerla gemir. Daría un millón de dólares ahora mismo, por una habitación privada en algún lugar, lejos de los niños.

Matt estiró la mano y frotó las yemas de sus dedos sobre los hombros de Emily, provocando un pequeño estremecimiento en su pequeño cuerpo. ¡Cristo! ella olía tan bien. El aroma de jazmín y rosas llenó sus sentidos, y lo hizo tambalear. Dejando que sus dedos vagaran por su espalda, se acercó a su oído. —Te gusta esto, ¿no, cariño?

Emily asintió con la cabeza, la sensación de su cálido aliento en su oído la hizo querer más, deseando que la tocara, que metiera las manos dentro de su *jean* y le acariciara el clítoris. Esto era una locura, apenas se conocían, pero ella lo quería más de lo que recordaba querer a persona alguna.

Las cálidas manos de Matt se deslizaron lentamente por su espalda, hasta que alcanzó sus pantalones y Emily gimió un poco mientras Matt le acariciaba la espalda, y luego con sus dedos le apretaba sus nalgas. —Quiero verte, Emily —susurró contra su oreja—, quiero ver cada partecita de ti, desnuda y jadeando para mí. ¿También quieres tú lo mismo?

Emily asintió de nuevo, tenía la garganta seca mientras se empujaba contra Matt, deseando sentir su erección contra su trasero.

Matt le puso las manos sobre sus caderas y la giró, poniéndola de frente a él. —Te quiero, Emily. Quiero llevarte a la cama y desnudarte y follarte hasta que grites mi nombre.

Emily gimió, envolviendo sus brazos alrededor de la delgada cintura de Matt y pasando sus dedos por el apretado músculo de su espalda. —Suenan bien, —murmuró con una sonrisa torcida—. Pero hay cuatro razones en la cocina por las cuales eso no va a suceder ahora.

—Pero pasará. —Matt bajó la cabeza y atrapó sus labios contra los suyos, aprisionando su boca contra la de ella. Sin preocuparse por ser delicado, Matt profundizó el beso, trazando su lengua a través de los labios de Emily hasta que ella le dio acceso a su dulce, dulce boca y fue su turno ahora para gemir mientras la aplastaba contra él, sus lenguas danzando alrededor del uno al otro. Él se apoyó contra su vientre, asegurándose de que ella fuera consciente de lo excitado que estaba. Emily deslizó su mano a través de su trasero, trazando un delicado y ardiente camino desde sus caderas hacia la parte delantera de sus pantalones, y frotó con las yemas de sus dedos sus bolas, dirigiendo por el eje de su pene—Emily, me estás volviendo loco, —gimió contra sus labios.

—Te deseo, —añadió Emily con voz ronca.

Retirando sus labios, Matt enterró su rostro contra el cuello de Emily y sonrió para sí. —Va a suceder, cariño. Sólo tenemos que encontrar cómo hacerlo.

Una discreta tos desde la puerta vio cómo se separaban como dos gatos escaldados y Matt se volvió para ver quién los interrumpía. Paul estaba en la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho y sonriendo. —¿Quieren una habitación?

—Sí. ¿Tienes una? —preguntó Matt bruscamente.

—Podríamos organizarlo. O podrías dejar a los niños aquí con nosotros; llevar a Emily a tu casa. Cuidaremos de niños.

Emily miró a Matt, vio una sombra oscura cruzar su rostro mientras sacudía la cabeza. —No, no es mi casa.

—Bien. Vamos primero a organizar a los niños y luego resolveremos el resto, —Paul respondió fácilmente—. ¿Quieres venir a ayudarme con los sacos de acampar y demás cosas?

—Claro, —Matt estuvo de acuerdo. Se volvió hacia Emily y le ofreció una deslumbrante sonrisa—. No vayas a ninguna parte. Tú y yo tenemos que hablar, y resolver unos asuntos.

Emily asintió con la cabeza, aún sentía el latido de su corazón en sus oídos. —Ayudaré a Mandy con los niños.

Tomó casi una hora para organizar a los niños en varias habitaciones de la casa. Millie y Harper compartirían un dormitorio y Brandon había tomado el otro. Courtney estaba en la sala de estar; siendo mayor, ella no estaba lista para acostarse todavía y había elegido charlar con algunos de sus amigos en Facebook. Le había hablado muy poco a Emily después de que Matt revelara su encuentro con ella el pasado viernes, mirando a la chica mayor con una hostilidad indisimulada y Emily se preguntó si tenía intención de incomodarla. La adolescente ya le estaba causando problemas a su padre, no sería una sorpresa para Emily si ella se sentía resentida por la idea de que su padre se viera con alguien. Completamente comprensible, dado que había perdido a su madre hacía sólo dieciocho meses, pero eso hizo que Emily se pusiera nerviosa y se preguntara si podría construir una amistad con la chica. Emily sonrió irónicamente para sí misma; escasamente entendía lo que había entre ella y Matt, aparte de una saludable dosis de lujuria y atracción física.

Finalmente habían conseguido que los chicos se organizaran y Paul se dejó caer en un sillón de la sala de estar con una cerveza fresca. —Mierda, compañero, no sé cómo lidias tu solo con los cuatro.

Matt se sentó en el sofá junto a Emily y se dio cuenta de lo cansado que estaba. —No es fácil —admitió.

—Ahora, ¿qué vamos a hacer con ustedes dos? —preguntó Mandy. De pie en el centro de la habitación, miró a Matt y a Emily con una sonrisa divertida—. Nos quedamos sin habitaciones.

—Danos la tuya —sugirió Matt con un guiño.

—En realidad, —Emily habló con suave voz—, creo que me voy para mi casa.

Matt frunció el ceño, sus cejas oscuras golpearon su piel. —¿Por qué? —preguntó en voz baja.

Emily le ofreció una sonrisa afectuosa. —Creo que necesitamos hablar primero, y debemos darles a tus hijos cierto respeto. ¿Cómo van a sentirse si pasas la noche conmigo?

Matt se inclinó hacia adelante, colocando su cerveza sobre la mesa de café —No quiero que te vayas —dijo con firmeza. ¡Por Cristo! Apenas habían tenido tiempo de respirar desde que Emily y Mandy habían llegado con los niños, ¿y ahora ella se iba para su casa?

—Creo que es lo mejor, —le aseguró Emily. No quería nada más que irse a la cama más cercana con él, pero estaba segura de que no era lo más prudente en ese momento. Matt no la había llamado en una semana y, obviamente, había razones para eso. Sin duda, él quería dormir con ella, pues su erección no le dejaba ninguna duda sobre sus intenciones y deseo, pero había mucho más a considerar. Sus hijos en primer lugar. Además, su rápida negativa a considerar llevarla a su casa. ¿A qué se debió todo eso? Emily pensó que había algunas cosas de las que necesitaban hablar antes de hacer nada más.

—Ven a dar un paseo conmigo —murmuró Matt con voz ronca.

Emily lo consideró por un segundo, antes de asentir y Matt se levantó, ofreciéndole la mano y halándola suavemente del sofá.

—Volveremos en un rato —dijo Matt a Mandy—. ¿Puedes cuidar a los niños?

—Claro que sí, —convino Mandy—. Que la pasen bien.

Capítulo Ocho:

El clima exterior era más fresco, la luna llena brillaba sobre ellos. No había una sola nube en el cielo y Emily caminaba junto a Matt, admirando las estrellas.

Y el hombre caminaba junto a ella. Estaba lo suficientemente cerca para que ella pudiera percibir un poco su colonia, una combinación de pino y menta que era embriagadora, recordándole la noche que estuvieron juntos en el hotel.

Ella estaba encantada cuando Matt le cogió la mano, agarrando sus dedos suavemente. El contacto físico fue agradable y sintió un cosquilleo desde las yemas de sus dedos subiendo por todo su cuerpo. No sabía por qué tenía ese efecto en ella, era la primera vez que sentía esto en su vida y algo que nunca había experimentado antes con ningún otro hombre, ya fuera cliente o novio. ¿Por qué Matt tenía este efecto en ella? Ella no lo sabía. Se sentía ciertamente atraída por él; era el único hecho que ella no podía negar. En cuanto a lo que eso significaba, ella tampoco lo sabía. Él le había dicho que era cosa suya si se volvían a ver, algo de lo cual ella estaba definitivamente segura de querer hacer. No tenía duda de que él estaba sexualmente atraído por ella, la dureza de su erección cuando la había estado besando hablaba sobre su reacción física. ¿Podrían tener más? ¿O sólo estaba interesado en una relación sexual?

No había hablado desde que salieron de la casa y Emily se contentó con caminar en silencio a su lado. Él había igualado su ritmo con el suyo, una consideración que ella apreciaba. El hombre era tan alto; se alzaba sobre su pequeña estructura y era totalmente impresionante, envuelto en una capa de sensualidad a la cual podría fácilmente convertirse en adicta.

—Te llamé el sábado por la noche. —Matt rompió el silencio. Miró al horizonte, con expresión triste—. Pensé que estabas con un cliente, y eso me molestó.

¿Cómo debería responder? Si le dice a Matt que había decidido dejar de ver a sus clientes a causa de él, la haría parecer patética. Parecería como si estuviera tomando decisiones para complacerlo y además que se avergonzaba de su trabajo. Y no, no se avergonzaba de lo que hacía para ganarse la vida —aunque sabía que no todos estaban de acuerdo— le daba buen dinero, le permitía tomar el control de su vida y trabajar hacia un futuro.

Además, le gustaban sus clientes, todos ellos. Los hombres con los que Sally la había emparejado eran caballeros, encantadores y considerados. Aunque el sexo era una parte de sus relaciones, realmente disfrutaba de la

compañía de sus clientes y le gustaba pensar que su disfrute era mutuo. Al darse cuenta de que Matt estaba esperando su respuesta, Emily inhaló profundamente. Necesitaba ser honesta con él. —Trabajé en el bar de Salacious. No te gustó la idea de que estuviera con otros hombres, de manera que con el fin de darnos la oportunidad de explorar hacia dónde va “esto”, y uno de estos días tendrían que encontrar una mejor manera de describir “esto”, decidí suspender por ahora el trabajo de dama de compañía.

—Sí, eso me dijo Paul. ¿Cómo se siente tu jefa con respecto a esa decisión? —Emily sonrió, apretando los dedos.

—Sally no es sólo mi jefa, ella es mi amiga. Ella nunca me obligó a hacer nada que no quisiera.

Permaneció en silencio unos minutos, aparentemente digiriendo su declaración. —¿Cómo se sienten tus padres acerca de tu trabajo?

—No tienen mucho que ver con mi vida —admitió Emily—. Hace años que no los veo.

Matt siguió caminando, guiando a Emily hacia un parque que abarcaba el bloque de la esquina de la calle de Paul. —¿No se llevan bien? Indagó.

—No particularmente. Mi padre es el presidente de Ontell Corporation, algo que lo ha mantenido ocupado la mayor parte de su vida y su familia ha tenido siempre un muy pobre segundo lugar. Él nunca me ha entendido, no estoy segura de que lo haya siquiera intentado. —El juicio aun perseguía a Emily, sabiendo que no importaba lo que ella eligiera hacer con su vida; nunca sería lo suficientemente bueno para su padre.

Matt dejó de caminar y miró a Emily. —¿Tu padre es Emerson Coulter?

—Sí. Obviamente has oído hablar de él.

—Lo he visto en las noticias una o dos veces. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tus padres?

—Me fui después de cumplir dieciocho años. Sólo he vuelto un par de veces desde entonces. —Odiaba visitar a sus padres, detestaba el deseo de su padre de controlar su vida y sus decisiones. Era un fanático controlador, frío y exigente, con poco tiempo para una familia que nunca había querido. Toda la vida de Emily, había encontrado fallas en ella, nunca había sido lo suficientemente buena, lo suficientemente inteligente. Cada respiro suyo parecía ser una decepción continua para él y su boca se estremeció ante la idea de lo que haría si se enteraran de que ella trabajaba como dama de compañía. Sería una desgracia absoluta, sin duda su querido y viejo papá estallarían en ira y la desterrarían de su vista para siempre. En realidad,

pensándolo bien, esto último no sería tan malo, si fuera desterrada de su casa, nunca más tendría que verlo de nuevo. ¡Extraordinario!

—¿En dónde viven?

—En San Francisco

—¿Y tu madre? ¿Te la llevas bien con ella?

Emily se encogió de hombros delicadamente, curiosa por su tipo de preguntas. —¿Por qué estás tan interesado?

Matt levantó las cejas y sus labios se curvaron en una sonrisa serena. — Lo siento. La curiosidad viene con la profesión. Soy un detective, hago preguntas para entender las cosas. —Fue su turno de apretarle los dedos—. Y tengo curiosidad; quiero saber más sobre ti y tu vida.

Emily suspiró, masticando el labio. —Mamá está bien. Ella no tiene una personalidad fuerte, por lo que siempre está de acuerdo con mi padre. Me saca de quicio.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

— Dos hermanas. —Habían llegado a un parque de recreo con un par de bancos de madera colocados alrededor del borde. Emily atrajo a Matt hacia uno de los bancos, esperando a que él se sentara a su lado, y así lo hizo, estirando sus largas piernas—. Anne y Charlotte.

Era evidente que Matt quería reírse, sus labios temblaban y sus ojos brillaban con diversión. —¿Emily, Anne y Charlotte?

—Mamá tenía una obsesión con las hermanas Bronte, leía cada uno de los libros que escribían, —Emily sonrió—. ¿Qué puedo decir?

No trató de ocultar su diversión ahora, sonriendo ante los ridículos nombres que sus padres les habían otorgado. Usar un nombre estaba bien, pero tener tres hijas y bautizar a cada una de ellas con los nombres de las tres hermanas Bronte, era inhumano, e intensamente embarazoso cuando todas habían ido a la misma escuela.

—¿Te llevas bien con ellas? —Preguntó Matt.

—Sí. No estamos cerca, pero nos entendemos bien.

—Entonces, ¿cuál es el problema contigo y tu padre? —Matt frotaba su pulgar contra el dorso de su mano, el movimiento servía para calmarla y para incrementar su atención hacia él. Estaba lo suficientemente cerca como para poder alcanzarlo y tocarlo, lo suficientemente cerca como para que su olor la envolviera, aumentando el ritmo de sus latidos cardíacos, haciendo que sus pezones se endurecieran y sus músculos estomacales se apretaran de placer. ¿Cómo podía tener ese efecto en ella?

—Mi padre trató de gobernar nuestras vidas desde el principio. Protegernos y controlarnos. Eligió las escuelas a las que asistiríamos mucho antes de que naciéramos. Las elecciones de nuestras carreras fueron hechas por él. Él eligió nuestros amigos, nuestros deportes, nuestros compromisos sociales. A ninguno de nosotras se nos permitió salir hasta que teníamos dieciocho años. Fue sofocante.

—¿Les resultó difícil a tus hermanas?

Ella sabía lo que él estaba preguntando, la pregunta subyacente estaba allí evidente. Se había convertido en una dama de compañía, ¿qué opciones habían tomado sus hermanas?

—Anne y Charlotte son menos ... obstinadas que yo. Anne se casó con un hombre que obtuvo la aprobación de mi padre. Su marido es vicepresidente de Ontell, uno de los proyectos “mascota” de papá. —Ella no pudo evitar la burla en su voz, la frustración con Anne por hacer lo que su padre había querido sin quejas, sin discusión—. No estoy convencida de que sea un matrimonio feliz, pero tienen un par de hijos y viven en Londres.

—¿Y cuéntame de Charlotte?

—Charlotte fue a Harvard, estudió Derecho. Ella trabaja en Nueva York, creo. Al menos allí estaba la última vez que hablé con ella.

—¿Se ha casado?

—No. —Emily se mordió el labio pensativamente—. Tengo sospechas de que es lesbiana, aunque nunca me lo ha admitido. Jamás lo admitiría a mis padres; mi padre la rechazaría de inmediato.

—No te han desheredado. —Matt planteó sus palabras como una declaración, en lugar de una pregunta, sin querer ofenderla.

—No han tenido la oportunidad. —Cambiándose de posición en la banca, se volvió hacia Matt, deseando ver su rostro a la luz de la lámpara. Esto era algo, de lo que en general, ella nunca hablaba, ni siquiera con sus amigos más cercanos, Sally y Bud. Como regla general, su vida pasada no era tema de conversación, pero con Matt, ella deseaba que él supiera sobre su vida. Ella también quería saber sobre él y su vida y llegarían a este tema pronto. Muy pronto. Ella todavía tenía preguntas sobre las cuales quería respuestas. Ella no sabía mucho acerca de él; seguramente si le hubiese preguntado a Paul, él sin duda le hubiese dado muchos detalles, pero era con Matt con quien ella quería hablar, quería que Matt le contara sobre su vida—. Yo era una completa decepción para ellos de muchas maneras. Yo no podía conformarme, no era particularmente buena en la escuela, y me rebelaba contra todo lo que

mi padre quería. Sabía que mi desarrollo en gustos sexuales no estaba de acuerdo con sus estrictos ideales; parecía mejor irme, hacer una ruptura tranquila, y encontrar mi propio camino en la vida.

—¿Sabías desde entonces que eras sumisa?

Emily asintió con la cabeza. —Mis gustos sexuales siempre han sido de sumisión. Tal vez porque mi padre era tan dominante ... no lo sé.

—Parece ser una combinación inverosímil, ser tanto testaruda como sumisa. —Matt se sentó a horcajadas sobre el banco y la rodeó con el brazo, dejando caer una hilera de besos en su cuello.

—Supongo que sí, —Emily sonrió mientras Matt besaba su cuello, cerrando sus ojos, y arqueando su cuello hacia el susurrado toque de sus labios. El deseo floreció y se extendió a través de su cuerpo—. Sigue haciendo eso y esta conversación será difícil de continuar, —susurró.

Matt se enderezó un poco, alejándose de su cuello y Emily quiso gritar por la pérdida de sus labios contra su piel. —¿Por qué no quieres quedarte conmigo esta noche? —preguntó.

—No sería justo para tus hijos —respondió ella con decisión—. Necesitan acostumbrarse a vernos juntos primero. —Ella se acurrucó más cerca del pecho de Matt, disfrutando de la sensación de su cuerpo fuerte contra el suyo y avivándose silenciosamente cuando él apretó los brazos alrededor de ella—. Soy la primera mujer que has visto desde que murió tu esposa; va a ser difícil para tus hijos a llegar a un acuerdo contigo.

Matt suspiró. —Tienes razón, lo sé.

Emily consideró sus próximas palabras cuidadosamente, preguntándose cómo reaccionaría Matt. —¿Te importa si te pregunto cómo murió tu esposa? —Ella contuvo la respiración, sin saber cómo se sentiría al discutir el tema.

—Cáncer de ovarios. Ella fue diagnosticada un par de meses después de que Millie naciera, respondió bruscamente.

—Lo siento mucho, Matt. Debió haber sido terrible para ti. —Le dolía el corazón, el dolor que oía en su voz, el súbito endurecimiento de sus brazos y pecho. Pensó que él iba a alejarla, pero en lugar de eso la abrazó un poco más, besando la parte superior de su cabeza.

—Lo fue, —dijo Matt sin rodeos—. Luchó durante mucho tiempo, pasamos por la quimioterapia y todas las otras mierdas, pero al final ... no se pudo hacer nada para salvarla.

Emily se volvió hacia sus brazos, para poder ver su rostro en la tenue luz. —¿Estás seguro de “esto”, Matt? ¿Continuar con “esto” entre nosotros? —

Una vez más con la ridícula descripción de lo que “esto” fuera—. Tengo la impresión de que no estás seguro.

Matt le pasó sus dedos por los rizos, su atención se centró en ellos cuando habló. —¿La respuesta honesta? No lo sé. Te encuentro increíblemente atractiva, me encantó hacer el amor contigo y definitivamente quiero hacerlo de nuevo. Pero no puedo darte una respuesta definitiva sobre si ya estoy preparado para otra relación.

Emily sonrió ante su honestidad y se animó a hacer otra pregunta urgente. —¿Por qué no quisiste llevarme a tu casa? —Ella creía saber la respuesta, pero quería que él confirmara sus sospechas.

Matt se pasó los dedos por el pelo, cerrando los ojos por un momento. — Nuestro dormitorio ... mi dormitorio. Es la misma cama que compartí con Caroline; la cama donde nuestros hijos fueron concebidos. No puedo ...

Emily apretó su dedo contra sus labios, deteniéndolo. El dolor en sus ojos era abrumador, la opresión en su mandíbula visible por su músculo marcado. —Lo entiendo, Matt. Está bien.

Permanecieron en silencio durante unos minutos y Emily esperó a que Matt se relajara, dejando que su cuerpo liberara lentamente la tensión, antes de hacer su siguiente pregunta. —Soy sumisa, Matt. ¿Puedes lidiar con eso?

Matt la miró, con expresión profunda. —Estaría mintiendo si dijera que no lo había pensado. Me interesa, me excita. Sin embargo, tengo que pensar en cómo afectaría a mis hijos.

—A menos que me ordenes arrodillarme en el suelo de la sala de estar delante de ellos, desnuda, no debería ser un problema —respondió Emily en tono uniforme.

—Sí, eso me ha dicho Paul.

—¿Paul habló contigo de esto? —Su afirmación fue una sorpresa. Paul siempre había mantenido su carácter dominante bien oculto al público, sin permitir que otros conocieran sus predilecciones privadas. Que hubiese discutido y compartido ese tema con Matt, hacia vibrar su corazón al pensar que lo hacía en un esfuerzo por ayudar a su amigo.

Matt asintió, frotándose el brazo pensativamente. —Sí, hablamos algo esta noche. Él sabía que yo estaba flaqueando, luchando para poder entender todo esto. Me explicó algunas cosas, me habló de él y de Mandy. —Matt sacudió la cabeza, y una sonrisa diminuta le curvó los labios—. Obviamente me tomó por sorpresa.

—Mucha gente está involucrada en este estilo de vida. Hasta qué punto y cuán extrema, es una elección personal.

Matt se mantuvo en silencio durante unos minutos y Emily se alegró de permitirle procesar sus pensamientos. Esta no era una decisión que pudiera precipitarse o forzarle a hacer. Si quería ser parte de su vida, él tenía que estar feliz de hacerlo. No lo presionaría. —¿Estarías feliz de mantener esta cosa de la sumisión sólo en el dormitorio? —preguntó él.

—Me contento con eso, —Emily aceptó rápidamente—. No estoy completamente sumergida en el estilo de vida, Matt. No quiero ser constantemente sumisa, como algunos. —Se inclinó para besar la mejilla de Matt, inhalando profundamente contra su piel, saboreando la sensación de él.

—¿Qué te gusta? Sé que me contaste tus reglas y requisitos, lo que haces y lo que no te gusta. Pero honestamente, me quede paralizado a mitad de la conversación. —Él sonrió tristemente, y sus ojos color ámbar centelleaban.

—Todo lo que realmente quiero, todo lo que realmente necesito es un hombre fuerte. Alguien que tome el control en el dormitorio, que me diga lo que quiere, lo que necesita y espere que siga esas peticiones sin discusión. Un hombre que quiera cuidarme, protegerme. —Hizo una pausa, previendo no sobrecargarlo de información, cautelosa al decirle todo lo que soñaba tener. Quería un hombre que la cuidara y protegiera, eso era cierto. Ella también quería a alguien que la tratara como una preciada posesión, alguien que estuviera orgulloso de ella, se deleitara con ella y quisiera compartir su vida con ella. Alguien por quien ella podía renunciar a su control y saborear la toma de control por parte de él, presionándola para que fuera la mejor persona posible. Alguien en quien pudiera confiar incondicionalmente con su corazón, su cuerpo, su mente y su alma.

—¿No te gustan los látigos, las cadenas y esas cosas? —Preguntó Matt.

—No. —No pudo detener el estremecimiento que recorría su cuerpo, esperando que no lo notara—. No me gusta el dolor físico.

Si lo notó, no lo mencionó. —¿Y la relación entre nosotros? ¿Quieres llamarme Maestro? ¿Tengo que llamarte esclava? ¿U otros nombres despectivos? Porque no puedo ... no haré eso.

—Has estado haciendo tu tarea.

—Tú me aconsejaste que buscara en Google. Y así lo hice.

Emily sonrió suavemente. Él era tan directo, tan honesto. Increíble de muchas maneras. —No, si no quieres usarlos. Si eliges que te llame de

alguna forma en particular, por supuesto lo haría, espero cumplir tus deseos si tenemos una relación. Pero para mí, no es algo necesario en una relación.

—Esto suena más fácil de lo que esperaba, —admitió Matt secamente—. Esencialmente, todo lo que tengo que hacer es ser el jefe en el dormitorio. — Él guiñó un ojo—. Creo que podría ser un macho para eso, con bastante facilidad.

Emily rio suavemente, decidiendo avivar un poco las cosas. Había aprendido lo suficiente por una noche, el deseo, que era tangible entre ellos, no se podía apaciguar por la charla. Ella lo deseaba, necesitaba sentir sus labios sobre los suyos, sus manos sobre su cuerpo. —A veces es divertido jugar fuera de la habitación y se puede mantener en secreto, sólo tú y yo sabríamos lo que está pasando entre nosotros. Como cuando me ordenaste comer mi pasta en el restaurante.

—Me imaginé que te gustaba —susurró Matt con voz ronca.

—Un susurro de tus intenciones, lo que quieres hacerme, lo que quieres que te haga. Hablarlo cuando estamos en público, pero sólo tú y yo sabemos de qué se trata, puede ser increíblemente excitante, —Emily continuó.

Matt la acercó más hacia su regazo y Emily inhaló bruscamente cuando sintió su dureza contra su cadera. Él se inclinó hacia adelante y retuvo sus labios contra los suyos, sus dedos enredados en su cabello mientras se tragaba un gemido y sus dientes chocaban cuando su lengua sondeaba su boca; sus movimientos eran frenéticos. Emily dejó que sus dedos vagaran, trazando un camino por su musculoso pecho, deslizándolos entre los botones de su camisa para sentir el calor de su piel.

—¡Jesús! me estás volviendo loco, —susurró Matt contra su boca. Le pasó la mano por el pecho, pellizcándole su pezón entre el pulgar y el índice, haciendo que otro gemido escapara de sus labios—. Tengo que hacerte el amor, cariño, la necesidad me está quemando por dentro.

Capítulo Nueve:

La mujer lo iba a encender en llamas. Gloriosas llamas que destrozaban el alma, que se lo comían vivo. Besarla era el cielo en la tierra, la sensación de su ligero cuerpo bajo sus manos era sin duda la cosa más gloriosa que él podía imaginar. Su olor era a jazmín y a rosas; su mano contra su pecho era cálida, enviando sensaciones de hormigueo a través de cada terminación nerviosa.

Emily se apartó de su beso, provocando un gemido de deleite, que él intentó inhalar. Ella se sacudió de sus brazos y se levantó, tomando su mano para sacarlo de la banca.

—¿Adónde vamos? —preguntó Matt con voz ronca.

Emily lo atrajo más hacia el parque, lejos de las áreas iluminadas y hacia un bosquecillo, que estaba oculto de los caminos. Matt se dio cuenta de sus intenciones y sacudió la cabeza con tímida diversión. —Exhibicionismo, ¿eh?

—Extrañamente, la idea no le molestaba, diablos, se desnudaría bajo las luces que estaban sobre él en ese momento, si eso significaba que él podía hundirse en su cuerpo caliente. La mujer lo había envuelto en alguna especie de hechizo, donde sentirla a ella, el contacto de sus labios contra el suyo era todo lo que necesitaba y deseaba.

Emily soltó una risita, cuyo sonido inundó sus sentidos y provocó otra idiota exaltación de su pene. —Nada de exhibicionismo. Si ese hubiese sido el caso, te hubiera saltado en la banca.

—No te hubiera detenido —admitió Matt con una sonrisa. La abrazó, acariciando su trasero con las manos y tirando hacia ella con fuerza para que sintiera su erección, ambos gimieron ante el contacto. Ella unió sus brazos alrededor de su cuello y lo atrajo hacia abajo para otro beso, y Matt felizmente obedecía. Él levantó las manos, deslizándolas bajo su camisa para acariciar sus pechos. Eran de un tamaño perfecto, los endurecidos pezones rogaban que le tocasen mientras ella se arqueaba hacia él. Matt estaba extasiado, hábilmente le quitó el sujetador para acceder a la cálida piel de abajo. Le pasó los pulgares por los duros pezones, tragándose el gemido que se le escapaba de la boca y se deleitaba por la forma en que se ella moldeaba con su cuerpo al de él, sus manos acariciando su pelo y sosteniéndolo muy cerca.

Él soltó sus pechos y se separó de su boca, soltándose suavemente del agarre que tenía en su pelo. Quería mirarla, quería verla completa, y tiró de su camisa, levantándola por encima de su cabeza para poder contemplar sus

hermosos senos en los pequeños rayos de luz que se filtraban a través de los árboles. Sus pezones sobresalían, ávidos de atención, suplicando silenciosamente por su boca, pero él tenía otros planes. —Tócate a ti misma, —exigió en voz baja—. Tócate esos hermosos pechos y muéstrame cómo te gusta.

Una nueva ráfaga de ansia y de deseo se apoderó de ella mientras hacía lo que él le pedía, pasando las manos por sus pechos, pellizcando y rodando sus pezones y un pequeño gemido escapó de sus labios. Saber que lo hacía para complacer a Matt, hizo que su sangre bombeara y endureciera aún más su entrepierna, mientras él observaba su exhibición carnal.

¡Demonios! tenía que ser lo más asombroso que él había visto en su vida y saber que lo estaba haciendo debido a su petición, a su orden. No había nada comparable a la sensación de poder que sentía.

—Deshazte del *jean*, cariño. Quiero ver tu dulce cuerpo.

Con exquisita lentitud, burlándose de él con una exhibición que le secó la boca, Emily hizo lo que le pidió, sus ojos se oscurecieron de deseo mientras se desabrochaba su *jean* y lentamente se bajaba la cremallera. Movi6 sus manos a la cintura, con la intención de quitarse el *jean*, pero Matt volvió a hablar. —Date la vuelta, cariño. Déjame ver ese trasero mientras te lo quitas. —La sangre le latía a través de las venas; él podía oír su propio corazón latiendo rápidamente cuando Emily le dio la espalda y lenta, lentamente se bajó sus pantalones por los muslos. Por poco se viene en los pantalones al ver el pequeño hilo de los pantis que llevaba, las curvas magníficas de su trasero se burlaban de él sin piedad mientras ella se agachaba.

—¡Diablos! eres hermosa, —Matt respiró. Alargó su mano hacia ella para frotarle las manos sobre su hermoso trasero. Pasó un dedo por el pliegue de su trasero, y una sensación de poder se apoderaba de él, mientras ella temblaba—. ¿Quieres que te toque, cariño?

Emily asintió, y el temblor aumentó en su cuerpo.

—Quédate ahí mismo, quiero explorar cada centímetro de ti, —Matt exigió con voz ronca. Se puso de rodillas y, honestamente, si no lo hubiera hecho, igual hubiese caído. Besó el trasero de Emily mientras pasaba los dedos por su sedosa piel—. Aparta las piernas, cariño.

Emily inmediatamente hizo lo que le pidió, extendiendo las piernas y apoyándose contra el árbol detrás de ella. Matt apartó sus piernas un poco más lejos, tomándose su tiempo y pasando los dedos por su piel desde sus

tobillos, pasando por sus pantorrillas. El temblor en su cuerpo aumentó a medida que aumentaba su deseo, llenándolo a él de una sensación de poder que nunca antes había experimentado. Se abrió camino hasta sus lisos muslos, encontrando húmeda su dulce vagina.

—Estás tan lista para mí, ¿verdad? —susurró con voz ronca.

Emily asintió, aparentemente incapaz de hablar de forma coherente.

—Dime lo que quieres, cariño —le pidió—. Dime lo que quieres que haga.

—Hazme el amor, —Emily susurró, su voz ardiente de deseo—. Te quiero a ti, todo completo, dentro de mí.

Matt gimió, su miembro estaba pulsando locamente y sus bolas se apretaban contra su ingle. Frotó con su pulgar el clítoris de Emily, disfrutando de sus gemidos mientras que ella se empujaba hacia atrás contra su dedo.

—Por favor, Matt, por favor —suplicó en voz baja.

Matt le dio una nalgada y gruñó. —Estoy a cargo, Em. No te olvides de eso, yo decido que tan rápido lo haremos.

Emily gimió de placer y Matt tomó el diminuto hilo de material de las caderas de Emily y lo bajó, dándole acceso completo a su hendidura. Él hundió un dedo en ella, maravillándose de lo apretada y caliente que estaba. Sus músculos se apretaron contra él, y él empujó un segundo dedo adentro. ¡Diablos! cariño, estás tan lista para mí.

Emily se empujó hacia atrás contra sus dedos, balanceándose hacia adelante y hacia atrás y gimiendo suavemente. Matt capturó un seno y enrolló el pezón entre los dedos, la satisfacción floreció cuando gimió un poco más fuerte, su vagina contraída contra sus dedos.

Él quería lamerla, quería probar su sabor con su lengua, pero ya habría tiempo para eso más tarde. Por ahora, él quería disfrutar del placer que ella exteriorizaba para él, quería verla, y quería verla venir. Si había una mayor sensación de placer en este mundo, no sabía de dónde podría venir.

Él retiró los dedos y Emily gimió un poco, al verse desprovista de su contacto.

—Levántate y date la vuelta, —ordenó Matt con firmeza. Estaba encegueciéndose con este tema del “dominante”, pero hasta ahora, parecía estar funcionando, y cuando Emily se volvió hacia él, pudo ver que su rostro estaba enrojecido—. Tócate a ti misma, hazte venir para mí, le exigió. —Se preguntaba si lo haría, no sabía si le estaba pidiendo demasiado. ¿Confiaría en él lo suficiente como para hacerlo, o se avergonzaría y se negaría?

Para su placer, Emily se chupó sus dedos mientras lo miraba fijamente, y luego bajó sus dedos húmedos a sus pechos, rodeando sus pezones erectos mientras trazaba sus labios con su lengua. Con su mano derecha, se deslizó sobre sus costillas, rodeando su ombligo antes de bajarlas, hasta que tocó la unión entre sus piernas. Sus ojos permanecían en los suyos mientras tocaba su clítoris con la mano derecha, mientras que con su mano izquierda seguía jugueteando con el brote hinchado de su pezón. Un gemido escapó de sus labios mientras aumentaba su excitación.

Era la exhibición sexual más excitante que Matt había visto, algo que Caroline nunca habría hecho. Matt se acercó a Emily, ofreciéndole los dedos, todavía mojados con sus jugos. —Prueba, bebé. Pruébate a ti misma en mi piel.

Sacó la punta de su lengua, y serpenteando sobre sus dedos cuidadosamente lamía sus propios jugos en la piel de él. Matt miró, hipnotizado mientras tocaba su clítoris un poco más, luego hundió dos de sus dedos profundamente en su vagina.

Fue la destrucción de Matt, él gimió de deleite mientras la miraba exhibirse, alcanzando su cinturón y quitándose mientras la miraba, completamente absorto por su revelación. —¿Te vas a venir, cariño? —Él se desabrochó sus pantalones, se sacó su miembro de sus calzoncillos y comenzó a frotárselo con la mano.

—No ... sin ... permiso, —Emily jadeaba, sus ojos cerrados mientras bombeaba sus dedos frenéticamente dentro y fuera de su cuerpo.

Sus palabras desconcertaron a Matt por un segundo. ¿Necesitaba que le dijera que le había permitido llegar al clímax? ¿De dónde había salido eso? Pensando en ello, recordó haberle dicho que se viniera en el hotel, pero eso había sido por el calor del momento, no algo que él había asumido como un permiso para lograrlo.

—Por favor, Matt, por favor, por favor ¿Tengo permiso? —Emily susurró con voz ronca. La tensión era clara en su voz y Matt no tenía ninguna duda de que no se vendría si no le decía que podía hacerlo.

Matt envolvió sus brazos alrededor de su pequeño cuerpo, temblando de necesidad mientras frotaba su miembro contra su vientre desnudo. Se inclinó, susurró contra su oído. —Llega, Emily. Llega ya.

Ella explotó en sus brazos, sus suaves gritos y su tembladera casi le hacen perder el control. Matt la abrazó fuertemente, acariciándole la espalda con sus manos para calmarla hasta que se tranquilizó un poco. Cuando lo hizo, él

la levantó en sus brazos y la bajó hasta que su clítoris estaba contra su pene.
—Envuelve tus piernas alrededor de mi cintura, cariño.

Ella hizo lo que él le pidió y la bajó lentamente sobre su miembro, la sensación de ella envolviéndolo era exquisita, ella estaba caliente, apretada y húmeda para él. Matt comenzó a moverse lentamente, saboreando la sensación de sus piernas suaves que se apretadas a su cintura, la firmeza de su cuerpo halándolo, apretando todo a su alrededor.

—Más fuerte, Matt, por favor, más fuerte —gimió ella con suavidad, con los brazos envueltos alrededor de su cuello y su aliento caliente contra su cuello.

Matt volvió a palmeear su nalga y sonrió. —Mandona, mi pequeña subordinada —murmuró él, aumentando su ritmo, empujándose hasta el final de su apretada cosita rica. No iba a durar mucho y contó hacia atrás en su cabeza, tratando de frenar su clímax. Era desesperanzador; escuchar los maullidos de satisfacción de Emily contra su cuello desataba lo inevitable y en cuestión de segundos, sus bolas se apretaron y él se descargó en ella. Emily se apretó alrededor suyo, gritando su nombre mientras disfrutaba de su segundo orgasmo, apretándolo, sacando todo de él hasta ver las estrellas a través de sus cerrados párpados.

Matt se tambaleó hacia adelante, apoyó a Emily suavemente contra el árbol mientras jadeaba, sus rodillas débiles y su cuerpo cubierto de sudor. Él acarició sus pechos con sus labios mientras recuperaba su compostura. Ella era todo lo que había soñado y odiaba liberarla, no quería desacoplar su unión. Su cuerpo y aroma lo rodeaban, llenándolo de una sensación de plenitud, que había desaparecido durante mucho, mucho tiempo. —¡Eso fue... increíble!

—Lo fue, —Emily aceptó en silencio. Ella todavía estaba envuelta alrededor de su cuerpo, su corazón golpeando contra sus labios mientras él besaba su pecho.

—No usé un condón —dijo Matt con un gemido. Ni siquiera se le había ocurrido pensar en ello, había estado tan envuelto en el momento, y todo lo que podía concentrarse era en entrar en ella, lograr que ella lo rodeara—. ¡Carajo! Lo siento mucho. —¿Estaría ella en el control de la natalidad? Demonios, lo último que necesitaba era dejarla embarazada.

—No lo sientas, Matt. Yo también lo quería. Tú no tiene de que preocuparte; Me hago regularmente las pruebas para las enfermedades de transmisión sexual.

—Esa es la menor de mis preocupaciones. —La idea no se le había ocurrido, no le gustaba recordar que ella se acostaba con otros hombres. Sus ojos dejaron de brillar por lo que acababa de decirle a ella.

Emily se acurrucó más cerca de él, haciendo que su miembro volviera a encenderse. ¿Cómo demonios hizo eso? No debería estar listo para otra ronda; pero sorprendentemente, lo estaba. —Cálmate chico, —murmuró.

—¿Qué te preocupa? —preguntó ella.

—Dejarte embarazada. No sería justo para ti, debí haberlo pensado.

—Estoy tomando la píldora, Matt. —Hizo una pausa, considerando sus palabras y Matt observó las emociones titilar sobre sus bonitos rasgos—. Sé que no te gusta lo que hago para ganarme la vida, pero te puedo asegurar que es seguro estar conmigo. Me someto a pruebas periódicas para las enfermedades de transmisión sexual, el control de la natalidad está cubierto, y mis clientes son evaluados regularmente también. Y ... en todos los demás encuentros, siempre he insistido en usar condones.

Matt la puso suavemente en el suelo, aun sosteniéndola cerca. —¿Nunca has estado desprotegida con un hombre? —Sonaba ridículo, pero su corazón se hinchó de orgullo. ¿Había tenido relaciones sexuales sin protección con él, sólo con él?

—No. Siempre he sido muy cuidadosa. —Le pasó los dedos por su pecho—. Y contigo... así lo quería, Matt. Si hubieras querido usar un condón, habría aceptado, pero como no lo mencionaste ... me alegré de no usarlo.

Matt no sabía cómo responder a su revelación, sólo sabía que sentía un calorcito en su pecho, que no había sentido durante mucho tiempo. Miró su reloj y gimió. —Deberíamos regresar.

Se vistió rápidamente, lamentando el hecho de que ni siquiera se había quitado los zapatos. ¿Qué tipo de hombre hacía el amor con los zapatos puestos? ¡Por el amor de Dios! Ayudó a Emily a recoger su ropa, sintiendo un arrebató de arrepentimiento mientras la observaba ponérsela de nuevo. Deseaba poder mantenerla desnuda durante toda la noche, dormir con ella, sujetarla contra él, y despertarse por la mañana con ella. Pero ella tenía puntos muy válidos sobre sus hijos y no podía dormir con ella en casa de Paul y Mandy; no cuando los niños seguramente se lanzarían a su habitación a primera hora de la mañana.

Matt la tomó de la mano y regresaron a casa de Paul, deseando poder encontrar la manera de que ella se quedara, a sabiendas que no era posible esa noche.

—Debería irme, —dijo, cuando llegaron a casa de Paul.

—Ven a tomarte un café. Por favor. —Matt no estaba listo para decir adiós, quería tener la oportunidad de pasar un poco más de tiempo con ella.

Estaba decepcionado cuando ella se negó con la cabeza. —Me encantaría, pero de verdad debo irme. —Él pudo ver en sus ojos, iluminados por la lámpara de arriba, el arrepentimiento que reflejaban y sabía que ella estaba verdaderamente destrozada.

—Dejaste tu bolso adentro, te lo traeré.

Entró a toda prisa a la casa, sometido a una bien intencionada burla por parte de Paul, mientras recogía el bolso de Emily. En cierto modo, estaba contento de que Emily no hubiera entrado; no necesitaba que su compañero la avergonzara.

Entregándole a Emily su bolso, la atrajo hacia sus brazos y le dio un suave beso en sus labios. —¿Cuándo podré volver a verte? —preguntó en voz baja —. ¿Tienes planes mañana por la noche?

—No.

—Bien. Entonces iremos a cenar a la casa de mis padres.

Emily abrió los ojos. —¿Cena? ¿Con tus padres? Él podía ver la duda en sus ojos, y una gran preocupación reflejada en ellos.

¡Dios mío! ¿de dónde había salido esa sugerencia? Ni siquiera lo había pensado, antes de que lo sugiriera. Idiota. Pero ya era demasiado tarde y no se arrepentiría del plan. —Por supuesto. Es el cumpleaños de mi papá. Te recogeremos de camino, a eso de las cinco y media.

—Matt, no estoy segura ... —ella comenzó en silencio.

—Será divertido. Emily, quiero que vengas con nosotros. —Y así lo quería. Quería pasar más tiempo con ella, quería que los niños tuvieran la oportunidad de conocerla. Quería que su mamá y su papá la conocieran, quería su opinión. ¿Sería demasiado rápido? Probablemente. Pero de alguna manera, con Emily no parecía de esa manera. Quería que conociera a su familia, que conociera a sus hijos.

Ella permaneció en silencio durante un largo rato, considerando su petición, cerrando y abriendo sus dedos nerviosamente. —Está bien, —ella finalmente estuvo de acuerdo y Matt soltó el aliento, que estaba reteniendo sin darse cuenta—. Pero nos encontraremos allí; no puedes recogerme en Salacious con los niños. No estaría bien.

—¿Tienes un lapicero?

Ella asintió, abrió su bolso y le entregó una pluma y un pequeño diario y él garabateó la dirección de la casa de sus padres. —Nos reuniremos a las seis, ¿vale?

Mordiéndose el labio, Emily estuvo de acuerdo. —¡Está bien!

Matt le devolvió el diario y la pluma, observándola mientras los ponía en su bolso y cuando levantó la mirada, la atrajo hacia sus brazos, besándola con nostalgia. Sabía que ella sentiría su erección, y quería, de nuevo, que supiera cuánto la quería.

Permaneció un largo rato después de que las luces del automóvil de Emily desaparecieran al final de la calle, pensando en aquella jovencita que se estaba metiendo bajo su piel.

Capítulo Diez:

—Papi, ¿podemos comprar helado con gomitas encima? —preguntó Millie, tirando del borde de su camiseta.

—Papá, nos hemos quedado sin yogur. Quiero de arándano esta vez, Courtney eligió la última vez y ella escogió fresa. Odio la fresa —anunció Harper, con sus pequeños rasgos agresivos, los brazos cruzados y parada al frente de la gran variedad de yogures que había en la nevera.

—¿Podemos comprar más bocaditos de pescado? —Preguntó Brandon—. El entrenador Manning dice que necesito más proteína.

Matt cerró los ojos, deseando estar en cualquier parte menos allí. El sábado por la mañana era tradicionalmente día de mercado, pero dado los acontecimientos de la noche anterior, consideraba el mercado de hoy como una pesadilla. Para empezar, había bebido demasiadas cervezas y sufría de un ligero dolor de cabeza. En segundo lugar, se despertó por la mañana acompañado de Millie en su cama, con sus pequeños codos (que eran notablemente afilados) clavados en la parte baja de su espalda.

Finalmente, y probablemente el hecho más desmoralizante de su mercado, era su recuerdo permanente haciendo el amor con Emily la noche anterior. Cada vez que pensaba en ella, su miembro reaccionaba dramáticamente con el solo recuerdo y estaba agradecido de haber llevado una camiseta suelta, desatada, escondiendo la evidencia no sólo de sus hijos, sino también de los otros compradores a su alrededor. Lo último que necesitaba era que alguien notara la persistente protuberancia en sus *jeans* y que pensara que era un maldito perverso.

—¿Papi, por favor, podemos tener el helado con gomitas? —Millie repitió, tirando de su camisa una vez más en un esfuerzo por llamar su atención.

Matt se inclinó, apoyando los antebrazos en el mango del carrito de mercado y suspiró pesadamente. —Brandon, coge dos cajas de bocaditos de pescado del congelador. Millie, podemos tener una caja pequeña del helado que quieres y conseguir una caja grande de vainilla. Demasiadas gomitas te pudrirán los dientes. —Volvió su atención a Harper—. Consigue ocho vasos de yogur, Harper. Dos para cada uno de ustedes y tú puedes tener arándano. Consigue dos de fresa para Courtney y pregunta a tu hermano y hermana qué sabor quieren.

—Papá, —Harper se paró junto al carro y lo miró especulativamente—. Esto es un montón de yogur y me di cuenta de que el precio subió veinticuatro centavos de dólar desde la semana pasada. —Ella echó un vistazo alrededor del pasillo lleno de gente y bajó la voz con complicidad—. ¿Eso se ajusta a nuestro presupuesto?

Matt esbozó una sonrisa y miró a su hija con una expresión seria. —Está bien, cariño. Creo que el presupuesto se extenderá lo suficiente para cubrir los noventa y dos centavos extra para el yogur.

Con una pequeña sonrisa de alivio, Harper se marchó a su expedición por el yogur y Matt permitió que una gran sonrisa cubriera su rostro una vez que ella le había dado la espalda, apartándose de él. Sólo Harper sabría exactamente cuánto artículos habían aumentado de precio de un mercado al siguiente. Ella era exactamente como su madre en ese sentido, ¿cuántas veces había Caroline llegado del supermercado, anunciando con indignación cuánto valor había aumentado un artículo u otro desde su última visita?

Una oleada de arrepentimiento se apoderó de él mientras miraba a Millie retrocediendo; sostenía una gran caja de helado de gomitas en sus brazos rechonchos. Echaba de menos a Caroline, la extrañaba profundamente todos los días. Cada vez que miraba a sus hijos, veía a su madre. Cada uno de ellos tenía alguna faceta en su personalidad, algún aspecto de sus rasgos, que le recordaba a su esposa, y él estaba agradecido por ello.

De alguna manera, esto había hecho que el impacto de la muerte de Caroline fuera un poco más fácil de enfrentar, sabiendo que había dejado parte de sí misma en cada uno de sus hijos. Caroline había sido tantas cosas para él: su esposa, su amante, su mejor amiga. Ella había sido el núcleo de su familia, alegre, una brillante e inteligente mujer que se había ido demasiado pronto. Era a Caroline a quien tenía que agradecer por su estabilidad financiera después de su muerte; fue por su insistencia que habían tomado un seguro de vida cuando se casaron, el mismo seguro de vida que había pagado la hipoteca de la casa de sus sueños y que lo había dejado a él en una situación financieramente estable para criar solo a sus cuatro hijos.

Solo. Había estado solo durante tanto tiempo y anoche, con Emily ... había experimentado nuevamente un sentido de pertenencia que había estado ausente de su vida durante dieciocho largos meses. Una punzada de culpa le roía, pero trató de mirar las cosas racionalmente. Al hacer el amor con Emily no estaba engañando a Caroline. Caroline querría que fuera feliz, querría que él siguiera

adelante y continuara su vida. Ella estaría feliz si encontrara a alguien a quien amar.

Estaba contento de haber invitado a Emily esa noche. Quería verla con sus hijos, con su familia. La duda acerca de si estaba acelerando las cosas todavía estaba allí, pero él no se arrepentía de haberle pedido que asistiera. Sus mayores dudas giraban en torno a los niños, cómo iban ellos a aceptar a Emily en sus vidas. Courtney, en particular, podría ser un verdadero dolor en el trasero si así lo decidiera. Ya le había interrogado sobre Emily y su voz amentó de rabia cuando él admitió que le gustaba. Sólo Dios sabría lo que diría si descubriera que habían tenido relaciones sexuales. Con suerte, esa situación era improbable.

Hablando de dormir juntos, probablemente necesitaba hacer algo con respecto a su dormitorio. Había rechazado la idea de que Emily viniera a su casa la noche anterior. No quería que esa situación perdurara por siempre.

La idea de que Emily estuviera en su cama, la misma cama donde él y Caroline había concebido a sus cuatro hijos, era impensable y él lo sabía. No había cambiado casi nada de su dormitorio desde la muerte de Caroline. Lo único que se había alterado era haber prescindido de la ropa de Caroline, la cual su mamá y la mamá de Caroline habían empacado cuando él lo pidió, un par de meses después de su muerte. Abrir el armario y ver su ropa, oler su perfume en ésta, había sido inicialmente un consuelo, pero después de un tiempo se había convertido en un recordatorio constante de la pérdida de su esposa, que no pudo soportar más.

Los niños regresaron y tiraron las cosas que habían elegido dentro del carrito de mercado, Millie se veía tremendamente culpable cuando dejó caer la gran caja de helado en el carro y luego se aferró al borde, manteniendo los ojos apartados de Matt.

—Millie, hemos hablado de esto, —dijo Matt firmemente. Cuando pasaron por la sección del congelador, sacó el helado del carrito, dejándolo allí y sacando una caja pequeña de helado de gomitas y luego tomando una caja grande de vainilla—. Demasiadas gomitas. Se te van a caer tus dientes.

—Sí, —asintió Brandon seriamente—. Tendrás dientes postizos, como la tía Hilda.

Matt no pudo evitar sonreír mientras Millie miraba a Brandon con un horror indiscutible.



Emily marchaba por el sendero a lado de Bud, igualando su paso al de él, que era más largo. El ritmo constante de su corazón era el único sonido en el que se concentraba, encubriendo los sonidos de la ciudad que la rodeaba. Correr era liberador, un momento de su día en que podía concentrarse en sus pensamientos, analizar sus planes; treinta minutos que tomaba cada día para contemplar su vida y reflexionar en aquellos problemas que pudieran estar molestándola.

Esa mañana estaba sintiendo el tipo de paz que generalmente le era esquiva, una paz que provenía del recuerdo de haber estado con Matt Pendleton la noche anterior. Una sensación de satisfacción llenó profundamente su corazón, aun cuando al principio había dudado que Matt pudiera ser el tipo de hombre que ella estaba buscando, la noche anterior en el parque había confirmado que era posible que sí pudiera ser él lo que ella deseaba tan desesperadamente. Era amable, gentil, atento y sincero, y era perfectamente posible que pudiera encontrar el corazón de un dominante dentro de sí mismo. El corazón de Emily saltó un poco en su pecho mientras recordaba como había hecho el amor con él y sintió la agradable presión en su entrepierna mientras recordaba los detalles. La había tratado con respeto y dominación, dos cosas que no siempre iban de la mano. Con algo de estremecimiento, recordó lo mal que había terminado su última relación, pero a pesar de sus temores, estaba segura de que Matt era diferente. Aunque le encantaba ser sumisa, necesitaba respeto de su dominante. Era un requisito indispensable en su forma de vida, necesitaba sentirse importante y querida en la vida de un hombre, que la adorara y quisiera protegerla y cuidarla. A su vez, ella viviría para proporcionarle todo lo que su hombre quisiese y para someterse a todos sus deseos. Había una posibilidad muy real de que Matt Pendleton pudiera proporcionarle lo que necesitaba, si solamente él pudiera aprender a aceptar a su dominante interior; de lo cual Emily estaba segura de que lo tenía escondido.

—Hey, Em, estás frenando, —gruñó Bud. El sudor le caía por la cabeza afeitada y la parte posterior de su camiseta estaba húmeda y se pegaba a su torso musculoso.

—Lo siento, —se disculpó, acelerando el ritmo. Después de la interrupción de Bud, Emily volvió a soñar despierta y se preguntó qué estaría haciendo Matt. Un pequeño palpito de preocupación afloró mientras se preguntaba si había tomado la decisión correcta, al aceptar ir a la cena en la casa de sus padres esa noche. Pasar tiempo con los hijos de Matt era lo suficientemente enervante, aún más lo era reunirse con sus padres. ¿Era demasiado pronto? ¿Estarían bien? ¿Les gustaría? ¿Y si no lo hicieran? ¿Involucrarse con un hombre como Matt Pendleton, sería una buena idea?

Tenía muchos problemas en su vida propia, con la pérdida de su esposa, y sus cuatro hijos. Tal vez el pensar en su estilo de vida y su peculiaridad sería demasiado para él. Con esfuerzo, se apartó de este pensamiento, para no estropear el recuerdo de la noche anterior. Mantendría una mente abierta, no comenzaría a preocuparse por algo antes de que sucediera. Sólo había dos opciones: la primera, que sus hijos y sus padres la aceptaran y la segunda, que no lo hicieran.

—Em, por el amor de Dios! Por lo general, soy yo el que va detrás de tu culo un sábado por la mañana, —Bud gruñó, disminuyendo a un paso firme—. ¿Quieres hablar de qué demonios está pasando?

Em sonrió cálidamente, disminuyendo su paso al lado de él. —No, no realmente.

Bud miró hacia arriba y hacia abajo por la desierta calle, explorando instintivamente el área en busca de peligro. —¿Tiene esto algo que ver con el tipo de la Sequoia que te recogió la semana pasada? ¿O el hecho de que te quedaste fuera anoche hasta después de la medianoche, sin avisarme cuando volverías al club? Estaba preocupado, ya sabes. No puedes olvidarte de llamar.

Emily sintió que sus mejillas se ruborizaban. Eso era cierto, siempre llamaba a Bud para reportarse; una práctica que había comenzado desde cuando Paul la había traído por primera vez a Salacious. Bud había tomado instantáneamente su seguridad personal, probablemente porque había visto en sus ojos, el perpetuo terror. Cuando no podía acompañarla a algún lugar, esperaba que ella lo llamara y le avisara cuando iba a regresar a Salacious, para no preocuparse innecesariamente. —¡Debí haberlo hecho!

Bud sonrió. —Es un policía, Em. Creo que probablemente te tratará mejor que el último bastardo.

Emily miró a Bud con sorpresa. —¿Cómo sabes que es policía?

Bud puso los ojos en blanco. —Vamos, Em. ¡Soy yo! ¿Recuerdas? Por supuesto que lo distinguí como policía —dijo con desdén—. Puedo olerlos a un kilómetro de distancia. Dios sabe que he sido arrestado por bastantes de ellos en el pasado.

Emily se rio. —Supongo que es verdad.

—¿Qué pasa? —preguntó Bud mientras caminaban por el tranquilo camino. Has estado en un maldito sueño toda la mañana. A menudo tengo que venir y recordarte que vamos corriendo.

Emily se encogió de hombros, pasándose los dedos por los rizos húmedos. —No pasa nada. Me invitó a conocer a sus padres esta noche. Supongo que estoy un poco nerviosa.

—Eres perfecta. Sus padres te amarán, —Dijo Bud automáticamente y le tomó el hombro suavemente—. ¿Por qué estás tan preocupada?

—Sólo lo he visto un par de veces.

—¿Y te preocupa que se enteren de tu trabajo? —preguntó Bud.

—Es un poco más complicado que eso —admitió Emily. Ella resumió brevemente lo que sabía de Matt, incluyendo la muerte de su esposa, y sus cuatro hijos.

Durante un largo rato Bud se quedó en silencio, procesando lo que le había escuchado. —Eso es mucho con lo cual un hombre tendría que lidiar, —comenzó con cautela—, sobre todo si no es un dominante.

—Creo que él podría serlo, —admitió Emily, esperando que Bud no oyera la nostalgia en su voz.

—No te hagas muchas ilusiones, Em —le advirtió con brusquedad, confirmando que sabía exactamente cómo se sentía—. Espero que tengas razón, pero sólo estoy diciendo, con una esposa muerta, cuatro hijos ... probablemente el hombre tiene algunos problemas.

Emily se echó a reír y Bud la miró con desconcierto, hasta que ella se controló lo suficiente como para hablar. —¿Tiene unos cuantos problemas? Soy una sumisa que trabaja como ama de compañía y tú eres un alcohólico y ex-adicto que trabaja en un lugar de dudosa reputación y a quien le gusta atar a sus mujeres. ¿Quién crees que tiene problemas más grandes?

—Sí, está bien, —admitió Bud con una sonrisa—. Entonces es probable que seamos iguales. —Inclinó la cabeza hacia la colina que se elevaba frente

a ellos—. ¿Ahora, estamos corriendo, o no?



William Collado se agachó en el lujoso asiento de cuero de su Mercedes, aunque la reacción era innecesaria. El polarizado oscuro de sus vidrios aseguraba que las dos personas que corrían por el pavimento no pudieran verlo, y él sabía que Emily no reconocería este carro. Sin embargo, hubo un momento en el cual había dudado, cuando se detuvieron por unos minutos, y el hombre enorme había explorado la calle. Parecía como si fuera militar, la forma en que se paraba, la espalda recta que dejaba a William con la duda de que el calvo sería un enemigo amenazador.

—No importa: no va a ser un problema. —Finalmente, él estaría fuera del camino, de una manera u otra. William había estado vigilando a Emily desde hacía semanas, sabía que en general tenía al matón a su lado cada vez que salía del club en el que vivía. Grayson había conseguido la información que necesitaba y anoche había sido capaz de reunir los detalles de ese hijo de puta que ella estaba viendo. La había seguido desde la bolera donde había estado con una mujer y el grupo de mocosos del policía, hasta una casa en los suburbios, y además la había visto más tarde en la noche, deambulando por la calle con el policía. Habían tenido una cita en el parque local, y William casi había perdido el control. Esa perra pagaría por lo que había hecho, pero él esperaría su tiempo. Después de dos años, había empezado a sentirse lo bastante cómoda como para salir sola, algo que William utilizaría para su ventaja.

William pasó sus dedos por su impecable camisa de seda y observó a Emily correr por la calle, sus ojos recorrían sus deliciosas piernas y su delicioso trasero. Ella podría pensar que ya se había escapado, pero nunca permitiría que ninguna maldita sumisa abandonara a William Collado. Especialmente ésta. Ella era suya, y siempre sería suya. Había firmado un contrato y él era su dueño. William suspiró profundamente, reteniendo la rabia constante que había sufrido desde que había escapado de su casa, de su vida. Ella sería suya otra vez, él lo sabía y su miembro se retorció entre sus pantalones mientras consideraba el castigo que Emily recibiría por

traicionarlo. Y una vez que terminara con ella, la vendería. Había miles de pervertidos en el Medio Oriente y otros países del extranjero, que pagarían un buen dinero por perras como Emily. William había vendido a otras mujeres y deseaba profundamente ver la expresión en el rostro de Emily cuando le informara que la iba a vender a la esclavitud.



Emily se detuvo frente a la elegante residencia y apagó el motor, estudiando la casa con interés. Era una imagen perfecta, un lugar antiguo con persianas azules en las ventanas y brillantes flores cubriendo las hileras del jardín que bordeaban la casa. Había varios automóviles estacionados afuera, pero ella no veía el campero de Matt. Sufrió un revoloteo de nervios, y se preguntó si debería girar la llave de encendido y alejarse de allí. Podía enviarle un mensaje a Matt, decirle que había surgido algo más y no podía acompañarlo. Una mirada a su reloj le confirmó que eran casi las seis y diez, y esperaba que, al llegar unos minutos tarde, Matt estuviera allí. Era evidente que no era el caso.

La puerta principal se abrió y una mujer mayor salió corriendo, caminando directamente hacia el automóvil de Emily. Llevaba *jeans* y una camisa de color amarillo pálido, su pelo gris con un corte de peinado casual y moderno, que enmarcaba sus hermosos rasgos. Cuando se acercó al automóvil, Emily no dudaba de que ésta era la madre de Matt y se quitó el cinturón de seguridad y abrió la puerta.

—Tú debes de ser Emily. Matt está un poco retrasado. Nos dijo que estuviéramos pendientes de ti, porque estaba intranquilo de que te preocuparas cuando no vieras su camioneta. —La mujer le tendió la mano y ofreció a Emily una cálida sonrisa, sus ojos era azules brillantes—. Soy la madre de Matt, Clare Pendleton. —Ella agarró la mano de Emily firmemente y la sacó del auto en un movimiento suave—. Matt tuvo un pequeño inconveniente con Courtney, ¿su hija mayor? —Las palabras fueron planteadas como una pregunta y Emily asintió con la cabeza para confirmar que sabía de Courtney antes de que Clare continuara—. Ella se ha convertido en una pequeña arpía desde que su madre murió. Te lo juro, Matty se pone un poco más canoso cada semana. —Clare se rio, atrayendo a Emily hacia la puerta principal—. Y créeme, a mi edad, no quieres ver a tu hijo poniéndose canoso, es un recordatorio de tus propios años.

Emily fue conducida a través de una sala de estar llena de gente y ella deseó no haber gastado tanto tiempo dudando y pensando en que hacer; debió haber puesto en marcha el auto y haberse ido antes de que Clare Pendleton saliera. Ella se sentía bien con la camiseta que había elegido usar, y contenta de que Matt le hubiera dicho que la fiesta sería casual. Al menos no se destacaba entre los otros invitados, pero de buena gana accedería a que la tierra se abriera y se la tragara, y silenciosamente oró para que Matt apareciera pronto. Había dicho una cena familiar; no había mencionado que asistirían docenas de personas.

La cocina era abierta y bien ventilada, pero nuevamente llena de gente. Había algunas mujeres de pie junto a la mesa de cocina, preparando ensaladas, y un grupo de niños sentados alrededor de una mesa en el centro de la habitación, decorando lo que Emily sólo podía suponer era el pastel de cumpleaños. El pastel era de dos niveles, cubierto de glaseado brillante y varios niños estaban cubriendo el glaseado con una variedad de dulces dispuestos en diferentes recipientes esparcidos por la mesa.

Clare hizo algunas presentaciones rápidas, haciendo girar la cabeza de Emily. —Escúchenme todos, esta es Emily Coulter, la amiga de Matt, nos acompañará en el cumpleaños de Jim. —Clare señaló hacia las cuatro mujeres de pie junto al mostrador de la cocina—. Emily, de derecha a izquierda, esta es nuestra hija Paula, y a su lado está mi hermana, Meg. La que tiene el cabello recogido en una cola de caballo es mi otra hija, Gina y su compañera pela-mazorcas es mi cuñada, Lorraine. En el otro lado del mostrador están mi tía Mary y mi mamá, Louise. —Las dos mujeres de pelo blanco estaban cortando sandía y melón, colocando los trozos en una gran bandeja en la mitad de las dos y ambas agitaron sus cuchillos en el aire, ofreciendo a Emily una cálida sonrisa antes de volver a su tarea—. Y el montón de niños en la mesa, bueno, no voy a presentarlos a cada uno individualmente, apuesto a que ya estás lo suficientemente confundida. La familia Pendleton extendida puede llegar a ser abrumadora. Basta con decir que son la generación más joven de Pendleton, y ahora mismo —observó el pastel y se rio en voz alta—, están a cargo de decorar el pastel de Jim.

Durante ese monólogo, Clare Pendleton había mantenido su mano contra la espalda de Emily, como si sospechara que Emily huiría si se le diera la oportunidad. Luego condujo a Emily hacia otra entrada y salió al patio. —No voy a someterte a demasiadas presentaciones, en esta familia siempre es mejor hacerlo paso a paso, hay demasiadas personas para llegar a conocer de una

sola vez. —Clare llevó a Emily al otro lado del patio, hacia donde había un grupo de hombres parado al lado de una parrilla, riendo y hablando. El olor del bistec y las hamburguesas que emanaba de la parrilla, flotaban en la brisa de verano, haciendo que la boca de Emily se hiciera agua. Ella no había comido desde el desayuno, y esto olía delicioso—. Jim, esta es Emily Coulter, la amiga de Matt.

Un hombre alto se apartó de la parrilla y miró a Emily con una cálida sonrisa. Tenía los mismos ojos color ámbar de Matt, y era fácil ver el parecido familiar. Cuando habló, se le notaba un tono de voz texana a su acento. —Eh, Emily, es un placer conocerte. —Entregó las pinzas que estaba sostenido y se inclinó hacia adelante, presionando un suave beso a la mejilla de Emily antes de dirigir su atención a Clare—. ¿Matty no ha llegado aún?

Un hombre alto se apartó de la parrilla y miró a Emily cálidamente. Clare sacudió la cabeza, retorciendo sus ojos. —Llamó por teléfono hace unos diez minutos, pidiéndome que buscara a Emily al frente de la casa y me dijo que estaría aquí, tan pronto como —y cito textualmente— él pudiera arrastrar a esa endemoniada hija suya al coche.

Jim Pendleton se rio intensamente, el sonido resonó en los alrededores. — Mejor asegúrate de que tengamos lista una cerveza bien fría para él, parece que va a necesitarla.

—Mientras tanto, ¿podrías entretener a Emily?, yo voy a entrar a terminar los preparativos. ¿Qué tan demorada está la cena?

Jim miró de nuevo a la parrilla. —Falta más o menos quince minutos. — Echó un vistazo a Emily, que se sentía algo incomoda—. Estaré feliz de sentarme a charlar con Emily, estos degenerados pueden atender la parrillada, mientras yo me siento a conocer un poco mejor a la nueva amiga de mi hijo.

Capítulo Once:

Matt estaba de mal humor para el momento en que se detuvo frente a la casa de sus padres, unos cuarenta minutos después de lo que había planeado. Estaba furioso con Courtney, que se había negado a asistir a la cena de su abuelo cuando descubrió que Matt había invitado a Emily.

Lo que siguió fue un enfrentamiento, que hizo que Matt se halara el pelo y que la frustración con su hija creciera cada vez más. Finalmente, él le había dicho que iba con ellos, o que la castigaría durante los próximos seis meses. Aunque había ganado la batalla, no estaba del todo seguro de que Courtney no hubiese ganado ya la guerra, pues ella había arrastrado sus pies hasta hacerle doler la mandíbula a Matt por el rechinar de sus dientes.

Al llegar a la casa de sus padres, tres cuartas partes de sus hijos se desabrocharon el cinturón de seguridad y entraron corriendo, encantados de ver a su familia. Courtney había salido con los brazos todavía cruzados, un puchero en sus labios y sus ojos echando fuego mientras caminaba hacia la puerta. Matt ni se dio cuenta pues estaba más preocupado por disculparse con Emily por llegar tarde y dejarla a merced de su familia que en lidiar con Courtney por las próximas horas. Tanto él como Courtney necesitaban un descanso el uno del otro.

Matt tardó como veinte minutos en abrirse paso entre la atestada casa, saludar a la gente e intercambiar bromas. Se volvía más frenético a medida que llegaba al patio, sobre todo porque la gente ya estaba sentada con sus platos llenos de asado. Dudaba que Emily pudiera perdonarle por haberla dejado caer en este lío, sin ningún apoyo.

Para su sorpresa, parecía haber estado preocupado por nada. Ubicó a Emily, sentada con su papá y su mamá, junto con la abuela Louise y media docena de otros parientes. Emily parecía relajada y feliz, riéndose de algo que su madre le había dicho. De pie a un lado, observó cómo Emily se inclinaba y hablaba con la abuela Louise, y la anciana sonrió y asintió con la cabeza, palmeando la rodilla de Emily.

Su padre alzó la vista y vio a Matt, y lo saludó con un gesto con su botella de cerveza. —Matty, lo lograste.

Emily levantó la mirada y le sonrió cálidamente, y por el brillo de sus ojos azules, no estaba loca. Matt se relajó gradualmente y se acercó a ella, inclinándose para besarla castamente en la mejilla. Ella era hermosa. Llevaba un blue *jean* y una camiseta informal, su cabello era un conjunto de

rizos salvajes alrededor de su cuello y ella llevaba un maquillaje mínimo, revelando la belleza fresca de la cual se enamoraba cada vez más y más.

Su pensamiento casi lo hizo caer de rodillas. ¿Un momento, qué? ¿Amor? Era demasiado pronto para ese tipo de ideas. Sacudió el pensamiento de su mente y le ofreció a Emily una cálida sonrisa. —Lo siento mucho Emily, Courtney estaba hecha una pesadilla.

Emily le sonrió, sacudiendo la cabeza. —No hay problema, Matt. Tu familia ha estado cuidándome.

—Emily nos ha estado hablando de sus estudios, Matty, —la abuela Louise agitó hacia él un tenedor lleno de ensalada—. Es una mujer joven y dedicada.

Matt sonrió a Emily, aliviado de que las cosas iban bien. —Si abue, así es. —Se sentía hipnotizado por lo hermosa que era y agradecido de haberse puesto nuevamente una camiseta suelta por encima de sus pantalones. Ya estaba sintiendo una erección y sólo había estado alrededor de Emily un par de minutos. No recordaba haber sido tan afectado nunca por mujer alguna—. ¿Estarás bien durante otros minutos, mientras tomo algo de comida y una cerveza?

Emily asintió, incluso cuando su madre comenzó a hablar. —Por supuesto que sí, Matt. No mordemos.

Tomó un plato de comida y una cerveza de uno de los enfriadores, comprobó que los niños habían comido algo y se sentó con las piernas cruzadas en el prado delante de Emily. —¿Cómo estuvo tu día? —Preguntó en voz baja, sacando la tapa de la cerveza y tomando una bocanada. El helado líquido bajó rápidamente por su garganta después del estrés de las últimas dos horas y se alegró de ver que su familia parecía aprobar a Emily.

—Bastante normal. Fui a correr esta mañana, hice algunos deberes y esta tarde fui con un amigo al cine. ¿y tú?

Matt se encogió de hombros. —Oh, lo de siempre. Trabajos domésticos, compras de comestibles... considerando asesinar a mi hija mayor.

—Se asentará, Matty. Va a tomar tiempo, —dijo Jim Pendleton. Se recostó en su asiento y miró a Courtney, que estaba de pie junto a un grupo de adolescentes, sus brazos todavía cruzados sobre su pecho y una expresión de mal humor en su rostro—. ¿Cuál era su problema esta noche?

Matt sacudió la cabeza con firmeza. No había manera de que revelara que Emily era la causa de esta pelea actual. No quería que se sintiera incómoda, y ciertamente no ahora, cuando las cosas parecían estar yendo tan bien. Había estado preocupado todo el día por esta reunión, preguntándose si estaba

lanzando a Em a la guarida del león, pero ella parecía estar manejando a su familia maravillosamente. —Sólo las cosas de siempre.

—¿Ha renunciado al *piercing* del ombligo? —preguntó su madre.

—¿Dijiste ombligo? —preguntó la abuela Louise. Se estaba poniendo un poco sorda, y con la multitud congregada en el patio, Matt no se sorprendió de que estaba luchando para escuchar voces individuales. Ciertamente ella estaba muy bien para una mujer de sus avanzados años, pero su audición se estaba deteriorando—. Courtney quiere que le hagan un *piercing* en el ombligo? —Para su sorpresa, la abuela Louise se dio una palmada en la rodilla, casi tirando el plato que estaba sostenido en su regazo—. Oh, Matty, eso es absolutamente divertido.

Matt frunció el ceño, preguntándose por qué su abuela había encontrado la idea tan entretenida, y luego miró a Emily. El color había subido en sus mejillas, y había bajado la mirada al suelo. —Emily, ¿estás bien?

Emily levantó la cabeza y asintió tímidamente. —Tengo un *piercing* en el ombligo, Matt.

Su reacción inicial fue decirle que nunca lo había visto, pero eso sería revelar su secreto y admitir lo mucho que realmente había visto de Emily, por lo que decidió permanecer mudo. —¿Lo tienes?

Emily asintió y se subió su camiseta hasta revelar un *piercing* con una esmeralda, en la parte superior de su ombligo. —Puedo retirármelo para que así Courtney no lo descubra. Odiaría que esto te causara más problemas.

—Tú lo dejarás en su lugar —dijo Clare con firmeza—. Para empezar, es una cosa muy pequeña, y, en segundo lugar, tú eres claramente una persona adulta. Nuestra nieta necesita aprender que ella no siempre puede conseguir lo que desea, y que algunas cosas tienen que esperar hasta llegar a la edad adulta, por una buena razón.

Matt se retorció incómodo sobre la hierba, preguntándose de nuevo cómo podría conseguir que esta situación funcionara. Era evidente que sus padres y su familia extendida estaban aceptando a Emily en el redil, pero él se preguntaba, ¿por cuánto tiempo podría ocultar la verdad de ellos? Y peor aún, Courtney había hecho dolorosamente evidente sus sentimientos hacia Emily durante esta noche cuando ellos habían discutido. Mientras sus otros tres hijos se habían llevado bien con Emily y ya parecía sentir agrado por ella, Courtney era una historia diferente. Había dejado claro que no tenía intención de aceptar a otra mujer en la casa, especialmente una que era tan joven como Emily. Courtney había adivinado correctamente, que Emily tenía un poco más de

veinte años, y Matt sólo podía imaginar lo mucho peor que se pondría Courtney cuando descubriera que no sólo era Emily joven, sino que también tenía un *piercing* en el ombligo, exactamente lo que Matt le había negado. Claro, había una diferencia: Emily era una mujer adulta y legalmente lo suficientemente mayor para tener un *piercing*, pero podía imaginar la reacción de Courtney, y no iba a ser buena.

—Matt, ¿estás bien? —Emily se inclinó y le hizo la pregunta, manteniendo la voz baja para evitar que todos la oyeran. Conocía a su familia apenas hace una hora, y ya se sabía su dinámica, parecía darse cuenta de que automáticamente querían saber qué estaba pasando si hacía que su preocupación fuera demasiado obvia.

Matt asintió y ofreció a Emily una cálida sonrisa. —Estoy bien. Sólo un poco cansado después de lidiar con la Corte Suprema de Guerra por aproximadamente la decimoquinta vez esta semana.

—Póngase firme, hijo —le aconsejó Jim—. Si comienzas a ceder, tendrás que pagarlo. Ahí es donde me equivoqué con Gina.

—¡Papá! —gritó Gina—. ¡Nunca me cediste en nada cuando yo estaba creciendo!

Jim agitó el tenedor hacia su hija mayor. —Ahora si te equivocas, jovencita. Parece que recuerdo bien haberte cedido a ese tonto auto que querías comprar cuando obtuviste tu licencia. Pasé los siguientes seis meses sacando tu pobre trasero de quince daños por semana.

Gina sacudió la cabeza y se echó a reír. —Fueron cerca de *cinco* daños, en un período de seis meses, ¡muchas gracias!

—Aun así, si me hubiera mantenido firme contigo y con tu madre...

Clare sostuvo sus manos en frente de su cuerpo en señal de protesta. —Oye, no me involucres en esto.

—Y no te molestaste con Matt cuando trajo ese pedazo de basura de camioneta cuando cumplió dieciséis. —Gina argumentó.

—Oye, no me involucres a mí en eso tampoco. —Matt protestó suavemente—. ¡Además, esa camioneta era legendaria!

La otra hermana de Matt, Paula habló con una sonrisa maliciosa. —Sí, fue realmente legendario cuando te atascaste en el arroyo Patterson ese fin de semana que te escapaste a acampar con Caroline. Tuvieron que enviar un SOS a papá y él tuvo que conseguir un granjero para que con su tractor te sacara de allí.

—Y el interior nunca volvió a oler bien, estaba convencida de que un pez se había muerto en algún lugar del auto y nunca habíamos descubierto su cadáver podrido, —agregó Gina.

—¡Y mamá casi te mata, por haber llevado a Caroline a un sucio fin de semana cuando sólo tenías diecisiete años! —Paula se echó a reír.

Matt terminó su comida y dejó caer el plato vacío encima de otros que estaban amontonados junto a la silla de su padre. —Oye, ¿cómo es que esto llegó a ser todo acerca de mí?, —protestó. Miró fijamente a Emily, preocupado porque la conversación sobre Caroline pudiera haberla hecho sentir incómoda. Era una práctica habitual para su familia hablar acerca de Caroline; habían acordado desde el principio seguir hablando de ella por el bien de los niños, pero se sentía incómodo mencionarla delante de Emily. Aunque todo parecía indicar que Emily estaba tomando el asunto con calma, y ella le ofreció una sonrisa cálida cuando ella le descubrió mirándola. Se puso de pie y extendió la mano—. Vamos, Emily, salgamos de aquí antes de que revelen todos mis sucios secretos.

A pesar de los aullidos de protesta de su familia, tiró de Emily hacia él y se alejó, decidido a escapar a algún lugar en el cual su familia no pudiera llenar la cabeza de Emily con un montón de historias embarazosas sobre su infancia.



Era prácticamente imposible encontrar privacidad en su casa, pero Matt finalmente llevó a Emily hacia la puerta principal y se sentaron en la escalinata, disfrutando de la relativa paz. Los sonidos de la fiesta todavía se filtraban hacia ellos, pero aquí, Matt podía tener la tranquilidad para pensar y, lo que era más importante, hacer lo que había querido hacer desde el momento en que había visto por primera vez a Emily.

Se inclinó y le cogió la mejilla en la palma de la mano, inclinándose para darle un suave beso en sus labios. Emily murmuró su aprobación, apretando su pequeña mano contra su pecho y Matt envolvió sus brazos alrededor de ella, acercándola. —Lo siento mucho Emily, nunca pensé que tuvieras que enfrentar a mi familia por primera vez sin mi apoyo.

Emily sacudió la cabeza y sonrió. —Honestamente, Matt, he estado bien. Son gente maravillosa; me ha gustado conocerlos.

—¿No has tenido que soportar preguntas incómodas?

Para su sorpresa, Emily se rio entre dientes. —¿Qué esperabas que preguntaran? He sido muy discreta, saben que estoy estudiando y les dije que trabajo tiempo parcial en un bar. ¿Estabas pensando que les contaría sobre mi trabajo como dama de compañía? ¿O el hecho de que yo vivo en un club de BDSM? —Emily se inclinó hacia él y le ofreció una sonrisa irónica—. Tengo la impresión de que preferirías mantener esa parte de mi vida privada ... pero si quieres, puedo decírselos...

Matt sonrió. —Brujita. Solo esperaba que no los hubieras encontrado demasiado persistentes con su interrogatorio. Eres la primera mujer que he traído a casa desde que murió Caroline y sospeché que te harían un interrogatorio por eso. Especialmente Gina y Paula.

—¿Tus hermanas? Parecen agradables. Y sí, ellas han estado interesadas en conocer sobre mí, pero me sorprendería cualquier otra reacción cuando les presentas a una nueva mujer, particularmente a alguien que acabas de conocer. Me honra que hayas elegido invitarme al cumpleaños de tu padre, Matt. Ciertamente no haría nada para avergonzarte.

Matt envolvió su brazo alrededor de los hombros de Emily, acercándola para que estuvieran alineados, muslo a muslo. —Sé que no lo harías, Em. — Se inclinó y la besó de nuevo, con un poco más de fuerza de la que había usado la primera vez. Emily suspiró suavemente, y Matt aprovechó la oportunidad para meterle la lengua en la boca. Ella sabía a parrillada, limonada y sol y Matt la acercó más, deseando que estuvieran en cualquier otro lugar menos allí. Tenía un deseo desesperado de hacerle el amor, su erección presionaba incómodamente contra la parte delantera de sus *jeans* y deseaba poder hacer algo más que besar a esta joven y bella mujer en el porche sus padres.

—¿Papi?

Emily se apartó rápidamente de él y se deslizó a través del escalón, creando una distancia respetuosa entre sus cuerpos. Con un gruñido de frustración, Matt respiró hondo y se volvió hacia su hija menor, con la esperanza de que no los hubiera visto besándose. —Oye, cariño, ¿qué pasa?

—El primo Pat dice que ya han decorado el pastel de cumpleaños del abuelo, y se suponía que yo debía ayudar. ¡No llegué a ayudar, porque llegamos tarde y ahora me he perdido de comer los dulces! —Hubo un leve quejido en la voz de Millie y ella estaba allí, de pie en el porche con los brazos cruzados desafiantemente; parecía la versión más joven de Courtney.

Matt miró a Emily y ellos compartieron una sonrisa. —Bueno, supongo que será mejor que vayamos a ver si podemos dejarte hacer un poco de decoración, también. Odiaría que te perdieras los dulces y estoy seguro que la abuela querrá que ayudes. —Se levantó y le tendió la mano a Emily, ayudándola a ponerse en pie antes de tomar la mano de Millie. Él estaba en silencio satisfecho cuando Millie extendió la mano para tomar la mano de Emily también, y regresaron a la casa.

En la cocina, el pastel todavía estaba en el centro de la mesa, rodeado por las migajas de al menos media docena de intentos infantiles de decoración. Era una situación normal en la casa de la familia Pendleton durante los cumpleaños; una tradición que comenzó cuando él y sus hermanas estaban pequeños. La tradición se había transmitido a la generación más joven y Matt sonrió cuando Millie ansiosamente atacó el pastel con un tazón de sobras de gomitas. Eran su dulce favorito, por lo que no debería sorprenderse por su elección de decoración. Mientras la observaba, Millie presionó cuidadosamente las gomitas en el glaseado rojo, y su pequeña lengua se asomaba entre sus labios mientras se concentraba.

Emily se sentó a la mesa junto a Millie y cruzó los brazos delante de ella, observando fascinada a la niña. Y a su vez, Matt observaba a Emily con igual fascinación, su corazón enternecido por la forma en que miraba a Millie, sus brillantes ojos azules llenos de deleite mientras miraba a su hija y hablaba con ella. —¿Son los verdes tus gomitas preferidas? —preguntó Emily, mientras Millie deliberadamente escogía del tazón un puñado de verdes y comenzaba a presionarlas en la cobertura de decoración.

—No, me gustan más las azules.

Emily lo miró y él sonrió, retorciendo sus ojos. Era típico de Millie, decir que le gustaba el azul, mientras selectivamente elegía el verde para la decoración.

—¿Son las azules con sabor a arándano? —preguntó Emily.

Millie se encogió de hombros, cogiendo otra gomita del recipiente y presionándola en la decoración. —Creo que sí. Son las más deliciosas. —Hizo una pausa en su trabajo, mirando a Emily con curiosidad—. ¿Cuál es tu favorito?

Emily sonrió. —Rojo. Saben a fresa. —Se inclinó y agarró un tazón de M&M, colocándolos delante de Millie—. ¿Te gustaría usar un poco de M&M, Millie?

Millie sacudió la cabeza con firmeza. —No, gracias. A Harper le gustan los M&M, pero a mí no. En absoluto. —Hubo un gran énfasis en las dos últimas palabras.

Matt sonrió cuando Emily frunció los labios. —¿No te gustan los M&M? ¿Ni siquiera los cacahuetes?

Millie repitió el meneo de cabeza, y presionó otras gomitas verdes en la cubierta de la decoración. —No.

—¿Sabes cuál es mi dulce favorito? besitos de Hershey. Son muy sabrosos.

Matt hizo una nota mental, estaba seguro de que en algún momento querría comprarle dulces a Emily, e incluiría algunos besos de Hershey. Abrió la nevera y estaba a punto de ofrecer a Emily un refresco cuando oyó la voz de Courtney.

¿Qué estás haciendo con Millie? —preguntó Courtney. Cuando Matt se enderezó, descubrió a Courtney de pie junto a la mesa, lanzando puñaladas a Emily, todo su cuerpo rígido de ira. Parecía que no se había percatado de su presencia.

—Estaba observando a Millie decorar el pastel de tu abuelo, —respondió Emily con suavidad. Aunque su voz era tranquila, Matt notó que Emily se había enderezado incómoda en la silla.

—Déjala sola. ¡Déjanos solos! ¡No necesitamos otra madre! —siseó Courtney—. Eres lo suficientemente joven, podrías ser como mi hermana, ¿qué haces andando con un viejo como mi papá?

Matt intervino, sorprendido por la grosería de Courtney. —Courtney Jane Pendleton: ¡suficiente!

Courtney se volvió en contra de él, su enojo explosivo en una fracción de segundo. —¡No! ¡No es suficiente! ¡Es demasiado joven para ti, papá! ¡Y cómo puedes hacerle esto a mamá! ¿Cómo puedes olvidarte de ella? Hace sólo dieciocho meses que se fue, ¿no la amabas en absoluto? Ahora estás saliendo con esta... esta...

—Courtney... —La advertencia en la voz de Matt debería haber sido suficiente para detener la ira de su hija, pero ella estaba más allá del razonamiento y ella se volvió hacia él—. ¡No, no! ¡Odio que estés viendo a esta perra! ¡Nunca reemplazará a mamá!

Emily se puso de pie, mirando a Matt y a Courtney con ansiedad. —Lo siento Matt, no quiero causarte ningún problema. Creo que me voy a casa.

—No, Em, no hagas eso —protestó Matt, pero Emily sacudió la cabeza con firmeza.

—No, realmente me tengo que ir. No quiero causar controversia y caos.

—Sí, sal de aquí, —gritó Courtney—. Deja a mi padre solo, ¡no te queremos aquí!

Matt estaba listo para explotar de rabia, pero antes de que pudiera moverse, su mamá apareció, su rostro hecho una máscara de piedra. Ella se paró frente a Courtney, sus ojos parpadeaban peligrosamente. —Courtney, te disculpas inmediatamente con Emily.

—¡No! —Mientras Courtney seguía hirviendo de ira, sus ojos se habían llenado de lágrimas y Matt se imaginó que estaba empezando a lamentar su arrebató.

—Está bien, jovencita, si no te disculpas, me gustaría que tu padre te llevara a casa. No estarás celebrando el cumpleaños del abuelo con nosotros, no mientras te comportes tan mal.

—¿Por qué te pones de su lado? —gritó Courtney.

Clare respiró profundamente. —No estoy tomando el lado de Emily, Courtney. Si estuvieras pensando claramente, te darías cuenta de eso. Pero no

aceptaré que ningún miembro de esta familia trate a un huésped tan rudamente, sin importar cuál sea la situación. —Su madre respiró hondo, sus propios ojos llenos de lágrimas—. Tengo vergüenza de ti, Courtney, y tu madre también la tendría.

Con un sollozo estrangulado, Courtney se dejó caer en un asiento en la mesa. Millie había estado ignorando completamente la tensión que había estallado alrededor de ella, hasta que Courtney se sentó.

—No deberías ser tan mala con Emily, Courtney. Ella me gusta. A papá también le gusta. Vi que la besaba en el porche delantero.

Matt se pasó los dedos por el pelo; había estado pensando que esta situación no podía ser peor.

Se había equivocado.

Capítulo Doce:

Emily durmió toda la mañana siguiente, después de una noche que transcurrió moviéndose y volteándose en su cama. Había recibido numerosos mensajes de texto de Matt, y no había respondido a ninguno de ellos, necesitaba tiempo para pensar en la situación.

A pesar de la objeción de Matt, Emily había dejado la casa de Pendleton poco después del arrebató emocional de Courtney, pensando que sería mejor para todos si ella se alejaba. La niña estaba angustiada, las lágrimas corrían por su rostro cuando Millie había dicho que la había visto besarse con Matt, y Emily sabía que Matt necesitaba encargarse de su hija en primer lugar. Las conversaciones con respecto a esta incipiente relación podían esperar, y Emily sintió que eran totalmente insignificantes en comparación con la infelicidad de Courtney.

Quitándose las cobijas, Emily se sentó al lado de la cama y miró el reloj. Once de la mañana. Tenía más o menos una hora, antes de su compromiso con Sally y Bud para almorzar en la bahía, una tradición que venían siguiendo durante casi dos años desde que Emily había llegado a Salacious. Iba a ser una comida interesante, tanto Sally como Bud sabían que había ido a ver a Matt la noche anterior y querrían un informe detallado. Emily no sabía qué iba a decirles.

Tal vez sería mejor cortar esto de raíz, antes de que las cosas se pusieran más serias. Incluso mientras consideraba la opción, Emily tenía el estómago contraído por la ansiedad que le producía el pensamiento. Ella estaba enamorándose de Matt Pendleton. ¡Difícil! Incluso si ella decidiera no continuar alguna relación con él, sabía que le tomaría un tiempo muy largo olvidarse de él.

Emily alcanzó su teléfono, que había estado zumbando constantemente durante toda la noche. Revisando su pantalla, encontró ocho mensajes de texto esperando una respuesta de ella.

MATT: Emily, siento mucho lo de esta noche. Necesitamos hablar.

MATT: Courtney se ha calmado, no está contenta con la situación, pero creo que podemos arreglar las cosas.

MATT: por favor, Emily. Llámame.

MATT: sé que crees que tienes la culpa, pero sin importar a quién presentara a la familia, Courtney tendría dificultades para adaptarse. ¿Puedes llamarme y podemos hablar acerca de esto?

Emily hizo una pausa después de este mensaje, pensando en la situación. ¿Podría Courtney aceptar a otra mujer ocupando un lugar en la vida de Matt? Ella lo dudaba. No importaba quién fuera, Courtney consideraría a cualquier mujer nueva como a una intrusa. Tenía una edad difícil cuando su madre murió, y sin duda todavía luchaba día a día con su pérdida. Con un suspiro, Emily volvió a revisar sus mensajes.

MATT: por favor, Emily. Por lo menos dime si llegaste bien a casa.

Emily sintió una inmensa culpa al leer este mensaje, al saber que Matt se habría angustiado por saber si ella estaba bien. Se había sentido muy incómoda por la situación con Courtney y se había despedido apresuradamente antes de salir corriendo hacia su auto, por lo que no podía culparle por su preocupación. Siendo sincera consigo misma, era reconfortante saber que estaba preocupado. Ella reprimió este pensamiento, sabiendo que ese tipo de pensamiento sólo empeoraría las cosas en caso de que nada de esto funcionara con Matt. Comiéndose las uñas, pasó al siguiente mensaje.

MATT: los niños y yo estamos ya en casa, los niños ya se acostaron. Llámame.

MATT: sé que probablemente estás molesta, te aseguro que nada de esto es culpa tuya. No quiero renunciar a “algo” entre nosotros. Por favor, dame la oportunidad de hablar contigo.

MATT: es la 1 a.m. Yo estaba sumamente preocupado, así que llamé Salacious. Alguien me dijo que habías llegado bien a casa. Duerme bien y llámame por la mañana. Por favor.

Emily levantó la mirada y dejó que sus ojos vagaran por su pequeño apartamento. ¿Qué debería hacer? Por un lado, quería desesperadamente ponerse en contacto con Matt, quería ver si esta chispa entre ellos se convertiría en algo tangible.

Había estado sola durante dos años y ansiaba compañía y amor. Nunca había tenido eso con William; él la había considerado nada más que una posesión. Cuando ellos se habían ido a vivir juntos, ella era muy joven y fácil de impresionar. Aun cuando había descubierto su personalidad sumisa casi desde el mismo momento en que se había dado cuenta de su propia sexualidad, Emily había sabido poco del mundo del BDSM. Cuando se dio cuenta de que había una diferencia entre una relación saludable de dominante y sumisa, y una abusiva, ya era demasiado tarde y había estado en las garras de William, incapaz de escapar.

Paul Meccelli había representado un milagro en su vida. Él y Mandy estaban en San Francisco y habían visitado uno de los clubes locales de BDSM, una noche en que William la había llevado al club para una “exhibición pública”. Aún ahora, dos años más tarde, se estremecía al recordar la forma en que William la había expuesto desnuda alrededor del club, como un perro con correa, arrastrándola sobre sus manos y rodillas, con el collar de metal que había cerrado con candado alrededor de su cuello, el día en que habían firmado el contrato para convertirse en su sumisa. Emily aborrecía las exhibiciones públicas, y exponerla era lo que más le gustaba a William Collado. Utilizó estas noches en el club como una forma de mostrar su poder y control, y reforzar su dominio sobre ella. Había sido muy ingenua cuando entró por primera vez en el mundo del BDSM para saber cuáles eran las reglas y había pagado un precio caro durante cuatro largos años.

Arrodillada al lado de la silla de William, temblando de humillación al permitir que cualquier hombre o mujer le metiera el dedo en la vagina o le acariciara sus pechos a medida que pasaban, Emily había sufrido una abrumadora sensación de desesperanza. William había colocado brutalmente un tapón en su ano, hacía más de ocho horas, y el dolor de tener dicho tapón allí durante un período tan largo, estaba haciendo que su visión divagara. Ella había pedido permiso para quitárselo, pero sólo había logrado que William le adicionara la mísera tarea de mamárselo a cualquier hombre que él considerara digno de semejante experiencia. Este era uno de los peores clubes de San Francisco, y mucha de la clientela no era particularmente exigente sobre la forma en que los sumisos eran tratados, ni tampoco parecía tener mucho cuidado por su propia higiene personal. Su única salvación era el propio temor de William a las enfermedades de transmisión sexual. Como medida de precaución, insistía en que los hombres se pusieran un condón antes de que ella los “atendiera”.

William mismo había tenido sexo con muchas otras sumisas durante la noche, y luego volvía a Emily, quejándose con cualquiera que quisiera escucharlo.

Esto nunca había sido lo que Emily había deseado, ella había estado buscando una relación segura y amorosa con alguien que la llevara a sus límites de una manera segura y responsable. En realidad, lo que había conseguido estaba en el otro extremo del espectro, lo cual la confundía bastante.

Había estado temblando de frío y de hambre cuando Paul y Mandy pasaron junto al sofá donde William estaba alardeando con algunos de sus otros amigos dominantes, y Paul se había detenido a pocos pasos, estudiando a Emily durante largos minutos. William ni siquiera lo notó, pero Emily sí se había dado cuenta de la mirada del desconocido y bajó la cabeza para evitar la lástima que veía en sus ojos grises. Ella estaba casi llorando, y supo que la compasión de aquel hombre la empujaría a sus límites. Si lloraba, en un lugar público, William lo usaría como otra razón para castigarla y no podía soportar la idea de una paliza pública y la humillación que William le daría.

—Disculpe. Su sumisa, parece que tiene frío.

Emily saltó al oír la profunda voz, y a pesar de sus mejores esfuerzos, levantó los ojos para ver si el hombre que hablaba era el que la había estado mirando tan atentamente. Se sentía humillada al descubrir que no sólo era el mismo hombre, sino su sumisa, una hermosa joven con ojos verdes y lustrosos cabellos oscuros, quien la miraba con una mezcla de lástima y compasión. Mientras Emily estaba totalmente desnuda, esta sumisa lucía maravillosamente un vestido de cuero rojo y tacones puntudos. Llevaba un delgado collar de plata rociado de esmeraldas, y por la forma en que se paraba justo a un lado y detrás de su dominante, obviamente estaba bien cuidada y respetada. El suave toque de la mano del dominante en su cadera, guiándola más cerca de su costado, confirmó que era amada.

William levantó la vista alejándose de su conversación e ignorando por completo a la pobre sumisa de rodillas ante él, a quien le estaba empujando bruscamente su pene en la boca. —¿Y a ti qué diablos te importa?

—Como su dominante, es tu deber asegurarte de que se sienta cómoda.

William tiró del cabello de la joven sumisa, retirándola de su distendido pene. —No sé quién eres, pero lo que hace mi sumisa no es asunto tuyo.

La mandíbula del forastero se tensó con furia y no parecía intimidado por William en lo más mínimo. En una rápida observación que Emily pudo hacer, antes de bajar su mirada al suelo, notó que tenía, más o menos, un metro ochenta de estatura, piel verde oliva y cabello oscuro, que lo identificaba como de descendencia mediterránea. Lucía un traje elegante, con una camisa gris y una corbata. Emily no tenía ni idea de quién se trataba, pero era evidente que no era un cliente habitual de ese club —estaba muy bien vestido y educado—. Este lugar atraía la escoria de la comunidad de BDSM, siendo William uno de los peores.

Es asunto mío, ya que creo que está siendo maltratada. He estado de pie en el bar durante casi una hora. Su sumisa ha estado temblando de frío todo ese tiempo. No la has hidratado y no has comprobado su bienestar.

William se puso en pie, guardando su miembro dentro de los pantalones y pateando a la joven sumisa mientras se subía la cremallera. —No es asunto tuyo. Ella es mía, y la trataré como quiera.

Emily se encogió y tembló más fuerte. ¿No sabía este extraño que, al venir a ayudarlo, lo único que iba a causarle al final era más dolor? Más tarde, William descargaría su furia sobre ella y su espalda apenas había sanado de la última paliza a la que la había sido sometido durante su último enojo.

—Deja que mi sumisa la lleve al baño, permítele una pausa para ir al baño, —demandó el desconocido en voz baja—. Ella se ve mal.

—Me importa un carajo lo que pienses, y no, tu sumisa no puede llevarla al maldito baño. Va a donde yo le diga, cuando yo se lo permita.

El desconocido se movió con rapidez, golpeando a William en la mandíbula con un fuerte gancho derecho. William se tambaleó hacia atrás, cayendo sobre uno de sus malhumorados amigos que estaban sentados en el sofá. Dos de los otros dominantes que estaban sentados con William se pusieron de pie, pero antes de que pudieran hacer algo, otros cuatro hombres se unieron al desconocido, chasqueando sus nudillos de forma amenazante. Esto fue suficiente para detener a los cobardes amigos de William de tomar represalias.

Mandy, atiende a la sumisa, por favor. —pidió el desconocido con suavidad, manteniendo su mirada fija en William, que se ponía de pie, mientras maldecía y gritaba un montón de sandeces. Un goteo de sangre le corría por el mentón a William proveniente del labio partido, y parecía estar dispuesto a contra atacar al extraño, pero al ver a los otros cuatro hombres, lo reconsideró. En lugar de eso, echando chispas por los ojos, tiró de la cadena atada al cuello de Emily en el momento en que la otra hermosa sumisa se arrodillaba para revisarla.

—Vete a la mierda, perra. No te acerques a mi sumisa, —advirtió William.

Emily estaba demasiado aterrorizada como para levantar la mirada, pero oyó el golpe resonante cuando el desconocido golpeó a William en la cara por segunda vez. William aulló y, al caer en el sofá, Emily pudo verlo con las manos en la nariz sangrante.

—No le hables a mi sumisa. ¡Nunca! La voz del desconocido sonaba como hielo. Esperó un momento, pero William seguía gritando y gimiendo por su rostro. —Mandy, haz lo que te pedí, por favor.

Emily estaba tan asustada, que no podía dejar de temblar, y se mordió los labios para tratar de contener el deseo de llorar. Estaba en serios problemas; William estaría tan furioso cuando la llevara a casa. La encerraría por quien sabe cuánto tiempo y ella no podía ni imaginar lo que le haría en retribución por los golpes recibidos de este extraño.

Una larga y sedosa pierna, y un trozo de cuero rojo aparecieron a su vista y Emily sintió un suave toque en su hombro desnudo. —Mi nombre es Mandy. Podemos ayudarte, si quieres dejar a tu dominante.

Emily sacudió la cabeza, reacia a hablar. William la poseía, ella no tenía derecho a irse y él estaría tan enojado si hablara con esta joven sin su permiso.

—Por favor, déjame ver tu cara, —preguntó la joven con suavidad. Cuando Emily se negó, sacudiendo la cabeza nuevamente, Mandy metió los dedos bajo la barbilla de Emily y suavemente la levantó para encontrarse con la suya, a pesar de los sollozos de Emily—. Te ayudaremos, si quieres dejarlo. No le pertenesces.

—¡Yo sí la poseo! ¡Esa perra es de mi propiedad! —dijo William, con la voz ahogada por las manos sobre la nariz sangrante.

Uno de los otros hombres que se había unido al desconocido habló; Emily no podía ver su cara, pero sonaba dura cuando hablaba con William. —Esta niña no volverá a casa contigo. No se te permitirá volver a este club, y créeme, me aseguraré de que estés vetado de todos los malditos clubes BDSM del país.

—¿Quién carajo eres? —preguntó William con desprecio.

—Antony Lewis —dijo el hombre—. Y a partir del lunes, seré el dueño de este basurero, y de todos los otros clubes situados en San Francisco.

Emily se sacudió aún más, al oír que este hombre era Antony Lewis. Era muy conocido en la comunidad BDSM, un multimillonario que dirigía varios prestigiosos clubes alrededor de los Estados Unidos y en Europa. Sus clubes eran conocidos por ser de primera categoría. William se iba a poner tan furioso si le impedían visitar los clubes, y ella pagaría el precio. La mataría, estaba segura.

Para sorpresa de Emily, el extraño se agachó junto a su sumisa y la miró cuidadosamente. —¿Cuál es tu nombre?

Emily no podía encontrar su voz, no sabía qué hacer. Para su sorpresa, uno de los amigos de William habló, probablemente tratando de salvarse de ser expulsado del club por Antony Lewis. —Su nombre es Emily. No conozco su apellido.

El desconocido apartó los rizos del rostro de Emily y la miró con consideración por un momento. —Emily, escúchame muy atentamente. Te ofreceré mi protección si decides dejar a tu dominante. Garantizaré tu seguridad y te llevaré a algún lugar, lejos de él, donde no pueda hacerte daño de nuevo. Te doy mi palabra.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Emily y trató de bajar la mirada, pero el extraño que se agachaba a su lado se negó a permitirlo. —No, Emily. Quiero ver tu cara. Lo que este idiota te ha hecho no es una relación saludable. Puedo verlo en las heridas que te ha infligido y puedo verlo en el miedo de tus ojos. No tiene ningún derecho legal para retenerte contra tu voluntad. Soy un detective de la policía, y puedo asegurarte que no importa lo que él te haya dicho, el contrato entre tú y él puede ser anulado inmediatamente. Todo lo que necesito es que tengas el coraje de decir “ayúdame”. Si puedes hacer eso, te llevaré lejos de aquí esta noche, inmediatamente. Mandy y yo nos ocuparemos de ti y te mantendremos a salvo.

—Es verdad, nena. Este imbécil despreciable no puede retenerte, no es así como una relación entre un dominante y su sumisa está diseñada para funcionar, —¡nunca!, —añadió Antony Lewis, mirando fijamente a William con frialdad. Hizo un gesto con la mano a alguien cerca del bar, y Emily se encontró cubierta con una cálida manta y la sumisa, Mandy, le ofreció una botella de agua.

Había pasado tanto tiempo desde que Emily se había sentido cuidada, que no podía evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Mandy le acercó la botella a los labios y ella sorbió el agua con gratitud, incluso mientras se encogía de miedo bajo el escrutinio del extraño y la furiosa mirada de William.

Mordiéndose los labios, Emily decidió que no podía perder nada dándoles un voto de confianza y aceptando la bondad de estos extraños. Había sido un momento decisivo en su vida, y habían creado una amistad que ella consideraba que duraría por siempre. Evitando la mirada de William, había susurrado las palabras que le proporcionaban el escape.

—¡Ayúdenme!



Emily se apartó de los recuerdos con un estremecimiento. Incluso ahora, dos años más tarde, William Collado tenía la capacidad de generar miedo en su corazón y mente.

Aunque sabía que Matt era diferente, no estaba segura de poder arriesgarse a entregarle su corazón. Apenas sí había sobrevivido al último desastre, y aunque las circunstancias eran muy diferentes, y esta cosa con Matt estaba resultando difícil de manejar y aun no estaba segura si Matt podría ser lo que ella tanto necesitaba. ¿Y podría confiar en que él no iba a hierla? Había necesitado casi dos años para recuperarse del trauma psicológico y físico dejado por William. Aunque no creía que Matt pudiera romper su palabra y hierla, podría ser peligroso de muchas otras maneras. Nunca había creído estar verdaderamente enamorada de William, no después de las primeras semanas. Pero ella sabía con certeza que sí podía enamorarse fácilmente de Matt; no obstante, si la hiriese, la destruiría.

Con un suspiro, Emily tecleó un mensaje de texto a Matt, aún sin saber qué era lo mejor para todos. Tenía la ligera sospecha de que mantenerse alejada de Matt Pendleton era la única decisión sana que podía tomar.

Capítulo Trece:

Matt se tranquilizó cuando recibió respuesta de Emily a sus mensajes, especialmente porque ya se había comenzado a preocupar de que no lo iba a contactar de nuevo. Abrió el mensaje y escaneó su contenido, frunciendo el ceño con preocupación.

EMILY: Matt, siento mucho no haberte contactado antes. Llegué bien a casa, gracias. Espero que Courtney no esté tan molesta hoy; tal vez esta cosa entre nosotros no sea una buena idea en este momento de tu vida.

Matt rápidamente escribió una respuesta.

MATT: me voy a tomar unos días de descanso, para resolver algunos de los problemas de Courtney. Ella necesita mi apoyo, que creo que fue claramente evidente durante el desastre de anoche. No renuncies a mí, Emily. Quiero luchar por esta cosa entre nosotros, pero mi responsabilidad principal tiene que ser con Courtney y los otros niños.

Matt tuvo que recordarse a sí mismo de respirar mientras esperaba una respuesta.

EMILY: lo entiendo. Por eso no estoy segura de que sea una buena idea. Vamos a darnos una semana o más para pensar en las cosas, y entonces podemos tomar una decisión. Me gustas, Matt, pero no puedo ser responsable de causar más dolor a tu familia.

Lleno de frustración, Matt tiró su teléfono en el banco, terminó de lavar los platos del desayuno y limpió los bancos del comedor. Ya había hablado con su teniente y con Paul esa mañana, advirtiéndoles que se ausentaría del trabajo por algunos días. Ninguno de los dos lo había considerado como inconveniente, una vez que se enteraron del motivo y de su problema. También había hablado con Paul durante un largo rato, de lo que había pasado con Courtney y Emily durante la fiesta. Paul lo había animado, aconsejándole que siguiera viéndose con Emily y que las cosas con Courtney se irían resolviendo poco a poco. Su mamá le había dicho lo mismo cuando llamó a las siete de la mañana para chequear la situación. Parecía que su familia había decidido que Emily era genial y que estaban felices de verlo disfrutar de nuevo de la compañía de una mujer. Su mamá lo había presionado suavemente para que mantuviera una mente abierta y no permitiera que Courtney lo empujara a romper las cosas con Emily.

Con un suspiro, Matt dejó caer la toalla de la cocina en el banco e hizo un café. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer? Esta situación era una pesadilla, y no veía cómo podía resolverla a satisfacción de todos. Ahora, su familia podría pensar que Emily era grandiosa, pero ¿cómo podría mantener por siempre el secreto de lo que ella era? Iba a ser imposible.

Paul pensó que eran buenos el uno para el otro, pero honestamente, Matt todavía no estaba seguro de que podría ser lo que Emily quería y necesitaba. Paul había sugerido sutilmente que podría ayudarle a Matt con ese asunto, pero la sola idea puso a Matt en estado de pánico. No sabía si podía discutir el dominio y la sumisión con un hombre que era su compañero de trabajo y amigo. Peor aún, ¿cómo le iba Paul a enseñar lo que significaba ser un dominante? ¿Tener una “lección maestra” con Mandy? ¡Por Dios!

¿Y si Emily decidiera que ya no quería verlo? Sus textos de esta mañana sugerían que estaba nerviosa y que quería renunciar... y no podía culparla. Esta cosa había nacido completamente mal desde el principio, y cuando esto pasaba, a veces era mejor retirarse y aceptar que no iban a funcionar.

Sin embargo, tenía una corazonada de que lo que estaba sucediendo entre él y Emily podría ser absolutamente asombroso, si y sólo si pudieran superar sus problemas.

Tomando su café, Matt fue a buscar a su hija mayor. Había mantenido una actitud discreta desde que habían llegado a casa la noche anterior y se había ido directamente a la cama cuando llegaron. No la había visto durante la mañana, y sintió una familiar distensión en su estómago cuando se preguntó si estaría en su dormitorio. Debido al deterioro de su relación, estaba constantemente aterrorizado de que se levantara una mañana y descubriera que había huido de su casa. La idea de que su niña estuviera sola en las calles era suficiente para que le estallara en sudor frío. Había visto lo que les pasaba a los chicos que huían; podrían llegar a horribles e innumerables problemas muy rápidamente. No quería que Courtney atravesara por semejante situación.

Pronunciando una silenciosa oración, llamó a la puerta y luego giró el mango, entrando a la habitación de Courtney. Se imaginó encontrar un dormitorio típico de un adolescente. Cuando Courtney era una bebé, había pintado su habitación en suave rosa y verde. Más tarde, cuando llegó a su adolescencia, Courtney había insistido en que la quería púrpura, y con la dulce persuasión de Caroline, lo habían convencido para pintar una pared de color púrpura oscuro y las otras tres paredes en una violeta más suave. Hoy en día, pensaba que las paredes podían ser de cualquier maldito color, porque eso no

hacía a nadie más sabio. Había carteles pegados en cada centímetro de las paredes; carteles de las últimas bandas de chicos y numerosos actores que eran del gusto actual de Courtney y que eran “enfermadores” según sus palabras. Su tocador estaba enterrado debajo de una montaña de maquillaje, perfumes y joyas; parecía gastar toda su mesada en ese tipo de basura. Su escritorio en el rincón estaba enterrado a un metro de profundidad en revistas y libros escolares y, con disgusto, se dio cuenta de que la papelera del suelo estaba rodeada de trozos de papel que ella había tirado y no había acertado. Gracias a Dios, ella nunca había tomado baloncesto.

Courtney estaba tendida boca abajo sobre la cama, con la cabeza apoyada sobre los brazos cruzados. Aun cuando no le habló al momento de entrar a la habitación, tampoco le gritó que se fuera, lo que él tomó como una buena señal. Ella lo observó en silencio, sus ojos castaños ámbar, tan semejantes a los suyos, rojos de llanto.

—¿Podemos hablar?

Courtney se sentó en la cama con un enfado impaciente. —¡Supongo!

Matt se sentó junto a ella, devolviéndole el ataque impacientemente. — Courtney, no podemos seguir así. Cariño, te amo, pero esta actitud que tienes ahora es destructiva y está perjudicando a todos en esta familia.

Courtney permaneció en silencio, apartándose su largo cabello de la cara; sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Matt se levantó y recogió una caja de pañuelos del tocador, sacó uno y se lo dio, antes de colocar la caja en la cama.

—Sé que no soy capaz de reemplazar a tu mamá, pero te amo. Quiero ayudarte, pero honestamente, no sé cómo hacerlo, —admitió Matt en voz baja. Se acomodó en la cama junto a su hija y le metió un mechón de pelo detrás de la oreja—. Sé lo mucho que la extrañas, y sé lo importante que fue para ti. Era importante para todos nosotros, Courtney. No eres la única que está sufriendo.

Courtney se sonó la nariz y resopló ruidosamente. —Si la amabas tanto, ¿cómo puedes olvidarte de ella? ¿Cómo puedes empezar a verte con otra mujer?

Matt se pasó las manos por el pelo, su corazón encogido fuertemente en su pecho. —Nunca olvidaré a tu mamá. Nunca. La amé desde los dieciséis años y la amaré hasta el día de mi muerte. Pero sólo porque alguien que amamos muere, no significa que tenemos que morir con ellos, Courtney. Sé que piensas que soy viejo, pero cariño, no soy tan viejo. Tengo muchos años por delante, y

no quiero vivirlos solo. Tu mamá tampoco querría eso para mí. Y si la situación fuera a la inversa, seguro que yo no hubiera esperado que Caroline permaneciera sola después de mi ausencia.

—¡Pero apenas han pasado dieciocho meses! —protestó Courtney, estallando en una nueva ráfaga de lágrimas.

Matt la atrajo hacia sus brazos, agradecido de que le hubiese permitido el abrazo. Había pasado tanto tiempo desde que ella había dejado de permitirle cualquier tipo de consuelo, y la urgencia de hacerlo cuando estaba sufriendo tanto era abrumadora. ¿Cómo podía explicarle a su hija lo solo que se había sentido? ¿Qué le diría para explicarle su necesidad de encontrar el amor de nuevo? —Esta cosa con Emily, es realmente nueva, solo nos conocemos desde hace una semana. Somos más como amigos, en esta etapa. Me gusta, y nos hemos divertido juntos el par de veces que nos hemos visto, pero Courtney, no voy a reemplazar a tu mamá con ella.

—La invitaste al cumpleaños del abuelo —protestó Courtney, su voz ahogada contra su hombro.

—Sí, lo hice, y eso fue un error, —admitió—. No debí haberla invitado, no sin contarte lo que estaba planeando. Debí haberte dado a ti y los demás la oportunidad de conocer mejor a Emily, antes de hacerla partícipe. No fue justo.

Courtney permaneció en silencio durante unos minutos, el único sonido era los suspiros y Matt la esperó, dándole suficiente tiempo para pensar en lo que le acababa de decir.

—¿Has dormido con ella?

El aire salió rápidamente de los pulmones de Matt y le tomó un segundo componerse antes de poder responder. *¿Qué diablos?* Su respuesta salió en una avalancha de negación. —¡No! —Tan pronto como la palabra salió de su boca, inmediatamente se arrepintió de la mentira, pero ¿cómo podría decirle a su hija de quince años la verdad? *Sí, la conozco desde hace menos de una semana, pero ya he tenido relaciones sexuales con ella. Más de una vez. Y la primera vez, estaba dispuesto a pagarle porque estaba tan desesperado por conectarme con alguien.* ¡Sí, claro!

—Extraño a mamá, —dijo Courtney suavemente—. La extraño todos los días.

—Yo también, nena, de verdad.

Courtney se sonó su nariz ruidosamente y tiró el pañuelo hacia la papelera. Matt no se sorprendió a su desatino al verlo aterrizar en el suelo junto a los

otros escombros. —Quiero a mamá de vuelta. La necesito.

—Cariño, haré todo lo posible para ayudarte y me gustaría poder cambiar las cosas, pero no puedo. Tu mamá se ha ido, y no podemos recuperarla. Pero ella no querría vernos a ti y a mi enfrentados como lo hemos estado últimamente, odiaría creer que no encontramos la manera de llevarnos bien.

—Dejarás de ver a Emily?

Matt se preparó para otro momento de histrionismo cuando respondió a esta pregunta con sinceridad. —No quiero hacerlo.

—Es muy joven.

—Tiene veinticinco años.

—Solo es diez años mayor que yo

Matt suspiró. —Estoy consciente de eso, cariño, pero no voy a casarme con ella. ¡Diablos! Ni siquiera sé si esto terminará en algo serio, o si sólo seremos amigos. Sinceramente, no lo sé.

—La abuelita estaba muy enojada conmigo anoche —admitió con tristeza.

—Estaba enojada contigo anoche, pero a las siete de esta mañana, ya estaba llamando para asegurarse de que estuvieras bien.

Courtney abrió sus ojos muy grandes. —¿Era ella?

Matt sonrió a su hija mayor, deseando que crecer no fuera tan difícil. Especialmente ahora, cuando todo parecía mucho más complicado de lo que había sido cuando él tenía quince años. —Por supuesto que sí. Sí, estaba enfadada por lo grosera que fuiste con Emily, pero te disculpaste por tu comportamiento antes de irnos. Y la abuela sabe que estás sufriendo, todos lo estamos. Pero necesito que recuerdes ... tu madre no solo te dejó a ti cuando murió. Nos dejó a todos. Necesitamos hacer lo mejor, y tratar de ser la familia que tu mamá hubiera querido que fuésemos.

Courtney sacó otro pañuelo de la caja y se sonó la nariz, asintiendo. —Lo intentaré.

Matt la atrajo hacia sus brazos y la abrazó con fuerza. Eso es todo lo que estoy pidiendo.



Breludin era uno de los lugares favoritos de Emily para comer, y uno de los lugares habituales de Sally para los desayunos dominicales. Situado en el paseo marítimo con vista al océano, el restaurante ostentaba una hermosa vista y magnífica comida. Por lo general, cuando Emily salía con Sally y Bud, ella lo disfrutaba mucho, pero hoy no parecía estar de ánimo.

Ellos estaban sentados afuera, el fuerte olor salado del aire de mar era estimulante y el día era soleado y cálido. El restaurante presumía por estar sobre el paseo marítimo y Emily se concentró en los yates atracados cerca, sus cascos moviéndose en el suave oleaje. La disposición al aire libre del Breludin consistía en elegantes y mesas de caña negra y vidrio, con cómodos asientos que le hacían juego, y Sally había acomodado al grupo en su mesa favorita, desde donde podían ver transitar a la gente, y saludar a sus amigos cuando pasaban por el restaurante en su camino hacia más abajo del muelle. Sally era un pilar de Seattle; había vivido en la ciudad toda su vida y era bien conocida por todos, desde un extremo del espectro social de Seattle hasta el otro.

Ya habían tenido un juez de Seattle y a su esposa visitando la mesa, seguido por un tipo que se paseaba por la ciudad tocando música en las calles y de vez en cuando trabajaba para Sally en el bar. El dueño de un casino en Las Vegas, que estaba en la ciudad para una conferencia vino y charló durante diez minutos y Sally interrumpió su conversación para darle veinte dólares a un indigente que pasaba por allí. El director general del Hospital Infantil de Seattle también se había acercado con su esposa para hablar del último proyecto que Sally estaba apoyando para la recaudación de fondos. Era bien conocida por sus emprendimientos filantrópicos y era extremadamente generosa con varias organizaciones benéficas en el área de Seattle, incluyendo el hospital.

Cuando llegó su comida, los visitantes se alejaron, dejándolos comer en paz.

Emily se apresuró a comer su salmón ahumado, y observó a Bud iniciar entusiasmadamente su picadillo criollo de chorizo picante. Sally se había inclinado por el tradicional desayuno de huevos benedictinos con papas, y la tentadora salsa holandesa cuyo aroma flotó a través de la mesa hacia donde Emily estaba sentada.

—He recibido otra llamada telefónica de Henry Austin —anunció Sally, comiendo delicadamente los huevos—. Él no acepta un no como respuesta, Em, él realmente quiere verte de nuevo.

Emily se limpió los labios con una servilleta antes de beber su jugo. —Henry es un hombre muy agradable —admitió con una sonrisa melancólica. Henry había sido uno de sus primeros clientes, y seguía siendo uno de sus asiduos. Setenta y dos años de edad, era de pelo blanco con ojos azules brillantes, y un rostro arrugado y desgastado que denotaba que había llevado una vida extraordinaria. Él regularmente entretenía a Emily con sus historias sobre la vida en Hollywood durante los años cincuenta, cuando había sido un sobresaliente agente de *casting*, y trabajando con algunos de los nombres más famosos en la historia de Hollywood. Había hecho su fortuna al lado de algunos de esos actores e, incluso ahora, le encantaba nombrarlos para impresionar cada vez que se le daban la oportunidad, sin sentir ningún tipo de vergüenza.

—Dice que pagará el triple por una última cita contigo —dijo Sally en voz baja, observando la reacción de Emily—. Él está pidiendo toda una noche.

—Estoy agradecida por su generosidad, pero no puedo hacerlo, respondió Emily. Dije que me retiraría del trabajo de ama de compañía y hasta que no sepa cuál es la situación con Matt, voy a cumplir mi promesa.

—Si eso es lo que quieres, cariño, se lo diré a Henry —dijo Sally con una cálida sonrisa—. Y ahora que has planteado el tema ... ¿qué está pasando contigo y el encantador Sr. Pendleton?

Hasta el momento, Emily había evitado contarles a sus amigos lo que había pasado la noche anterior. Pero ahora que Sally había traído el tema a la mesa, Emily sabía que no habría escapatoria a su determinación de obtener todos los detalles. En consecuencia, soltó abruptamente todo el fiasco con Courtney y luego se desplomó en su asiento, esperando las reacciones de sus amigos.

Bud habló primero y lo que tenía que decir fue una sorpresa. —Em, no desistas del tipo. Tú misma dijiste que esto no iba a ser fácil, pero he visto la mirada en tus ojos. Sientes algo por él. Su hija se acostumbrará a la idea.

—Estoy de acuerdo, —anunció Sally. Había terminado de comer su desayuno y estaba sosteniendo el tercer café entre sus hermosos dedos bien cuidados—. Dale la oportunidad de resolverlo.

Emily sacudió la cabeza, retorciendo una servilleta entre sus manos. —Su familia es realmente agradable, y me gustan sus hijos... pero no creo que Courtney llegue a aceptar algún tipo de acuerdo para que Matt pueda salir con alguien.

—Pffft, Sally sacudió su cabeza y soltó una mano de su taza, señalando a Emily con su puntiagudo dedo índice pintado de rojo. —Confía en mí, conozco a los niños. Ella podrá hacer pataleta por unos meses, pero una vez que llegue a conocer lo maravillosa que eres, te va a amar. ¿Cómo podría no hacerlo?

Em sonrió ante el entusiasmo de Sally, preguntándose brevemente cómo Sally podría saber algo acerca de niños. Nunca se había casado, según tenía entendido Emily, y Em estaba segura de que, si había niños en los antecedentes de Sally, ella lo sabría. Claro, ella amaba a los niños en el hospital, y hacía todo lo posible para ayudarles y otras caridades benéficas para niños, pero Em no creía que Sally tuviera una familia propia. Nunca había hablado de familia, nunca había mencionado si se había casado o si se había divorciado en el pasado. Por lo que Emily sabía, el personal de Salacious era la familia de Sally. —No es tan fácil, Sally.

Bud resopló, tomando un pedazo de chorizo criollo de su plato. —No es tan difícil, Em. No hagas las cosas más complicadas de lo que tienen que ser.

Emily puso sus ojos en blanco. —¿No has oído lo que he estado diciendo? ¿Viudo? ¿Detective policial? ¿Cuatro niños? ¿Una hija que ya me odia? ¿Y una familia de parientes que probablemente no lo aceptarán al descubrir que soy una sumisa dama de compañía?

—¿Quién dice que tienen que saber esa parte? —Respondió Sally con tranquilidad—. No hay ninguna razón para que se enteren, por qué eso lo puede mantener solo entre tú y Matt.

Capítulo Catorce:

Algunos días después, Matt estaba disfrutando de una sensación de alivio. A última hora del domingo en la noche, había decidido mantener a los niños en casa y fuera de la escuela durante tres días, para darse la oportunidad con todos de relajarse y pasar un tiempo juntos como familia. Tanto el director de la secundaria de Courtney como el de la escuela primaria lo habían entendido perfectamente cuando Matt les explicó la situación y acordaron que unos días de tiempo de calidad con su padre podría ser bueno para todos. Había tomado un mes de descanso cuando Caroline murió, pero ahora, no estaba seguro si debió haber tomado más. Su trabajo era implacable, consumía mucho tiempo y era estresante, y ahora podía ver claramente que llevaba a casa con él, mucha de esta carga. Era algo que tendría que considerar de ahora en adelante, y tal vez en el largo plazo, ser un detective no iba a ser una carrera adecuada para un padre solo con cuatro hijos. Se preguntó si debía intentar solicitar un trabajo de escritorio con el Departamento de Policía de Seattle - SPD-, aunque no pensó que lo disfrutaría. Le encantaba la adrenalina que llegaba con el homicidio, pero tal vez les daría a los niños una sensación de seguridad si no estuviera en la calle. Con un examen de consciencia, Matt tuvo que admitir que no le encantaba el trabajo de la forma en que alguna vez lo había hecho, pero aun así resolvió explorar sobre posibles oportunidades de cambio de carrera cuando regresara a trabajar.

El descanso de tres días parecía haber sido exitoso, y estaba contento con el progreso de Courtney. Parecía mucho más cercana y relajada que en meses; su actitud mejoró mucho con el paso de los días y la malhumorada y deprimida adolescente había, sorpresivamente, sonreído y reído varias veces en los últimos días. Todavía tenía sus malos momentos, pero Matt sabía que no podía esperar milagros. Habían tardado dieciocho meses en meterse en este lío; no se resolvería en setenta y dos horas. Aun así, estaba contento con el progreso obtenido y había disfrutado el tiempo con ellos.

El lunes, había llevado a los niños al parque zoológico Woodland Park, pensando en que sería maravilloso para todos salir de la casa y hacer algo diferente. Temprano en la mañana, Matt había preparado un almuerzo de picnic y partieron para un día de aventura. A Millie le había encantado el zoológico, y tuvo que ser arrastrada, muy a regañadientes, del recinto de los suricatos después de veinticinco minutos de encantadores chillidos y de continua diatriba sobre lo que hacían las pequeñas criaturas.

Afortunadamente, su enojo por tener que dejar a los suricatos pronto fue olvidado por el placer de ver, en el recinto siguiente, al leopardo de nieve. Ella tenía un millón de preguntas y Matt estaba agradecido por los paneles de información disponibles en cada recinto, proporcionándole por lo menos una cantidad suficiente de información con la cual pudo saciar su ferviente curiosidad.

Todos disfrutaron de un almuerzo de picnic cerca al carrusel histórico, antes de continuar su paseo por los jardines y los niños lo declararon un día de éxito; incluso Courtney admitió, a regañadientes, de haberlo disfrutado.

Matt se sentía agradecido cuando regresó a su casa, y encontró que su madre y sus hermanas habían estado allí mientras ellos estaban fuera, y entre las tres habían lavado y planchado todo, habían limpiado la casa de arriba a abajo e incluso limpiado todo el polvo, algo que Matt no había logrado desde que Caroline había muerto. Creía que limpiar el polvo era una tarea inútil, porque con seguridad lo único que hacías era mover el polvo de un mueble a otro, ¿o no? No obstante, apreciaba profundamente el esfuerzo que habían hecho y ordenó al día siguiente flores para cada una de ellas.

El martes fue un día relajado para todos en casa, y los niños pasaron el día en sus pijamas descansando en la sala de estar, turnándose para ver sus películas favoritas. Matt se unió a ellos después de ponerse al día con algunas cuentas de la casa, había disfrutado al escuchar las risas de los niños sobre sus escenas favoritas en las películas, y ellos habían disfrutado sus animadas discusiones con respecto a sus películas favoritas de Pixar. Personalmente, Matt era un fan de Shrek, pero había un gran debate entre Toy Story y Cars. Courtney no había estado tan involucrada, pero había sonreído y se había quedado a su alrededor, en lugar de esconderse en su dormitorio. ¡Y lo mejor! por segundo día consecutivo, él y Courtney no habían peleado por nada.

Cuando Matt volvió a trabajar el jueves, fluctuaba entre un alivio de que las cosas se hubiesen calmado un poco, y un espantoso ataque de temor de que no fuera a durar. No pensaba que sus problemas se resolverían con una gran pelea, un sermón de su abuela y una conversación profunda entre él y Courtney. Pero por ahora, aprovecharía lo que había logrado y mantendría los dedos cruzados para el futuro.



Matt había lidiado durante toda la semana con un deseo desesperado por contactar a Emily, asegurarse de que estaba bien, y hablar más sobre su situación. Pero él le había prometido que se darían un poco de tiempo y había aceptado su petición de que no la contactara durante una semana. Cada día le resultaba más difícil cumplir con su promesa. Tantas cosas habían sucedido en los tres días que había estado en casa, tantas anécdotas que deseaba poder compartir con ella, sobre lo que él y sus hijos habían estado disfrutando. Y ahora, de regreso al trabajo, cada día se encontraba perdido, soñando despierto, con ver a Emily, conocerla mejor. La pequeña de cabellos castaños rizados, invadía su mente y su alma día y noche.

Quería hablar con Emily sobre su floreciente relación y quería aprender más sobre la relación entre un dominante y una sumisa. Emily había dejado claro que esto era un requisito indispensable para ella en cualquier posible relación y Matt tenía una apremiante necesidad de saber si realmente podía proporcionarle lo que necesitaba. Como consecuencia, cada noche después de que los niños se habían ido a la cama, Matt buscaba obtener más información en Internet, tratando de averiguar exactamente lo que se requería de un dominante y cuál era su papel en lo que respecta a proporcionar a Emily lo que necesitaba como un sumisa. Y cada noche, él borraba cuidadosamente su historial de navegación, para asegurarse de que los niños no pudieran ver nada que no deberían estar viendo.

—Pareces un poco ansioso, compañero, —observó Paul el lunes en la tarde, mientras Matt conducía por la ciudad hacia una entrevista sobre un caso que habían atendido el viernes anterior—. ¿Podría tener algo que ver con una mujer de ojos azules y cabellos rizados que ambos conocemos?

Matt sonrió y tomó un sorbo de café. —Voy a contactar a Emily esta noche, a ver si vuelve a salir conmigo.

—¿Las cosas están mejor con Courtney? —preguntó Paul de forma informal, con su mirada centrada en el parabrisas.

—Parece que sí. Todavía tiene sus momentos, pero en general, estamos progresando, —dijo Matt—. He mencionado a Emily un par de veces durante nuestras conversaciones, y su cabeza no se ha salido de su eje, así que estoy interpretando eso como una buena señal. —Matt quitó sus ojos de la carretera por un momento, dirigiendo su mirada hacia Paul—. ¿Has oído algo de Emily?

—Ha hablado con Mandy un par de veces, pero yo no he hablado personalmente con ella, no —admitió Paul. Observó la expresión en la cara de Matt y sonrió—. Y no, no sé de qué han hablado ella y Mandy. Podré ser el dominante de Mandy, pero respeto su necesidad de privacidad cuando de conversaciones femeninas se trata. Si ella pensara que yo necesito saber algo, me lo diría.

Matt se armó de valor para hacer la pregunta que había estado en su mente casi desde el día en que conoció a Emily. —¿Qué pasó con ella, Paul? ¿Cómo terminó en Salacious?

Paul rio entre dientes y sacudió su cabeza firmemente. —No puedo, amigo. Si vas a construir una relación sólida con esa pequeña sumisa, vas a tener que ganarte su confianza y respeto, para que se sienta lo suficientemente cómoda como para decírtelo.

Paul estaba mucho más abierto sobre su relación con Mandy, de hecho, con todo ese tema del BDSM, desde que Matt había conocido a Emily. Incluso se había ofrecido un par de veces durante la última semana a ayudar a Matt a aprender sobre el tema, y Matt se preguntaba si en realidad era un alivio para Paul, ya no tener que mantener las cosas en secreto, de la forma en como lo había hecho durante los últimos ocho años. Matt aún no había tenido el coraje de preguntarle a Paul detalles sobre el tema, prefiriendo mantener para sí mismo sus investigaciones sobre este estilo de vida, pero estaba agradecido con Paul por el ofrecimiento.

Cuando Matt llegó a casa el lunes por la noche, estaba que se salía de su cuerpo, esperando la oportunidad de llamar a Emily. Había hecho todo lo posible para allanar el camino para su llamada telefónica, incluso se había sentado con Courtney para decirle cuáles eran sus planes y que quería hablar con Emily y volver a verla. No iba a arriesgarse a hacer las cosas a escondidas de Courtney, realmente no quería estropearlo todo.

Suponía que Emily estaba trabajando en Salacious, así que decidió enviar primero un mensaje de texto, y si estaba disponible, llamarla. Para el momento en que los niños habían comido y se habían bañado, las tareas listas

y Millie acomodada en su cama, Matt ya estaba supremamente nervioso y no podía esperar un segundo más para hacer la llamada. Courtney y Harper estaban viendo un programa en la televisión, y Brandon ya estaba en la cama, leyendo un libro antes de dormir. —Veinticinco minutos, Brandon, luego apagas, —advirtió Matt a su hijo, antes de que él se fuera a su propio dormitorio para escribirle a Emily.

Sus dedos temblaban mientras escribía el mensaje en la pantalla táctil y sonrió con ironía, preguntándose cómo esta mujer había logrado convertirlo de nuevo en un ansioso y arrecho adolescente.

MATT: hola, Em. Te he dado una semana completa como tú lo pediste, y ambos tuvimos mucho tiempo para pensar. Courtney está mucho mejor, y parece estar de acuerdo con la idea de que yo pase algún tiempo contigo. ¿Puedo llamarte para que podamos hablar?

Caminó por la pieza durante los diez minutos siguientes, vacilante entre esperar a que Emily le respondiera o apaciguar su necesidad y seguir adelante, llamarla de una vez para escuchar su voz.

Cuando su teléfono zumbó, el alivio de Matt era inmenso; parecía como si su corazón estuviera latiendo en su garganta. Se dejó caer en la cama cuando leyó el mensaje, mirando a la pequeña pantalla con incredulidad.

EMILY: no puedo verte de nuevo, Matt. No creo que sea justo para tus hijos en esta etapa de su vida que se involucren con otra mujer. Me encantó el tiempo que estuvimos juntos, pero no puedo hacerle esto a tu familia. Adiós y buena suerte, Em.



Matt tardó treinta minutos en levantarse de la cama y un par de horas más para considerar el mensaje de Emily. Había estado tan seguro de que la volvería a ver; había estado esperando la oportunidad de luchar por esa química increíble que tenían juntos. La idea de que ella se negara a verlo había sido un puñetazo del cual todavía se estaba reponiendo, dos horas después. Aunque Emily había dicho que su decisión estaba basada en las necesidades de su familia, Matt pensó que probablemente había algo más. ¡Tenía que haberlo! No creía que Emily pudiera estar sintiendo menos atracción de la que él sentía, y realmente sabía que había disfrutado del tiempo que había pasado con sus hijos y su familia. Se preguntó si ella estaría teniendo las mismas dudas que él estaba teniendo, acerca de si él podría satisfacer su necesidad de dominio. ¡Diablos! podría haber un millón de razones por las cuales no quería volver a verlo, pero mientras caminaba por el cuarto, estaba seguro de una cosa: ella no le había dicho que no estaba interesada.

Ella había usado a los niños como excusa para terminar las cosas, estaba seguro. Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que tenía razón. Había tanto que no sabía de Emily; muchos de sus antecedentes seguían siendo un misterio para él, y sabía que había algo, en alguna parte, en su pasado, que se estaba sumando a su decisión en contra de seguir una relación. Necesitaba romper esas barreras, encontrar la manera de demostrarle que podía ser lo que ella necesitaba, si ella le diera al menos una oportunidad. Aunque él sabía que entre ellos había un gran obstáculo para vencer, Matt estaba decidido a ver que esta relación terminara de forma natural, de cualquier manera, que este final fuese. Si no se suponía que fueran el uno para el otro, lo aceptaría... pero en lo que a él respectaba, no se habían dado suficiente tiempo para ver en qué podría convertirse esta relación.

Finalmente, después de un concienzudo auto examen e introspección, Matt cogió su teléfono de nuevo y llamó a la persona que pensaba que podría ayudarlo a hacer que Emily cambiara de opinión.

—Paul —comenzó, cuando su amigo contestó el teléfono—. Necesito tu ayuda.

Capítulo Quince:

Al siguiente sábado por la noche, Emily se detuvo frente a la casa de Paul y Mandy y, con un suspiro, apagó el motor de su auto. Parecía que todo lo que hacía últimamente era suspirar profundamente, desde que terminó las cosas con Matt.

Le dolía. Física y mentalmente le dolía la decisión que había tomado de evitar cualquier contacto con el apuesto detective. Durante unos días, después de haberle dicho a Matt que deberían tomar unos días para pensar las cosas, ella se había permitido tener una fantasía, en la cual ella y Matt podrían tener un futuro juntos. Pero cuanto más lo había pensado con atención, más sabía que nunca iba a suceder. Matt tenía demasiado en juego como para renunciar por ella, y ella no creía que pudiera confiar lo suficiente para superar sus temores.

Se había alegrado cuando Mandy llamó en la mañana, invitándola a cenar esa noche. Había sido una pésima semana; una en la que en un momento se había convencido firmemente a sí misma de que había tomado la decisión correcta, y al siguiente minuto había tenido que contenerse de escribirle a Matt para decirle que había cometido un error. Había pasado horas con Sally, escuchando a su amiga exponiendo las razones por las cuales debería ver a Matt de nuevo. Incluso Bud se había unido a la conversación, sentado a su lado en el bar de Salacious mientras ella trabajaba, hablándole en detalle de la situación, y tratando de hacerla reconsiderar.

Emily había rechazado categóricamente las recomendaciones, y había pasado la semana atendiendo borrosas clases durante el día y trabajando detrás de la barra del bar durante las noches. Necesitaba tomar una decisión sobre su retorno al trabajo de dama de compañía; más de una vez Sally le había ofrecido la oportunidad de volver al trabajo, pero por alguna razón, ella aún no podía volver.

No había dormido bien desde hacía días, y parecía que no poder sacar a Matt de su mente. No importaba lo que hiciera para intentar distraerse, él estaba allí ... persiguiéndola con preguntas de “qué pasaría si” y “qué podría haber sido”.

Sin embargo, en su corazón, sabía que había tomado la decisión correcta para él y su familia. Él no podía involucrarse con alguien como ella.

Con otro suspiro de corazón, Emily cogió su pequeña maleta de viaje y salió del coche, subiendo por el sendero hacia la casa de Paul y poniendo una

sonrisa en sus labios mientras golpeaba la puerta. Esta era la primera actividad que había logrado hacer durante las últimas dos semanas, fuera del trabajo y la universidad y mentalmente se castigó a sí misma por seguir deprimiéndose.

Mandy abrió la puerta y le dio a Emily un cálido abrazo. —Es tan bueno verte, —Mandy susurró contra su oído mientras tomaba la maleta de Emily y la colocaba en el suelo junto a la puerta principal—. ¿Cómo estás?

Emily suspiró profundamente y parpadeó para evitar que cayeran las súbitas lágrimas que brotaban de sus ojos. —Estoy bien.

Mandy negó con la cabeza, sus ojos llenos de compasión. —No, no lo estás. Le echas de menos, ¿no? Se honesta.

—Más y más, cada día que pasa, —admitió Emily con tristeza. Había estado hablando con Mandy frecuentemente en las últimas dos semanas. Mandy había llamado, dos y hasta tres veces al día, cuando Emily estaba en su nivel más bajo. Emily no sabía cómo habría podido superar las últimas dos semanas sin su mejor amiga y su equipo de apoyo.

Emily dejó caer su cartera sobre la mesa de la entrada y miró alrededor del pasillo oscuro. Mandy debía estar planeando una cena especial, porque había encendido las velas que estaban puestas en la mesa de entrada y desde la sala de estar, Emily podía ver las luces apagadas y las velas creando sombras que parpadeaban en las paredes. Por un momento sospechó que Mandy podría tener una segunda intención para invitarla a su casa esa noche, pero Emily rápidamente descartó la idea. Con seguridad Mandy no le habría organizado una cita a ciegas la primera noche que había logrado levantarse, ¿verdad?

¡Por supuesto que no! Mandy era demasiado cariñosa, sabía cuánto le dolía después de romper su relación con Matt. Estaba segura de que Mandy no haría eso. —¿Dónde está Paul?

—En la cocina, está abriendo una botella de vino, —dijo Mandy de manera informal, agarrando la mano de Emily y conduciéndola hacia la sala de estar. Se acomodó en uno de los cómodos sofás y atrajo a Emily a su lado—. Vendrá en un minuto. Ahora, —dijo Mandy, apretando los dedos de Emily—. Dime realmente por qué rompiste con Matt.

El corazón de Emily se encogió cuando oyó el nombre de Matt pronunciado en voz alta y de nuevo, las lágrimas salieron espontáneamente a través de sus pestañas. —No quiero hablar de esto —le advirtió, pasándose los dedos por las mejillas.

—Emily Coulter, te habrás engañado a ti misma con este cuento de cómo esta relación entre Matt y tu afectaría a sus hijos, pero no me puedes engañar a mí. Dime la verdad ahora mismo.

Emily miró fijamente a Mandy, con los ojos muy abiertos. —¿Por qué me estás presionando tanto por esto? —preguntó ella, lastimada por la actitud de Mandy. Pensaba que esa noche sería ser la oportunidad que necesitaba para tomar un tiempo sin pensar en Matt; encontrar una manera de seguir adelante. Parecía que Mandy tenía otros planes y Emily estaba desconcertada de que su amiga estuviera tan insistente con el tema.

—Porque tienes que enfrentarte a la verdad, —presionó Mandy—. Tienes que ser honesta contigo misma acerca de tus sentimientos. Tienes que tener otras razones por las cuales rompiste con Matt, las cuales me estás ocultando a mí y a todos los demás. Evidentemente, había una atracción entre ustedes, pero lo estás negando.

Emily se puso de pie, con las lágrimas rodando por sus mejillas. Había liberado las compuertas y no pensaba que pudiera retroceder lo suficiente como para centrar sus emociones. —¡No sé por qué me estás haciendo esto Mandy! ¡Ya sabes cómo me siento!

—Dímelo otra vez, —dijo Mandy. Había cierta chispa de emoción escondida en sus ojos, la cual Emily no podía ver pues estaba demasiado molesta como para notarlo.

—No. Me voy a casa, —Emily gritó airadamente—. ¡No quiero hablar de esto!

—Simplemente no quieres enfrentar lo que realmente estás pensando.

Emily le dio la espalda a la tormenta, y dirigiéndose hacia la entrada miró incrédula a su amiga. —¿Creí que eras mi amiga? ¿Por qué me lastimas así? —Emily levantó la barbilla con un enfático movimiento de cabeza—. Sí, creo que Matt es maravilloso. Sí, quería mucho más con él. No era sólo la preocupación por sus hijos lo que me impedía seguir una relación. ¡Soy una dama de compañía, una sumisa! ¿Cómo puedo pedirle que me acepte como soy, cuando no tiene ni idea de este estilo de vida?

—¿No crees pequeña sumisa que, como tu futuro dominante, debería ser esa mi decisión?

El sonido de la voz fría y confiada de Matt hizo que la respiración de Emily se atorara en su garganta y ella se volteó lentamente hacia la dirección en que provenía el sonido.

Su respiración se detuvo completamente cuando lo vio. Con el pecho desnudo, llevaba un par de pantalones de cuero negro y nada más, con los pies descalzos puestos sobre la suave alfombra, y la mirada absolutamente fija en sus ojos. No podía apartar su mirada de la de él, pero en su visión periférica vio a Paul salir de la cocina llevando una bandeja de comida y una botella de vino, que colocó en la mesita delante de la chimenea.

—Los veremos más tarde —anunció Paul, enderezándose y cogiendo a Mandy de la mano—. Volveremos a la medianoche.

Emily observó a Matt asentir, aunque nunca apartó los ojos de los suyos. El corazón de Emily se sentía como si fuera a explotar en su pecho, y temblaba mientras lo miraba, preguntándose qué estaba pasando, por qué estaba allí, por qué estaba vestido tan seductoramente, y parecía tan excesivamente en control de la situación. Era todo lo que había querido y más, pero aun así ... no podía confiar en él. Oyó la puerta cerrarse suavemente y se sobresaltó con el ruido, su ansiedad se multiplicaba, al saber que ella y Matt estaban solos.

—Ven acá.

Las palabras fueron pronunciadas con calma, en un tono de autoridad; el retumbar de su voz profunda creaba un agradable zumbido en su palpitante cavidad torácica. Cautelosamente e incapaz de evitarlo, Emily caminó por la alfombra hasta donde estaba Matt y sumisamente bajó la mirada hacia el suelo.

—Necesitamos hablar. —Matt tomó su barbilla y le levantó su cara para encontrarse con la suya—. Has sido una chica traviesa, Emily.

Un desborde de deseo empapó la ropa interior de Emily, y sus rodillas casi se doblaron. —Yo ... lo siento.

—Lo siento ... ¿qué? —preguntó Matt con firmeza—. Puede que tengamos que trabajar en tus modales, pequeña sumisa.

Los ojos de Emily se abrieron y ella volvió a bajar la mirada al suelo. —Lo siento señor.

Matt asintió aprobando, aunque mantuvo la dureza en su tono. —Tenemos mucho de qué hablar, Emily. Desnúdate y luego ven conmigo al sofá. Puedes sentarte a mis pies mientras hablamos de tu comportamiento.

Esta vez, las rodillas de Emily se doblaron, y ella tropezó un poco antes de enderezarse y mirar a Matt sorprendido.

Matt no sonrió. Se encontró con su mirada y entrecerró los ojos. —¿Vas a hacer lo que te he pedido, o te harás castigar, para recordarte quién está a cargo aquí? —Él se adelantó y le golpeó el trasero; un duro golpe en su nalga

derecha y Emily saltó—. Has recibido instrucciones, sumisa. Ahora haz lo que te he pedido.

Con dificultad de apartar los ojos de Matt, Emily hizo lo que le había pedido, quitándose la ropa y doblándola cuidadosamente, antes de colocarla en el apoyabrazos de uno de los sillones. Matt se acomodó en el sofá, observándola con intenso deseo, sin embargo, permanecía en silencio; la única señal física de su excitación era el fulgor de sus fosas nasales mientras la miraba bajarse su ropa interior y quitársela.

Ella caminó vacilante hacia él, y observó como él señalaba con sus ojos la alfombra junto a su pierna izquierda. Se dejó caer de rodillas y se acomodó en la postura típicamente sumisa, con las rodillas ligeramente extendidas y las manos levantadas apoyadas en los muslos.

—Buena chica —le pasó los dedos por el pelo y Emily se inclinó al tacto, desesperada por que le aprobara su comportamiento. Todavía vacilaba internamente, tratando de entender lo que estaba pasando, lo que Matt pretendía y por qué estaba allí. ¿Qué había cambiado? ¿Cómo se llegó a esta situación? ¿Iba Matt verdaderamente a probar que podía ser el dominante que ella quería? El solo hecho de que este pensamiento se cruzara por su mente, la hizo estremecer. ¿Y si él tomara su dominación demasiado lejos? ¿Y si cruzaba la línea, de la dominación al abuso? Recuerdos no deseados de William se precipitaron a su conciencia y se estremeció.

—¿Tienes frío? —Matt preguntó en voz baja—. Puedo encender el fuego, si no te sientes cómoda.

Emily sacudió la cabeza y luego se acordó de sí misma. No señor. Estoy bien gracias.

Matt asintió con aprobación y le pasó nuevamente los dedos por el pelo. —Buena niña. Ahora, hablemos de nuestra relación. Quiero que seas honesta y sincera conmigo, pequeña sumisa. Algo que no has hecho, hasta ahora. — Matt le cogió la barbilla con los dedos y la atrajo para ver sus ojos—. Me dijiste que no querías volver a verme por mis hijos. Ahora sé que estás mintiéndote a ti misma y a mí con esa respuesta. ¿No es así?

—Sí, señor —susurró ella, luchando contra un intenso deseo de bajar la mirada de los ojos color ámbar de Matt, evitando la decepción que podía ver reflejada en ellos.

—Necesito que seas honesta, Emily. Paul me dice que una fuerte relación de dominante y sumisa exige una honestidad total y una discusión franca. Algo que no había comprendido hasta ahora. —Hizo una pausa por un momento,

con expresión dura—. Algo que tu entiendes y reconoces como importante. Y aun así escogiste decirme que no querías volver a verme por mis hijos. El músculo de su mandíbula se cerró y Emily no pudo contener un escalofrío de miedo ante la indignación de su expresión.

—Lo siento, señor —susurró ella tristemente, y las lágrimas volvieron a llenar sus ojos.

—¿Por qué no querías verme, Emily?

—Yo... —Emily tragó saliva y trató de nuevo—. No creía que pudieras lidiar con alguien como yo, señor. Pensé que no era lo suficientemente buena para ti.

Matt se quedó en silencio por un momento, antes de hablar. —¿No consideraste que soy un hombre adulto, y que puedo tomar esa decisión por mí mismo? ¿Que soy responsable de elegir si quiero o no seguir con esta relación? Estoy decepcionado, Emily. Tienes que tener fe en tu dominante y creer que él tomará la mejor decisión para ti, y sin embargo ni siquiera me diste la oportunidad de intentarlo.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Emily y ella bajó la mirada hacia el suelo. —Lo siento señor.

—Tendrás que ser castigada.

Capítulo Dieciséis:

Matt vio la tensión en el rostro de Emily, el cambio en su expresión, la forma en que su piel se apretaba mientras apretaba los dientes con ansiedad. Él observó como la piel de gallina le erizó su cuerpo, y como luchaba por permanecer en su posición, y al mismo tiempo notaba su deseo desesperado por huir. Estaba orgulloso de que se las arreglara para permanecer en su lugar, aunque apenas podía controlar el miedo en su voz cuando finalmente respondió.

—Sí, señor —susurró ella, tristemente.

Matt logró contener la sonrisa que quería posarse en su rostro, y evitó atraerla entre sus brazos para calmar sus temores. La semana anterior, Paul había repasado esta situación con él cientos de veces, estudiando la escena, y valorando todos los posibles escenarios resultantes de las reacciones de Emily. Aun cuando Matt había escuchado atentamente y había asimilado todo lo que Paul le había enseñado, no estaba preparado para la reacción emocional de estar en posición de dominación, ante la sumisión de otro ser humano.

A él le encantaba. Le encantaba el sentimiento de poder que le daba, pero a pesar de esa embriagadora sensación de poder, sabía que debía aceptar la gran responsabilidad que se derivaba de ser responsable de su sumisa. Paul se lo había explicado de mil maneras diferentes, hasta había intentado imitar cómo se sentiría, como serían sus reacciones emocionales a la situación, pero nada lo había preparado para esto. Era increíble, y su erección presionaba dolorosamente contra los pantalones de cuero, pero sabía que pasaría un tiempo antes de liberarlo y estuvo dispuesto a aceptarlo. Por ahora, su responsabilidad era hacia Emily; asegurarse de que ella supiera que podía confiar en él. Ella le daba una lección de humildad ante su docilidad para venir hacia él, incluso después de que Mandy había deliberadamente alterado su equilibrio. Pero Paul le había explicado, y Matt podía ver ahora, que la honestidad era lo más importante en esta relación. Necesitaban aprender a confiar el uno en el otro, pero sin la sinceridad acerca de sus sensaciones, y de sus reacciones del uno hacia el otro, eso nunca funcionaría. De pronto, Matt sintió como si todo estuviera encajando en su lugar, y le dio un momento para calmarse antes de volver a hablar.

—Me mentiste, Emily. Te mentiste a ti misma. Ahora sé, por lo que le dijiste a Mandy, que crees que no eres lo suficientemente buena para mí. —De

nuevo, se inclinó hacia delante y le levantó la cara hacia arriba, contemplando el sorprendente azul de sus ojos, inundados de lágrimas—. Debes ser castigada por mentirnos a ambos. Pero no quiero que tengas miedo de lo que va a pasar. Quiero que recuerdes, este castigo es por tu propio bien, un recordatorio de por qué es malo mentirme... mentirnos.

—Sí, señor —susurró ella.

Matt se acomodó en el sofá y se dio unas palmaditas en el regazo. —Aquí arriba, Emily. Acuéstate sobre tu estómago sobre de mis piernas, y pon ese lindo trasero desnudo para mí.

Tuvo que esconder un gemido mientras ella se deslizaba sobre su regazo, la sensación del roce sobre de su miembro hinchado era casi suficiente para hacerle perder el control. Respirando profundamente, y recordando todo lo que Paul le había enseñado la semana pasada, esperó hasta que ella se acomodara y le frotó los dedos cuidadosamente en su espalda. ¡Dios! ella era hermosa. Desde allí, pudo ver las formidables nalgas, las hermosas curvas de sus caderas, que llegabas hasta su estrecha cintura. También pudo ver las innumerables pálidas cicatrices que le atravesaban la espalda, pero se tragó las preguntas, sabiendo que este no era el momento. Paul le había recalcado, más de una vez, que necesitaría tener suficiente confianza en él para que ella se sintiera cómoda para hablarle sobre su pasado. Paul había sido contundente con respecto a su creencia de que este primer encuentro entre ellos no iba a ser el momento apropiado, y Matt confiaba plenamente en su compañero como para creer que tenía razón. Se enteraría del pasado de Emily, pero todo a su debido tiempo.

Volviendo al aquí y al ahora, pasó su mano por el trasero de Emily, permitiéndose el placer de pasar su dedo por la división entre sus nalgas, viéndola como temblaba de nuevo. —Sabes por qué estás siendo castigada, ¿verdad?, —preguntó, manteniéndola nerviosa al bajar el dedo hacia su mojada vagina. Fue agradable descubrir que, a pesar de su temor, estaba excitada por la situación y le sirvió para aumentar su confianza en lo que estaba haciendo.

—Sí señor.

—¿Y por qué es esto, pequeña sumisa? Ella se estremeció de nuevo, cuando él pasó su pulgar entre sus nalgas, presionando contra la delicada pequeña roseta de su trasero.

—Porque le mentí, señor. Y a mí misma.

—Buena respuesta. —Esta vez, cuando pasó los dedos por su vagina, rozó su hinchado clítoris y ella saltó, apenas capaz de mantenerse acostada sobre su regazo. La sensación de tener su peso presionado contra él, el calor de su piel ardiente a través de los cueros, era increíble—. Ahora, vamos a empezar suave, cariño. Diez palmadas, y quiero que las cuentes y me agradezcas por cada una. Si te sientes abrumada, dices “amarillo” y me detendré y podremos hablar de cómo te sientes y qué te preocupa. Si necesitas parar, en cualquier momento, dices “rojo” y todo se suspenderá y el acto terminará.

¿Comprendes? —Hizo una pausa, conteniendo la respiración, esperando ver cómo le respondería Emily. ¿Confiaría lo suficiente en él en este primer encuentro para creerle lo que dijo que haría y realmente detenerse? ¿O utilizaría la alerta “roja” de inmediato y todo el acto terminaría? Matt podía sentir como en cada temblor irradiaba su incertidumbre, que atravesaba todo su cuerpo y traspasaba hacia el de él. Permaneció en silencio, esperando que Emily tomara esta decisión por sí misma, pero mientras tanto se permitía el placer de frotarle las yemas de sus dedos por su terso muslo, esperando mientras ella lo pensaba. Estaba empezando a ver cómo todo lo que había leído y estudiado en la última semana se revelaba en este momento de completa confianza entre dos personas; lo importante que era tratar la sumisión con el máximo respeto y demostrarle a esta hermosa joven, cuánto valoraba su don de consentimiento.

Emily tardó casi un minuto antes de poder hablar, y cuando lo hizo, su voz era un chillido agudo. —Sí señor.

—Buena chica. —Frotó la palma de su mano sobre su nalga derecha y luego la izquierda, disfrutando de la sensación de su hermosa piel bajo sus dedos—. Eres linda, eres hermosa, cariño. Estoy orgulloso de ti, por ser una chica tan buena. —Levantó su mano y la derribó en una dura bofetada contra su nalga derecha, y luego mitigó el golpe frotando la piel, calmando suavemente el dolor.

—U-uno, señor. Gr-gracias ... Señor.

Siguió las instrucciones de Paul al pie de la letra, calmando su piel entre cada golpe, y asegurando que varió la posición de los golpes, de modo que ninguna zona de sus nalgas fuera maltratada más que cualquier otra. Incluso aun cuando se odiaba por hacerle esto, tuvo que admitir la sensación de poder que le produjo, la impresión de que estaba construyendo un vínculo de confianza entre ellos, y enseñando a su sumisa la diferencia entre el bien y el mal. Era embriagador, abrumador y adictivo.

Después del décimo y último golpe, pasó los dedos por las nalgas y se apretó contra ella, disfrutando de la tensión y el calor. Introdujo el primer dedo en ella, y luego el segundo y ella gimió y se retorció contra su regazo. Metiendo y sacando, disfrutó los gemidos y los gritos desesperados que salían de la boca de Emily, y él empujó un tercer dedo suave y cuidadosamente dentro de ella, aunque era increíblemente apretado. Apretó el pulgar contra su clítoris y se inclinó para susurrarle al oído. —Vente para mí, Em. Vente ya.

Ella chilló y gritó su nombre, y puso freno a sus dedos hasta que Matt juró que iba a romperlos. Su orgasmo era fuerte, abrumador y sus bolas palpitaban al compás de su vagina. Cuando ella se había quedado sin fuerza en sus brazos, Matt retiró suavemente los dedos, la giró con facilidad y la llevó a descansar en su regazo. Alcanzó la manta que Mandy había dejado con anticipación en la parte superior del sofá en preparación para este momento, y la envolvió en ella, sosteniéndola cerca de su pecho. Le frotó la espalda con suavidad, examinando cuidadosamente todo lo que Paul le había dicho acerca del cuidado y asegurándose de que estuviera cómoda, caliente y segura.

Este tenía que haber sido el momento más erótico de su vida. Podía entender ahora, por qué Paul estaba metido en este estilo de vida y se preguntó si él mismo siempre había tenido un rasgo dominante, pero no había sido consciente de ello. Apartó el pensamiento y se concentró en Emily, abrazándola contra él mientras ella se relajaba y volvía a desmadejarse en sus brazos.



Emily nunca había experimentado algo tan maravilloso en toda su vida. Nada en su pasado, ninguna experiencia previa se acercaba a lo que Matt acababa de darle. Sus extremidades se sentían como metal fundido, pesado, cálido, seguro y cómodo. El corazón de Matt palpitaba bajo su oreja, y sus brazos la envolvían, proporcionándole una capa protectora del mundo y por unos minutos, ella estaba feliz de permanecer completamente inmóvil, sus ojos cerrados, su respiración pesada a medida que se recuperaba de su castigo. Se sentía mejor, libre de culpa por lo que había hecho y tranquila de saber que Matt entendía su transgresión, que la había castigado por ello, y ahora estaba envolviéndola en amor y comprensión.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero Matt se movió, levantándola en sus brazos mientras se deslizaba del sofá y se recostaba sobre la suave alfombra. La acomodó con más cuidado en su regazo y se acercó a la mesa, tomando una botella de agua y llevándola a sus labios. —Bebe, —exigió en voz baja y ella hizo lo que le dijo, tomando el agua, dándose cuenta de que estaba reseca mientras le ofrecía el líquido para calmar su garganta seca.

Cuando su sed se había saciado, Matt volvió a colocar la botella sobre la mesa y se inclinó hacia adelante, agarrando la bandeja de comida que Paul había traído previamente. Cortó una porción de queso y se la llevó a sus labios, colocándola en su boca con el máximo cuidado y luego le dio un sorbo de vino para que lo pasara.

Se sentaron juntos, con Matt alimentándola, durante un largo, dichoso y agradable silencio. Emily no podía recordar ningún momento de su vida en el cual se hubiese sentido tan increíblemente saciada y cómoda, y su corazón se hinchaba mientras miraba a Matt a través de sus ojos llenos de lujuria.

Matt tomó de la bandeja una fresa roja madura y la colocó en sus labios, observando cariñosamente como ella mordía un bocado y dejaba caer parte de su jugo sobre su barbilla. Antes de que ella tuviera la oportunidad de lamerla, Matt se inclinó y lo hizo, pasándole la lengua por la barbilla y tragando pesadamente mientras la miraba a los ojos. Por un largo minuto, miró su boca,

antes de inclinarse hacia sus labios para besarla apasionadamente, su lengua recorriendo su boca para dominar y saquear. —Te necesito, cariño —susurró contra su garganta—. Te necesito desesperadamente.

El corazón de Emily se hinchó de deleite y ella envolvió sus brazos alrededor de sus hombros, dejando que la manta escapara de su cuerpo desnudo. —Yo soy toda tuya —susurró—, creo que siempre lo he sido.

Matt la bajó al suelo y se puso de pie, quitándose los pantalones de cuero y parándose delante de ella, completamente desnudo. Emily lo miró y le ofreció una sonrisa sensual. —El cuero te luce. La desnudez te queda mejor.

Matt se pasó la mano por su hinchado y adolorido pene y la miró con ojos entrecerrados. —La desnudez te queda mejor a ti que cualquier otra cosa, cariño. Creo que voy a mantenerte desnuda, de ahora en adelante, cada que juguemos.

El tendió la manta sobre el sofá y luego se dejó caer sobre ella y se sentó ante Emily con las piernas abiertas, su pene rozando su estómago y movió un dedo en su dirección. —Ven y ámame, cariño.

Emily se arrastró hasta él y se arrodilló entre sus piernas, mirando su pene con un interés indiscutible. —Quiero degustarte —susurró con voz ronca.

Matt sonrió vagamente y se reclinó más atrás en el sofá. —No puedo pensar en nada que me gustaría más. En realidad, una cosa, pero esto ... aaaaahhhh.

La cabeza de Matt se estrelló contra la parte de atrás del sofá mientras Emily lo tomaba en su boca, presionando su lengua a través de la cabeza de su pene y lamiendo la hendidura. Era grande, largo y grueso y disfrutaba la oportunidad de devolverle algo del placer que le había proporcionado. Ella mordisqueó su pene, pasando su lengua a lo largo de su longitud, chupándolo profundamente en su boca y frotando sus bolas suavemente entre sus dedos. Matt gimió y arqueó la espalda, empujándose más en su boca y Emily inhaló por su nariz, decidida a darle la felación más asombrosa que hubiese recibido en su vida. Ella midió su longitud con su mano, envolviendo sus dedos alrededor de su miembro hasta el punto donde ella podría cómodamente manejarlo en su boca y procedió a lamer, mordisquear y chupar hasta hacerlo gemir de deleite y con sus dedos entrelazados en el cabello de ella, sosteniéndola mientras él gentilmente se movía hacia adentro y afuera de sus labios.

—Si no quieres que me venga en tu boca, tienes que parar ya, —le dijo unos minutos después con voz entrecortada, sujetando fuertemente su pelo

mientras se acercaba a su clímax.

Emily lo chupó aún más fuerte en respuesta, disfrutando de su sabor, su tamaño, la alegría de dar a este hombre algo a cambio de su amabilidad. Se puso rígido en el asiento y luego explotó, y Emily se tragó el líquido caliente y salado, disfrutando de la sensación de Matt viniéndose en su boca, acompasado con el latido de su corazón.

Cuando lo soltó, Matt la estaba observando, sus ojos entrecerrados, saciado y una sonrisa se escapó a través de sus guapos rasgos. —Eres increíble, Em.

—Y tú también —respondió ella en voz baja.

Él la levantó y ella se sentó en su regazo, con sus piernas dobladas y gimió cuando su miembro frotó su hinchado clítoris. Matt se inclinó hacia adelante y le succionó uno de sus pechos con la boca, pellizcando y pellizcando el otro pezón mientras se frotaba contra ella, y ambos gimieron al unísono ante el calor que estaban generando juntos.

—Por favor, por favor, Matt, —le suplicó Emily.

Matt la levantó y en un movimiento suave, la ubicó sobre su expectante miembro y ambos jadearon mientras él la bajaba lentamente cubriendo la totalidad de su pene. En esta posición, él parecía aún más grande y Emily podía sentir la tensión mientras se estiraba para acomodarlo.

Matt estaba apretando los dientes en un esfuerzo por no empujar demasiado rápido y ella se inclinó hacia adelante, apoyándose contra su hombro, mientras él la envolvía centímetro a centímetro.

—¡Oh, por Dios, cariño, eso se siente tan increíble! —dijo Matt con voz ronca mientras ella se las arreglaba para llevarlo hasta el final y se frotaban las ingles.

Él envolvió sus manos alrededor de su trasero y se deslizó hacia adelante un poco, para poder ganar mejor tracción. Él empezó a meterlo y sacarlo deliberadamente y Emily sintió otro clímax aproximarse, comenzando ininterrumpidamente un camino ascendente hacia una feliz explosión liberadora.

Matt aprisionó de nuevo uno de sus pechos en su boca, succionando fuertemente el pezón antes de morderlo suavemente, y luego calmó el ardor pasando su lengua. Emily comenzó a moverse hacia arriba y hacia abajo sobre él, consciente únicamente de este hombre debajo de ella, el hombre de quien ella estaba segura de que se estaba enamorando. El pensamiento fue suficiente para acercarse lentamente, gritando su nombre mientras llegaba al clímax y se

derrumbó contra su pecho. Un minuto más tarde, Matt la siguió y apoyó su sudorosa frente contra la suya, presionando un suave beso en sus labios mientras ambos esperaban que sus latidos se ralentizaran a un ritmo normal.

—Así que, —dijo Matt unos minutos después, aún sin aliento—.

¿Significa esto que vamos a vernos de nuevo?

—Absolutamente, —Emily aceptó con una sonrisa.

Capítulo Diecisiete:

Emily estaba casi lista para bajar las escaleras cuando su teléfono sonó y no podía ignorar la palpitación de su corazón. Matt Pendleton no era la única persona que tenía su número de celular, pero ciertamente era uno de los pocos.

Levantando el teléfono, miró el identificador de llamadas y sonrió al ver la persona que llamaba. —¿Aló?

La voz profunda de Matt se incrustó alrededor de sus sentidos. —Hola Em. ¿Cómo estás?

—Hola Matt. Estoy bien. Me alegro de que hayas llamado. Emily puso los ojos en blanco, consciente de lo ridículamente entusiasta que sonaba. Había transcurrido tres días desde que Matt le había tendido una trampa en la casa de Paul, y ella aún estaba lidiando con pequeñas contracciones orgásmicas en su vientre, que irrumpían cada vez que pensaba en el tiempo que estuvieron juntos. Habían hecho el amor tres veces; una vez en la sala de estar y dos veces más en la sala de juegos de Paul y Mandy, la cual Paul le había prestado a Matt durante toda la noche. Una sonrisa emanó de sus labios mientras recordaba la sexy fuerza de la dominación de Matt, la forma en que la trataba con respeto, mientras empezaban a probar sus límites. Tenían mucho que aprender el uno del otro, pero Emily estaba ahora más segura de que todo esto podía funcionar. Matt la había dejado sin ninguna duda con respecto a su compromiso; se habían acostado y habían conversado acerca de su semana de “entrenamiento” con Paul, y su deseo de aprender aún más, para que él pudiera ser el dominante que ella necesitaba. Aunque no tenía experiencia, si compensó con entusiasmo y Emily no dudó de que haría todo lo posible para ser lo que ella necesitaba. A su vez, ella se sometería a él durante sus horas de juego, y construiría confianza con él a medida que su relación se desarrollara.

Podía oír la sonrisa de Matt al responder y supo que sin duda había oído el pequeño toque de alivio en su voz. —Prometí que lo haría.

Hubo un pequeño silencio al otro lado de la línea, mientras Emily respiraba profundamente y trataba de controlar su palpitante corazón. ¿Cómo podría este hombre tener tal impacto en ella? Apenas lo conocía, apenas había pasado un mes desde que se habían encontrado y, sin embargo, no podía ignorar el pequeño hormigueo en cada terminación nerviosa cuando oía su ronca voz por el teléfono. —Me alegra que lo hayas hecho.

—¿Cómo ha estado tu día? —preguntó Matt.

—Bien, ha estado bien. Esta mañana fui a correr con Bud, almorcé con Sally y algunos de los otros empleados y esta tarde he estado estudiando para los exámenes que empiezan en un mes.

—¿Bud? —Matt preguntó y Emily pudo oír la evidente curiosidad en su voz.

—Lo conociste el día que me recogiste en Salacious, aquella primera noche. Él es uno de los guardias de seguridad aquí; él fue quien me escoltó hasta tu coche cuando salimos a cenar.

—¿El gorila?

Emily se rio de la descripción. —Estoy segura de que a Bud le encantaría escuchar esa caracterización, Emily sonrió. —Puede ser bastante intenso, y es genial tenerlo de tu lado en peleas de bar, pero no estoy segura de describirlo como un gorila.

—¿Vas a correr con ese Bud muy a menudo?

—Todos los días. Bud disfruta el ejercicio y yo también, así que tratamos de correr una media hora cada vez que podemos. —Hubo un silencio en el otro extremo de la línea y Emily esperó, preguntándose por qué Matt no estaba respondiendo—. ¿Matt?

—Sí, aquí estoy. —Matt inhaló profundamente, y Emily se estaba cuestionando su respuesta—. Es un amigo tuyo, ¿eh?

Emily sonrió, preguntándose si la respuesta de Matt era lo que ella pensaba que era. Posesividad. Un deseo de retenerla, de poseerla. Advirtiéndose a sí misma de no dejarse llevar muy lejos, y recordándose que Matt no era realmente un dominante; su reacción podría no ser nada en absoluto. —Él y yo hemos sido amigos por un par de años. Por lo general me acompaña cuando estoy con clientes, para asegurarse de que esté bien. Y es jefe de seguridad de Salacious. —Hizo una pausa, preguntándose si se atrevería a hacer la pregunta sobre la que más deseaba una respuesta. ¿Estaría presionando demasiado la relación? ¿Demasiado rápido para preguntar cuál fue su reacción emocional por compartir su tiempo con Bud? ¿Su reacción era posesiva o algo completamente diferente?

Para su asombro, Matt le dio la respuesta sin que ella tuviera que preguntarlo. —Esto es una locura, Emily. Te conozco desde hace un mes y me enloquece la idea de que pases tiempo con otro hombre.

—No hay nada entre nosotros, Matt, Bud realmente es sólo un amigo. — Fue el turno de Emily de hacer una pausa y considerar cómo lidiar con esta

situación—. Te prometí que no vería a ningún otro hombre mientras organizamos esto, y cumplo mis promesas.

Podía oír la tensión en la voz de Matt cuando volvió a hablar. —Lo sé, Em. Confío en ti, realmente lo hago. Solo que cuando te oigo hablar de otros hombres, todo lo que puedo oír es una voz en mi cabeza, gritándome. Dime que eres mía. No me gusta la idea de que pases tiempo con otros hombres, pero sé que voy a quedar como un idiota posesivo a causa de ello. Y no lo soy, en realidad no. Solo ... ¡mierda! ... es como si tuviera un deseo abrumador de protegerte de todo y de todos.

Em sonrió alegremente. —Suenas como si estuvieras pensando como un dominante, Matt.

—¿De verdad? ¿Está bien sentir esto?

—Matt, —Emily comenzó suavemente, mordiendo su labio nerviosamente—. Es importante ... si algo vamos a construir ... es importante que seamos completamente abiertos y honestos el uno con el otro. Y sí, creo que está bien sentir eso. —Ella rio suavemente—. Por supuesto, yo preferiría que pudieras aprender a aceptar que tendré amistades con otros hombres pero que no hay nada oculto detrás de ellos; sin embargo, es agradable saber que estás ahí para cuidarme.

Matt inhaló bruscamente. —Creo que esta sensación de posesividad ya se está desarrollando. Y te prometo que no seré un insensible cabrón que no te permite elegir a tus amigos, y que no te dejarás pasar tiempo con otros hombres. Creo que sólo necesito poder entender todo esto. —Podía oír la sonrisa en su voz cuando volvió a hablar—. Paul dice que debo matricularme en la escuela para dominantes. ¿Sabías que existía tal cosa? Aparentemente, puedo hacer un entrenamiento, y tú puedes ser mi muñequita de prueba. ¿Qué piensas?

Emily jugó con el borde del escote de su camiseta y sonrió. —Creo que me encantaría. Y me encanta el hecho de que te sientas posesivo de mí.

Pronunció rápidamente las siguientes palabras. —Toda esta situación ... es increíble. Te hice el amor el sábado por la noche y fue la experiencia más increíble de mi vida ... Diablos, no sé cómo explicarlo. Quería estar tan profundamente dentro de ti que podría grabarme en tu alma. Soy lo suficientemente hombre para admitir la idea de lo que quieres, lo que necesitas es un afrodisíaco para mí. Una enorme excitación. Y me asusta enormemente. Sé que se supone que debo estar a cargo, pero no sé cómo ser lo que tú necesitas, proporcionarte lo que quieres y no quiero ... —Matt tragó

profundamente y ella pudo oír el sonido a través del teléfono—. ¡Por Dios Emily! no quiero ser un desastre.

Emily se dejó caer sobre una silla, procesando todo lo que él le había dicho, consciente de la humedad en su ropa interior, aun cuando él expresaba sus deseos y temores. Sus pezones se erizaban y endurecían contra las copas de su sostén y deseó estar con Matt, sentarse a sus pies y mostrarle lo mucho que sus palabras significaban para ella. —No creo que vayas a ser un desastre, Matt. El sábado por la noche fue maravilloso; tú me diste todo lo que necesitaba y más. Lo agradezco, más de lo que puedo decir en palabras y sé que todo esto es nuevo para ti, pero creo absolutamente que puedes manejarlo.



El sonido sexy de su voz a través de la línea telefónica lo tenía loco y Matt se acomodó aún más en el sofá, levantando sus largas piernas sobre la mesita de café. Se alegró de haber esperado hasta que los niños se acostaran para llamar a Emily, y había tomado la precaución de advertirle a Courtney que tenía la intención de hablar con Em esa noche, con el fin de continuar con el espíritu cooperativo. Courtney había escuchado el mensaje calladamente, y no había discutido ni había iniciado una pelea con él sobre esto. Matt esperaba que esto significara que ella estaba haciéndose a la idea de que su padre saliera otra vez con una mujer y esperó deliberadamente hasta que ella se fuera a la cama antes de hacer la llamada, para no poner en peligro la situación actual.

—Haré lo mejor que pueda, Em, lo prometo. Haré todo lo que sea, para ser lo que tú necesitas que yo sea.

Podía ver en su mente su sonrisa, y su miembro se sacudió con el recuerdo de la noche del sábado. Paul había descrito un par de escenarios sencillos para que él probara si las cosas iban bien con Emily; y como la velada había sido tan exitosa, Matt la había llevado a la “sala de juegos” de Paul y Mandy como la llamaban, para seguir adelante con algunas de las ideas de Paul, después de haber hecho el amor la primera vez. Uno de los escenarios había sido que Matt extendiera a Em en lo que Paul le dijo que era una mesa de azotes, sujetando sus muñecas y tobillos, y él la había provocado con un azotador de cuero suave y un juego de pinzas de pezón; que Paul le había enseñado a usar, haciéndole practicar en sus propios pezones. Al principio, se había avergonzado por la idea, pero se alegró de haber experimentado por sí mismo previamente, en el momento de usarlos en los pezones de Em. Nunca quiso herirla con nada de lo que hicieron, como dijo Paul, “será un dolor placentero, que Emily podrá disfrutar”.

Estaba a punto de responder a una pregunta que Emily le había hecho, cuando captó, con su visión lateral, un sutil movimiento en la entrada. Se puso de pie y rápidamente le dio la vuelta al sofá, sus pies descalzos sin generar sonido alguno en la alfombra mientras se aproximaba a la puerta.

Courtney estaba allí, llena de lágrimas que caían silenciosamente por sus mejillas. No sabía cuánto tiempo había estado escuchando a escondidas, pero su corazón se desmoronó cuando supo que había sido lo suficiente como para oír al menos parte de su conversación con Emily. Maldiciendo en silencio, murmuró en el teléfono. —Lo siento, Em, me tengo que ir.

Con una creciente sensación de apremio, Matt desconectó la llamada, dejando caer su teléfono celular sobre una mesa auxiliar y acercándose a Courtney como si ella fuera un ciervo asustado atrapado por las luces. — Courtney ... cariño.

Ella lo miró y él vio en sus ojos marrones la intensidad del dolor que estaba sintiendo. —No me hables. ¡Te odio! ¡Me escuchas? ¡Te odio!

Antes de que Matt pudiera detenerla, Courtney se había alejado, zapateando por las escaleras y oyó la puerta de su habitación golpear al otro extremo del pasillo.

Levantó las manos y se las pasó por su cabello, mirando hacia ella con total consternación.

¡Mierda!

Capítulo Dieciocho:

—Matt, ¿qué demonios está pasando? ¿Cómo pudiste ser tan estúpido? ¿Es verdad lo que Courtney está diciendo? —Gina se paró frente a Matt, con los brazos cruzados sobre su pecho y parecía estar dispuesta a no andar con rodeos. Sus ojos castaños ámbar, tan parecidos a los de su hermano mayor, estaban centelleando fuego y revelando su determinación de no aceptar un “vete al carajo” como respuesta.

Matt suspiró profundamente, frotándose con la mano su incipiente barba en el mentón. Involucrar a Gina y a Paula en este lío habría sido su última opción, una de la cual no quería hacer uso, pero había pasado más de una semana desde que Courtney escuchó su conversación con Emily y habían sido siete días de un completo y puro infierno. Courtney ni siquiera lo miraba, mucho menos le hablaba, no había ido a la escuela y no salía de su habitación. Hasta el momento, había mantenido a sus padres fuera del conflicto, porque honestamente no era capaz de decirles la verdad. Estaba avergonzado de lo que había hecho, y aunque había culpado a Courtney por escuchar a escondidas, sabía en su interior que era él el culpable. Nunca debió haber tenido una conversación como esa con nadie, no cuando tenía niños vulnerables en la casa. Se maldijo por su estupidez y se juró a sí mismo hacer cualquier cosa para resolver esta situación con su hija mayor. —¿Ella te contó algo? —pregunto ansiosamente. Había sufrido una avalancha de noches sin dormir, una preocupación sin fin, y una sensación de desesperanza que no podía superar, tratando de averiguar qué diablos podía hacer para arreglar esta situación. No había hablado con Emily desde que Courtney escuchó su conversación, y ni siquiera había sido capaz de enviarle un mensaje de texto con una explicación. Había sido muy estúpido al creer que podía hacer que esto funcionara. Y ahora, su mundo parecía estar implosionando. Se pasó los dedos por el pelo ... de nuevo, un gesto que se había convertido en un símbolo habitual de su angustia durante los últimos días.

Matt cerró los ojos con fuerza, deseando no estar a punto de tener esta conversación con su hermana. Era obvio que no iba a conformarse con menos que una explicación completa y suspiró profundamente otra vez. Parecía ser que la conversación se trataba sobre todo lo que él había hecho; suspiro repetidamente, y deseo que Courtney no hubiera escuchado su conversación. Se volvió a flagelar mentalmente. ¿Por qué diablos no se había ido para su habitación a hablar con Emily? ¿Qué diablos había estado pensando, para

tener una conversación con Emily en la sala de estar, donde cualquiera podría escuchar? No importaba cuántas veces se dijera a sí mismo que nunca había planeado que esta conversación tomara ese rumbo que había tomado, Matt sabía que lo había arruinado todo. El hecho de que asumiera que Courtney había estado escuchando deliberadamente la conversación no era una excusa para lo que había hecho.

—Siéntate, Gina. Necesitamos hablar.



Gina se sentó en el sofá a su lado, y Matt supo que estaba observando cuidadosamente las manchas oscuras alrededor de sus ojos y la incipiente barba en su mentón. Sabía que lucía como si hubiera estado en el infierno desde que lo había visto en el cumpleaños de su papá. Ella y Matt eran como dos gotas de agua, ambos testarudos, inteligentes y llenos de determinación. Se habían enfrentado durante la mayor parte de sus vidas, y solo habían forjado una relación más fuerte en la última década, ya que ambos habían madurado.

—Paula está con ella ahora y sí, finalmente está hablando. —Gina se recostó contra los cojines y miró a su hermano con curiosidad—. De acuerdo con Courtney, ¿tuviste sexo con Emily? ¿Qué es eso Matt? Sólo conoces a esta mujer desde hace unas semanas. ¿Qué diablos estabas pensando?

Matt se encogió, preguntándose cómo empezar a explicar el embrollo en el que se había involucrado.

Gina puso una mano en el brazo de Matt, su expresión suavizada y convertida en simpatía. —Vamos, cuéntamelo, Matt. ¿Qué pasó?

—He creado un desastre. —Matt se inclinó hacia adelante, dejando caer su cabeza en sus manos—. Le dije cosas a Emily por teléfono que no tenía por qué haber dicho en absoluto, sabiendo que los niños podrían oírlo.

Gina levantó una ceja interrogadora. —¿Qué clase de cosas?

Matt sollozó. —¿Estás deliberadamente tratando de avergonzarme?

Gina se rio entre dientes. —Sí. No tengo la oportunidad muy a menudo de ver a Matthew Pendleton pintado en un rincón. Tu generalmente tienes el control completo; ¿me culpas por aprovecharme de la situación?

—Voy a desconocerte, Gina —murmuró Matt.

—Está bien. —Gina se echó hacia atrás con una sonrisa mayor—. Supongo que decidiste tener una conversación de alcoba con Emily y Courtney te escuchó. Y, por cierto, aun deseo llegar hasta el fondo y saber por qué has decidido acostarte con la primera mujer que has conocido desde que Caroline

murió, cinco minutos después de conocerla. No hay manera de que salgas de esto sin que yo entienda toda la historia.

—Sí. Me escuchó. —Matt se odió a sí mismo; se encogió cuando pensó en lo que diría Caroline si estuviera aquí. *No hubiera sucedido, eres idiota, si Caroline hubiera estado aquí; no estarías saliendo con una prostituta.* Se sacudió mentalmente por referirse a Emily como una prostituta, sabía que no era justo y no tenía la culpa de este lío, el cual había solido.

La voz de Gina estaba desbordada de curiosidad. —Comienza desde el principio.

La risa de Matt era hueca. —Es una larga historia.

Gina se reclinó en el sofá, cruzando las piernas. —Tengo toda la noche, Matt. Paula está acompañando a Courtney; y después de dejar todo para venir aquí, nos debes una explicación.

Matt exhaló ruidosamente. Gina tenía razón; él le debía a ella y a Paula una explicación. El problema era ... que no sabía por dónde empezar. ¿Cómo podía decirles a sus hermanas sobre el lío en el que se había metido? ¿Cómo podía explicarlo, cuando ni siquiera lo entendía él mismo? Durante la última semana, Courtney había estado en su mente constantemente, pero también Emily había ocupado una cantidad considerable en sus pensamientos. Nunca había estado tan jodido en su vida, no sabía cómo manejarlo. Su relación con Caroline había estado llena de pasión y amor, pero nunca había sido algo así como esto con Emily. Él y Caroline habían comenzado lentamente, habían sido amigos durante mucho tiempo durante el colegio antes de que su relación se convirtiera en romance.

Con Emily, era diferente. Cuando ella estaba a su alrededor, la pasión y la lujuria parecían anular el resto de su cerebro. Y eso lo asustaba enormemente. ¿Cómo podía sentir esto con una mujer que acababa de conocer? ¿Sería el resultado de dieciocho meses de duelo? ¿Se sintió abrumado por Emily, simplemente porque ella era la única mujer que había conocido y que le había interesado desde la muerte de Caroline?

—Vamos Matt, sólo dime qué está pasando.

La voz de Gina lo sacó de sus reflexiones y cerró los ojos. —¡Está bien! —Aun cuando estaba un poco vacilante al principio, Matt fue franco y directo, habló desde su pena por la muerte de Caroline, de su falta de disposición para salir de nuevo, y por último de su cita con Emily con la intermediación de Paul. Se rehusaba a omitir cualquiera de los detalles, era lo suficientemente hombre para hacer frente a su hermana y al escrutinio de su vida privada. Lo

único que deliberadamente eligió dejar fuera, fue la sumisión de Emily y sus propios intentos de dominación. Gina no necesitaba saberlo, se dijo, y Emily tenía derecho a la privacidad con respecto a su estilo de vida. Llevaban vidas contrastadas, y Matt sabía que su hermana estaría bastante sorprendida por los detalles del estilo de vida de Emily en comparación con los de ella.

Cuando terminó la historia, explicando lo que había pasado la noche que estaba hablando con Emily y Courtney lo había oído, se dejó caer en el sofá y esperó por el reproche que estaba seguro comenzaría en cualquier momento.

Gina se sentó en silencio durante uno o dos minutos, y era evidente por su aturrida expresión que se había acabado cualquier tipo de soporte por parte de ella. —¡Jesucristo! ¿No podrías simplemente haber salido con una madre divorciada de la escuela de los niños?

—Yo no estaba activamente buscando una relación, —respondió secamente.

Gina se paró, desapareciendo hacia la cocina y regresando unos segundos más tarde con un par de cervezas. Ella le entregó una a Matt y abrió la tapa de la suya, consumiendo casi la mitad de la botella antes de hablar de nuevo. — Así que, mi hermano, el detective de la policía, se ha mezclado con una prostituta.

—Ella no es una prostituta. Ella es una dama de compañía.

Gina arqueó una ceja dudosa. —Explícame la diferencia.

Matt exhaló profundamente. Sólo tiene pocos clientes. No está en las calles, buscando clientes para tener sexo casual.

—¿Y eso te parece bien? —Gina sonó incrédula.

Matt se volvió hacia ella con enojo. —¡No, no me siento bien con eso!

—Basta, Matt. No estoy juzgando aquí, —Gina lo tranquilizó en voz baja—. Estoy tratando de entender la situación. Tendrás que disculparme si encuentro toda esta situación completamente perturbadora, no todos los días tu hermano mayor te dice que está acostándose con una prostituta.

—Dama de compañía. —Repitió Matt apretando los dientes.

—Está bien. Dama de compañía. —Gina se quedó en silencio durante unos segundos, golpeando sus uñas contra la botella de su cerveza con un ritmo rápido—. Así que ... la conociste, tuviste sexo con ella, y luego creaste este caos con tu hija porque te oyó hablar con Emily. Por supuesto, Courtney estaba escuchando, pero aun así ...

—En pocas palabras, sí. —Matt tomó algo de su cerveza, deseando estar en cualquier parte excepto allí.

—¿Qué tan seria es esta relación?

—No lo sé.

—Si este problema no hubiera ocurrido, ¿hubieras querido ver a Emily de nuevo? —Gina presionó.

Matt respondió rápidamente. —Sí.

Gina sonrió. —Hombre, la tienes difícil, ¿verdad?

Matt miró a Gina, entrecerrando los ojos. —¿Tener que?

—¿Te has enamorado de esta mujer, en el espacio de qué? ¿Un mes? ¿Estás enamorado de ella?

Matt sacudió la cabeza. —No. —Era lujuria, sin duda. ¿Pero amor? De ninguna manera. Se negó a contemplar la idea, a pesar de que su mente le estaba jugando una mala pasada con algunas preguntas que no quería investigar demasiado, en este momento.

—Ella está teniendo relaciones sexuales con otros hombres, Matt ... ¿Tú, eh, bueno ... ¿Tomaste alguna precaución?

Matt se sonrojó. —No es asunto tuyo.

Gina desvió su mirada hacia arriba, pasándose los dedos por el cabello con impaciencia. —Interpretaré eso como un no. ¡Por el amor de Dios! ¿Que estabas pensando?

—No estaba pensando —respondió Matt con voz contundente. Se levantó abruptamente, caminando de un lado a otro y evitando los ojos de Gina. — Ella está tomando la píldora anticonceptiva. Además, se hace pruebas frecuentes relacionadas con enfermedades de transmisión sexual; y siempre usa un condón cuando está con sus clientes. Sus seis clientes, —añadió, poniéndose a la defensiva.

—Es lo que ella dice, —Gina murmuró.

—Eso no ayuda, Gina.

Por el tono de la voz de Matt, cualquiera que lo conociera, sabía que estaba a punto de perder la paciencia y Gina se percató de ello. —Está bien. Obviamente conoces a esa mujer mucho mejor que yo. Pero estoy preocupada por ti, Matt. Por ti y por Courtney. ¿Honestamente, cuánto sabes de esta Emily?

—Tiene veinticinco años. Está estudiando Historia Antigua y Arqueología en el *Seattle State*. Ella ha trabajado como dama de compañía durante dos años para pagar su universidad. Su padre es el dueño de Ontell, y su madre es una mujer de la alta sociedad. Tiene dos hermanas. —Mientras Matt respondía a la pregunta, se daba cuenta de que no sabía lo suficiente.

Las cejas de Gina se alzaron y casi desaparecieron en su cabello. ¿Su padre es Emerson Coulter y ella está trabajando como prostituta? ¿Cómo mantiene *eso* Coulter por fuera de las columnas de chismes?

—No tengo ni la más jodida idea y realmente no me importa, —replicó Matt secamente—. Supongo que, si tienes el dinero que tiene Emerson Coulter, puedes hacer lo que quieras. Emily no ha tenido nada que ver con su familia desde que tenía dieciocho años, cuando se fue de su casa.

—Solo tiene veinticinco años, Matt. —La expresión de Gina era engañosamente neutra—. ¿No te parece algo joven?

—Joven como para estar saliendo con un hombre de cuarenta y dos años, ¿es eso lo quieres decir? —Matt no iba a ponerse con rodeos, ahora que la situación no era un secreto, y se negaba a echarse para atrás con nada. ¡Que pase lo que tenga que pasar!

—Sí. Apenas es diez años mayor que Courtney.

—Eso no importa.

—Matt, estoy intentando fuertemente, no juzgarte, dame un respiro por favor, ¿sí? —Gina refunfuñó—. Me has lanzado un bulto de información en un par de minutos. —Gina se quedó en silencio mientras pensaba—. Si salió de casa a los dieciocho años, lleva dos años haciendo el trabajo de dama de compañía y tiene veinticinco años ... ¿qué pasó en los otros años?

—No lo sé —admitió Matt en voz baja—. Sé que ella estaba en una mala relación; así fue como conoció a Paul.

—¿Qué vas a hacer, Matt? —preguntó Gina en voz baja—. Courtney es un desastre. —Su hermana se detuvo un segundo, mordiendo su labio pensativamente—. ¿Sabías que Courtney se ha venido cortando a sí misma?

Los ojos de Matt se abrieron de par en par, sorprendido por esta revelación, y no pudo ocultar su consternación. Había oído hablar de este tipo de auto-flagelación, pero nunca, en sus sueños más salvajes, habría sospechado que su propia hija podría estar en tanto dolor emocional como para abusar de sí misma de tal manera.

—Supongo por la expresión de tu cara, que no lo sabías. —Gina dio una palmadita en el sofá—. Ven y siéntate, tenemos que hablar.

Matt se dejó caer en el sofá, sus piernas se convirtieron en gelatina. —¿Cortándose a sí misma? —repitió inconscientemente.

—Es un grito de auxilio, Matt. Creo que necesita ver a un psicólogo; ella está lidiando con la muerte de Caroline, y ahora, esta situación con Emily la tiene inestable y molesta.

—¿Se está cortando a sí misma? —Matt no lograba detener el zumbido en su cabeza y miró a Gina fijamente—. ¿Dónde? ¿Por qué no me he dado cuenta?

—En sus muslos, donde no lo verías, Matt. Ella se avergüenza de hacerlo, pero por lo que entiendo sobre el fenómeno, no puede detenerse. Es su manera de castigarse a sí misma.

—¿Por qué diablos tiene que castigarse? —Matt respondió con enojo.

—Ella está afligida por su madre y se está desquitando contigo. A pesar de todo lo que dice y hace para enojarte, te ama, Matt. Está frustrada, asustada y sola, no entiende por qué le quitaron a su madre y simplemente es una típica adolescente: confusa, complicada, y tratando de abrirse camino en un mundo que es loco y difícil de entender. Sus hormonas están revoloteando por todo su cuerpo; ella está en ese momento difícil entre ser una niña y ser una mujer. Necesita a su madre.

—¡No puedo darle lo que ella necesita! —Matt se pasó los dedos por el pelo—. —¿Qué diablos puedo hacer, Gina? Caroline se ha ido y nada de lo que cualquiera de nosotros haga, la va a traer de vuelta.

—Lo sé, Matt. Lo sé. —Gina puso una mano alentadora en su hombro—. Sé que Courtney te está apartando, pero tienes que quedarte ahí a su lado. Hazle saber que tú la amas, debes estar allí para ella.

—No sé qué hacer. —¿Cómo podría proporcionarle a Courtney lo que ella necesitaba, si ni siquiera él mismo lo entendía? Nunca había imaginado que las cosas fueran tan mal con ella. ¡Demonios! ella era rebelde, difícil y de mal humor, pero estas cortadas llevaban las cosas a un nivel completamente diferente. Estaba en problemas y lo sabía. ¿A quién podría recurrir para pedir ayuda? ¿Qué pasaría si no pudiera ayudarla, y si las cosas se convirtieran en algo mucho peor?

Como si leyera sus pensamientos, Gina le palmeó el hombro. —Matt, tienes que llevarla a un psicólogo. Habla con tu médico, lleva a Courtney contigo y él podrá orientarte acerca de la ayuda que ella necesita.

Matt asintió con la cabeza, su mente desesperadamente dándole vueltas por la complejidad de la situación. El pensamiento de su niña hiriéndose intencionalmente ... ¡Dios! ¿y si decidiera cortarse las muñecas? ¿O tomar un frasco completo de pastillas? ¿Qué tan mala era la situación? ¿Qué podía hacer para ayudarla?

Su atención se desvió hacia Paula quien venía entrando a la sala de estar, con una expresión sombría. —Está dormida —dijo antes de caerse sobre el

sillón—. ¿Qué demonios está pasando, Matty?

Matt puso los ojos en blanco y resistió el impulso de apretar los dientes. Ser escudriñado por una de sus hermanas había sido bastante doloroso; tener que pasar por un interrogatorio con ambas era aún peor.

—Déjame hacerle un resumen, —Gina anunció amablemente y Matt se retorció en su silla al ver como su hermana lo hacía, sin olvidar un solo detalle, muy a su pesar. Decidió que podía tomarse otra cerveza.

Si él estaba esperando que la situación con su hermana pequeña iba a ser menos difícil, estaba equivocado. Paula era la más joven de los tres, ella era también el equivalente a una piraña cuando se trataba de su sobrina mayor. Era soltera y dedicada a su carrera, ferozmente protectora de su familia y se enfrentaba a todo lo que la vida le pusiera al frente. —¿Emily es una prostituta? ¿Y te has acostado con ella? Eres un cabrón, Matt.

—¡Eh! —refunfuñó Matt.

Paula se puso de pie y caminó de un lado a otro delante del sofá, caminando furiosamente. —Estás completamente loco. ¿Lo saben mamá y papá?

—No.

—Estarán devastados. Realmente les gustó Emily... realmente a todos.

—¿Y por qué tiene que cambiar eso? —contestó Matt, aunque sabía que no había manera de detenerlo. No podía culpar a su familia por su disgusto, pero Emily no merecía ser despreciada, no importaba lo que había elegido para ganarse la vida.

Paula puso los ojos en blanco. —¡Porque es una prostituta!

¡Por el amor de Dios! Ella es una dama de compañía. Ella no está vendiéndose por ahí en la calle. Y lo que Emily hace para ganarse la vida no es asunto tuyo.

—Es asunto mío, si eso le duele a mi sobrina.

Gina intervino y se ganó una mirada de agradecimiento de Matt. —Es una situación complicada, Paula, tú misma lo dijiste. No importa con quien Matt salga, los niños van a encontrarlo difícil.

Paula no iba a desviarse y miró a Matt con sus fríos ojos azules. — Conocer a alguien, y revolcarse cinco minutos después de conocerse, son dos cosas completamente diferentes. Y llámalo como quieras, ya sea que Emily sea una prostituta, o una dama de compañía, está acostándose con hombres por dinero.

—Estás cruzando los límites, Paula, —gruñó Matt.

Paula levantó las manos al aire. —Estás bromeando, ¿verdad? ¿Te estás escuchando a ti mismo? Matt, has perdido la cabeza. ¡No puedes salir con esta mujer!

—Mis elecciones me pertenecen a mí solamente y no es asunto de nadie más.

—Es asunto mío cuando veo a mi sobrina allá arriba, sufriendo y tan mal, —replicó Paula—. Ella escuchó lo que dijiste, Matt. Ella te oyó hablando de acostarte con alguien quien no es su madre. ¿Qué *creías* que iba a pasar?

Matt se levantó abruptamente, su ira y su preocupación brotaban en una sola furia. ¡Ella no debió haber oído la puta conversación! ¡Estaba aquí abajo, escuchando mis conversaciones privadas! ¿No crees que devolvería el tiempo si pudiera? Mierda, haría cualquier cosa para cambiar la situación. ¡He cometido un maldito error, que estoy lamentando, pero no cambia nada ahora! —Miró a Paula, su expresión llena de furia—. No necesito este tipo de ayuda. No sabes la historia completa.

—Sé que tu hija está en un estado emotivo, ansioso extremo. Esa es la única parte de esta historia que me interesa, —replicó Paula con enojo.

¡Mierda! —espetó Matt, más allá de cualquier razonamiento—. Vete para tu casa. No necesito este tipo de ayuda.

—Los dos, se calman ya. —Gina se levantó, mirando a sus hermanos con cautela—. Gritar recriminaciones el uno al otro no va a ayudar para nada a esta situación. —Gina miró su reloj—. Ya es tarde. ¿Por qué no nos vamos todos a descansar y hablamos por la mañana? Ya le dije a Rick que no estaré en casa por lo menos durante un par de días.

Matt observó a Paula respirar profundo y cerrar los ojos. —Tienes razón. Odio cuando tienes razón, —murmuró rebeldemente a Gina. Paula miró a Matt y le ofreció una débil sonrisa. Gritar el uno al otro no va a ayudar. Pero tengo una pregunta para ti. ¿Vas a elegir una relación con una mujer que apenas has conocido durante un par de semanas, en vez de ponerte al frente de las necesidades de tu hija, que tan desesperadamente necesita ayuda?

Capítulo Diecinueve:

Pasada la medianoche Matt se metió en la cama, emocional y físicamente desgastado. Incluso cuando yacía en la cama, no podía dormir. Había pasado una hora más o menos, dando vueltas y vueltas, pero el sueño continuaba eludiéndolo. Las palabras de Paula le resonaban, haciéndole pensar mucho en lo que era mejor para Courtney. ¿Qué sería lo mejor para todos sus hijos?

Con el corazón pesado, Matt se puso unos *blue jeans* y una camiseta y se dirigió hacia abajo, esbozando planes y tomando decisiones. Una rápida mirada a su reloj confirmó que era poco después de las dos de la mañana, y dejando una nota en caso de que Gina o Paula se despertaran, salió por la puerta principal y se subió a su camioneta, reversando silenciosamente en el parqueadero

Veinticinco minutos más tarde, se detuvo frente a Salacious y se quitó el cinturón de seguridad. Por unos minutos, se reclinó contra el reposacabezas, deseando no tener que hacer esto, pero sabiendo que era lo mejor para Courtney. Lo que él quería ... lo que Emily quería ... nada de eso era más importante.

Había decidido que no podía seguir viendo a Emily. Decírselo, era algo que no deseaba hacer, de hecho, era una de las cosas más difíciles que había considerado, pero después del lío que había causado, Emily se merecía que se lo dijera cara a cara. Inhalando profundamente, abrió la puerta y salió de la camioneta.

El interior de Salacious no era lo que estaba esperando. Nunca había estado en el lugar, pero el interior sólo se podía describir como clásico elegante, lo que fue una sorpresa. Había imaginado un bar de mala muerte, en cambio, cuando entró por la puerta de entrada, se encontró con un discreto vestíbulo, decorado en madera caoba y latón. En un rincón junto a la doble puerta de caoba pulida se encontraba un magnífico mostrador de recepción y se acercó al hombre de traje y corbata que estaba detrás de él.

—¿Puedo ayudarlo, señor? —El hombre era alto, delgado, de pelo gris corto y bigote cuidadosamente recortado. Estaba imaculadamente presentado con un traje gris oscuro y Matt notó el acento inglés cuando habló.

Matt apoyó los codos en el escritorio, mirando de forma casual la ordenada zona de trabajo y la cuidadosamente oculta pantalla del computador. Obviamente, acá trataban la intimidad con el más alto grado de cuidado, los archivadores detrás del escritorio tenían un tipo de cerraduras de seguridad

que él sólo había visto en los departamentos gubernamentales, y se veían persianas enrollables, replegadas hasta el techo mientras el club estaba abierto. Claramente, los registros de sus miembros se mantenían altamente confidenciales, lo que era comprensible dada la naturaleza del club. —Me gustaría ver a Emily Coulter.

—¿Es usted miembro, Señor?

—No. Las puertas del interior del club se abrieron de par en par y un grupo de cuatro personas salió, riendo y charlando. Matt pensó que había visto casi todo en su carrera policial, pero esto iba más allá. Ambos hombres llevaban taparrabos —a falta de una mejor descripción— sus cuerpos musculosos engrasados y elegantes bajo la tenue luz de arriba. Detrás de ellos, vestidas únicamente con decorados collares de cuero, venías dos mujeres hermosas, una rubia alta con animado senos y su zona V completamente afeitada, la otra una morena voluptuosa que portaba una delgada cadena de oro la cual salía desde uno pesados anillos en sus pezones hasta otro anillo que sobresalía de su clítoris. Matt esperaba por Cristo que pudiera mantener su mandíbula cerrada y evitar que cayera al suelo.

—Buenas noches, caballeros...señoras. Espero que hayan disfrutado de una agradable velada en Salacious. —El tipo del traje los saludó con un aire de indiferencia que asombró a Matt—. Ya les traen sus abrigo, —dijo con un chasquido de dedos y apareció una joven desde la puerta al lado de los archivadores—. Libby, el Sr. Drayton y el Sr. Parton y sus sumisas han terminado por esta noche. Por favor tráeles sus pertenencias.

—Maravilloso, Sr. Lawford. Otra excelente noche, gracias. —El menor de los dos hombres respondió al tipo del traje y captó la mirada de Matt, lanzándole un malicioso guiño. —¿Te gusta mi sumisa, *oui*? —Inclinó su cabeza hacia la rubia y miró a Matt con un interés evidente.

—Es una chica bonita, —convino Matt. A pesar de su inquietud, no iba a dejar que este tipo supiera que encontraba toda esa maldita situación surrealista.

—Claire disfruta que la comparta ¿La quieres prestada por una hora? Podríamos volver al club y permitirte que juegues con ella. Claire tiene una inclinación por tipos altos, bien fornidos y autoritarios. La mirada del hombre bajó significativamente a la entrepierna de Matt y tragó pesadamente. ¡Y yo también!

Claire se lamió los labios, atravesando con la mirada el torso de Matt y tragó pesadamente. —Gracias por la oferta, pero voy a encontrarme con

alguien.

El hombre hizo una mueca. —Es una pena. ¿Tal vez en otro momento?
Matt sonrió. —Lo tendré en cuenta.

Libby reapareció, trayendo los abrigos a los cuatro invitados y Matt observó cómo se desaparecieron por las puertas delanteras. Antes de que Claire se fuera, se volvió y le guiñó un ojo a Matt, soplándole un beso y él no pudo evitar sonreír. La idea de que Emily trabajara aquí y viviera aquí, era alucinante. Ni aún en sus sueños más salvajes o sus fantasías más locas, había imaginado que Salacious sería así.

—¿Señor? —Matt se volvió hacia el escritorio y encontró a Lawford observándolo con indiferencia—. ¿Su primera vez en Salacious, señor?

—¿Es obvio? —Matt le ofreció una sonrisa seca.

—Los nuevos miembros tienden a tener la misma expresión de desconcierto, cuando conocen por primera vez a algunos de nuestros clientes.

Matt sacudió la cabeza. —No soy miembro. Estoy aquí para ver a Emily Coulter.

Lawford sacudió la cabeza. —Lo siento señor. No es posible.

—Mire, sé que está trabajando, pero esto es importante. Tengo que verla, —Matt no quería hacerlo, pero sacaría su insignia si tuviera que hacerlo, en un esfuerzo por entrar en el lugar. No era exactamente el protocolo, pero estaba decidido a ver a Emily esa noche. Odiaba la idea de romper con ella, pero no había nada que pudiera hacer para evitarlo. Y después de dejarla esperando durante más de una semana sin decir una palabra, estaba decidido a verla esta noche.

—Como le he dicho, señor, no es posible.

Matt frunció el ceño. —Escucha Lawford, sé un poco flexible, ¿sí? Yo sé que Emily está trabajando aquí en el bar, que está contratada para trabajar los viernes por la noche. Sólo necesito diez minutos de su tiempo. Por favor.

Una vez más, Lawford sacudió la cabeza. —Lo siento mucho, señor. La señorita Coulter no está trabajando en el bar esta noche.

Matt suspiró. De alguna manera, saber que Emily no estaba trabajando era una bendición. Si iba a decirle que no podía volver a verla, tal vez sería mejor que pudiera hacerlo en la intimidad de su apartamento de arriba. Sería más amable, saber que no tendría que volver a trabajar después. No estaba seguro que sentía ella por él, pero si era algo similar a lo que él sentía por ella, no iba a ser fácil para ella oír que le estaba terminando. Tal vez estaba siendo egoísta, pero pensó que conocía a Emily lo suficiente como para saber

que estaría molesta. —¿Podrías llamarla a su apartamento? ¿Dejarle saber que Matt Pendleton está aquí? Es imperativo que hable con ella esta noche.

—Lo siento mucho, señor Pendleton. Emily no está en las instalaciones esta noche, tuvo otro compromiso.

Durante un largo rato, Matt miró fijamente a Lawford y trató de asimilar lo que decía el apuesto hombre, sobre la Emily que había estado conociendo. Estaba sacando conclusiones apresuradas, pensando lo peor. Mierda, podría estar fuera con amigos, en una fiesta. Tenía que haber una docena de cosas que una hermosa joven podría estar haciendo un viernes por la noche, aparte de lo que él sospechaba. —¿Otro compromiso? —preguntó, ya temiendo la respuesta.

—Sí señor. La señorita Coulter está con un cliente y se espera que regrese mañana. Puede dejarle un mensaje, si quiere.

Durante un minuto, Matt permaneció en silencio, tratando de ignorar el *shock*; el sentimiento de miedo y disgusto.

—¿Señor? —preguntó Lawford—. ¿Tiene algún mensaje para Emily?

—Matt sacudió la cabeza lentamente—. No importa. —Se apartó, empujó violentamente las puertas y se dirigió hacia el aire fresco de la noche.



A la mañana siguiente, Bud Spencer se detuvo justo al otro lado del hotel Fairmont Olympic y apagó el auto, golpeando con los dedos el volante acompañado del golpe electrónico emanado del reproductor de MP3. Justo a tiempo, observó cómo Emily caminaba elegantemente por los escalones del hotel, todavía vestida con el elegante vestido rojo que llevaba cuando la dejó la noche anterior. Caminó hasta el auto y se subió en el asiento delantero a su lado, llegando automáticamente a bajar la música. —Honestamente, Bud, vas a terminar sordo.

Bud sonrió cuando encendió el auto y se retiró suavemente hacia el tráfico del sábado por la mañana. —Aún no se ha dañado mi oído.

—Todavía estás a tiempo, dijo Emily secamente.

—¿Todo bien? —Bud presionó el botón de volumen en el volante, elevando el volumen con una muesca.

Emily frunció el ceño y asintió. —Cenamos, luego nos sentamos y vimos un par de películas. A Henry le encantan esos viejos musicales, Gene Kelly y Ginger Rogers.

—Extremadamente aburrido, murmuró Bud. —Escoge una buena película de acción cualquier otro día.

Ignorando el comentario de Bud, Emily sonrió. —Después de las películas fuimos al casino y Henry estuvo jugando a los dados durante unas tres horas, luego nos sentamos en la azotea y observamos el amanecer.

—¿Una típica cita con Henry Austin, entonces? —Bud negó con la cabeza. No entendía por qué un hombre gastaba quinientos dólares por hora con una mujer hermosa como Emily y se alegraba con solo ver películas y jugar a los dados. El viejo debe estar loco.

Emily metió la mano en su pequeño bolso, para revisar los mensajes en su teléfono. —Está solo, Bud. Desde que murió su esposa, no tiene a nadie cerca y él y su esposa no tuvieron hijos.

—Se dio cuenta de que podría haberse acostado contigo por los ocho mil dólares que pagó, ¿verdad?

Emily se volvió para mirar a Bud. —Henry es impotente desde hace unos diez años.

Bud levantó las cejas. —Estás hablando en serio, ¿verdad?

Un pequeño fruncido de ceño se posó en la frente de Emily mientras confirmaba que no tenía mensajes en su teléfono. De nuevo. Ella había esperado saber de Matt, pero parecía más obvio con cada día que pasaba, que no iba a suceder. Mandy le había dicho que había habido algún tipo de crisis con Courtney, pero Matt no había vuelto al trabajo desde su llamada telefónica, así que Paul sabía poco sobre lo que estaba sucediendo. Volviendo a poner el teléfono en su bolso, sacó los ganchos de la rubia peluca y la dejó caer en su regazo. —Si hablo en serio. Henry nunca ha tenido sexo conmigo. En su caso, le gusta tener a una chica bonita del brazo, alguien a quien pueda contar sus historias. Es la única razón por la que acepté tomar la cita.

—¿De verdad vas a dejar del todo el trabajo de dama de compañía?

Emily asintió cansada y apoyó la cabeza en el reposacabezas. —Sí.

—¿Es ese tipo realmente genial?

Emily sonrió suavemente. —Sí, creo que sí.

Bud sonrió para sí mismo y se quedaron en un silencio amigable. Cuando miró a Emily en los semáforos, unos minutos después, vio que se había quedado dormida y encendió la calefacción para mantenerla caliente.

Cuando Paul la había rescatado y la había traído a donde Sally, Bud había asumido voluntariamente brindarle seguridad cuando ella lo necesitara. Él era un ex-marino que había tenido problemas de drogas y alcohol. Bud había reorganizado su vida después de que su tercera esposa lo había dejado y había sido deshonrosamente dado de baja del Ejército. Como muchos otros en Salacious, había llegado al club y nunca se había ido. Inicialmente había sido un visitante constante en el club, con una peculiar perversión sexual, que incluía el deseo de dominar, lo cual sus ex-esposas nunca habían entendido. En Salacious, había encontrado una salida para su deseo, jugando a menudo con otros miembros del club. A medida que pasaba el tiempo, durante el cual había sido expulsado del club más de una vez por sus borracheras, se había dado cuenta de que los problemas en su vida eran causados por el alcohol y las drogas. Después de tocar fondo, perder su carrera, perder su tercera esposa, y el acceso a sus cinco hijos, sus opciones se habían reducido a mirar el fondo de una botella vacía, suicidarse o cambiar su comportamiento. Afortunadamente para él, Sally lo había acogido, ofreciéndole empleo como portero sacaborrachos en el club y proporcionándole contactos que podrían

ayudarlo a sanar. Habían pasado cinco años desde su última bebida y de estar sobrio, libre de drogas y como jefe de seguridad de Salacious. También estaba profundamente comprometido con la seguridad de Sally y sus otros empleados, especialmente había desarrollado una debilidad por Emily, manteniéndola vigilada y asegurándose de que estuviera siempre a salvo.

No es que haya habido realmente problema alguno con Emily. Después de escapar de su relación anterior, nunca había habido un signo de problema. El dominante que la había brutalizado gravemente, el hombre que le había profesado amor, pero que quería un absoluto y completo consentimiento, había desaparecido después de que Paul la había rescatado y nunca más la volvió a ver. Bud se mantuvo atento a él, se apoyaba en los contactos de Paul Meccelli para asegurarse de que nunca visitara Seattle, pero estaba razonablemente seguro de que ese baboso se arrastraría de regreso a cualquier roca de la cual hubiese salido. Bud estaba seguro de que le golpearía el culo de tal forma que lo haría regresar a San Francisco si alguna vez se le ocurriera aparecerse por allí. Cuando Emily había aparecido por primera vez en Salacious, estaba profundamente traumatizada, física y emocionalmente. William Collado era todo un personaje, escondido detrás de una fachada de respetabilidad, trataba a sus sumisas como basura, confiado en que su dinero y su nombre lo mantendrían fuera de problemas y usaba sus encantos para atraer hacia su trampa a mujeres jóvenes como Emily. Utilizando juegos mentales psicológicos, convencía a sus sumisas de ser absolutamente inútiles, sin valor y las humillaba y degradaba en cada oportunidad que tenía. En lo que a Bud se refería, era el peor tipo de dominante, uno que nunca debería tener una sumisa a su lado y, sin duda, William Collado nunca había seguido las reglas fundamentales del BDSM. Nada de lo que ese bastardo hacía era seguro, sano o consensuado.

Emily murmuró suavemente mientras dormía y la expresión dura de Bud se suavizó cuando la miró. Su cabeza se había caído hacia él y sus largas y oscuras pestañas caían sobre sus mejillas, parecidas a unas pequeñas plumas. ¡Mierda! no podía creer que el viejo Henry Austin no se le parara con una chica tan hermosa como Emily. Sin duda, si Bud llegase alguna vez a la etapa en la que no podía conseguir tener una erección, iba a tener que pegarse un tiro a sí mismo.



Bud se giró hacia el parqueadero de empleados en Salacious y gentilmente sacudió a Emily para que se despertara y entraran juntos al bar. Lo único que Emily quería era irse a la cama; ella estaba completamente agotada después de pasar la noche con Henry, y tenía turno de trabajo esa noche en el bar.

El interior de Salacious estaba iluminado en la madrugada, el personal de limpieza estaba bastante ocupado, y el sonido de las aspiradoras zumbaban en la amplia habitación. Emily se sorprendió al ver a Sally y a Lawford sentados en taburetes junto a la barra. Por lo general a esta hora del día, ambos habrían desaparecido para dormir durante la mañana. Sally y Lawford tenían una relación sexual, así como también una relación de trabajo y eran compañeros muy cercanos, aunque Sally todavía jugaba alegremente con otros clientes en Salacious. Lawford era un sumiso establecido desde hace mucho tiempo, pero sólo jugaba en privado con Sally.

—¿Qué pasa? Bud obviamente reconoció que algo pasaba fuera de lo normal, mientras caminaba a través de la habitación hacia donde estaban sentados. Sally miró a Emily con una sonrisa comprensiva y Emily pasó la mirada desde ella hacia Lawford.

—¿Se presentó William? Era su mayor temor, preocupándose de que un día William Collado regresaría para reclamarla de nuevo.

—No, por supuesto que no, —Sally la calmó con una sonrisa tranquilizadora. No tiene nada que ver con ese horrible hombre.

—¿Entonces qué pasa? —preguntó Bud con impaciencia.

—Lo siento mucho, Emily. Es toda mi culpa, —comenzó Lawford, tirando de su corbata ansiosamente—. Matt Pendleton apareció anoche y no me di cuenta de quién era.

Emily frunció el ceño. ¿Matt había venido a Salacious? De todas las noches que pudo haber visitado el club, eligió el día que había salido con un cliente. Aunque había sido una cita espiritual, se avergonzó un poco ante la idea de que Matt la hubiera pillado aun cuando le había prometido suspender el trabajo de dama de compañía. Debería habérselo contado por anticipado,

pero después del abrupto final de su última conversación y de lo que había oído de sus problemas con Courtney, había decidido que debería esperar a que la llamara. —¿Que dijo?

—Quería hablar contigo, y como dije, no sabía de quién se trataba al principio ... —Lawford pasó sus dedos por su bigote, alisándolo nerviosamente—. Cuando le dije que estabas con un cliente, me temo que se molestó un poco y salió del lugar inmediatamente, sin permitirme siquiera que le explicara.

Emily sacó su teléfono celular del bolso y revisó sus llamadas recibidas hasta que encontró el número de Matt. —Está bien, Lawford, cometiste un error sin querer. Lo llamaré y le aclararé todo.

—Em, puede que no lo entienda —le advirtió Bud en voz baja.

—Lo hará —respondió Emily muy confiada. Tenía que entenderlo. Sólo había atendido la cita porque sentía cierta debilidad por Henry, quien le había rogado que la visitara una última vez. Había estado llamando a Sally todos los días durante una semana o dos, aun después de decirle a todos los clientes de Emily que ya no estaría ofreciendo sus servicios. A Emily le gustaba Henry, y no veía ningún problema con pasar el tiempo con él. Pero comprendió por qué Matt no podía verlo de la misma manera.



Contestó en el segundo timbre después de mirar al teléfono con incredulidad. No podía creer que ella tuviera el descaro de llamarlo. —Aló.

—Matt, hola. Soy yo, Emily.

—Lo sé —respondió él, apoyándose contra el banco de la cocina. No quería lidiar con esto, no quería oír sus pésimas excusas.

—Ha habido un malentendido, Matt ...

Matt se pasó la mano por la cara con cansancio. Después de salir de Salacious la noche anterior, había conducido por los alrededores por más de una hora, tratando de calmarse antes de regresar a casa. No había dormido y tenía un fuerte dolor de cabeza. Lo último que necesitaba era una jodida justificación de esta mujer en cuanto a por qué había salido y se había acostado por sexo pensando que no lo sabría. —No creo que sea un malentendido.

—No entiendes ...

—Sí, creo que sí. Eres una maldita puta, y te acuestas con hombres por dinero. Yo lo sabía antes de comenzar con esto, pero te creí, cuando dijiste que habías renunciado a ello mientras descifrábamos lo que podríamos tener juntos, —replicó amargamente Matt.

—Lo he dejado Matt. —él podía oír las lágrimas que se le clavaban en la garganta.

Matt se echó a reír. —¿Sí? ¿Me vas a decir que no estabas con un cliente anoche?

Emily habló apresuradamente. —Estaba con un cliente, Matt, pero no es lo que piensas, Henry ...

Matt sacudió la cabeza. —Olvídalo, Emily, o Sienna, o como putas te quieras llamar a ti misma. Vete derecho y acuéstate con Henry y con cualquier otro hijo de puta que quieras. Te estás engañando a ti misma, si crees que eres cualquier cosa menos una prostituta de dos pesos. Llamarse una “dama de compañía” no hace ninguna diferencia en lo que eres. Tú te acuestas con hombres por dinero; abres las piernas al primer signo de un

billete de dólar. Anoche fui para decirte que no volvería a verte. Descubrir que estabas de nuevo acostándote por dinero sólo hizo más fácil para mí tomar la decisión. Adiós, Emily. Ten una gran vida. —Matt colgó la llamada y lanzó el teléfono celular a través de la habitación, viendo como golpeaba la pared y se rompía en pedazos.

Capítulo Veinte:

El sonido de la puerta de Emily había pasado de un suave golpeteo el domingo por la noche, a un ruidoso golpeteo esa mañana. El persistente martilleo en la puerta de madera, desde que el sol ya había salido nuevamente, le aseguró a Emily que a Sally finalmente se le había agotado la paciencia y no se apaciguaría hasta ver por sí misma que Emily estaba bien.

Arrastrándose desde la cama, donde había estado tendida durante las últimas cuarenta y ocho horas en un ensimismamiento depresivo, Emily se puso una bata sobre la pijama y abrió la puerta. —Estoy bien, —anunció cansadamente, devolviéndose a encender la cafetera. Ella sabía con certeza que Sally la seguiría por el apartamento y querría la confirmación de que estaba bien.

Llenando la jarra con agua, Emily cogió las tazas de café y las dejó sobre el mostrador, manteniéndose de espaldas a Sally. No quería hablar, no quería discutir lo que había pasado el domingo por la mañana. De hecho, no quería hablar con nadie, nunca más. Sus esperanzas y expectativas se habían desplomado sobre sus oídos con la llamada telefónica a Matt, e incluso ahora, cuarenta y ocho horas después, ella todavía no entendía su repentino cambio. ¿Qué quería decir cuando dijo que había visitado a Salacious para decirle que no volvería a verla? ¿Qué le había hecho cambiar de opinión tan abruptamente?

—Mejor agarra otra taza más, he traído refuerzo, —anunció Sally.

Maldiciendo la forma en que su corazón saltaba en su garganta, con traicioneras esperanzas de que el visitante fuera Matt, Emily se dio la vuelta y vio a Mandy de pie en la puerta, con evidente compasiva expresión. Tan pronto como su corazón llegó a su garganta, se desplomó inmediatamente a las profundidades de su estómago y Emily volvió a la mesita, para ocultar las lágrimas que brotaban en sus ojos. Maldito seas Matt Pendleton por estimular las esperanzas de que pudiera ser el hombre perfecto para ella, sólo para desvanecerlas con sus frías palabras.

Una mano tocó su hombro y Emily se giró a tiempo para quedar envuelta en un tranquilizador abrazo de Mandy, y fue incapaz de evitar que sus lágrimas cayeran libremente.

—No estás bien, y no has estado bien durante dos días, —gruñó Sally, dándole a Emily un suave empujón con su cadera. Voy a hacer el café. Siéntate y habla con nosotras. No voy a permitir que te deprimas de nuevo, no

como cuando llegaste aquí. Ningún hombre vale eso, ¿lo oyes? Ningún hombre.

Mandy cogió una caja de Kleenex de la mesa y guio a Emily hacia ella, presionándola contra una silla. Emily arrebató un par de pañuelos de papel de la caja y se sonó la nariz, decidida a recuperarse.

Mandy se sentó en una silla junto a Emily, cruzando sus largas piernas y apoyando los codos sobre la mesa. —Emily, siento tanto que las cosas se hayan complicado. Paul y yo pensamos honestamente que Matt sería bueno para ti. Resulta que estábamos equivocados.

Emily sollozó y se apartó el pelo de la cara. —No es tu culpa. Para empezar, teníamos demasiadas cosas en contra nuestra.

—Sea como fuere, no tenía derecho a tratarte tan mal, —Sally protestó desdeñosamente, colocando las vaporosas tazas de café frente a Mandy y Emily.

Las cejas de Mandy se levantaron y ella cogió su taza, bebiendo con cuidado el líquido caliente, antes de volver a hablar. —Paul está de acuerdo contigo, Sally, piensa que Matt lo manejó mal, pero hay algunos hechos que tú no conoces.

—¿Qué hechos? —preguntó Sally con recelo. Desde la llamada telefónica con Matt el domingo por la mañana, y la breve explicación que Emily había logrado dar antes de retirarse a su apartamento, Sally obviamente se había puesto del lado de Emily.

En pocas palabras, Mandy les explicó lo que sabía sobre la situación de Matt con su hija mayor; como Courtney había oído su conversación con Emily la semana anterior y cómo la situación se había deteriorado por el involucramiento de las hermanas de Matt; todo antes de que Matt tomara la decisión de terminar las cosas con Emily, por el bien de su hija. —De alguna manera, creo que descubrir que estabas fuera con un cliente hizo que fuera más fácil para Matt, dándole un punto sobre el cual concentrar su ira, —Mandy reflexionó—. Sin embargo, eso no me impidió decirle que era un idiota.

Em estaba sosteniendo su cabeza con sus manos, consternada por lo que estaba oyendo. Todavía estaba herida por lo que Matt había dicho, pero ahora comprendía mejor de dónde venía, por qué había reaccionado con enojo. —Pobre Matt —susurró ella.

—¡Suficiente de pobre Matt! —exclamó Sally—. Te trató mal y tú no hiciste nada para merecerlo.

Emily negó con la cabeza, sintiéndose totalmente derrotada. —Sí, si lo hice. Salí con un cliente cuando le había prometido que no lo haría. Traicioné su confianza.

—¡Pero no hiciste nada! —protestó Mandy.

Emily presionó sus dientes inferiores con sus labios. —¿No lo ves? Ya no importa. Y lo que dijo fue la verdad. He tenido relaciones sexuales con hombres por dinero. Soy una puta. ¿Cómo podría ser posible que un hombre como Matt Pendleton tuviese una relación conmigo? No me merezco a alguien como él. —Emily levantó bruscamente la silla y comenzó a quitarse la bata y la pijama, buscando un par de pantalones y una camiseta.

Sally intercambió una mirada preocupada con Mandy. —¿Adónde vas, cariño?

—Afuera, a correr.

—Vas acompañada de Bud, ¿verdad? —preguntó Mandy.

—Por supuesto. —Emily se puso un par de tenis deportivos y abrió la puerta—. Sólo necesito algo de aire, algo de espacio.

Lo que realmente necesitaba era encontrar una manera de eliminar a Matt Pendleton de su cerebro.

De alguna manera, ella dudaba que eso fuera a pasar. No por mucho tiempo. Su atracción por este hombre fue rápida y profunda, y él no desaparecería de su corazón en el corto plazo.



Para Matt, parecía que las siguientes semanas habían pasado sin rumbo por una espesa niebla y todo lo que había logrado hacer fue “funcionar”, si mucho. Algunos días, ni siquiera eso había logrado.

Una visita al médico de familia le garantizó la remisión a uno de los mejores psicólogos de Seattle, Mark Warren. Había tenido que arrastrar a Courtney a su primera cita, en medio de patadas y gritos.

Mark Warren era un hombre calvo de unos cincuenta años, con rasgos angulosos y un cuerpo largo y delgado, el cual se apiñaba sobre una silla como si fuera una pieza de macramé particularmente compleja. Usando pantalones de pana con parches en las rodillas y una camisa a cuadros que no coincidía con los pantalones, Matt no se había impresionado por el psicólogo en su reunión inicial, y se preguntó si realmente era la persona adecuada para ayudar a Courtney con sus problemas.

Para empeorar las cosas, Courtney había vacilado entre ser completamente indiferente y al minuto siguiente, gritar improperios tanto a Mark Warren como a su padre, durante toda la hora de la consulta. Mientras Matt estaba listo para arrancarse el pelo, Mark Warren se había levantado calmadamente al final de la reunión, y le dijo a Courtney que quería volver a verla el jueves.

En la reunión del jueves, Matt se encontró en la oficina del psicólogo, con Courtney sentada agresivamente a su lado. Estaba tan enojada; él podía sentir heladas olas de desaprobación saliendo de ella como un tsunami de tamaño moderado.

Para sorpresa de Matt, Mark Warren no parecía en lo más mínimo preocupado por su comportamiento; en lugar de eso, había hablado con Matt, repasando la historia de Courtney, mientras las oleadas de furia de Courtney, cada vez mayores, golpeaban a Matt, hasta que empezó a pensar que nunca volvería a hablar con él.

En su tercera visita, Matt necesitó casi tres horas para intimidar y convencer a Courtney de que entrara al auto y empezaba a pensar que el mismo

necesitaba consultar a su maldito psicólogo, porque se sentía fuertemente encadenado.

Justo cuando Matt pensaba que las cosas no podían empeorar, empeoraron. Al siguiente lunes, llegaron del psicólogo a casa, y encontraron a los padres de Matt esperando en la puerta del frente. Matt salió del auto, y podía deducir, sólo dando un vistazo a sus expresiones mutuamente serias, que no iba a ser capaz de seguir evadiéndolos. Había estado evitando el contacto con sus padres; no era cosa fácil para él lidiar con los problemas de Courtney y otros tres niños más, pero afortunadamente, Gina y Paula habían entrado a colaborar con los niños mientras Matt se dedicaba a Courtney. Una vez más, Matt tuvo que pedir una licencia en el trabajo, lo que probablemente era algo bueno, ya que él y Paul apenas se hablaban. Paul tenía su posición muy clara con respecto a la manera en que Matt había tratado a Emily, y en retrospectiva, Matt no podía culparlo. Había sido un idiota, no dándole a Emily la oportunidad de explicarlo.

El corazón de Matt se aplastaba de nuevo al pensar en Emily, y recordó la manera en que le había hablado. Se arrepintió de cada palabra, pero todavía no podía superar la rabia que ella lo hubiera engañado. Él y Paul casi se habían ido de pelea a puños por ella, y encima de todo, Matt tenía que preocuparse por saber si su relación con Paul podría recuperarse después de las duras palabras que habían intercambiado. No había permitido que Paul le explicara las razones por las cuales Emily había salido con el tipo y se negó a discutir la situación, diciéndole a Paul que se fuera para la mierda. A cambio, Paul lo había criticado duramente por el modo en que le había hablado a Emily, pero Matt no se retractó. Al final, Paul había levantado las manos al aire y se alejó; una situación que Matt lamentaba cada día. Incluso ahora, Matt se preguntaba si se había equivocado al no haberle dado a Emily la oportunidad de explicarlo, pero ya era demasiado tarde. Y dado lo que había pasado con Courtney, no podía permitir que Emily volviera a su vida. No obstante, todos los días, él estaba luchando con sus arrepentimientos. Y seguía volviendo al mismo tema no negociable, de confianza. Emily le había prometido que no se acostaría con nadie mientras resolvían su situación ... y ella había roto su promesa.

—Matthew. Courtney. —Jim Pendleton se levantó cuando Matt y Courtney se acercaron a la puerta principal, envolviendo a su nieta en un abrazo de oso. Matt estaba contento de que Courtney permitiera el intercambio; después de su cita con Mark Warren, había sufrido por el total

silencio de regreso a casa, con Courtney sentada en el auto, lo más lejos posible de él. La creía capaz de pasar por delante de sus abuelos e ignorarlos a ellos también.

Clare Pendleton estudió el rostro de su hijo con evidente preocupación en sus ojos, antes de pasarle los dedos a Courtney por su cabeza y relevar a Jim en el abrazo, tan pronto como la soltó.

—Entremos, —sugirió Matt, abriendo la puerta principal.

—¿Por qué no hubo escuela hoy, Court? —preguntó Clare mientras envolvía su brazo alrededor del hombro de Courtney y la guiaba adentro. Su voz era bastante inofensiva, y la pregunta sonaba inocente, pero Matt sabía por el tono sutil en la voz de su madre que ella estaba en una búsqueda de información, y no se iba a desistir hasta tener las respuestas que ella quería.

Las mejillas de Courtney se sonrojaron y Matt la miró cautelosamente, preguntándose cómo explicaría su negativa a asistir a la escuela. No les había dicho a sus padres lo que estaba pasando, porque no había querido preocuparlos. Dirigiéndose hacia la cocina, Matt se preguntó cuál de las dos hermanas lo había delatado. Estaba apostándole a Paula, ella seguía negándose a perdonar a Matt por involucrarse con Emily, en primer lugar. Aunque había hecho todo lo que estaba a su alcance para apoyarlo con los niños, Matt sabía que todavía estaba enfadada por la situación. La única parte afortunada de todo este desastre era que Courtney no había escuchado su conversación entera con Emily. Sabía que él y Emily habían tenido relaciones íntimas, pero había empezado a escuchar la conversación a escondidas en un punto en el que sólo había oído a Matt admitir que habían tenido sexo. Para alivio completo de Matt, ella no había oído nada acerca de la sumisión de Emily o el trabajo de dama de compañía.

—Es culpa de papá. Pregúntale, —dijo Courtney insolentemente, fulminando con la mirada a Matt mientras se alejaba y corría arriba antes de que Matt pudiera detenerla.

Matt cerró los ojos por un momento, conteniendo el deseo de estrangular a su hija mayor. La sesión de hoy con Mark Warren parecía haberlos alejado del progreso de las dos sesiones anteriores, y mientras Mark Warren parecía estar perfectamente contento con el progreso de caracol que estaban haciendo, Matt se frustraba más y más al pasar de los días.

Cuando volvió a abrir los ojos, Matt descubrió que sus padres estaban de pie y lo observaban astutamente. Clare se volvió hacia el mostrador de la

cocina y recogió la tetera, llenándola de agua antes de ponerla a hervir. —Voy a hacer café.

Jim le indicó a Matt que lo precediera, y salieron al jardín. Matt se desplomó sobre una de las sillas del patio. Tenía la clara sensación de que se enfrentaba a su propia ejecución y se frotó el pulgar y el índice sobre los ojos con cansancio.



Clare Pendleton, con su usual, pero sin sentido hábito, rápidamente salió al exterior y colocó las tazas de café delante de su hijo y su marido, antes de sentarse en una silla frente a Matt. —Está bien, Matthew. Dinos la verdad, por favor.

—Mamá ... —Matt comenzó impotente. Tenía que recordar que era un adulto de cuarenta y dos años, no un niño. Pero el hecho de que sus dos padres hubieran usado su nombre completo desde su llegada, era una mala señal. Jim y Clare Pendleton siempre habían sido solidarios y cariñosos, dispuestos a ofrecer su ayuda y consejo sobre cualquier problema que hubiera tenido. Entonces, ¿por qué, por el amor de Cristo, estaba tan avergonzado de contarles lo que había sucedido? ¿Era porque estaba básicamente avergonzado de sí mismo, y de las elecciones que había hecho? ¿O se avergonzaba de Emily, y de lo que hacía para ganarse la vida? Matt estaba tan confundido, que simplemente ya no sabía más.

Jim se inclinó hacia adelante, acunando la taza de café entre sus ásperas manos. —Matt, déjame decirte algo, hijo. Has enfrentado con coraje todo lo que la vida te ha arrojado y te respeto por eso. Pero puedo ver que algo te está molestando, y por lo que Paula insinuó, ella piensa que estás demasiado avergonzado para hablarnos. Quiero que sepas que tu madre y yo hemos visto todo. No hay mucho que pueda sorprendernos.

Matt soltó un soplo de aliento que no se había dado cuenta de que había estado reteniendo y sacudió la cabeza. —Créeme, papá. Creo que esto podría ser la bomba que rebase los límites.

Clare tomó de su café. —Déjanos que seamos nosotros quienes juzguemos.

Matt apretó la taza entre las manos, presionando con tanta fuerza que empezó a sospechar que destrozaría la porcelana. Respirando profundo, levantó su barbilla y dejó escapar toda la historia, sin omitir detalle, exceptuando la sumisión de Em. Había sido horrible todo lo de hace unas

semanas, pero todavía la respetaba lo suficiente como para mantener algo de su vida privada completamente confidencial.

Jim Pendleton permaneció sentado en silencio durante unos minutos cuando Matt dejó de hablar; mirando fijamente hacia el jardín, digería lo que Matt había dicho. Matt intuía que su padre le gritaría, o le diría lo tonto había sido, así que se sorprendió cuando Jim se levantó y se alejó de la mesa, examinando el jardín en silencio durante un minuto o dos antes de hablar. —Honestamente no sé qué decir, hijo —admitió.

Matt se avergonzó, no estaba seguro de qué podía decir en defensa de sus acciones. Sus padres siempre habían sido leales, y no estaba seguro de si ahora estaban decepcionados por sus elecciones, o desilusionados de haberles escondido algo así.

—Matt, no puedo creer esto, —Clare comenzó en silencio—. Paula insinuó que era algo de este calibre, pero honestamente, yo no le creía. Emily parecía una mujer tan agradable.

—Ella es una mujer joven y agradable, mamá, —Matt comenzó cansado—. Pero ella es una dama de compañía. —Su corazón se apretaba dolorosamente en su pecho, recordando lo enojado que se sentía porque ella había ido a ver a su cliente. ¿Por qué lo había hecho?

—¿Cómo pudiste dejarla acercarse a tus hijos? —preguntó Clare, levantando la voz con su temperamento—. ¿Nuestros nietos?

Matt sintió que se le erizaban los pelos. —Emily es genial con los niños. No es su culpa que Courtney la odie.

Jim se devolvió del jardín y miró a Matt, sus cejas casi ascendían por sus entradas de pelo —Has traído a esta mujer a nuestra casa, Matthew. ¡La presentamos a tu abuela, por el amor de Dios!

Matt meneó la cabeza con incredulidad. —¡Y a la abuela Louise le encantó!

Clare cruzó los brazos sobre su pecho. —Matthew, no puedes esperar que aceptemos esta situación. ¡Es una prostituta! ¡Trajiste a una prostituta a nuestra casa!

Matt se puso de pie. —Es una dama de compañía, mamá. No es una prostituta.

Jim se desplomó en su silla, sintiéndose incómodo. —¿Estás seguro de que estaba ... bien ... seguro de estar con ella? ¿Si está durmiendo con otros hombres?

—¡Oh, Jim! Clare Pendleton rezongó ante su marido. No quiero oír esto.

Matt explotó, dejando que toda la rabia y la frustración que había sufrido durante las últimas tres semanas estallaran de inmediato. —¡No necesitas oír esto, mamá, porque no es asunto tuyo! Nada de esto es asunto tuyo, así que te sugiero que retomes tu postura y te vayas a casa. Se acabó esta conversación acerca de Emily, si fue una buena idea, o una mala idea, no importa, porque Courtney la odia. Y Emily salió con un cliente, ¡aunque me había prometido que no lo haría! ¡Pero ustedes dos se pueden relajar, porque puedo asegurarles que no perderé a mi hija por esto, pero tampoco tengo porque sentarme aquí y escuchar que hablen mal de Emily cuando ella hizo todo lo posible por ser agradable para los dos! —Para su disgusto, Matt sintió que las lágrimas brotaban contra sus pestañas y se apartó de sus padres, sin estar seguro de cuánto más estrés podía soportar—. ¡Pensaron que era genial cuando estaban bajo el supuesto de que era una estudiante!

—¡Eso no es justo, Matthew! ¿Cómo puedes culparnos a nosotros de este fiasco? No puedes pensar que podrías traer a alguien así a nuestras vidas y que no hubiese repercusiones —protestó Jim—. Además, ¿te estás escuchando a ti mismo? ¡Nos has dicho que siguió teniendo relaciones sexuales con extraños después de que la viste!

—¿Alguien así? —repitió Matt. Se pegó del comentario que podía argumentar en contra, en lugar del que no podía. Dios sabe que estaba bastante enfadado por su constante obsesión acerca del por qué Emily lo había traicionado. Había sido tan honesta con él, hasta ese momento. ¿Por qué había incumplido su promesa? No importaba cuántas veces Matt lo pensara, él no podría entenderlo—. Es un ser humano, papá. Sólo porque sus opciones de estilo de vida no se alinean con las tuyas, no te da el derecho de juzgar.

—¡No es de extrañar que Courtney sea un desastre, si esto es lo que vienes haciendo delante de ella! —Clare gritó—. ¡Me avergüenzo de ti!

Matt miró a su madre con incredulidad durante un largo momento, antes de encontrar su voz. —Vete.

—Eso no es justo, Matthew, —Jim comenzó a protestar.

Matt sacudió la cabeza firmemente y extendió una mano para impedir que su padre continuara. —No lo hagas, papá. Simplemente no. No he hecho nada de qué avergonzarme, excepto pasar tiempo con una mujer de la que pensaba que podía enamorarme. Resulta que no era la mujer que pensé que podría ser. Vete a casa, y cuando te calmes, hablaremos de nuevo.

Su madre se puso de pie y Matt observó cómo su padre envolvía su brazo entre los de ella. Sus padres parecían haber envejecido desde que habían

cruzado por la puerta principal y él se encogió interiormente, sabiendo que él era la causa de ello.

Sin más palabras, Jim y Clare Pendleton se alejaron de su hijo, y nuevamente Matt se preguntó si su vida volvería a ser normal. Parecía que cada relación que él tenía estaba colapsando como una reacción a su comportamiento, y maldijo el día en que él había conocido a Emily.

Incluso mientras admitía, aunque fuera sólo para sí mismo, que podría estar enamorado de ella.

Capítulo Veintiuno:

Matt estaba al borde del agua, observando a Millie chapotear en las suaves olas mientras golpeaban la orilla. Vestida con un pequeño bikini rosa, su largo cabello colgaba como húmedas colitas de rata contra su espalda, sus pequeñas mejillas enrojecidas de deleite que le producía darle patadas a Brandon con sus piernas regordetas y tratando de salpicarle agua, mientras él tomaba agua en sus propias manos para contraatacar.

Habían estado allí en Domago por más de una semana, después de que Matt había tomado la decisión de sacar a Courtney de Seattle para tomar unas vacaciones, una vez la escuela había terminado para comenzar el verano. Habían tenido su última cita quincenal con Mark Warren y Courtney había hecho tanto progreso durante los dos meses que habían estado yendo, que ahora la sesiones se había disminuido a una periodicidad mensual. A pesar de las dudas de Matt, Mark Warren había demostrado ser brillante con Courtney, no sólo por llegar a la raíz de sus problemas, sino también por hacer que Courtney tomara la responsabilidad de sus propias acciones. ¡Demonios! Courtney incluso se había disculpado con Matt por espiar su conversación con Emily, y admitió que estaba equivocada en ese sentido. Por supuesto, para Matt, era demasiado tarde.

Había pasado demasiado tiempo; se habían hecho demasiadas recriminaciones. Nada podría volver a ser como era. ¡Diablos! apenas había conseguido que su relación familiar se restableciera, no podía arruinar eso ahora admitiéndose a sí mismo o a cualquier otra persona, lo mal que todavía se sentía por haber perdido a Emily. La única que sabía realmente cómo se sentía era Gina; ella lo había apoyado desde el principio, insistiéndole a Matt que debería buscar a Emily. Más de una vez, ella le había asegurado que debería haber una razón por la cual Emily había hecho lo que había hecho. Matt le había dicho a Gina, más de una vez, que había perdido la cabeza. No podía, no volvería a pasar por ese camino de nuevo. Emily lo había engañado y se había acostado con otro hombre. No importaba que ahora estuviera convencido de que se había enamorado de Emily, no iba a continuar una relación. Se terminó.

Matt volvió su atención hacia los niños, disfrutando de una divertida tarde de playa. Les producía mucho bienestar tener su atención de tiempo completo y su relación con todos ellos estaba mejorando debido al contacto constante. Había tomado estas dos semanas en Domago para hacer una evaluación de

conciencia, y decidir su camino en cuando volviera a trabajar. Ya había discutido su carrera con recursos humanos, buscando opciones que lo sacaran del trabajo de campo y lo acomodaran en un trabajo de oficina. Aunque no era ideal, formaba parte del esfuerzo que estaba haciendo para darle a sus hijos cierta estabilidad y una mayor sensación de seguridad. Una de las cosas que Mark Warren había sacado a la superficie, era el terror que Courtney sentía que Matt fuera lastimado en alguna de sus investigaciones por homicidio; después de perder a su madre, estaba asustada de perder a su padre debido a la violencia. Cuando Matt descubrió este miedo, había comenzado a pensar cuidadosamente acerca de su futuro, y en lo que podría hacer para calmar sus temores. Y honestamente, Matt pensó que lo mejor que podía hacer era romper el equipo de trabajo que tenía con Paul. Apenas hablaban y Matt pensó que sería mejor para ambos si Matt se mudara a una nueva área del departamento. Su amistad se había deteriorado permanentemente por lo sucedido con Emily, y Mandy se negaba rotundamente a hablar con él. No podía culparla, ella era la amiga de Emily y él podía entender por qué había tomado partido.

Tal vez debería considerar dejar la policía del todo. Pero, ¿qué podía hacer si se retiraba como detective de policía? Era todo lo que sabía hacer desde que comenzó su vida adulta; no sabía nada más que perseguir a los malos y mantener a los ciudadanos de Seattle a salvo. Con un suspiro, Matt retornó sus pensamientos hacia sus hijos.

No había duda de que Courtney estaba mejorando, aunque todavía podía ser berrinchuda e incomprensible. Cuando había sugerido inicialmente la idea de estas vacaciones, había estado pensativa y desdeñosa, decidida a preferir pasar las vacaciones de verano con sus amigas. El viaje desde Seattle hasta allí, había sido difícil con Courtney, sentada en el asiento del pasajero, malhumorada, mirando por la ventana y enviando interminables mensajes de texto a sus amigos. ¡Dios! cómo odiaba ese teléfono celular.

La cabaña que había alquilado era simple pero limpia; situada en la playa y desprovista de todos los artículos que los niños pensaban que eran prioridades: televisión, equipos de video digital o consolas de juegos. Una pequeña sonrisa despuntó en los labios de Matt al recordar el terrible miedo y consternación que les causó, recién llegaron, la sola idea de no tener equipos electrónicos durante dos semanas. Ahora, sin embargo, se habían acomodado a una rutina fácil y los niños estaban descubriendo el maravilloso mundo de la buena y pasada de moda, diversión al aire libre.

—¿Papá?

Matt se volvió para ver a Courtney caminando hacia él, sus brazos alrededor de su pecho. Llevaba un traje de baño de colores brillantes que habían comprado hacía algunos días.

—Hola cariño. ¿Has tenido una buena siesta? —Después del almuerzo, había traído a los niños a nadar a la orilla del mar, mientras que Courtney había decidido acostarse un rato. Había estado durmiendo mucho últimamente y Matt no estaba seguro si era una reacción a los acontecimientos recientes, o su manera de combatir el estrés. Fuera lo que fuese, el sueño parecía hacerle mucho provecho y ella estaba más tranquila y menos enojada de lo que había estado en meses.

Courtney se detuvo junto a él y Matt le rodeó el hombro con el brazo, arriesgándose a que se encogiera de hombros. Sabía que era una reacción natural en una niña de quince años, sobre todo una niña de quince años que había estado completamente devastada por lo que ella veía como la traición de su papá; pero extrañaba la chica cariñosa que alguna vez había sido, extrañaba el tiempo en el cual se echaba de brazos a su cuello y lo abrazaba, los tiempos cuando su madre estaba viva. Para su sorpresa, Courtney se inclinó hacia él y envolvió sus brazos alrededor de su cintura.

Matt le besó la parte superior de la cabeza. —¿Estás bien, cariño?

Courtney asintió con la cabeza, permaneciendo en silencio mientras recibía el chorro de agua de sus hermanos, sentía las olas entrando, y apreciaba el sol dominando el océano. —Paul llamó por teléfono.

Matt frunció el ceño, preguntándose por qué Paul habría llamado. La única comunicación que tenían con el mundo exterior era a través de la línea fija en la cabaña, los teléfonos celulares no funcionaban allí en esa remota zona. —¿Dijo lo que quería?

—No. Me pidió que te dijera que por favor lo llamaras más tarde.

—Le llamaré esta noche. Oye, ¿qué tal una pizza para la cena? Podríamos ir a ese pequeño restaurante que vimos en la ciudad, el que olía muy bien.

Courtney asintió con la cabeza, y sus ojos se iluminaron con regocijo. —Mientras no tengamos que comer anchoas. Odio las anchoas.

—Nunca te gustarán, si no sigues intentándolo, —respondió Matt. Era un viejo argumento, que él y Caroline siempre habían usado con los niños cuando intentaban que probaran nuevos sabores o repitieran los alimentos que habían rechazado en primer lugar.

Courtney se rio entre dientes. —Nunca vas a ganar, papá. Si mamá estuviera aquí, estaría de acuerdo conmigo. ¡Odiaba las anchoas también!

Matt parpadeó sorprendido ante la respuesta de Courtney, el hecho de que ella hubiera hablado de su madre, con tanta ligereza, era algo que Matt no había visto en casi dos años. Abrazó a su hija un poco más cerca, y se emocionó cuando ella lo abrazó de nuevo.



El teléfono estaba sonando cuando regresaban de la cena, poco después de las siete y media. Matt lo escuchó cuando salió del auto y se apresuró a abrir la puerta de la cabaña, pidiendo a Courtney que sacara a su hermana pequeña del asiento de seguridad.

Cogió el auricular antes de encender una luz y se quedó mirando la puerta para asegurarse de que los niños entraran sanos y salvos mientras respondía.
—Matt Pendleton.

—Matt, soy Paul.

Matt apoyó su trasero contra el mostrador de la cocina y miró hacia el cielo. Se había olvidado por completo de la anterior llamada de Paul, probablemente debería haberlo llamado antes de salir a cenar, pero los niños se habían estado quejando de estar muertos de hambre, y para el momento de haber logrado tenerlos a todos bañados, la llamada de Paul se le había borrado completamente de su mente. Para ser honesto, no le gustaba mucho hablar con él. —¿Qué deseas?

Paul suspiró pesadamente. —No estoy más feliz de hablar contigo de lo que tú debes estar de oírme, me imagino, pero tengo que hacerte una pregunta. No sé a quién más preguntar.

Matt frunció el ceño, dirigiéndose a cerrar la puerta de la cabaña después de que Courtney llevara a Millie adentro. La más pequeña Pendleton se había quedado dormida en el camino de vuelta de la ciudad, y Courtney la llevó hacia el dormitorio que estaban compartiendo, lanzando a Matt una mirada interrogante mientras pasaba. Matt pronunció el nombre de Paul y Courtney asintió con la cabeza, siguiendo hacia el dormitorio. —¿Cuál es tu pregunta?

—¿Has sabido algo de Emily en las pasadas setenta y dos horas?

Oír su nombre le quitó el aire de los pulmones y se frotó las sienes mientras trataba de recuperar su equilibrio. ¿Dejaría algún día de reaccionar así cuando pensara en Em? ¿La olvidaría alguna vez? Habían pasado tres meses, y él la estaba extrañando tanto ahora como lo había hecho desde el principio. Había tratado de engañarse durante semanas diciéndose sí mismo

que sólo había experimentado lujuria por Emily, pero el dolor siempre presente en su pecho indicaba una emoción mucho más profunda. —No, por supuesto que no he tenido noticias de ella. Espérate un momento.

Colocando la mano sobre el receptor, Matt se volvió hacia Brandon y Harper, que lo observaban con expresiones similares y Matt les brindó una sonrisa tranquilizadora. —Tengo que tomar esta llamada, chicos. ¿Por qué no organizan un juego y volveré a jugar con ustedes en unos minutos?

Harper se dirigió hacia la colección de juegos de mesa que habían traído de casa, y Matt se escabulló por la puerta principal, cerrándola firmemente detrás de él. Había vivido pésimas consecuencias al permitir que los niños escucharan sus conversaciones en previas ocasiones y no iba a dejar que sucediera de nuevo. —Paul, estoy aquí. ¿Qué está pasando? ¿Por qué crees que Emily se pondría en contacto conmigo?

Paul maldijo ásperamente y Matt sintió que todos sus vellos se le erizaban. Algo andaba mal, podía sentirlo. Cuando Paul habló, su voz era sombría. —Emily está desaparecida, ha estado fuera por tres días. Nadie sabe dónde está. Abrimos un expediente de “persona desaparecida” hace veinticuatro horas, pero no ha habido ninguna señal de ella.

—Pudo haber ido a casa a visitar a sus padres, o podría haberse quedado con amigos —sugirió Matt, aunque sabía que las posibilidades eran remotas. Por lo poco que Emily le había dicho, no tenía contacto con su familia, y sus amigos parecían limitados a Paul, Mandy y la gente de Salacious.

Paul rio con dureza. —Podría pensar que eres un idiota, pero incluso tú sabes lo suficiente sobre Em para saber que ella no habría hecho eso. Algo le ha pasado a ella.

Matt se bajó para sentarse en los escalones del corredor. —No voy a engancharme en esto contigo. No sé dónde está. ¿Qué te hizo pensar que lo haría? Es probable que haya salido con cualquier tipo. —No quería pelear con Paul, pero el hombre lo estaba irritando. Emily no tenía nada que ver con él, no era su maldito problema.

— ¡Eres un idiota, Pendleton! Ella no ha salido con ningún tipo. ¡Si me hubieras escuchado hace tres meses, lo sabrías! Ella salió con ese tipo para decirle adiós. Sin sexo, sin condiciones. ¡Por el amor de Dios, el tipo tiene alrededor de ochenta y cinco años! ¡Le paga a Emily para que lo acompañe, por el amor de Cristo! ¡Era el único cliente del que no tenías por qué preocuparte, imbécil! Henry Austin llevó a Emily a cenar, vieron algunas viejas películas en blanco y negro y luego la llevó al casino. Le gustan las

chicas bonitas, y le encantaba pasar tiempo con Em. Si la hubieras escuchado en primer lugar, ¡lo habrías sabido! ¡Y te estoy contactando, porque eras mi última esperanza, por eso! Nunca ha sido la misma desde que la abandonaste, dejó de tomar las precauciones que debía hacer para protegerse.

Matt frunció el ceño por la información que Paul acababa de decir, y con dificultad por aceptar el hecho de que le había negado a Emily la oportunidad de explicarlo, porque necesitaba apaciguar su conciencia por haberla abandonado. Por lo que Paul estaba diciendo, la noche había sido perfectamente inocente. ¿Había sido Matt realmente tan cruel, cuando Emily no había hecho nada malo? ¡Mierda! Se sacudió mentalmente, centrándose en el asunto en cuestión. —Protegerse a sí misma? ¿De quién?

—¿De su idiota ex-novio, de él! El que le daba palizas, la trataba como a una esclava, y le arruinó su autoestima. De quien sabrías, si hubieras dedicado el tiempo para escucharla y si hubieras aceptado el precioso regalo que te estaba dando, en lugar de asumir conclusiones y humillarla ...

Matt mantuvo la cabeza entre las manos, cerrando los ojos mientras trataba de captar lo que Paul estaba diciendo. —Creo que es mejor que me cuentes toda la historia.

—¿Por qué? Tú no mereces ninguna explicación después de lo que hiciste, —dijo Paul, su voz llena de disgusto.

Matt apretó los dientes, sabiendo que no podía culpar a Paul por su furia. Matt se lo merecía. —Por favor, Paul.

Hubo un silencio prolongado en el otro extremo de la línea, antes de que Paul hablara y cuando lo hizo, parecía derrotado. —William Collado atrapó a Em cuando tenía dieciocho años de edad y no sabía nada de la vida. Se convirtió en su dominante y la convenció de que el contrato que él le había hecho firmar era irrefutable e irrompible. Lo que siguió para Em fueron casi cuatro años de infierno, de ser tratada peor que un perro, y de ser física, psicológica y emocionalmente abusada día a día, —dijo Paul amargamente—. Mandy y yo la encontramos en San Francisco en un club de BDSM cuando estábamos allí de vacaciones y la convencimos de que lo dejara y viniera a casa con nosotros. Las cosas que ese idiota le hizo a ella son impensables. Le tomó meses recuperar su confianza, dejar de asustarse de las sombras, y empezar a pensar que tenía algo valioso. La había golpeado hasta el punto en que ella creía que no era merecedora de amor, de bondad. Él le había hecho hacer cosas que eran inimaginables. Pasó en el hospital de Seattle la primera semana después de rescatarla, recuperándose de una rasgadura en el recto,

Collado la había obligado a usar un tapón anal, el cual era demasiado grande para una mujer de su tamaño y luego lo dejó metido por horas. Ella estuvo a punto de morir, y le tomó semanas de cuidado antes de recuperarse físicamente. ¿No has visto esas cicatrices en la espalda?

Matt tragó pesadamente. —Sí. —Él no había querido pensar cómo se las había hecho, deseaba en este momento haberle preguntado. Había pensado que tendrían mucho tiempo, y había pospuesto la pregunta hasta que se conocieran mejor. Un error más de su parte.

—La obra de William Collado. Cuando decidió que Em necesitaba ser castigada, no usaba su mano, ni una paleta, ni un azote especial diseñado para esta actividad. Utilizó un látigo. Golpeó casi toda la piel de su espalda. Más de una vez.

Matt apretó los ojos, sintiendo náuseas. —¿Un látigo? —repitió.

—Sí. El tipo es un cabrón de primera clase. Debió haber sido llevado a prisión por lo que había hecho, pero todo lo que me preocupaba en ese momento era quitarle a Emily de sus manos y llevarla a un lugar seguro. — Paul rio ásperamente—. No significaba que no sucediera de nuevo, el tipo se había librado anteriormente, y más de una vez, de problemas legales. La cosa es ... que no creo que haya renunciado a Emily, él la quiere de vuelta, porque piensa que la posee.

—¿Es eso cierto? —preguntó Matt bruscamente.

La voz de Paul explotó al otro lado de la línea, y Matt apartó el auricular de su oreja. —¿Por supuesto que no lo ha hecho! Una relación dominante-sumiso se crea a través del amor mutuo, la confianza y la comprensión. Si el sumiso quiere salir, en cualquier momento, tiene ese derecho. Pero cuando Collado cautivó a Em, ella era joven, no sabía lo suficiente sobre BDSM como para entender que era algo diferente. La había convencido de que la poseía, como si fuera un mueble o un jodido auto.

La amargura en la voz de Paul llegó a través del receptor alto y claro y Matt sintió su propia ira aumentando al pensar en lo que le había hecho a Emily. Esto explicaba mucho acerca de su reticencia en revelar su pasado, su necesidad de ser tan sincera acerca de lo que ella aceptaría y lo que no de él. Su miedo a confiar en él. Matt cerró los ojos, consciente de que la había herido, no de la misma manera, pero tan gravemente como lo había hecho William Collado. —¿Qué puedo hacer?

—Nada. Lo tenemos todo bajo control. Sólo necesitaba cubrir todas las bases, y asegurarme de que no sabías nada, —dijo Paul fríamente—. Sus

amigos la estamos buscando ahora. No nos rendiremos hasta que la encontremos.

Desconectó la llamada, antes de que Matt tuviera la oportunidad de decir algo más.



Matt miró hacia la playa después de que Paul colgó, repasando lo que le había dicho. Estaba preocupado, pensando en dónde podría estar Emily. Por lo que dijo Paul, este tipo Collado era peligroso, y él podría habérsela llevado. El corazón de Matt se contrajo en su pecho y sintió náuseas, sabiendo que no le había dado a Emily una oportunidad. ¿Por qué no la había escuchado aquella noche? ¿Por qué no le había dado la oportunidad de explicar lo que había estado haciendo, en lugar de abusar de ella como ese tipo lo había hecho?

Porque poner la culpa sobre Emily había sido la mejor opción. No había querido terminar las cosas con ella, pero había sentido que tenía que hacerlo, por el bien de Courtney. La idea de que Emily le mintiera, y lo engañara había sido el salvavidas para el cargo de conciencia de Matt, una forma de validar su decisión y lo había hecho sentir como un gran idiota. ¡Carajo! había sido tan estúpido. ¿Había cometido un gran error?

Sabía que sí. A pesar de las dificultades, a pesar de los problemas ... él debió haber estado dispuesto a luchar por Emily, no dejarla porque todo parecía demasiado difícil. Había usado los argumentos de Courtney como excusa para terminarle, y su sospecha de infidelidad como una forma de alejar la culpa de sí mismo. En ese instante, Matt se dio cuenta de lo jodida que era su vida, sin Emily en ella. Cuánto le habría encantado pasar tiempo con ella.

Cuánto la había amado.

Cuánto la amaba aún.

Amaba a sus hijos, ¡Dios! los amaba tanto, pero con una claridad asombrosa, Matt sabía que estaba enamorado de Emily y que, si no la recuperaba, su vida sólo sería a medias. Aunque había amado a Caroline profundamente, sospechaba que Emily era su alma gemela, la otra mitad de su mundo. Con una silenciosa oración a Caroline, implorando por su comprensión, Matt admitió lo que debería haber hecho hace meses.

Estaba enamorado de Emily Coulter.

Matt miró hacia arriba y estudió el cielo por un momento, reflexionando sobre qué hacer a continuación.

Una estrella fugaz cruzó el oscuro horizonte descendiendo hacia Seattle y Emily. Matt no era un gran creyente en el destino, o cualquier basura de esas, pero tuvo que preguntarse si esto era un mensaje de su amada esposa y si ella le estaba indicando la dirección hacia la cual él estaba destinado a dirigirse.

Estaba a punto de ponerse de pie, cuando sintió un suave toque en su hombro y alzó la vista para descubrir a Courtney de pie junto a él, sus marrones ojos expresaban su preocupación. —¿Papá? ¿Qué pasa?

Matt tomó una fracción de segundo para pensar antes de hablar. Lo que estaba a punto de decir podría destruir su relación recientemente reconstruida, pero no quería engañarla, no quería contarle mentiras. —Emily está desaparecida. Paul cree que ha sido secuestrada.

Courtney tragó con dificultad. —Eso es malo. ¿Quién se la habría llevado?

—Ella tenía un novio, hace un tiempo. Paul piensa que podría ser él.

Courtney permaneció en silencio durante un largo rato, antes de sentarse en el escalón que estaba junto a él. —Te preocupas por ella, ¿no?

—Mucho, Courtney —admitió Matt en voz baja.

—Tal vez deberíamos irnos a casa, para que podamos ayudar a buscarla.

Matt apenas podía creer lo que oía. —¿Estás segura mi amor?

Courtney asintió, vacilante. —Sí. Creo que deberíamos. —Ella apartó la vista y se mordió el labio pensativamente—. No puedo decir que estoy emocionada con la idea, pero puedo entender lo solo que te sientes después de que mamá murió. Y yo estaba siendo egoísta. Debí haber considerado tus sentimientos, no sólo los míos.

Matt miró a su hija durante un minuto, sus ojos se dilataron. ¿Era esta la misma chica, con quien había sido insoportable vivir sólo unos meses atrás? Aun cuando Matt no había tenido mucha fe en Mark Warren, tenía que admitir que, el tipo le había llegado a Courtney, más de lo que cualquiera de ellos había sido capaz, desde la muerte de Caroline. —Gracias cariño, lo aprecio mucho—. Le rodeó con el brazo el hombro, y su corazón se quería salir del pecho cuando ella lo permitió, e incluso se acurrucó aún más cerca.

La puerta de la cabaña se abrió de golpe y Brandon salió. —Papá, ¿si vamos a jugar monopolio?

Courtney respondió por él, ofreciendo a Matt una leve sonrisa. —No, nos vamos a casa. Algo importante ha surgido.

Capítulo Veintidós:

La música de la radio coincidía con el estado de ánimo de Matt; música alternativa, que esencialmente lo incitaba a conducir más rápido, para llegar a Seattle lo más rápidamente posible. El sentido de urgencia era abrumador; podía sentirlo desde la punta de sus dedos agarrando el volante, a los músculos tensos en sus hombros y columna vertebral. Estaba tratando de dominar el pánico, que contraía el músculo en su abdomen, consciente de que traía a los niños sentados en la parte de atrás. No sería bueno para ellos que se dieran cuenta de lo ansioso que realmente estaba, pero le preocupaba que ya fuera demasiado tarde.

Courtney estaba encorvada en el asiento a su lado, con los brazos apretados alrededor de su cintura y su pelo largo y oscuro cubriendo su cara y ocultando sus bellos rasgos. Su lenguaje corporal dejaba ver un estrés similar al que Matt estaba esforzándose intensamente por disimular.

Matt apartó su mano del volante por un momento, pasando los dedos por el sedoso cabello de Courtney.

Cuando Courtney alzó la vista, el corazón de Matt se retorció cuando vio lágrimas no derramadas en sus pestañas.

—Estará bien, Court, —murmuró, tratando de ofrecerle algo de consuelo—. Estará bien. La encontrarán.

—Es mi culpa, papi.

¡Diablos! Ella no lo había llamado papi en años, aun desde antes de que Caroline muriera. Su corazón se estremeció al oírla decirlo ahora, con palabras tan llena de culpa y dolor. —No es culpa tuya, nena, —contestó Matt, indicando que girarían hacia la rampa de salida que conducía a Seattle.

—Si yo no hubiera sido tan bruta ... si no hubiera hecho que tú y Emily se alejaran ... esto no habría sucedido.

—Yo tengo la culpa, Courtney. No tú. Pasaron algunas cosas, y yo no le di a Emily la oportunidad de explicarlo. Debí haberlo hecho, en vez de sacar mis propias conclusiones.

—Tú terminaste con ella por mí, ¿verdad? —preguntó Courtney en voz baja—. Porque me estaba ... cortando a mí misma.

Era la primera vez que Courtney se refería a sus problemas psicológicos y Matt inhaló profundamente antes de responder. —Cariño, rompí con Emily por una serie de factores. No sólo por tus dificultades. Estabas pasando por

un momento difícil. Ojalá hubiera sabido lo duro que era para ti, pero sinceramente nunca lo imaginé ... —Matt se quedó sin saber qué decir.

—Estaba fingiendo —dijo Courtney, volviéndose hacia la oscura ventana—. Quería que alguien se diera cuenta; alguien que se preocupara por lo mucho que me dolía después de que mamá muriera.

—Te vi, cariño.

—Pero tú no lo hiciste papá, tú estabas tan ocupado tratando de mantener todo bajo control que no me viste.

Matt puso su mano en el hombro de Courtney y la apretó suavemente — Puede que no lo creas, pero te vi, nena. Te veía todas las mañanas, cuando salías de tu habitación y tus ojos estaban rojos de llorar por tu mamá. Te veía todas las noches, cuando ponías esa foto de mamá debajo de tu almohada y dormías con tu mano contra ella. Te seguí cuando fuiste al cementerio para sentarte con tu mamá, para asegurarme de que estabas bien y de que llegaras segura a casa. He querido estar ahí para ti, en cada paso del camino, pero no estoy seguro de que lo haya hecho bien todas las veces.

Las lágrimas gotearon por la mejilla de Courtney y se volvió para mirarlo, con los ojos muy abiertos. —No creía que supieras sobre esas cosas.

Matt sacudió la cabeza. —Soy tu papá. Es mi trabajo saberlo.

—Estaba tan furiosa porque tú y Emily ... —Courtney se ruborizó y volvió a mirar hacia la ventana.

Matt se ruborizó de vergüenza, pero logró conservar su compostura. No estaba muy seguro de cómo responder. —Siento que tuvieras que averiguarlo de esa manera, Courtney. Quisiera nunca haberte hecho tanto daño.

Courtney se quedó en silencio durante unos minutos, antes de volver a hablar. —Como dijo el señor Warren, no debí haber estado escuchando a escondidas. Dice que todas nuestras acciones tienen consecuencias. Si no hubiera sido tan horrible con Emily y no hubiera estado tan enfadada contigo, Emily no estaría desaparecida.

—Si este tipo estaba decidido a conseguir a Emily, no hay nada que alguien pudiera haber hecho para detenerlo, —respondió Matt, agarrando el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. Nada de esto fue tu culpa, Courtney.

—¡Fue mi culpa! ¡Sabía que te gustaba, y no quería que te llevara lejos de nosotros!

Matt miró a su hija y vio las lágrimas corriendo libremente por sus mejillas de nuevo. —Courtney, escúchame. Emily nunca me hubiera alejado

de ti. Ninguna mujer puede interponerse entre ustedes y yo. Siempre serán mi mayor prioridad. Siempre.

—Pero y si él le hace daño ... —Las palabras de Courtney se disiparon bruscamente y sollozó, sosteniendo su mano sobre su boca.

El pecho de Matt se contrajo dolorosamente al pensar en lo que Collado podría estar haciéndole a Emily. *Si la tenía*, se recordó a sí mismo. Matt todavía se aferraba a una pizca de esperanza de que Emily se hubiese ido para alguna otra parte, y había olvidado decírselo a alguien, pero incluso mientras permitía que la esperanza recorriera su mente, esta se desvanecía. Paul había dicho que siempre había sido tan cuidadosa, pero que no parecía importarle más después de que él había terminado con ella. Después de haber sido un bastardo. Si muriera, sería culpa suya. ¡Jesús! toda su relación había brincado de un desastre a otro. Si sólo le hubiera demostrado más confianza, si sólo le hubiera dado la oportunidad de explicar.

Pasando los dedos por su pelo, Matt se hizo una promesa. Si Emily sobrevivía a esto, juró a Dios que nunca dudaría de ella, nunca más. Él le demostraría que la amaba, todos los días por el resto de sus vidas. A pesar de los problemas que estaban enfrentando, él la amaba.

Y no la dejaría ir de nuevo. Nunca más.



Matt se detuvo en la entrada de su casa, apagó el auto y se dejó caer en el asiento. Tenía los ojos arrugados por el cansancio, los hombros rígidos de agotamiento. Había sido una noche terrible, y sus niveles de ansiedad no habían disminuido ni un poquito durante las cuatro horas de viaje de regreso a casa. Planeaba organizar a los niños y luego llamar a Paul para saber cómo iban las cosas. Sabía que Paul no estaría contento por su llamada, pero realmente no tenía a nadie más a quien acudir. Además, les debía a Paul y a Mandy una disculpa, quienes hacía algunos meses le habían intentado convencer de que escuchara las razones de Emily, pero él había sido demasiado obstinado para escucharlos. Necesitaba tragarse el orgullo, y dejar de ser un egoísta que solo piensa en sí mismo.

—Vamos, niños. Bajaremos todo por la mañana. Por ahora, todos debemos dormir un poco. —Sugirió Matt exhausto.

Courtney desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche, tan cansada como Matt. Estiró la mano hacia el asiento trasero del pasajero para desabrochar el cinturón de seguridad de Millie, mientras Matt despertaba suavemente a Harper y a Brandon, que venían durmiendo durante las últimas dos horas.

Matt subió las escaleras que conducían a la casa, deseando poder salir inmediatamente a empezar a buscar a Emily. Pero sabía por experiencia que el agotamiento no ayudaría en la tarea de encontrar a una persona desaparecida, sino que lo llevaría a tomar malas decisiones y perder pistas importantes. Por ahora, necesitaba dormir, recuperarse y comenzar a primera hora de la mañana. Se pondría en contacto con Paul, le daría sus disculpas y pediría la información más reciente sobre Emily. En el área de “Personas Desaparecidas” estarían manejando el caso, pero Matt estaba seguro de que iba a ser bienvenido para ayudar en la búsqueda. Tendría que llamar a sus padres por la mañana, pedirles que cuidaran a los niños. Courtney había manifestado en el auto su determinación de ayudar y Matt pensó que podría ser importante para ella participar. Ella cargaba mucha culpa por el secuestro de

Emily; a pesar de todas las veces que Matt había intentado decirle que no tenía nada que ver con eso.

Mientras metía la llave en la cerradura, su única intención era cerrar la puerta, tomar una botella de agua y tirarse en la cama. Planeaba poner la alarma a las seis de la mañana, lo cual sería un tiempo de descanso suficiente que le permitiría aguantar durante el día. Envió una oración silenciosa para que cuando se despertara, alguien ya hubiera encontrado a Emily sana y salva.

Empujando la puerta, Matt hizo pasar hacia adentro primero a los niños, y casi se cae sobre ellos cuando Courtney se detuvo abruptamente justo dentro de la entrada.

—¿Qué diablos? —Matt maldijo, agarrando el hombro de Courtney para evitar caerse y tumbarlos a todos con él.

Siguió la dirección de la mirada de Courtney y sus propios ojos se agrandaron, asimilando la horrorosa escena ante él. Maldijo, al saber que no tenía armas a la mano para tratar este asunto.

Millie y Harper comenzaron a gritar. Brandon permaneció en silencio, su mirada se fijó en el centro de la habitación.

En el área entre el salón y el comedor, alguien estaba atado, de espaldas a él y a los niños, una cadena de cadenas se extendía desde sus muñecas hasta un enorme gancho de carnicería, el cual había sido atornillado en la pesada viga del techo que delineaba la división entre los dos espacios. La bilis se precipitó hacia la garganta de Matt cuando vio los rizos oscuros.

Santa Madre de Dios. Era Emily.

La habían despojado de su vestido, dejándola solo con su ropa interior, y estaba lejos de Matt y los niños. Al principio, era difícil distinguir lo que estaba viendo; la espalda y los muslos de Emily estaban cubiertos de verdugones, cortes y magulladuras, su piel parecía carne desmenuzada. Nunca había visto nada parecido en su vida y tuvo que tragarse la bilis mientras su mente procesaba lo que estaba viendo en cámara lenta. Emily llevaba ropa interior de algodón blanco o, al menos, había sido; la parte de atrás del material se había empapado de sangre.

Matt agarró el brazo de Courtney, empujándola detrás de él, incluso mientras intentaba frenéticamente empujar a los cuatro niños hacia atrás, hacia la puerta principal, pero cada uno de ellos se había congelado en su lugar. Los ojos de Courtney se volvieron más redondos mientras miraba la espalda de Emily y Matt podía ver que su hija seguía tratando de procesar lo que estaba viendo. Millie seguía gritando, pero Harper miraba callada e inmóvil.

Cuando Courtney recuperó sus sentidos lo suficiente como para moverse, envolvió sus brazos alrededor de su padre y enterró su rostro contra su pecho, sollozando histéricamente.

—Courtney ... por el amor de Cristo ... —Matt suplicó a su hija, tratando desesperadamente de desenrollar sus brazos alrededor de su cintura, queriendo sacarla a ella y a los demás fuera de la casa, mientras todavía había tiempo. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, rezó para que quienquiera que le hubiera hecho esto a Emily, la hubiera abandonado allí y ya se hubiese marchado, pero Matt lo dudaba. Esto era una especie de broma enfermiza, y él y sus hijos acababan de convertirse en una pieza más del juego.

—No piensas marcharte, ¿verdad?

El hombre apareció junto a Emily, una pistola en una mano, un látigo en la otra. El látigo estaba hecho de múltiples longitudes de cuero corto, y la furia de Matt creció cuando vio bolas de metal trenzadas en el tejido del cuero. El látigo había sido diseñado para una cosa, y sólo una cosa: causar el máximo daño físico. Matt no podía imaginar el dolor que Emily había sufrido desde que la habían secuestrado. Movié los niños con cautela, tratando de protegerlos detrás de su cuerpo. Sería de poco beneficio si el tipo disparara, pero en lo único en que Matt podía concentrarse era en sacar a los niños por la puerta de entrada para protegerlos ... sólo unos cuantos centímetros más...

—No, insisto. Cierra la puerta y únete a nosotros.

Courtney cerró la puerta y se volvió para agarrar el brazo de Matt, pero el hombre agitó la pistola en dirección a la puerta.

—Ponle el seguro.

Con los dedos temblorosos, Courtney hizo lo que le había pedido, antes de girar y volver a abrazar fuertemente a Matt y agarrando la mano de Millie en la suya. Harper y Brandon estaban de pie juntos, y Matt notó que Brandon había colocado su brazo protectoramente alrededor de su hermana mayor. Millie por fin había dejado de gritar, pero ahora estaba de pie, con su rostro apretado contra la cadera de Courtney, como si se mantuviera lejos de ver la escena, como si realmente no estuviera pasando.

—Ahora, vengan y pónganse cómodos, —anunció el tipo



¿Cómo diablos este tipo sabía de Matt y su familia? ¿Cómo había conseguido su dirección? Estas y otras docenas de preguntas seguían atravesando la mente de Matt mientras observaba cautelosamente al pistolero. ¿Quién era él? Era William Collado, el tipo del cual Paul sospechaba que era responsable del secuestro de Emily.

El hombre había estado caminando nerviosamente durante los últimos diez minutos, desde que había obligado a Courtney a atar las manos de Matt con correas a su espalda. Una vez que Matt fue contenido, el asqueroso había hecho que Courtney atara a sus hermanos con correas en las muñecas por delante, antes de hacer lo mismo con Courtney. La sangre de Matt hervía en sus venas cuando vio la forma en que el tipo había mirado el pecho de Courtney.

Había situado a Matt en el sofá al frente de donde Emily estaba desplomada contra las cadenas, y los niños estaban sentados a ambos lados de él. El corazón de Matt latía en su garganta, sospechando que Emily ya estaba muerta, pero él la había visto tomar respiraciones superficiales, que indicaban que estaba con vida. Su cabeza estaba inclinada, y no la había oído hacer ningún sonido desde que habían llegado. Esperaba que, por su propio beneficio, Emily estuviera inconsciente. La idea de que ella estuviera alerta de su condición era insoportable; la idea de saber el dolor por el cual atravesaba era intolerable.

Las chicas se aferraban a Matt, Harper a su izquierda y Millie a su derecha. Millie había fijado su mirada en Emily desde que los habían colocado en el sofá, con los ojos muy abiertos, y mordiéndose el labio con ansiedad. Courtney estaba junto a Millie mirando a lo lejos, con la cabeza apoyada en el respaldo del sofá. Harper y Brandon habían adoptado una postura similar.

—¿Quién es usted? —preguntó Matt con cautela.

El tipo se acomodó en uno de los sillones y estudió a Matt con curiosidad antes de hablar, confirmando lo que Matt había sospechado. —William

Collado. Y tú eres Matt Pendleton.

—Eso es correcto. ¿Cómo lo sabes? Matt se tomó unos minutos para estudiar a Collado, tratando de encontrar alguna debilidad que pudiera explotar. Una inspección superficial de la sala de estar había identificado que no había nada que pudiera utilizar como arma contra el arma de Collado. En su prisa, Courtney no había conseguido asegurar las correas alrededor de las muñecas de Matt con firmeza, aunque tenía cierta flexibilidad, estaban lo suficientemente apretadas como para asegurarse de que no podía zafarse de ellas.

Collado media aproximadamente un metro con ochenta de estatura, de hombros anchos, cabellos y ojos oscuros. Su tez era pálida, como si no hubiera visto mucho sol últimamente. Llevaba pantalones negros y una camisa formal a rayas con las mangas enrolladas hasta los codos, con el cuello arruinado. Cuando se había acercado, Matt se había puesto iracundo al ver las gotas de sangre que habían manchado la camisa, obviamente provenientes de sus ataques a Emily.

—Porque robaste algo que me pertenecía por derecho.

La mirada de Matt se volvió hacia Emily, su corazón latía en su pecho mientras comprobaba de nuevo si había señales de que todavía respiraba. Necesitaba encontrar una forma de sacarla a ella y a los niños de allí, y rápido. —Emily no le pertenece a nadie. Es dueña de sí misma.

Collado murmuraba bajo su aliento cuando empezó a caminar, balanceando el látigo hacia adelante y hacia atrás y agitando la pistola al azar. Matt había identificado visualmente que el seguro no estaba puesto, y se encogía cada vez que veía el dedo de Collado contraerse contra el gatillo. —Emily no es dueña de sí misma. Ella es mi pertenencia. Se escapó de mí sin tener derecho a irse. Por lo tanto, —dijo, blandiendo el látigo—, necesita ser castigada.

—Puedo entender que me retengas a mí acá, pero ¿qué tal si dejas que los niños se vayan?, —sugirió Matt con cautela—. Sólo son niños. No tienen nada que ver con esto. Este problema está entre tú, Emily y yo.

Collado sacudió la cabeza con vehemencia, sacudiendo la pistola de una manera más agitada y Matt se encogió. —No. De ninguna manera. Esos mocosos son los niños de un detective de policía, —dijo con un desprecio—. Saldrían directamente y llamarían a la policía.

Matt lo intentó de nuevo. —Son sólo niños, Collado. Tenerlos aquí, simplemente complica las cosas. Sería mejor que trataras con Emily y

conmigo, te da mucho más margen de maniobra para organizar tu huida. Seis secuestrados son demasiado para manejar.

—¡No me digas qué hacer!

Para el horror de Matt, Collado se volvió hacia Emily, desplegó las hebras del látigo y le azotó la espalda ya destruida. Emily apenas se movió después del reciente ataque, pero la sangre fresca comenzó a correr por sus piernas.

—¡Detente! —gritó Matt con enojo. ¡Déjala en paz!

Collado se volvió y miró fijamente a Matt, sus oscuros ojos llenos de furia. —Hago lo que quiera con esta pequeña zorra. Ella es mía. Siempre ha sido mía. Esto es tu culpa. Tocaste lo que no te pertenecía.

—¡No te pertenece! —gritó Matt. Se encogió cuando Collado volvió a lanzar el látigo a Emily. El sonido del cuero golpeando la piel de Emily era algo que Matt pensaba que nunca borraría de su memoria—. ¡Para! ¡Por Dios, detente!

Matt podía sentir a Harper y Millie temblando contra sus costados, y apretó las manos en puños, preguntándose cómo podría sacarlos de este lío.

Collado se volvió hacia ellos, riendo cruelmente. —Ella firmó mi contrato. Es mi pertenencia, mi juguete.

—¡No te servirá de nada, si está muerta!

Collado levantó una ceja. —No te preocupes; no voy a matarla. Voy a tener mi diversión, y cuando haya terminado, tengo un socio que me la quitará de las manos y me pagará por el privilegio. Él la “arreglará” y la tendrá en el salón de subastas para el final del mes. No me importa lo que le ocurra una vez que cobre mi venganza. —Collado frotó el cañón de la pistola contra su camisa, mirando a Matt y a los niños pensativamente—. Después, volveré a San Francisco, y olvidaré que esta puta alguna vez se cruzó en mi camino.

Matt pudo adivinar lo que Collado no dijo verbalmente. No quedarían testigos. Collado pretendía matarlos a todos ellos. —El Departamento de Policía de Seattle podría tener algo que decir al respecto —dijo Matt, y se mordió el labio, deseando no haber argumentado. Él conocía mejor que nadie una situación de rehén, pero él nunca había estado en esas circunstancias y menos con sus propios niños de rehenes.

Collado se rio entre dientes. —Estás bromeando, ¿verdad? A nadie le importará este pedazo de basura, es una puta. Dudo que alguien se dé cuenta de que se ha ido.

Millie tiró con urgencia de la camiseta de Matt con sus manos atadas, y él la miró. Millie tenía los ojos muy abiertos de miedo. —Papá, necesito hacer

pipí.

—Calla a tu niña —gruñó Collado.

—¡Tengo que hacer pis! —repitió Millie.

Matt negó con la cabeza, sin saber cómo lidiar con esta última situación. Collado estaba al filo de la navaja, loco y nervioso, y esta situación sólo empeoraría las cosas. —¿Puedes aguantarte, cariño?

Millie sacudió la cabeza firmemente, cada vez más agresiva con cada segundo que pasaba. —Tengo que hacer pipí, papá. ¡Necesito hacer pipí!

¡Por el amor de Dios! —gritó Collado. Él blandió el arma hacia Courtney y Matt se estremeció. Lleva a la perrita al baño y vuelve aquí. Si no haces lo que te digo, mataré a tu papá. ¿Me has oído?

Courtney asintió asustada. No puedo ayudarla con las manos atadas ...

—¡Carajo! —Collado miró alrededor de la habitación descontroladamente, antes de que desapareciera por una fracción de segundo hacia la cocina. Volvió con un gran cuchillo de cocina, y Matt miró horrorizado mientras Collado cortaba las correas entre las manos de Courtney —. Dos minutos. Si no vuelves en dos minutos, mataré a alguien. ¿Entiendes?

Courtney asintió ansiosamente, se levantó y se apresuró a tomar la mano de Millie y la dirigió por el pasillo.

—Tienes que dejar ir a los niños, Collado —dijo Matt en voz baja cuando las chicas habían desaparecido. Mátame si tienes que hacerlo, pero no lastimes a mis hijos.

—Cállate.

—No te saldrás con la tuya. Tu cara será pública a través de cada canal de televisión y cada sitio de noticias en Internet.

—Te lo dije, a nadie le importará esta puta, —se burló Collado. No es nada para nadie.

Matt alzó una ceja. Juraría por Dios que Collado tenía que saber quién era Emily. No podría olvidar el nombre Coulter, ¿no? ¿Podría este bastardo haber estado involucrado con Emily durante cuatro años, y no saber quién era su padre?

¡Jesús! Esta situación acababa de empeorar. Cuando Collado descubriera a quién estaba reteniendo, y se diera cuenta del tamaño del estanque en el que estaba meando, los mataría a todos y cruzaría la frontera a México en un tiempo récord. Matt tiró frenéticamente las ataduras de correas, desesperado por liberar sus manos.

—¿Dónde están esas jodidas niñas? —preguntó Collado, volviendo la mirada hacia el pasillo—. ¡Oigan! ¡pequeñas porquerías! ¡Vuelvan acá ya mismo!

Para alivio de Matt, las dos chicas volvieron corriendo por el pasillo, Courtney se aferró a su hermana pequeña cuando las dos regresaron al sofá.

—Ya era hora de que regresaran estas perras. Siéntense con su papá de nuevo, como buenas niñas. —Courtney se apresuró a sentarse junto a Matt, y tropezó un poco, cayendo sobre él torpemente.

Antes de enderezarse, le susurró al oído. —Pistola. Espalda baja.

Courtney se enderezó y se sentó al lado de Matt, lo más cerca que pudo, mientras Matt intentaba entender lo que le estaba diciendo. Collado no tenía una pistola en la parte baja de la espalda, su camisa estaba metida y no había ninguna señal visible de una segunda pistola.

Un momento. Courtney no podía estar hablando de su arma de repuesto, ¿o sí? El arma se mantenía guardada en la caja de seguridad en su guardarropa. Seguramente no ... Miró a Courtney, vio que ella usaba sus ojos para señalar hacia su espalda. ¡Cristo! se había apoderado de su arma. Pero ¿qué podía hacer? Todavía tenía las manos atadas a la espalda.

Collado miraba con lujuria a Courtney —Es un buen espécimen de mujer, ¿no? Curvas ... en todas las partes correctas. Me gustan las jóvenes. Emily nunca jugaría ese juego para mí, sin importar lo mucho que la golpeará.

Matt pensó que iba a vomitar, mientras veía como Collado miraba a su hermosa hija, como si fuera un trozo de carne. Collado se volvió hacia la mesa del comedor, donde había dejado un montón de ataduras. Matt estaba a punto de lanzarse hacia Collado, al diablo con el hecho de que sus manos todavía estaban atadas a la espalda, cuando sintió que Courtney ponía algo entre sus dedos.

Pasó el pulgar por el objeto y tuvo que evitar hacer muecas cuando se cortó profundamente la yema de su dedo pulgar.

Courtney le había entregado una cuchilla de afeitar.

Capítulo Veintitrés:

Aunque la cuchilla de afeitar estaba extraordinariamente afilada, Matt tardó unos minutos en cortar las ataduras de las correas. Maniobrarla en los dedos sin dejarla caer y ponerla en una posición para poder cortarlas sin ver, fue difícil. Para empeorar las cosas, estaba tratando de hacerlo sin que Collado se diera cuenta de lo que estaba pasando. Y estaba completamente aterrorizado de dejar caer la cuchilla de afeitar y de perder esta oportunidad que le habían dado. Cortó casi todos sus dedos en el esfuerzo, y sus manos se mancharon de sangre. Pero él perseveró, sabiendo que tenía que poner a sus hijos y a Emily a salvo. Lo que haría después de liberarse, Matt no lo sabía, pero sabía que tenía que hacer algo y pronto.

Collado se había desviado y había encendido la televisión. Estaba mirando a Matt y a los niños, a Emily y a la pantalla. Aparentemente se había olvidado de las correas y Courtney y Millie seguían libres. —Es mierda, a nadie le importa esta perra, —repitió Collado, su voz era murmullo confuso. Se volvió y descargó el látigo sobre los muslos de Emily y ella gimió.

Collado giró a Emily alrededor de las cadenas y Matt se encogió cuando escuchó a Emily gritar. Collado había agarrado su hombro superior, sin importarle que estuviera ejerciendo presión sobre su carne lacerada. —Saluda a tus amigos.

Emily parpadeó con los ojos abiertos, temblando por la combinación de dolor y sorpresa. Se fijó en Matt y él pudo ver el horror en sus ojos azules cuando vio que los niños estaban con él. —Lo siento mucho, susurró.

Matt cortó la última pieza de plástico que le ataba las manos, y una oleada de adrenalina se precipitó a través de sus venas mientras sentía que las ataduras de cables cedían. —No es tu culpa.

—Sí lo es ... debí haber sido más cuidadosa ... No está bien ...

—¡Cállate! —gritó Collado. Volviendo su atención hacia Emily y tirando de nuevo el látigo en su mano para golpearla una vez más.

Matt se aprovechó de la fracción de segundo de oportunidad, la única oportunidad que podía ver de sacarlos de este lío. No creía que tuviera tiempo de agarrar el arma. Se lanzó del sofá, corriendo hacia Collado y golpeándolo con la cabeza en la parte baja de su espalda. Le sacó el aire a Collado y este se tambaleó hacia delante, estrellándose contra Emily antes de perder el equilibrio. Matt se fue contra él, forcejeando por el arma. Tenía que quitarle el arma a Collado, tenía que alcanzarle la mano en estos pocos

segundos, o todos iban a morir. Mandó un golpe al azar, buscando cualquier parte del cuerpo que pudiera golpear.

Collado rodó, alcanzando el arma y Matt vio con horror la intención que tenía de dispararle a Emily. Matt se lanzó hacia adelante, agarrando el arma y tratando de golpear la muñeca de Collado contra el suelo, tratando de forzarlo a soltarla. Al fondo, Matt podía oír a los niños gritando y gritó a Courtney. — ¡Sácalos de aquí! ¡Llama al 911!

No vio si Courtney había escuchado su petición, porque Collado había alcanzado la parte superior de su mano y había dirigido la pistola hacia el torso de Matt. Con un esfuerzo enorme, Matt rodó y logró conectar un par de golpes en el estómago de Collado. Collado gruñó de dolor, pero levantó la pistola y golpeó el mango contra la cara de Matt. Matt sacudió la cabeza, tratando de aclarar su visión que se nublaba y agarró de nuevo el arma.

—¡Para! ¡Deja a mi papá tranquilo, o voy a disparar! —gritó Courtney.

El arma de Collado había partido la sien de Matt y la sangre le caía por la cara, perdiendo la vista de su ojo derecho. Se centró en su entorno, vio que Collado estaba tendido en el suelo, todavía sosteniendo su propia arma, pero su atención se centró en Courtney, que se paró frente a ellos, con la pistola de repuesto de Matt apuntando a la cabeza de Collado apretando con las dos manos. No había rastro de los demás niños y Matt esperaba que hubieran llegado a casa de alguno de los vecinos a pedir ayuda.

—No dispararás, —se burló Collado, recuperando algo de su compostura. Levantó su propia pistola y apuntó hacia Matt—. Voy a matar a tu padre.

La situación iba a terminar muy mal. Las manos de Courtney temblaban violentamente y ella estaba aterrada, su cara blanca y contraída por el miedo. Durante unos segundos, que parecían horas, podía ver cómo iba a terminar todo. Collado descubriría el engaño de Courtney, y él estaba adivinando la verdad. Courtney no podía dispararle a alguien a sangre fría. Collado lo mataría y luego mataría a su hija. Matt estaba congelado, aterrorizado por las consecuencias.

Por el rabillo del ojo, Matt vio que Emily se movía ligeramente, haciendo una mueca de dolor mientras levantaba su pierna y daba patadas a Collado. Fue un esfuerzo débil, dada su terrible condición, pero lo suficiente como para dejar a Collado fuera de balance. Matt aprovechó la oportunidad para arremeter y esta vez le agarró la mano. Agarró la pistola y golpeó a Collado contra la pared del salón, golpeando su muñeca repetidamente contra la pared de yeso hasta que Collado perdió el control de la pistola.

Matt estaba rojo de la ira, golpeó a Collado una y otra vez. El miedo de lo que podía haber ocurrido, la rabia por lo que Collado le había hecho a Emily, y el terror al pensar en lo cerca que había llegado de perder a sus hijos por este bastardo, llevó a Matt a golpear a Collado con los puños, incapaz de detenerse.

—¡Papá! ¡Papá! —le gritó Courtney, y mientras la ira se calmaba, Matt se dio cuenta de que Collado estaba tendido en el suelo con su rostro envuelto en sangre. A lo lejos, el sonido de las sirenas se acercaba, y sintió el alivio en sus hombros. Se puso de pie, sacando cuidadosamente el arma del cuerpo inconsciente de Collado, antes de dirigirse a Courtney—. Dame el arma, cariño —se acercó cautelosamente a Courtney y sacó la pistola cuidadosamente de sus temblorosos dedos.

Courtney se fijó en Collado. —¿Está ... está muerto?

Matt sacudió la cabeza. —No, cariño. No está muerto.

Courtney voló en sus brazos y se envolvió alrededor de él, sollozando históricamente y Matt hundido cayó al suelo sintiendo un gran alivio.



Los paramédicos y el servicio de bomberos llegaron a pocos minutos de la policía, y Emily fue liberada de sus ataduras y colocada cuidadosamente en una camilla sobre su estómago, antes de ser llevada al Seattle Memorial. Ella perdió el conocimiento mientras Matt y Courtney trataban de liberarla, y Matt observaba ansiosamente mientras los miembros del Servicio de Bomberos de Seattle se hacían cargo, cortando las cadenas con una pinza corta cadenas.

Matt necesitaba media docena de puntos de sutura en su frente, y sus dedos eran un desastre de vendajes donde la cuchilla de afeitar le había cortado su piel múltiples veces. Sus nudillos eran negros y azules de la paliza que le había propinado a Collado. Cuando Matt reflexionó acerca de las heridas de Emily, pensó que él y los niños habían tenido suerte.

Para su alivio, ninguno de los chicos había resultado herido, y a pesar de que los acontecimientos de la mañana los habían sacudido bastante, se recuperaban. Millie opinaba que ella era la responsable del final del secuestro y decía a cada persona que tomara el tiempo para escucharla, que ella lo había solucionado solo por la necesidad de hacer pis. La verdadera heroína, según Matt, había sido Courtney. Mientras Millie estaba en el cuarto de baño, Courtney había demostrado astucia para quitar la cuchilla de la maquinilla de afeitar de Matt y de ir a su habitación para tomar el arma de repuesto. Todavía no estaba seguro de lo que sentía de como Courtney había asumido ese tipo de riesgos, ni se sentía emocionado de que ella supiera la combinación de la cajilla de seguridad en donde estaba guardada el arma, pero no era el momento para discutir el tema. Ella los había salvado a todos, y Matt estaba increíblemente orgulloso de ella.

Matt salió del servicio de urgencias con un montón de pastillas para el dolor, algunos antibióticos y un fuerte dolor de cabeza, que sospechaba que no se quitaría hasta que estuviera seguro de que Emily estaba bien. La familia y los amigos habían bajado al hospital y estaban de pie impacientemente en la sala de espera, y Matt fue acogido por un feroz abrazo grupal de sus hijos.

—¿Cómo está Emily? —preguntó ansiosamente Matt a su papá, mirándolo por encima de la cabeza de sus hijos.

—Ella está arriba en la UCI. Su madre y una hermana están con ella, y su amiga Sally está esperando cualquier noticia en la sala de espera de la UCI, —explicó Jim. Sacudió la mano de Matt y Matt pudo ver el alivio en los ojos de su padre y supuso que la polémica y las recriminaciones de los últimos meses habían sido perdonados.

La madre de Matt lo atrajo hacia ella y lo abrazó con fuerza y Matt envolvió sus brazos alrededor de la espalda de su madre, recibiendo consuelo de su abrazo. —Lo siento mucho, hijo. Por todo. Esa pobre joven ... está muy mal por lo que hemos oído.

Matt se apartó de su madre y asintió ansiosamente. —Yo la quiero, mamá.

Durante un largo rato, Clare miró a su hijo, y pudo ver las emociones reflejadas en su rostro como un *collage* de pensamientos. Finalmente, miró a su marido que estaba de pie a su lado y él asintió imperceptiblemente. —Muy bien, Matt. Te lo prometo, trataremos de aceptarla en nuestras vidas.

Matt no podía esperar para decirle a Emily cuánto la amaba, pero sabía que primero había que subsanar el daño causado. Sus hijos habían estado traumatizados; necesitarían su apoyo y cuidado. Y ahora, el nombre de Emily habría salpicado los titulares de las noticias. La tormenta se avecinaba. Tendría que sentarse con sus hijos, explicarles algunas cosas antes de que fueran sometidos a la pesadilla publicitaria que seguramente los estaría esperando fuera de las puertas del hospital. Cómo iba a explicar la situación, no lo sabía, pero de alguna manera, Matt estaba seguro de que encontraría la forma de hacer que esto funcionara. Amaba a Emily y no estaba dispuesto a dejarla ir. Su objetivo final era que Emily se uniera a él, a su vida... a su familia.

Paul Meccelli entró a través de las puertas dobles que conducían al Departamento de Emergencias, con Mandy siguiéndolo a su lado. Los ojos de Mandy llenos de preocupación y se dirigieron apresuradamente hacia él y su grupo, envolviendo a Matt en un abrazo frenético. —¿Estás bien? ¿Los niños? ¿Están bien? ¿Dónde está Emily? ¿Se encuentra ella bien? ¿Ese idiota lastimó a los niños? Siento mucho haber peleado contigo, Matt, pero me has vuelto loca ...

—Vaya, Mandy. ¿Qué tal una cosa a la vez? —Paul sonrió, extendiendo la mano a Matt—. Has tenido una tremenda noche, compañero. Collado fue llevado al estado de Seattle. Está bajo custodia y por la mañana será acusado

formalmente de secuestro, lesiones corporales graves e intento de homicidio. Está bajo custodia hasta que podamos moverlo. —Paul parecía estar en modalidad de perdón y volvió a sonreír—. Parece que le dieron una tremenda paliza mientras lo aprehendían.

—Se lo merecía, —murmuró Mandy con desdén—. Si tan solo me dieran cinco minutos con él, le sacaría los dientes hasta verlo llorar y llamar a su mamita.

—¿Podemos ir a la UCI? —preguntó Matt—. Necesito ver a Emily, tengo algunas cosas para decirle.

Paul sacudió la cabeza. —Pasará un tiempo antes de que pueda tener visitas. Ella está hecha un desastre en todos los sentidos y la señora Coulter llegó hace más o menos una hora. Es la única persona a la que le permiten entrar.

La frustración de Matt aumentó. —¡No ha tenido nada que ver con Emily desde hace años!

—Pero ella es su familia, —señaló Mandy en voz baja—. Ninguno de nosotros puede demostrar parentesco alguno con Emily, por lo que su familia tiene el derecho legal de estar con ella.

Paul rodeó su brazo alrededor del hombro de Matt y lo atrajo hacia un lado. —Escucha, estoy en modalidad de perdón, después de ver lo que le hiciste a ese abusador; pero te lo advirtiendo ahora mismo, si tú le vuelves a hacer daño a Emily, yo no te voy a perdonar de nuevo.

Matt sacudió la cabeza. —Me equivoqué, Paul. Inmensamente equivocado. Apenas me doy cuenta de eso. Quiero que Emily sea mía ... si ella aún me quiere.

Paul lo estudió en silencio durante un par de minutos. —¿No vas a acobardarte de nuevo?

Matt le tendió la mano a su mejor amigo. —Te doy mi palabra. No la volveré a lastimar. Estoy enamorado de ella —admitió con cautela.

Paul sonrió. —Las mejores noticias que he tenido en meses —le dio una palmada en el hombro a Matt—. Mandy quiere quedarse en el hospital. Por ahora, vengán los llevo a casa, empaquen algunas cosas y luego los llevo a nuestra casa. Te ves horrible.

Matt frunció las cejas, preguntándose cómo estaría su casa en ese momento. Imaginó que sería un desastre con reporteros de noticias, furgonetas de medios y llamadas telefónicas constantes de gente queriendo que les

hablase de Emily. Ya había decidido que no lo iba a permitir. —¿Tal vez deberíamos ir a un hotel?

Paul alzó una ceja. —¿Por qué querrías hacer eso? Sé que las cosas han estado mal entre nosotros, pero Mandy insiste en que te quedes en nuestra casa. Pensamos que este disgusto había durado demasiado tiempo, y los acontecimientos de la noche anterior sólo han cimentado esa opinión.

Matt apenas contenía el deseo de blanquear sus ojos. —Me imagino que hay mucho interés en la situación de Emily ahora. —Matt esperaba que le dijeran a la hora del almuerzo que había perdido su trabajo. Había tenido un romance con una dama de compañía, una sumisa con un padre famoso y quien vivía en un club de BDSM. Si no había alcanzado los titulares de las noticias aun, pronto lo haría... estaba seguro.

Paul rio entre dientes y sacudió la cabeza. —Perdón por destruir tu burbuja, amigo. Pero no eres tan famoso. Ciertamente no lo suficientemente famoso como para tener que esconderte en una habitación de hotel.

—Pero... los medios de comunicación ...

—Están bajo control —dijo Paul.

—Pero en cuanto a la situación de los rehenes, algo habrá en las noticias —protestó Matt. No podía entender cómo podría ocultarse la verdad, una vez que el nombre de Emily saliera al público. Collado podría ser un idiota y no saber quién era, pero la mayoría de los estadounidenses conocían el nombre de Emerson Coulter y los medios de comunicación no tardaría en poner las piezas juntas.

Paul continuó. —No. Uno de los amigos de Emily aquí en Seattle es Don Trevisano. Entre el poder y los recursos de él y del padre de Emily, han evitado cualquier escándalo.

Los ojos de Matt se abrieron y se frotó la sien para aliviar el golpe en su cabeza. —¿Don Trevisano? —repitió incrédulo.

Paul asintió y sonrió. —Sí. Aunque no apruebo el dominio que Trevisano mantiene en el negocio del juego en el Estado de Washington, y estoy seguro de que hay muchas cosas que probablemente no debería estar haciendo, lo que podría ser un poco ilegal, Benito Trevisano es un buen tipo para tener de tu lado. En este caso, no estaba interesado en que la situación de Emily llegara a ser de conocimiento público. Parece que pensó que podría invadir su propia privacidad.

Matt sólo podía imaginar lo que eso significaba, pero por ahora, no le importaba. Aunque estaba desesperado por ver a Emily, el sentido común le

dijo que no iba a suceder hoy. Lo mejor que Matt podía hacer ahora era llevarse a su familia a casa y tener un muy necesario descanso. Emily estaba en buenas manos y Mandy la vigilaba. Matt sabía que Mandy no permitiría que algo le pasara a su chica. Él sonrió para sí mismo ante la idea. Su chica. Emily era su chica. Al menos, eso era lo que él quería que fuera. Envolvió sus brazos alrededor de sus hijos y se dirigieron hacia el estacionamiento. Habrá tiempo para resolver la situación con Emily mañana.

Capítulo Veinticuatro:

Los días parecían pasar uno detrás de otro en la mente de Emily, y todo lo que podía utilizar para determinar lo que estaba sucediendo, era el cambio de entre la oscuridad y la luz dentro de la habitación. A veces oía a su madre hablando en tonos suaves, al lado de la cama, y se preguntaba qué estaría haciendo allí. No la había visto en cuatro años y se preguntaba por qué estaría preocupándose ahora. ¿Porque estaba herida? ¿Porque William Collado casi la mata? Emily no sabía por qué Monique Coulter estaba allí, pero apenas había hablado desde que había ingresado al hospital y no se había interesado en preguntar. Era suficiente saber que su mamá estaba allí y que se había preocupado lo suficiente como para ir a verla. Había decidido nunca volver a tener contacto con su familia, pero al parecer su madre había pensado que valía la pena el viaje. Obviamente, Emerson Coulter no había sentido lo mismo, porque Emily nunca oyó su voz.

Ella tenía momentos en los que quería morir. El dolor en la espalda y los muslos era insoportable, la agonía todos los días de tener las heridas vendadas era algo que evitaba pensar, porque hacía que sus músculos se contrajeran de pánico. La sensación del retiro de los vendajes ensangrentados de sus heridas, y luego el lavado, era suficiente para reducirla a un llanto desconsolador. Y era sólo el comienzo. Después de que las heridas fueran curadas, el doctor había advertido que ella requeriría fisioterapia y masajes de rehabilitación para recuperar el uso del músculo que había sido destruido por la brutalidad de William Collado.

Emily escasamente era capaz de medir su progreso, era tan lento que no podía sentir ningún logro. Extrañaba a sus amigos, echaba de menos a Sally. Había estado tan ocupada tratando de sobrevivir cada segundo, cada minuto ... que apenas había tenido tiempo de pensar en ello, pero en sus momentos lúcidos, se había preguntado por qué no había visto a nadie.

Pensaba en Matt. Muchísimo. Tal vez demasiado, sabiendo que las cosas jamás funcionarían entre ellos. Ciertamente, él había logrado salvarla de William Collado, pero ¿cómo iba a perdonar a Emily por haberlo puesto a él ya su familia en esa situación? Emily no podía borrar de su mente la visión de terror de los hijos de Matt. Habría hecho cualquier cosa por evitar ponerlos en una situación tan horrible. Bud le había sermoneado acerca de la constante vigilancia durante dos años, y ella había ignorado toda precaución cuando Matt la había abandonado. Y esto se le había devuelto en su contra, porque a

través de su asociación con Matt, él y su familia habían estado en peligro. Esto se apoderaba constantemente de la mente de Emily y, a medida que pasaban los días, se hundía aún más en una sensación de desesperanza. Era una criatura inútil y destrozada que ni siquiera había conseguido terminar su carrera porque había provocado un desastre en su vida. Y era evidente que Matt no quería tener nada que ver con ella, porque no la había visitado en el hospital.

No era la primera vez que Emily contenía su llanto y se mordía los labios para evitar que la ola de dolor emocional la ahogara. El dolor físico podría ser controlado, solo bastaba apretar un botón y una dosis de morfina sería descargada a su sistema, para mantenerlo estable. El dolor emocional era algo mucho peor, ineludible.

Emily pensaba que nunca se recuperaría de ello.



Los días que se habían transformado colectivamente en un infinito, empezaron a separarse en momentos de claridad cuando Emily vio el progreso que estaba haciendo, y empezó a creer que algún día podría volver al mundo real. Comenzó incrementalmente, con la habilidad de voltearse de lado a lado sin pasar por un dolor intenso. Entonces comenzó suavemente a descansar sobre uno y otro lado durante algunos minutos y a ejercitar sus piernas para evitar la formación de coágulos.

Sin embargo, evitaba hablar. ¿Qué sentido tenía? William la había traumatizado hasta el punto de quiebre. No creía que volviera a reanudar su vida normal, ni siquiera sabía cómo seguir. Su madre hablaba de las cosas que harían cuando Emily fuera dada de alta del hospital; mencionó viajes a Europa, estancias en un spa suizo, cirugía para reducir la cicatriz dejada por la paliza de William. A Emily no le interesaba nada. Nunca había tocado su fideicomiso, no quería tener nada que ver con su padre o su dinero, pero ahora consideraba la idea de usar algo de ese dinero para comprar una cabaña en algún lugar, lejos de todo el mundo y de todo. Lejos de la vida que había llevado, y de las decisiones que había tomado. En algún lugar donde pudiera retirarse, mientras trataba de decidir cuál sería el próximo paso en su vida.

Ella apenas escuchaba lo que su madre le decía, realmente no prestaba atención a nada. ¿Qué sentido tenía? Había esperado, al principio, que al menos sus amigos vinieran a visitarla, pero se sentía muy decepcionada porque nadie había ido. ¿Qué había hecho para apartarlos de esa manera? Emily trataba de esconder su decepción a su madre, pero en sus momentos de soledad, en la sofisticada cama de hospital, de un hospital privado, se reconocía a ella misma que no podía entender por qué todos la habían abandonado. ¿Era porque sabían quién era ahora? ¿Ser la hija de Emerson Coulter sería razón suficiente para que los amigos la abandonaran?

El progreso continuó, y Emily era más consciente de cada nuevo día. Todavía estaba profundamente deprimida y el hospital proporcionó a un psicólogo para que trabajara con ella. Emily lo ignoró. Era un hombre

gracioso, alto y flaco, y tenía una manera particular de sentarse en la silla, que Emily imaginaba como un paquete de espaguetis flojos tratando de encajar en donde no debía. Él habló, pero Emily no lo hizo. Se preguntaba cuándo se cansaría de venir, y ya dejara de hacerlo. No quería relacionarse con él.

El gran día llegó, cuando por primera vez, Emily pudo voltearse y ser capaz de tener una visión clara de su habitación. Era doloroso estar reposando sobre su espalda, pero el Doctor tenía la intención de que el personal de enfermería la volteara varias veces al día, y poder pararla de la cama a caminar, hacia el final de la semana.

—Querida, te ves maravillosa —comentó Grace Coulter y se sentó en su habitual sillón, al lado de la cama de Emily—. El Dr. King me dice que te va a sacar de UCI mañana, y podrás tener algunos visitantes.

Emily echó un vistazo alrededor de la habitación notando la falta de flores y tarjetas y sacudió la cabeza con tristeza. —No creo que quiera visitantes.

Grace levantó una ceja perfectamente moldeada. —¿Pensé que tenías muchos amigos aquí en Seattle?

Emily se mordió el labio. —Pensé que los tenía.

Grace se inclinó hacia adelante en su silla. —Querida, tal vez deberíamos llevarte a casa a San Francisco. Tu puedes continuar recuperándote allí, y cuando estés lista nos iremos al extranjero por un tiempo, para que descanses de este trauma. Estoy segura de que si tu padre se entera de que te has calmado y te has alejado de los malos caminos, estará encantado de darte la bienvenida de nuevo a la familia.

Emily miró a su madre con recelo por un momento, antes de dirigir su mirada hacia la ventana. —Sí, supongo que sí.



Matt se pasó los dedos por el pelo. —¿Qué quieres decir con que no quiere verme? Estaba sentado con Mandy Meccoli y la madre de Emily en una cafetería cerca del hospital, y no podía creer lo que estaba oyendo.

Grace Coulter revolvió su café, sus ojos comprensivos mientras miraba al hombre sentado enfrente de ella en el sillón. —Lo siento, Matt.

Matt se llevó el café a la boca, bebió el líquido caliente con demasiada rapidez y se quemó la lengua. Colocó la taza sobre la mesa y levantó la mirada para encontrarse con la de Grace, sus ojos tan parecidos a los de Emily. Luego volvió su atención hacia Mandy. —¿Qué puedo hacer?

—No estoy segura de que haya algo que nosotros podamos hacer, Matt. — Mandy sonrió con simpatía, pero Matt pudo notar la preocupación en sus ojos. Obviamente sospechaba que algo estaba mal, así como lo sospechaba Matt—. Tenemos que darle un tiempo. Supongo que todos lo hacemos.

Durante las seis semanas desde el secuestro, Emily había sido trasladada de la UCI en el Hospital Memorial de Seattle a un lujoso hospital privado en las afueras de la ciudad. Matt había seguido su progreso de cerca, pero cada vez se sentía más frustrado con Grace Coulter, quien insistía continuamente en que Emily no quería ver a nadie. Había declarado que Emily estaba profundamente deprimida y que lamentaba profundamente las elecciones que había hecho desde su llegada a Seattle. Estaba viendo a un psicólogo, y hoy, después de exigirle a Grace Coulter que se reuniera con él, la madre de Emily le había dicho a Mandy que Emily no quería tener nada con ninguna de sus amigas en Seattle y tenía la intención de regresar en el futuro cercano a San Francisco con su familia.

Matt estaba más que frustrado, pero diablos, lo único que le faltaba hacer era plantarse en la habitación de Emily hasta que ella aceptara hablar con él. Incluso eso era imposible: había visitado el hospital y había visto a los dos guardaespaldas que custodiaban en la puerta de la habitación de Emily. No había forma de traspasarlos, a pesar de los planes que él y Paul habían inventado. Grace Coulter se había convertido en su única red de información,

proporcionándoles a él y a sus amigos noticias sobre el progreso de Emily y sus logros durante la recuperación. Grace le había explicado a Matt que Emily estaba emocionalmente afectada por el secuestro, y había perdido totalmente la confianza en él después de que él la hubiera dejado tan cruelmente. La mezcla de vergüenza y dolor por el secuestro, y Matt involucrado en todo esto, hacía que Grace pensara que no debían presionar a Emily.

Hoy había sido un último intento por parte de Matt. Le había dado a la señora Coulter dos docenas de rosas y una carta para Emily, diciéndole cuánto la amaba y quería tenerla en su vida. Sentado aquí en la mesa de café, miró desconsoladamente el ramo de rosas, con el que la señora Coulter había regresado del hospital. Emily al parecer le había pedido que se las llevara y cortésmente se negó a aceptarlas. Ella había rechazado cada tarjeta, regalo y buen deseo de todas las personas que conocía aquí en Washington, y Matt había agotado todos los caminos posibles en los cuales él había podido pensar, para conseguir verla.

—Matt, sé lo frustrante que ha sido para ti, pero creo que lo mejor que puedes hacer es dejar que Emily se vaya, —Grace sugirió prudentemente. Al ver a Matt abrir la boca para protestar, levantó una mano—. Voy a llevar a Emily a casa a San Francisco, donde puede estar con su familia y puedo asegurarte que garantizaré que reciba el mejor tratamiento disponible. —Ella se aclaró la garganta con delicadeza—. Con seguridad puedes entender que Seattle trae algunos terribles recuerdos para Emily, cosas que ella preferiría olvidar. Creo que tienes que aceptar que cualquier relación que tengas con Emily ha terminado.

Grace Coulter se puso de pie, limpiándose delicadamente los labios con una servilleta. —Me despido. Emily y yo nos iremos por la mañana. —Ella extendió su mano y Matt la tomó, entumecido por el shock—. Ha sido un placer, Matt. Les deseo lo mejor para su futuro. Adiós, Mandy.

Tanto Matt como Mandy la miraron alejarse y Matt sintió que su corazón se explotaba en su pecho.

Lo había arruinado.



Emily se levantó de la cama, sintiendo que nada valía la pena. Cada día era lo mismo. Levantarse. Recibir la bandeja de desayuno en su habitación que era llevada por los empleados de servicio. Mirar un rato por la ventana. Hacer sus ejercicios de rehabilitación y nadar en la piscina durante una hora, para estirar los músculos de su espalda. Leer junto a la piscina un rato antes de que el almuerzo fuera servido. Ir a caminar. Conocer a algunos pomposos, aduladores y chupasangre amigos de su madre. Té por las tardes con el futuro pretendiente que sus padres le habían elegido. Más natación y ejercicios. Una formal, aburrida y absolutamente horrible cena. Retirarse temprano. Lavarse. Repetir.

Esta había sido su vida desde hace casi un mes, desde que regresó del tratamiento de spa en Suiza que su madre había organizado. Ella había rechazado una costosa cirugía plástica que sus padres le habían ofrecido para curar el daño en su espalda; había vivido con las cicatrices durante mucho tiempo y, extrañamente, eran un recordatorio de una época en la cual ella había tenido algún control sobre su vida. A pesar de que habían sido consecuencia de una situación tan terrible, hubo muchos momentos en esos dos años que había pasado en Seattle, en los cuales ella había sido absolutamente feliz. Había pensado que tenía buenos amigos, y se había aferrado a la posibilidad, al menos por un tiempo, de que pudiera construir un futuro con un hombre de cabello oscuro y ojos color ámbar.

Suspirando profundamente, Emily apartó su vista de la ventana, sabiendo que recordar esto no era sólo una pérdida de tiempo, sino que también era un peligro para su tranquilidad. Deprimirse no iba a resolver nada, y era evidente por la falta de contacto, que la gente que una vez había considerado sus amigos más cercanos realmente no habían sido sus amigos en absoluto.

Lo que significaba que no le quedaba absolutamente nada.

Al oír un golpe en su puerta, Emily se levantó del sillón en el cual estaba sentada junto a la ventana, observando a los jardineros que trabajaban afuera. Era más que probable que fuese uno de los miembros del personal, que venía a

recordarle que se organizara para el próximo evento aburrido al cual sus padres querían que ella asistiera. ¡Dios! odiaba estar allí. Emerson Coulter nunca olvidaría lo avergonzado que se sentía de sus acciones pasadas, y Grace la vigilaba como un halcón, asegurándose de que estaba constantemente vigilada, como una posesión preciada. De hecho, vivir aquí con sus padres era similar a la esclavitud a la que William Collado la había sometido durante esos cuatro años. La diferencia ahora, era que la mantenían en una jaula de oro, pero seguía siendo sometida constantemente a las reglas de otra persona.

Para sorpresa de Emily, no era ningún miembro del personal en la puerta, sino su hermana mayor, Charlotte. Una muchacha bonita con el pelo marrón oscuro y los ojos azules similares a los de Emily, Charlotte se inclinó en la entrada, sus ojos titilando. —Eh, tú. ¿Aún no estas harta estar aquí?

Charlotte había volado lejos del nido tan pronto como había podido, y una vez finalizada su carrera de Leyes, se había ido a establecer a Nueva York. Ella disfrutaba lo mejor de los dos mundos; se acogía a los ideales de Emerson Coulter, y a la vez vivía lo suficientemente lejos como para evitar sentirse asfixiada en su vida. Emily la envidiaba, pero en ese momento, estaba feliz de ver una cara amistosa y se arrojó a los brazos de Charlotte. —¿Qué estás haciendo aquí?

Charlotte miró hacia arriba y hacia abajo por el amplio pasillo antes de responder. —Vine a ayudarte a escapar. —Ella empujó a Emily de vuelta a su dormitorio, cerrando suavemente la puerta antes de volverse de nuevo hacia Emily.

Emily frunció el ceño a su hermana, observando como Charlotte cogía una maleta de la parte superior del armario, arrojándola sobre la cama, y abriendo el cajón superior de la mesita de noche de Emily para comenzar a sacar la ropa interior y arrojarla en el fondo de la maleta. —No entiendo.

Charlotte hizo una pausa y miró a Emily por un momento. —¿Habéis creído honestamente que cada uno de esos chiflados amigos tuyos en Seattle te habían abandonado? ¿De Verdad?

Emily cruzó los brazos sobre su pecho. —Ninguno de ellos fue a verme al hospital, ni han intentado contactarme.

Charlotte sacudió la cabeza, reanudando su ataque a los cajones de Emily. —Piénsalo, Em. Nuestros arrogantes, ricos, pomposos y fastidiosos padres tienen la oportunidad de traer a su oveja negra de vuelta al redil. Traerla bajo control. ¿Cómo pudieron hacerlo?

Emily negó con la cabeza, su mente confundida.

—Fácilmente, cuando esa oveja negra es atacada y herida terriblemente y necesita grandes cantidades de atención hospitalaria, seguida de meses de recuperación. ¿Dónde mejor hacerlo, que en la santidad de la propiedad muy privada y muy bien guardada de Emerson y Grace Coulter?

Emily se dejó caer en el sillón y pensó por un momento. Levantó la cabeza y miró a su hermana con recelo. —Espera. ¿Cómo sabes de mis amigos? ¿Y quién dice que son chiflados?

Charlotte rio secamente, corriendo hacia el armario para empezar a sacar la ropa y arrojlarla a la maleta. —Créeme; he tenido una serie de conversaciones telefónicas con Mandy Meccelli y Sally Montague. Muy simpáticas, pero totalmente locas.

El corazón de Emily se aceleró. —¿Has hablado con Mandy? ¿Y Sally?

—Sí, lo hice. Y déjame decirte: parece que te gusta mantener compañía interesante. No es de extrañar que mamá y papá estuvieran tan interesados en volver a alinearte. Charlotte sacudió la cabeza con diversión—. Solía pensar que decirles mi secreto era un exceso, pero honestamente, ser gay no es gran cosa comparado con lo que tú te has metido, Em.

—¿De verdad? ¿Eres lesbiana?

Charlotte asintió con la cabeza. —Cuando me enteré de lo que estabas pasando, decidí venir a buscarte. Las rebeldes chicas Coulter tenemos que mantenernos unidas.

Emily se puso de pie, desesperada por oír más y puso una mano en el brazo de Charlotte, deteniéndola de la frenética empacada que venía haciendo. —Espera. Necesito saber lo que está pasando.

Charlotte miró hacia arriba y respiró profundo. —Un tipo llamado Matt Pendleton ha estado haciendo trabajo de investigación. Había agotado todas las posibles formas de traspasar la loca seguridad de nuestra familia, tratando de contactarte directamente. Como no funcionó, decidió proceder de forma indirecta. Él y su amigo, Paul Meccelli trataron de ponerse en contacto conmigo, pero como sabes, trabajo para uno de los queridos despachos de papá, por lo que sus esfuerzos fueron en vano porque, obviamente, nuestros padres no querían que ninguno de tus conocidos se pusiera en contacto contigo. Así que Matt y Paul recurrieron a un enfoque alternativo. Se pusieron en contacto con un tipo llamado Benito Trevisano y le contaron todo el problema. A su vez, este tipo Trevisano contacta a un tipo que conoce en San Francisco, quien podría ser capaz de obtener información para ponerse en contacto conmigo o con Anne. El tipo en San Francisco contactó una persona

en Nueva York, quien logró entregarme un mensaje. Era naturalmente sospechoso, porque yo no conocía a ninguna de estas condenadas personas, pero de todas formas viajé a Seattle para reunirme con algunos de ellos y tratar de averiguar qué diablos estaba pasando. Y es así como conocí a este tipo, Matt Pendleton, que me dice que está enamorado de ti, que lo ha estado durante meses, y que no ha podido decirte que te ama, porque has desaparecido de la faz del planeta. Por cierto, es un chico guapo, Em. A veces le va mal a uno, especialmente con chicos. Definitivamente no es lo mío.

Emily se dejó caer en el borde de la cama. —¿Matt me ama?

Charlotte reanudó la empacada. —Eso fue lo que me dijo.

La cabeza de Emily funcionaba a un millón de kilómetros por hora. —Mamá me dijo que nadie se había puesto en contacto mientras estaba en el hospital. Que ninguno de mis amigos me contactó.

Charlotte blanqueó los ojos. —¿Y tú le creíste?

—Pensé que... cuando descubrieron quién era yo ...

—Créeme, he conocido a algunas de estas personas. Estaban preocupados y desesperados porque no podían ponerse en contacto contigo. Parece que encajas con su particular rareza.

Emily se ruborizó intensamente. —¿Qué te dijeron?

—Lo suficiente como para yo entender por qué nuestros padres están tan asustados y quieren mantenerte prisionera en la torre más alta del castillo, por el resto de tu vida. —Ella detuvo sus movimientos frenéticos por un momento y sonrió—. Em, eres un pequeño bicho raro, pero eres mi bichito y te quiero. No te mereces lo que mamá y papá te están haciendo, y mereces estar con gente que te ama. Suspiró profundamente. Además, yo también soy un bicho raro, según los estándares de nuestra familia. Tengo relaciones sexuales con mujeres. ¿Por qué debo juzgar a alguien que le gusta un poco de bofetadas y cosquillas en sus relaciones? —Charlotte bajó la tapa de la maleta y la cerró—. Vamos a salir de aquí. Nuestro padre todavía está en el trabajo, y mamá está disfrutando de una tarde de copas con algunas de sus amigas. Ahora es el momento perfecto para sacarte de aquí. Te llevaré a mi casa en Nueva York, y allí podrás decidir qué quieres hacer.

Emily no lo dudó ni un segundo. Con una amplia sonrisa, se puso unas sandalias y se dirigió hacia la puerta, con el corazón y el alma más livianos de lo que habían estado en meses.

Capítulo Veinticinco:

—Estás siendo obstinada y ridícula, Emily Coulter. ¡Vente ya mismo para acá a Seattle, a donde perteneces!

No estoy segura de pertenecer allí, Sally. No sé a dónde pertenezco, pero sé que no puedo volver a Seattle todavía. —Aunque Emily echaba de menos a sus amigos, y había vuelto a estar en contacto con la mayoría de ellos, tenía la intención, por el momento, de permanecer en Nueva York y tomar algunas decisiones sobre qué hacer con el resto de su vida. Había tenido que abandonar la universidad, después de faltar a los exámenes de fin de año, y ahora, viviendo con Charlotte, Emily estaba pensando largo y tendido sobre qué hacer a continuación.

Aunque Matt había hecho mucho por ayudarla, Emily no le había hablado desde que Charlotte la había llevado lejos de San Francisco. Ella le había escrito una carta amable, agradeciéndole por todo lo que había hecho, no sólo por salvarla de William Collado, sino también por asegurarse de que ella supiera la verdad de lo que Grace y Emerson Coulter habían hecho para someterla a sus deseos. Pero Emily no estaba segura de que pudiera intentar hacer las cosas bien con Matt de nuevo. Ella lo amaba, y decenas de veces al día, se encontraba soñando despierta con él. Y según Charlotte, él también la amaba. Pero nunca se lo había dicho, y Emily seguía convencida de que él estaría mejor sin ella en su vida. Ella había llegado con demasiada carga emocional, y seguramente, ver a Emily les traería terribles recuerdos a sus hijos. Emily no podía recordar mucho acerca de su retención por parte de William, pero recordaba claramente la expresión de terror en los rostros de los hijos de Matt cuando vieron lo que le había hecho.

—Pero ¿qué pasa con la recaudación de fondos del hospital? Te encanta trabajar en ello, —Sally persuadió, trayendo a Emily de vuelta al aquí y ahora—. Los niños estarán devastados, si no apareces.

—Lo superarán, contestó Emily sin energía. Ella no tenía fuerzas para luchar contra Sally por mucho tiempo, y esta mujer sabía exactamente qué botones presionar para manipular sus emociones, y en este caso, la recaudación de fondos para el hospital era una buena jugada para salirse con la suya. Durante los últimos dos años, Emily se había unido a los otros miembros del personal de Salacious, para ayudar en la feria del parque de diversiones celebrada en Braxton Park. La ciudad de Seattle proporcionaba el lugar, y muchos de los líderes empresariales de Seattle se unían para crear un

día de diversión para la gente de Seattle, que a su vez recaudaba fondos para el hospital infantil. Era una de las campañas más importante del año para recaudar fondos, y algunos miembros del personal de Salacious atendían en las casetas, mientras que otros se disfrazaban de payasos y divertían a los niños que estaban lo suficientemente bien para dejar el hospital por el día. Emily amaba entretener a los niños mientras se vestía como un payaso, y Sally sabía que, si algo pudiese persuadir a Emily de regresar a Seattle, sería eso.

—Tú sabes que lamentarás perderte este evento, —insistió Sally—. Y Bud va a estar allí. Te extraña muchísimo, Emily. Todos lo hacemos.

—No puedo, —Emily suspiró.

—¿Por favor? Puedes volar el viernes por la noche, alojarte en Salacious conmigo, y devolvarte el domingo por la noche. ¿Me lo prometes?

Emily negó con la cabeza, aunque estaba sola en el apartamento y Sally no podía verla. Charlotte estaba en una cita, con una joven mujer con quien trabajaba y se habían estado viendo por un par de semanas. A Emily le gustaba la amiga de su hermana; Beth era inteligente y amante de la diversión, y una pareja perfecta desde la perspectiva de vida seria de Charlotte. Aún mejor, a ella no le importaba para nada los antecedentes de Charlotte o de Emily, y su familia, a diferencia de Emerson Coulter, aceptaba abiertamente que era lesbiana.

La relación de Emily con Charlotte había mejorado a pasos agigantados desde que Charlotte regresó a su vida y la rescató, y aunque la relación de Emily con su otra hermana se mantuvo algo tensa y su relación con sus padres era inexistente, era un comienzo. —Sally, realmente no ...

—No aceptaré un no por respuesta y, si es necesario, volaré a Nueva York y te recogeré yo misma.

Emily sonrió, a pesar de su ansiedad. —Sally, un secuestro al año es más que suficiente.

—Lo digo en serio, Emily, si no vienes aquí; voy a buscarte.

Emily suspiró. —Está bien. Iré el fin de semana. Conseguiré un vuelo y te haré llegar los detalles.

—Me encanta cuando entras en razón.

—¿Qué razón? Acabas de intimidarme a hacer lo que quieres que haga.

—Prefiero pensar en ello como una suave manipulación. Te quiero, Emily. No veo la hora de volver a verte.

Emily sonrió suavemente. —Yo también te quiero.



Sally colgó la llamada e inmediatamente marcó un número que había memorizado en los últimos tres meses.

—Matt ... Ella viene para la recaudación de fondos del hospital. Será mejor que tengas un plan brillante para convencerla de que se quede, porque sólo he conseguido traerla durante el fin de semana. Ahora depende de ti, hacer el resto.

Al colgar la llamada, Sally sonrió para sí misma y se acomodó en la silla de su escritorio. Mientras ella había albergado dudas sobre Matt Pendleton en el pasado, su dedicación para traer a Emily de nuevo a su vida había sido algo admirable. Estaba claro para todos que Matt estaba enamorado de Emily y no descansaría hasta lograr convencerla de ello. La parte más difícil había sido conseguir que Emily regresara a Seattle. Ahora Sally tenía que esperar a que Matt tuviera un plan que convenciera a Emily de quedarse. Ella estaba contando con él para que lo lograra.



—Papá, quiero ir a la rueda gigante. ¿Podemos ir allí primero? —Preguntó Millie.

Brandon miraba por la ventana con entusiasmo. —Papá, Marcus dice que hay un mini golf, ¿podemos jugar al mini golf?

—Papá, creo que deberíamos comprar los tiquetes y luego dividirlos uniformemente entre nosotros para que todos podamos hacer exactamente lo mismo. No será justo si no tenemos la misma cantidad de tiquetes, —exigió Harper.

—¿Qué tal si ustedes le dan a papá un respiro durante cinco minutos y le dejan estacionar el auto?

Matt miró a su hija mayor y sonrió. Ella había madurado mucho en los últimos meses, y a pesar de todo lo que había sucedido, su relación con ella había crecido y mejorado. Era algo que Matt agradecía todos los días.

Se detuvo en el parqueadero designado y apagó el motor, dando la vuelta para bajar a los niños más pequeños del asiento trasero. —Bueno, aquí está el trato. Estamos visitando la feria como una familia, eso significa que cada uno puede elegir algo que hacer y todos lo hacemos juntos.

—Además tenemos que encontrar a Emily —dijo Millie.

Matt sonrió, a pesar de sus nervios. —Sí, Millie. Tenemos que encontrar a Emily.

—Y convencerla de que se quede, —Agregó Courtney con una pequeña sonrisa.

Matt se acercó y le apretó el hombro. —Espero que sí, Courtney. De verdad lo deseo.

Los niños salieron del coche y Matt tomó un momento para respirar profundamente. Hoy sería la culminación de semanas de planificación y, con suerte, mañana por la mañana despertaría en la alegría de saber que Emily estaría en su vida de manera permanente. Parecía que, en las últimas semanas, él no había hecho nada diferente que planear este día. Cuando Emily se fue con su madre, Matt se había sentido devastado, pero nunca se había rendido.

Sally, Mandy, Paul y Bud, ¡diablos! casi todas las personas que él conocía, le habían aconsejado y ayudado a pensar en la manera de recuperar a Emily.

Había sospechado de las intenciones de Grace Coulter y, a medida que iban pasando las semanas, y lo dejaban paralizado al intentar ponerse en contacto con Emily, empezó a pensar desde otras perspectivas, tratando de derribar las barreras que los Coulters habían erigido alrededor de Emily. Había anhelado, cuando Charlotte finalmente aceptó ayudarlo, que Emily regresara a Seattle y a sus brazos, pero sus sueños se habían frustrado una vez más. Por el contrario, había recibido una carta de Emily extremadamente cortés, y en general muy impersonal, diciéndole lo agradecida que estaba por todo, pero que no regresaría a Seattle. Sabía que ella sentía una gran culpa por lo que había sucedido, y que pensaba que no era lo suficientemente buena para él, pero esperaba poderla convencer de cambiar su manera de pensar. Si pudiera entender cuánto la amaba ... si aceptara la verdad de cuánto la quería en su vida... en su vida, y en la de sus hijos.

Parecía que finalmente, dos años después de la muerte de Caroline, la vida de Matt volvía a encauzarse. Courtney todavía visitaba al psicólogo, pero estaba mucho más cómoda y feliz. La autoflagelación había terminado; al igual que su comportamiento rebelde y había empezado a reír y sonreír mucho más a menudo desde que Caroline murió. Había conocido a un chico del colegio que le interesaba, y Matt seguía tratando de aceptar la situación de sus primeras citas amorosas. Todavía no estaba seguro de cómo se sentía al respecto, pero estaba tratando de entender. Gina había sido una gran ayuda, junto con Sally Montague, que había acompañado de forma cercana a Courtney. Courtney amaba a Sally y, ella a su vez, había demostrado una gran dedicación por su salud y bienestar. Por supuesto, Courtney no tenía ni idea sobre el pasado de Sally, y era exactamente como Matt esperaba que permaneciera. Paul, Mandy y Sally insistían en que la gente podía ser padres devotos, compañeros cariñosos y tener hijos aun cuando se permitieran tener un estilo de vida BDSM, sin tener efecto alguno en su vida familiar. Matt esperaba que tuvieran razón.

El clima era cálido y soleado, no había una sola nube en el cielo cuando Matt y los niños se dirigieron a la feria. Las multitudes se habían movilizado aquel día, y la gente de Seattle estaba deseosa de ayudar a una buena causa y la recaudación de fondos del hospital siempre había sido exitosa. Matt pagó sus entradas, observó cómo los niños recibían sus pulseras, y luego entraron en el recinto ferial.

Era una cacofonía de sonidos, aromas y colores mientras avanzaban por el camino que conducía a las atracciones. Allí, en la parte de adelante de la feria, había puestos de mercado y Matt se encontró con sinnúmero de personas conocidas a quienes saludó y les sonrió. El Departamento de Policía de Seattle tenía un puesto, y Matt saludó a Paul, quien estaba repartiendo calcomanías a los niños que pasaban.

—¿Ya la viste? —preguntó Paul cuando Matt y los niños llegaron a su lado.

Matt sacudió la cabeza. —¿Ella está aquí? —Preguntó con ansiedad.

—Sí. No podrás fallar. Pantalones rayados, una camisa amarilla brillante y los pies más grandes que he visto. No entiendo cómo no se cae cada cinco minutos. Tiene el cabello con spray de color rosa brillante, y lleva unas gafas de plástico ridículamente enormes.

Matt rio. —Me suena que no va a ser nada difícil encontrarla.

Paul le indicó un sendero hacia la izquierda, que estaba lleno de juguetos. —Ella se fue por allí. Bud está con ella.

Matt asintió y miró a sus hijos. —Está bien, ¿deberíamos ir primero a buscar a Emily?

Millie asintió ansiosamente y agarró la mano de Matt, halándolo a su espalda. —Y luego vamos en la rueda de la fortuna, ¿verdad?

Matt sonrió, lleno de buen humor, a pesar de las mariposas revoloteando en su estómago. —Sí, Millie. Primero Emily y luego la rueda de la fortuna.



—Es maravilloso tenerte de vuelta aquí, dijo Bud mientras él y Emily recorrían el sendero. Mientras caminaban, Bud iba soplando un largo y delgado globo con un inflador y Emily repartía caramelos a los niños que pasaban, a la vez que rebotaba en sus ridículos zapatos. Los había usado en las últimas dos ferias, y cuando prepararon los trajes para la feria de este año, Bud los había reservado para Emily en caso de que Sally la pudiera convencer de que viniera. Y estaba tan emocionado que lo hubiera hecho. Estaba más silenciosa que de costumbre, pero su sonrisa seguía siendo la misma, esa magnífica sonrisa que había extrañado tanto. Había perdido un poco de peso, parecía un poco más pálida, pero seguía siéndola misma Emily y él todavía la consideraba como su hermanita y a quien quería proteger del mundo.

—Es bueno estar de regreso, pero no voy a quedarme, Bud. —Emily sonrió y bailó un poco por delante de él, levantando en el aire y de forma teatral sus enormes zapatos como si fueran enormes aletas. Bud sonrió y sacó el teléfono de su bolsillo cuando lo oyó zumbiar. Leyó el mensaje en la pantalla y miró a Emily. Estaba agachada junto a una niña, haciendo morisquetas y dejando que la niña le apretara la roja y enorme nariz.

Cuando se enderezó, Bud llegó a su lado y la miró. —¿Así que dime de nuevo, por qué es no te quedas?

Emily se alejó de él, levantando las piernas de una manera exagerada mientras entregaba dulces a los niños que se agolpaban alrededor de sus piernas. Era obvio que no iba a responder a la pregunta y Bud sacudió su cabeza y suspiró. Sólo podía esperar que sí funcionara este plan que Matt había concebido. Discretamente echó un vistazo a la multitud, vio a quien buscaba e inclinó la cabeza en reconocimiento.

Observó cómo los niños Pendleton se acercaban a Emily y estudiaba cuidadosamente su reacción, esperando que ella no los viera hasta que estuvieran lo suficientemente cerca como para hablar con ella. No le extrañaría que Emily se diera la vuelta y saliera corriendo, todavía estaba inestable, incluso meses después del secuestro, sus niveles de ansiedad

seguían siendo altos y él había notado que ella estaba constantemente mirando por encima del hombro. Collado había sido encarcelado por veinticinco años, no sólo acusado por el secuestro de Emily, sino que también había estado involucrado en un escándalo de esclavitud, secuestro y envío al extranjero, de jóvenes mujeres estadounidenses, a perversos bastardos que las prostituían y abusaban de ellas. Cuando Bud había escuchado esto por primera vez, había deseado que Matt lo hubiese golpeado hasta la muerte; el bastardo se merecía eso, y mucho más. Pero había tenido que contentarse con saber que Collado no volvería a caminar por las calles hasta que fuera un hombre muy viejo. Y cuando lo hiciera, Bud estaría ahí esperándolo.



Emily estaba disfrutando bastante. Se alegró de que Sally la hubiera convencido de venir, aunque tenía pocos recuerdos felices de su tiempo en Seattle, siendo el compartir con la gente de Salacious, uno de ellos. Había volado en la tarde del día anterior, y se había encontrado con Mandy y Paul para la cena, lo cual había sido maravilloso. Paul y Mandy habían estado muy entusiasmados al verla, y habían pasado horas hablando y poniéndose al día. Emily sonrió al recordar que Mandy le había compartido que ella y Paul estaban esperando a su primer bebé. Estaba tan contenta por ellos, feliz por sus noticias, aun cuando su corazón se había recogido un poco, al saber que ella probablemente nunca tendría un hijo propio. Había decidido que probablemente nunca volvería a tener de nuevo una relación con hombre alguno, pues cargaba un pasado muy pesado y no esperaba que alguien la aceptara. Su espalda y sus muslos estaban arruinados y llenos de cicatrices; un registro de lo que había soportado y de lo cual no era capaz de hablar, y mucho menos aceptar la idea de que alguien la viera así.

—¿Podría mi niña tomarse una foto contigo? —Una mujer se encontraba parada al frente de Emily, sosteniendo la mano de una niña que parecía tener unos ocho años. La niña tenía en sus manos a un conejo de trapo, y su cabeza estaba envuelta en un turbante, una señal de que estaba siendo tratada por algún tipo de cáncer.

Emily sonrió. —Por supuesto. Se dirigió hacia la niña, le hizo señas y colocó a la joven contra su costado, envolviéndola con un brazo—. Hola, soy Emily. ¿Cuál es tu nombre?

—Tonia —dijo la niña en voz baja.

—Hola, Tonia. Es un placer conocerte.

—Tienes zapatos muy grandes —dijo Tonia, mirando fijamente a los pies de Emily.

—Sí, también es difícil caminar con ellos. —Emily rio, pero el sonido murió en su garganta cuando miró hacia arriba y vio a un grupo de niños que estaban de pie junto a la madre de Tonia, esperando su turno para venir a

visitarla. Emily miró frenéticamente a su alrededor, y aunque ella no veía a Matt por ningún lado, sintió el pánico acrecentándose en su pecho. Se había inquietado al pensar que Matt estuviese allí ese día, pero era una gran feria, y había estado segura de que podría evitarlo si asistía. Ahora, viendo a sus hijos, deseaba no haber venido.

—¡Sonríe! —Exclamó alegremente la madre de Tonia y Emily se calmó lo suficiente como para sonreír ante la cámara, aunque se sentía como si estuviera muriendo por dentro.

Apretando un puñado de caramelos en las manos de Tonia, besó a la niña en la mejilla y luego apretó su falsa nariz, creando un fuerte bocinazo que hizo que Tonia estallara en risas. Cuando la niña corrió hacia su madre, Emily se levantó lentamente, preguntándose si podría escapar sin hacer evidente que estaba demasiado asustada para enfrentar a los hijos de Matt. Después del altercado que había tenido con Courtney en el cumpleaños del padre de Matt, no estaba segura de la reacción que tendría hoy la chica. No sentía el coraje de enfrentarse a ella ahora y dio un paso torpe hacia atrás, corriendo derecho hacia Bud.

—Con calma, Em, —Bud le habló como si ella fuera un potro caprichoso y le tendió un globo, que había hecho en forma de perro—. A Millie le encantará esto. ¿Por qué no se lo das?

Emily giró bruscamente la cabeza para mirar fijamente a Bud, pero él ya le estaba haciendo señas a la niña. Con una mirada desconfiada, manipuló los zapatos gigantes para impulsarse unos cuantos metros más, y le ofreció a Millie una débil sonrisa. —Hola, Millie.

Para su sorpresa, la niña le envolvió los brazos alrededor de su cintura, haciendo que Emily casi cayera sobre los torcidos zapatos. —Te extrañé, —dijo Millie eufóricamente—. Queríamos verte en el hospital, pero papá dijo que estabas demasiado enferma para recibir visitas.

—“Hospital” —corrigió Harper. Le hizo un pequeño gesto con la mano a Emily—. Hola Emily, ¿cómo estás?

Emily tragó pesadamente, entregándole el globo a Millie antes de asentir con la cabeza. —Estoy ... mejor, gracias.

—Oye, Emily. Es genial verte de nuevo. Más tarde, vamos a jugar al mini-golf. ¿Sabes dónde está? —preguntó Brandon.

—“Um,” comenzó Emily, echando un vistazo por las cercanías buscando desesperadamente a Matt.

—Él no está aquí en este momento, —dijo Courtney en voz baja y le ofreció a Emily una pequeña sonrisa. Sabía que no querrías verlo, así que se quedó alejado para darte un poco de espacio.

Emily tragó pesadamente. Ella quería correr, pero podía sentir a Bud en su espalda, su mano contra su columna vertebral, en un contacto tranquilizador. —Ya veo.

—Emily, papá siente mucho lo que pasó. Y yo también. Yo estaba, — Courtney se frotó los dedos con ansiedad— estaba teniendo dificultades para lidiar con la muerte de mamá y no estaba manejando las cosas muy bien. Siento mucho lo que te dije y siento la forma en que me comporté. —Ella hizo una mueca y puso los ojos en blanco—. El señor Warren dice que me estaba comportando como si mamá se hubiera muerto a propósito, sólo para destrozarme la vida. Él dice que necesito ser consciente que cada uno de nosotros, incluyendo a papá, perdimos a mamá; y mientras que es natural estar triste, necesito demostrar apoyo a mi familia y ser parte de su red de ayuda. No hice eso cuando te conocí y siento haber dirigido todo mi enojo contra ti.

Emily parpadeó. —¿El señor Warren? ¿Mark Warren?

—Sí, es mi psicólogo. ¿Lo conoces?

Emily sonrió, relajándose gradualmente. —¿Un hombre bastante alto, flaco, que parece que estar hecho de fideos?

Courtney sonrió y se apartó el pelo detrás de la oreja. —Sí. ¿Cómo lo sabes?

—Me vio por unas semanas después de ... la voz de Emily se apagó y ella se estremeció.

—El secuestro. —Courtney terminó la frase por ella y ofreció a Emily una sonrisa comprensiva—. Sí, apuesto a que eso afectó tu cabeza. Ese tipo era malvado.

Emily asintió con la cabeza. —Gracias, por ayudarme ese día.

—De nada. Lo siento, porque fue culpa mía que tú y papá hubiesen peleado.

Emily sacudió la cabeza. —No, Courtney ... no fue culpa tuya. Tu papá y yo ... simplemente no estamos destinados a estar juntos ...

—Creo que estás equivocada, Em. Creo que estábamos destinados a estar juntos, pero ambos estábamos demasiado asustados para seguir adelante, — dijo Matt en voz baja.

Con solo oír su voz, Emily saltó e instintivamente dio un paso atrás buscando una manera de escapar. Con Bud en su espalda, no tenía a dónde ir,

y se sorprendió cuando Courtney agarró su mano, apretando sus dedos. —Por favor, Emily. Sólo habla con papá. Déjalo que te explique.

—Vamos, chicos. Dejemos a papá y a Em para que conversen y yo los llevaré a los puestos de comida; podemos comer un perro caliente, —anunció Bud. Emily advirtió el guiño que le dio a Matt mientras conducía a los niños delante de él y ella se preguntaba cuando Matt y Bud habían pasado suficiente tiempo juntos para hacerse amigos. Empezó a oler una conspiración.

—¿Podemos tomar un café? —preguntó Matt en voz baja. Sin esperar una respuesta, Matt le tomó la mano y comenzó a alejarla, dirigiéndose en dirección opuesta a Bud y a los niños. Emily inmediatamente se sentía agobiada con una ola de emociones sobre las que no tenía control, y estaba totalmente abrumada por la sensación de la mano grande de Matt, envuelta alrededor de suya más pequeña. Los recuerdos del tiempo que compartieron juntos, de lo maravilloso que habían pasado, la abordaron mientras caminaban.

—Te ves hermosa, —murmuró Matt en voz baja mientras él la dirigía hacia un puesto de comidas—. Me has hecho mucha falta. ¡Dios! no tienes idea de cuánto te he extrañado.

Emily se estremeció y tropezó un poco en los zapatos, repentinamente recordando lo ridículo que debía verse. Se quitó las enormes gafas de la nariz y las colocó en la parte delantera de los ridículos pantalones a rayas, repentinamente consciente de sí misma.

—Relájate, pequeña sumisa, —ordenó Matt en voz baja—. Somos sólo dos adultos, vamos a tomar un café y hablar.

Un escalofrío recorrió la espina dorsal de Emily, y apartó los ojos, tratando de evitar la mirada de Matt. Seguía siendo increíblemente guapo, y ella lo había extrañado tanto. Había aceptado hace unas semanas que se había enamorado de él, pero nunca había esperado volver a verlo. Ahora, con la mano envuelta alrededor de la suya, viendo la fuerza de su cuerpo mientras la guiaba de manera informal, Emily sabía que estaba perdida. Ella nunca dejaría de amar a este hombre, y no podía imaginar cómo sobreviviría el resto de su vida sin él. Pero eso era exactamente lo que ella pretendía hacer, sin importar los argumentos que él diera hoy. No podía volver a pasar por esto. No podía permitir que Matt entrara en su corazón, para que él le terminara de nuevo, cuando se diera cuenta del pesado pasado que ella cargaba.

—¿Café? —preguntó cuando llegaron al stand.

Ella asintió, tragando pesadamente mientras su boca se secaba. —Negro, con dos de azúcar.

Matt ordenó los cafés y luego la dirigió hacia una zona de improvisados asientos a la izquierda del stand. Entregó a Emily su café y se sentó a su lado en el tronco de madera. Él mantuvo unos pocos centímetros entre ellos, pero Emily podía jurar que podía sentir el calor irradiando de su muslo, que se encontraba extendido al lado de ella.

—¿Cómo has estado, Emily? —preguntó Matt luego de tomar un trago de café, después de uno o dos minutos. El silencio había llevado a Emily en una falsa sensación de seguridad y su mano tembló cuando llevó la taza de café a sus labios.

—Bien. Algunos días son mejores que otros.

—Me imagino. —Matt dejó vagar su mirada sobre la muchedumbre cercana y Emily ignoró el impulso de mirarlo mientras él no se fijaba en ella. Mantuvo la mirada hacia abajo, centrándose en la taza de café que descansaba entre sus manos.

—Matt, —Emily comenzó temblorosa, y colocó el café en un tronco que había a su lado, para evitar derramarlo sobre su traje—. Lo que pasó con William ... nunca debiste haber pasado por eso. Fue mi culpa.

Matt frunció el ceño. —¿Le has dado a Collado la llave de mi casa y le has dejado entrar?

—Bueno, no, no exactamente ...

—¿Le dijiste dónde vivía?

Emily negó con la cabeza, frustrada por el interrogatorio de Matt. —No, por supuesto que no ... pero ...

—No veo entonces cómo fue culpa tuya, Em, —respondió Matt con calma. No eres responsable por las decisiones que ese bastardo tomó.

—Pero al conocerme, te puso en peligro a ti y a tus hijos ...

—Los niños están bien, — interrumpió Matt suavemente. Se recuperaron a los pocos días ...

Emily estaba frustrada —¿Matt, no soy buena para ti!

—¿Quién lo dice?

Emily quería levantar las manos, pero no quería hacer una escena en público. ¡Por definición Matt! ¡Sabes quién soy yo!

Matt la miró, sus ojos color ámbar parpadeantes. —¿Un payaso?

—No seas tonto. Emily se levantó, pero Matt la cogió del brazo. Ella forcejeó, decidida a alejarse, pero Matt volvió a hablar.

—Emily. Siéntate. Por favor.

El tono de su voz diluyó sus entrañas en una blanda gelatina, y supo que estaba perdida. Necesitaba alejarse, pero no estaba segura de poder hacerlo. Ella se desplomó a su lado, encorvando los hombros sobre sí misma.

—Ahora escúchame. Sé lo que eres, Emily. Siempre he sabido lo que eres. Eres una mujer hermosa, bondadosa, generosa y maravillosa. Y estoy enamorado de ti. Lo he estado, probablemente desde el momento en que puse los ojos en ti en aquella habitación del hotel. Fui demasiado estúpido para no darme cuenta.

Emily abrió la boca para discutir, pero se detuvo, y sus ojos se agrandaron al escuchar aquella confesión.

Matt decidió aprovechar la ventaja que tenía. —No me importa lo que hiciste en el pasado; sólo me preocupo por lo que tú y yo podemos hacer juntos en el futuro. Sé lo que hiciste para ganarte la vida y ¿sabes qué? no me importa. Te voy a aceptar y amar, todos los días por el resto de mi vida, si me dejas, porque eres increíblemente especial y quiero mostrarte todo lo especial que eres, por el resto de nuestras vidas.

—Pero tu familia ...

Matt presionó un dedo en sus labios, silenciándola. —Mis hijos piensan que eres genial. Llevará tiempo, pero aprenderán a amarte, estoy seguro de ello.

Emily ya sacudía la cabeza antes de que terminara la frase y él le lanzó un gesto de advertencia, sacudiendo la cabeza con determinación. Esta vez iba a escucharlo, aunque tuviera que atarla para que ella lo escuchara. Y a juzgar por esa mirada en sus ojos, la necesidad de atarla iba a llegar más temprano que tarde. Tenía que admitirlo: no era capaz de esperar.

—Hay muchas otras cosas que necesito decir, y muchas más que debemos discutir, pero por ahora, voy a dejar que regreses a trabajar. Estaré en Salacious para recogerte, a las siete en punto. No intentes echarme para atrás, porque Sally te pateará el trasero si lo haces. —Matt le guiñó un ojo y se inclinó hacia delante, arrancando la gran nariz roja de su rostro—. Prométeme que estarás allí.

Sin palabras, con los ojos muy abiertos, Emily asintió lentamente y Matt la tomó en brazos. —Buena respuesta, pequeña sumisa. —Le acarició los labios y luego la acercó, juntado su boca a la de ella. Cuando retrocedió, estaba sin aliento y excitado. Matt se acomodó de nuevo en el banco a su lado

y se puso de pie— Bud está esperando allí por ti, —dijo Matt con una sonrisa—. Y te veré esta noche, siete en punto. te quiero. No lo olvides.

Y así, se alejó a grandes pasos, dejando a Emily, muy confundida y frustrada.

Capítulo Veintiséis:

Era como un *déjà vu*, Emily meditó, mientras Bud la escoltaba fuera de Salacious hacia la calle, a las siete. Ella ya había hecho esto una vez anteriormente, y pasó una noche asombrosa con Matt. Ni iba a pasar lo mismo esta noche. Emily estaba decidida a hacer entrar en razón a Matt y al día siguiente volaría de regreso a Nueva York y tomaría algunas decisiones sobre su futuro.

Emily ni siquiera estaba segura de por qué había aceptado la invitación de Matt, aparte del hecho de que, aparentemente, era una masoquista que insistía en crearse más dolor. Era un manojito de nervios y se frotaba las manos ansiosamente.

—Relájate, Em. Te divertirás, estoy seguro. Matt es un gran tipo.

Emily miró a Bud con brusquedad. —¿Desde cuándo tú y Matt son tan buenos amigos?

—Desde que empezamos a dirigir un negocio de seguridad juntos. —Bud la miró y se rio cuando captó la expresión de shock en su rostro—. Oye, el tipo es un ex-policía. Él sabe algunas cosas, yo se otras. Cuando salió de la policía, nos juntamos e iniciamos una empresa de seguridad. Proporcionamos guardaespaldas a la gente, manejamos seguridad para eventos en la ciudad, ese tipo de cosas.

—¿Tu propio negocio? —preguntó Emily sin comprender—. ¿Qué hay de ser el jefe de seguridad de Salacious? —Ella no estaba segura de por qué esa era la información que le había interesado, en lugar del hecho de que Matt había dejado el Departamento de Policía de Seattle. Había estado nerviosa y ansiosa durante todo el día, y ahora las cosas habían adquirido un tono surrealista.

—Sí, todavía hago eso también. La única diferencia es que ahora la seguridad en Salacious está bajo la responsabilidad de Pendleton & Spencer Security.

Emily lo miró fijamente durante un largo rato, como si intentara decidir si estaba bromeando o no. —¿En serio? —Dijo finalmente.

Bud sonrió y la dirigió hacia donde Matt acababa de llegar en su campero. —De verdad, nena. Ahora entra en el maldito auto, ve a resolver tus problemas con Matt, y sigamos adelante con nuestras vidas, ¿de acuerdo?

Matt se inclinó y le dio un suave beso en la mejilla, antes de dirigirse hacia la calle. —Te ves preciosa, Emily.

Emily frotó la manga de su chaqueta de forma consciente. Desde que regresó a Salacious después de la feria, Emily había vacilado entre vestirse para la cita de esa noche o simplemente ponerse cualquier cosa. Después de todo, ella no estaba tratando de impresionar a Matt, y como se había auto recordado mil veces, esto no era una cita romántica. Se trataba de dos personas que se reunían para concluir una relación imposible y decirse adiós.

Matt parecía feliz de dejar que Emily se quedara en silencio y condujo sin hablar, girando hacia la autopista y conduciendo hacia los suburbios. Tomó casi veinte minutos antes de que Emily tuviera el valor de hablar y tragó profundamente para mitigar la resequedad de su boca antes de hacerlo. —¿A dónde vamos?

—Hay un pequeño restaurante que me gusta, en Dawestown, —dijo Matt en voz baja. Hacen un buen filete de carne.

Emily miró por la ventana durante el resto del viaje. Pensó en un millón de cosas que hablar y descartó todas y cada una de ellas por considerarlas un comienzo inadecuado para la conversación que ella y Matt necesitaban tener. Cuando llegaron al restaurante, estaba nerviosa y pensó que podría estar enferma.

Esa sensación empeoró cuando Matt la condujo al restaurante y el mesero los llevó hasta su mesa, donde Emily se sorprendió al descubrir que los padres de Matt los estaban esperando.

—Emily, es bueno volver a verte. —Clare Pendleton envolvió a Emily en un cálido abrazo y le besó la mejilla—. ¿Cómo estas ahora? ¿Te has recuperado completamente de lo que te hizo ese horrible hombre?

Emily se vio liberada de los brazos de Clare, e inmediatamente envuelta en los de Jim Pendleton, antes de tener cualquier oportunidad de responder. Ella aceptó sus abrazos en un silencioso impacto, y sentándose incómodamente en la silla que Matt le ofreció en la mesa apenas iluminada.

Clare Pendleton se sentó a un lado de Emily, Matt en el lado opuesto y Emily se encontró frente a Jim Pendleton en frente de la mesa. Esta situación era surrealista, y Emily se preguntaba si estaría soñando. Seguramente, Matt no había pensado que no era una buena idea para ella reunirse con sus padres de nuevo. ¿En qué estaba pensando? Sin duda alguna ya sabían toda la triste historia de su pasado, después de lo que había sucedido con William y Emily, no podía imaginar lo que Matt les había dicho para convencerlos de ir esa noche.

—¿Te gustaría un vino, Emily? —Jim Pendleton sostenía una botella y levantó una ceja, esperando su respuesta.

—No, gracias, —Emily declinó cortésmente.

—¿Qué quieres, cariño? —preguntó Matt en voz baja—. ¿Puedo pedirte una limonada? ¿O agua?

Ella estaba conmovida de que recordara que le gustaba la limonada y estuvo de acuerdo en disfrutar un vaso. Necesitaba la dosis de azúcar para sobrevivir esa noche.

—Matt quería que viniéramos esta noche, para resolver tus dudas y temores sobre lo que sentimos por ti, Emily, —Clare comenzó, y Emily se encogió, preguntándose lo que estaba por venir.

—Admito que al principio nos sorprendimos un poco, pero podemos ver cuánto te ama Matty, —agregó Jim Pendleton. Tomó un trago de su vino y sonrió enfrente de Emily—. Has tenido un desafortunado conjunto de circunstancias que te han traído hasta aquí, Emily. No dejes que lo que ese hombre te hizo y lo que tus padres han hecho, te hagan desistir de la oportunidad de amar. No dejes que tu pasado pinte tu futuro.

Emily sacudió la cabeza. —No creo estar entendiendo ...

Clare se inclinó y colocó su mano en el brazo de Emily. —Lo sabemos, Emily. Sabemos todo y todavía te queremos en la vida de Matt, si así lo consideras. Matt no ha sido el mismo desde que te fuiste. Estábamos muy preocupados por su estado de ánimo después de que Caroline murió, pero las cosas habían mejorado mucha cuando entraste a su vida. Matt te necesita, Emily. Así como creo que tú lo necesitas él.

Emily apretó los ojos por un momento. ¿Podrían realmente sentirlo? ¿Sabían lo que era, lo que había hecho y todavía la aceptaban a pesar de ello? Cuando volvió a abrir los ojos, Matt la miró con simpatía y ella sintió que su mano se posaba sobre su muslo.

La cena pasó en un abrir y cerrar de ojos, con Emily alternando entre la idea de poder tener a este guapo hombre en su vida, y a la vez advirtiéndose que no tenían ningún futuro. Jim y Clare Pendleton eran agradables y educados, le preguntaban sobre su hermana, sus planes y conversaban de su vida como si ésta fuera la primera vez que se conocieran. Cuando la cena terminó, y todos salieron a sus coches, ella quedó atónita cuando los Pendleton la abrazaron muy afectuosamente y decían adiós con la mano a medida que se alejaban.

Matt le ayudó a Emily a subir al coche, y se inclinó para colocar su cinturón de seguridad posando un suave beso en sus labios —Dios mío, me has hecho falta —susurró contra su boca antes de retirarse y dirigirse apresuradamente al otro lado del coche.

Emily se regañó a sí misma por permitir que la besara de nuevo. Se había arrepentido del beso en la feria esta mañana, ahora le había permitido volver a hacerlo, y ella se auto castigó mentalmente por ser tan débil. Ella debería estar diciéndole que la llevara a casa, y diciendo sus últimas palabras de despedida.

Le tomó veinte minutos darse cuenta de que Matt no estaba conduciendo hacia Salacious. —¿A dónde vamos?

—A mi casa.

El pánico se apoderó del pecho de Emily y apretó los dedos. —Creo que deberías llevarme de vuelta a Salacious.

Matt se detuvo en el costado de la carretera por un momento. ¿Es eso lo que realmente quieres?

Los ojos de Emily se llenaron de lágrimas. —Sí. —Sacudió la cabeza—. No.

Desesperadamente, dejó caer la cabeza entre las manos. —No lo sé.

—Ven a mi casa, nos sentaremos a tomar un café y hablaremos. Si decides después que quieres que te lleve de regreso a Salacious, lo haré, —dijo Matt en voz baja.

—Matt, no podemos ir a tu casa, ¿qué pasa con tus hijos?

Matt sonrió cálidamente. Los niños están en casa de mi hermana por esta noche. —Hizo una pausa, golpeando suavemente los dedos contra el volante. Lo digo en serio, Em. Café y charla, si eso es todo lo que quieres. Y si decides que no quieres estar conmigo, lo damos por terminado.

Durante largos segundos, Emily permaneció en silencio, mordiéndose su labio inferior mientras consideraba. —Está bien, —ella finalmente estuvo de acuerdo.



Matt condujo a Emily por la escalera hasta la puerta de su casa, observándola atentamente por su reacción. Había considerado mudarse después de lo que había sucedido allí hacía tres meses. Sólo su amor por la casa y el acuerdo unánime de los chicos de que querían quedarse, lo habían retenido allí. Cuando abrió la puerta, se estremeció inseguro y la condujo al interior, encendiendo rápidamente la luz. Había dejado una pequeña lámpara en la sala de estar, y pudo percibir por la reacción de Emily, que no había sido suficiente.

Había pensado largo y tendido sobre esa noche, y sobre si traer a Emily de vuelta después de los acontecimientos de esa mañana de junio, era sabio o no. Pero él había decidido que, para avanzar, ambos tenían que enfrentar el pasado de muchas maneras. Emily necesitaba enfrentarse a sus demonios, y Matt sabía que el también necesitaba terminar con unos cuantos de ellos.

—La cocina está allí, —dijo Matt, tomando el control de la situación y estrechando la mano de Emily entre las suyas. Sus ojos se agrandaron cuando su mirada recayó sobre la viga a la que Collado la había atado, y Matt supo que estaría recordando la agonía que había sufrido en esa misma habitación. Pero ahora parecía muy diferente, Matt se había encargado de ello. Había hecho retirar la alfombra, quitando así la evidencia manchada de sangre de la brutalidad de Collado y había reemplazado la alfombra con tablas de roble pulidas. La evidencia del lugar en el cual había mantenido colgada a Emily, había desaparecido: el gancho había sido removido, la viga reparada y Matt había pintado la habitación entera en un tono café suave, que Courtney había seleccionado.

En la cocina, Matt puso la tetera y sacó las tazas del armario, invitando a Emily a sentarse en la barra de desayuno. Se sintió contento cuando ella comenzó a mirar con curiosidad, detallando los cálidos tonos de la pintura, el banco de roble tallado y las cacerolas de cobre que colgaban del enrejado sobre el banco. —Esta es una linda cocina —comentó tranquilamente.

—Gracias. Caroline la diseñó; no he hecho ningún cambio en su diseño original. Le encantaba cocinar. —Estaba encantado de que Emily hubiera abierto la conversación, pero sabía que todavía tenía una difícil tarea de retenerla en Seattle. Mientras ella finalmente se había relajado durante la cena con sus padres, aun parecía como un ciervo atrapado por las luces. Ella estaba asustada, nerviosa y obviamente teniendo dificultades en cómo responder a cada cosa. Matt estaba realmente impresionado, no estaba esperando llegar tan lejos con ella, no sin antes librar una gran batalla con ella. Ella había estado complaciente, pero Matt sabía que era una ilusión, que él sólo estaba aferrado a ella de una cuerda floja. Aún no la había convencido de que tenía la intención de tenerla en su vida de manera permanente, de que le apostaba al largo plazo. Mirándola mientras examinaba la cocina, su corazón se acrecentó. ¡Dios, cómo la amaba! Si él pudiera convencerla de esa verdad esta noche, sería un hombre muy feliz.

Hizo el café e hizo un gesto hacia la sala de estar. —¿Te gustaría sentarte en el sofá, o estás bien aquí?

Ella se estremeció. —Me gusta aquí.

—Seguro. —Matt se instaló en la barra de desayuno junto a Emily y sopló su café—. Me imagino que será difícil para ti pasar tiempo en la sala de estar durante un buen lapso de tiempo.

La respiración de Emily quedó atrapada en su garganta, la oyó antes de que hablara. —Matt, no volveré aquí otra vez.

—Creo que lo harás, Emily. ¿O ya has olvidado que te dije que te amaba?

—Ella se ruborizó intensamente y bajó la mirada a su taza de café. Yo ... no lo he olvidado.

Matt se inclinó y acercó su hombro al de ella. —Espero que no. He estado esperando un buen rato para decirte cómo me siento.

—No hace ninguna diferencia —añadió Emily—. No soy la mujer adecuada para ti.

Matt sonrió suavemente. —¿Qué tal si me dejas ser el juez de eso, cariño?

—Emily sacudió la cabeza sutilmente—. Matt, lo has dicho tú mismo.

Matt alzó una ceja. —He dicho muchas cosas y algunas muy estúpidas. Estoy completamente seguro de qué te refieres a las cosas estúpidas que te dije, cuando estaba loco de celos porque pensé que habías acostado con Henry Austin.

Emily abrió enormemente los ojos. —Tú has ... ¿cómo lo sabes? ...

Matt dejó su taza y se inclinó para poner un beso en la sien. —Porque la noche en que Paul me llamó por teléfono para ver si había hablado contigo, me puso en claro algunas cosas. Me dijo que había sido un tonto y que, si no resolvía mis cosas, te perdería para siempre. —Matt inhaló profundamente—. Vamos a poner algunas cosas sobre la mesa aquí. Necesito que te liberes un poco de este equipaje que llevas, antes de que nos destruya.

—No existe nosotros —replicó Emily.

—Sí que existe un "nosotros" y no lo olvides jovencita. —Matt se volvió hacia el taburete para poder mirar a Emily antes de hablar de nuevo—. Te amo, Emily. Quiero que pasemos el resto de nuestras vidas juntos. No tengo intención de que me dejes de nuevo, y estoy jodidamente seguro de que no te voy a dejar. No ahora, no esta noche, nunca.

—Matt, por favor, —le suplicó Emily con lágrimas en los ojos—. Lo que teníamos ... lo que compartimos. En última instancia, era sólo sexo.

—No lo creo ni un poquito.

—Fue ... es ... —Emily contestó débilmente.

—Seré el primero en admitir que el sexo es absolutamente increíble, pero no es por eso que quiero estar contigo, Em, —contestó Matt en voz baja—.

¿Recuerdas todas esas conversaciones que tuvimos? ¿Recuerdas estar sentados junto a la costa después de nuestra primera cena juntos? ¿Recuerdas la manera en que hablamos y nos reímos juntos en ese banco del parque?

—Pero eso llevó al sexo, —dijo Emily en voz baja—. Cada vez.

—¿Y por qué no lo haría? —contestó Matt, también en voz baja—. Eres una mujer hermosa, Emily. A cualquier hombre le encantaría estar contigo, y sabes qué, me siento afortunado de que eligieras pasar tiempo conmigo. Que yo fuera el único hombre con el que accedieras a hacer el amor, sin protección. ¿Sabía tú que me sentí honrado de que tu admitieras eso?

Emily sacudió su cabeza, y sentía su garganta hinchada y apretada.

—Y eso es lo que era, Em. Eso es lo que siempre ha sido contigo y conmigo. Hacer el amor. No es sexo. Hemos hecho el amor el uno con el otro, cada vez. —Matt se acercó y entrelazó sus dedos con los de Emily, sintiéndose satisfecho de que ella no se resistiera—. Te amo. Me encanta que no te moleste el hecho de que tengo cuatro hijos. Me encanta que hayas llevado a mis hijos a los bolos, aunque yo había sido un imbécil y te había ignorado. Me encanta que tú te hayas sentado con mi hija, y le hayas hablado de la decoración con dulces sobre el pastel de cumpleaños de mi papá. Me encanta que, a pesar de todo, a pesar de lo que te pasó aquí, tuviste el valor de

volver aquí conmigo esta noche. —Se inclinó y presionó un suave beso en su mejilla—. Quédate conmigo esta noche. Por favor.

Al ver a Emily sacudir la cabeza, Matt se apresuró a tranquilizarla. —Te doy mi palabra, Em. No habrá sexo. Ni dominación. Sólo un hombre, que ama a su bella mujer, muchísimo. Un hombre que quiere abrazarla y mantenerla a salvo del peligro. Un hombre que quiere despertar por la mañana, mirando a la cara de la mujer que ama y que desea tener a su lado cada mañana, por el resto de su vida.

Matt contuvo la respiración, mientras observaba a Emily vacilar sobre su decisión. Dios, cómo quería suplicarle que se quedara, suplicarle que lo dejara amarla. Pero él sabía, en ese momento crucial, que tenía que ser decisión de Emily. El alivio lo inundó cuando asintió sutilmente y le ofreció una leve sonrisa.

Dejando el café, Matt la atrajo hacia sus brazos y la besó, manteniendo el beso suave y sin abrumarla, aun cuando lo que más deseaba era tomarla, poseerla y marcarla como suya. Retrocedió y le sonrió cálidamente mientras tomaba su mano en la suya, atrayéndola por el pasillo hacia su dormitorio.

Ella se quedó torpemente en la puerta, resistiendo a los intentos que él hacía para que entrara al dormitorio, y lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Has cambiado de opinión? —preguntó suavemente. Si lo hubiese hecho, sería un golpe devastador, pero había jurado hacer esto en beneficio de Emily. Se trataba de lo que ella necesitara, para sentirse cómoda de estar con él. En el pasado había sido herida, golpeada, traumatizada y decepcionada. Matt se había jurado que esta situación se detendría y de ahora en adelante, ella sería tratada con absoluto respeto. Había abandonado sus prejuicios relacionados al pasado de Emily, ahora necesitaba demostrarle que no volvería a desaparecer.

Ella negó con la cabeza, y su mirada se dirigió hacia la cama. —Tu dormitorio ... —Ella había coloreado hermosamente la lámpara. “Caroline...”

De repente, supo a qué se refería y sacudió la cabeza, conteniendo una sonrisa. Todavía preocupándose por los demás; era una de las cosas que más le gustaba de su Emily. Su Emily. Dios, cómo amaba el sonido de eso, la posesión, saber que ella era suya para amarla. Al menos eso esperaba. — Cariño, está bien. Cambié todo aquí. Matt miró alrededor de la habitación señalando con su mirada los nuevos muebles que había comprado hace unos meses. Se había deshecho de todo lo del dormitorio, y había comenzado con

todo de nuevo. Teniendo en cuenta a Emily, había elegido los muebles compatibles con ella, empezando por los magníficos muebles antiguos de caoba tallados, y terminando con las alfombras hechas a mano, y el hermoso edredón de retazos de la cama, que la abuela Irene le había dado a él y cuya sencillez y encanto le habían hecho pensar en Emily; y había terminado la habitación con dos lámparas antiguas, que había dejado encendidas antes de ir a recoger a Emily para la cena.

Observó cómo Emily cruzaba la habitación lentamente, pasó sus dedos por la colcha. —Esto es hermoso.

Matt caminó suavemente al otro lado de la habitación, colocando las manos en su hombro. La abuela Louise me la dio; ella pensó que te gustaría.

Emily volvió la cabeza y Matt contuvo nuevamente el deseo de besarla, dándole tiempo para que se aclimatara a la habitación y a la idea de estar con él. Se sentía emocionado al verla sonreír. —Eso fue muy amable de su parte.

Matt la atrajo hacia sus brazos, agradecido de que no se resistiera, y aún más emocionado cuando inclinó la cara hacia la suya y sus ojos azules brillaron en la suave luz de la lámpara.

—Te amo, Matt. Creo que siempre lo he hecho.

Matt bajó la boca hacia la suya y la besó suavemente, saboreando la sal de sus lágrimas mientras ella empezaba a llorar. La levantó en sus brazos y la dejó en la cama, quitándose los zapatos antes de unirse a ella y envolverla entre sus brazos.

—Te amo cariño. Y voy a mantenerte a salvo, para siempre.

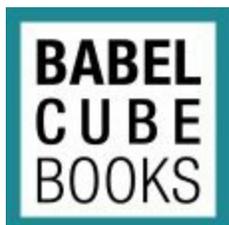
FIN

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com

[1] Nota del traductor: BDSM es un conjunto de prácticas generalmente eróticas o de juego de rol que implican la esclavitud, la disciplina, el dominio y la sumisión, y el sadomasoquismo.